



Care Santos

Todo el bien y todo
el mal



DESTINO

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Cita

Preámbulo. Cuatro cartas

Barcelona, enero de 2017...

I. La Bestia del Este

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

II. La noche más oscura

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

Capítulo 60

Capítulo 61

Capítulo 62

Capítulo 63

Capítulo 64

Capítulo 65

Capítulo 66

Capítulo 67

Capítulo 68

Capítulo 69

Capítulo 70

Capítulo 71

Capítulo 72

Capítulo 73

III. Stunt Woman

Capítulo 74

Capítulo 75

Capítulo 76

Capítulo 77

Capítulo 78

Capítulo 79

Capítulo 80

Capítulo 81

Capítulo 82

Capítulo 83

Capítulo 84

Capítulo 85

Capítulo 86

Capítulo 87

Capítulo 88

Capítulo 89

Capítulo 90

Capítulo 91

Capítulo 92

Capítulo 93

Capítulo 94

Capítulo 95

Capítulo 96

Capítulo 97

Capítulo 98

Capítulo 99

Capítulo 100

Intermedio. Una carta

Barcelona, 25 de agosto de 2007...

Nota del editor

Agradecimientos

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la
lectura

**¡Regístrate y accede a
contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Sergio, un joven de dieciocho años con una vida aparentemente feliz, ha intentado suicidarse. Su madre, Reina, una mujer que está atravesando una crisis vital, dedicará muchos esfuerzos a tratar de entender las razones que llevaron a su hijo a hacer algo así, y de las cuales ella, inexplicablemente, no sabía nada.

Empieza así un camino hacia la verdad que la llevará a visitar los lugares y las personas que frecuentaba su hijo y a descubrir lo poco que en realidad sabía de él. No será solo la vida de Sergio la que se reconstruirá en este viaje, sino también la suya propia, enlazada con las de su excompañero y su actual marido, y que nos llevará a conocer la frágil telaraña de relaciones sobre las que Reina ha basado su vida —por tanto, también la del muchacho— y a descubrir que se arrepiente de decisiones que se tomaron muchos años atrás.

Al final de este difícil camino no sólo aguarda la historia familiar, sino también una dura sorpresa que nadie podía sospechar.

Una novela sobre los lazos familiares, las consecuencias de las propias decisiones y lo poco que conocemos a nuestros seres más queridos.

Todo el bien
y todo el mal

Care
Santos

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1446

Para Deni Olmedo, mi verdad

La verdad es una ilusión que hemos olvidado
que lo es.

FRIEDRICH NIETZSCHE

Preámbulo

Cuatro

cartas

Barcelona, enero de 2017

A la atención de la señora Reina Gené

Estimada:

Perdone mi atrevimiento al enviarle esta carta. No nos conocemos. Soy profesor (sustituto) de la Universitat de Lleida, especialista en crítica feminista y en escritoras de la Segunda República. Estoy preparando una edición de la correspondencia de la malograda novelista, injustamente olvidada, Ilda Moreu, que querría tan completa como sea posible. Moreu murió sin descendencia y tras muchos años sin publicar obras de ficción, dos hechos que seguramente ayudaron a que su nombre se perdiera en tan solo unas décadas. Mi trabajo, así como el de otros investigadores, pretende restaurar su memoria y devolver su nombre al sitio que le corresponde dentro del panorama literario de su tiempo.

Quizá ya sepa que la mejor amiga de Ilda Moreu fue Mercedes Saltor, vecina como usted del barrio de Gràcia de Barcelona (de hecho, vivió muchos años en su misma calle). En la correspondencia que Moreu mantuvo con otras personas hay varias referencias a Mercedes Saltor, a la época en que se escribieron y también a una cierta relación que Mercedes mantuvo con José Gené que, si no me equivoco, era el padre de usted.

Quienes como yo nos dedicamos a perseguir documentos que no fueron concebidos para perdurar en el tiempo sabemos que los años son como una marea: arrojan sus tesoros por cualquier lado. Se sorprendería si supiera cómo y de qué manos he recuperado algunas de las cartas que por fin verán la luz cuando aparezca mi trabajo. Por eso he pensado que no sería tan extraño que su padre hubiese recibido de manos de la señora Saltor algún material que incluya —¡ojalá!— las cartas que busco. ¿Por casualidad las tiene usted? Y si las tiene, ¿me permitiría acceder a ellas, y su reproducción? Estaría

dispuesto, por descontado, a llegar con usted a un acuerdo económico en los términos que ambos consideremos satisfactorios.

Sería fabuloso que pudiese ayudarme.

Espero impaciente sus noticias y le pido disculpas por robarle una parte de su tiempo.

Saludos,

LEANDRO VIVES

Barcelona, 17 de febrero de 2017

Estimada señora Gené:

Hace unas cuantas semanas le escribí para pedirle ayuda en el proyecto de recopilación de la correspondencia de Ilda Moreu. Tengo razones para creer que las cartas perdidas que Moreu escribió a su amiga Mercedes Saltor quedaron en poder de la familia de José Gené. Como, según tengo entendido, es usted hija única, sería lógico que las hubiese recibido en algún momento, quizá mezcladas con otras pertenencias de más importancia, y que ni siquiera sepa de su existencia. Si alguna vez tenemos la ocasión de hablar en persona, me agradecería contarle de qué forma he llegado a esta conclusión.

Sé que lo que le pido es un fastidio, además de un atrevimiento, pero le ruego que haga el esfuerzo de tratar de recordar y también de buscar este valioso material, no ya por mí, sino por nuestro pasado reciente y nuestra memoria, así como por nuestros contemporáneos, que bien merecen conocer la versión completa de la increíble personalidad de Moreu. La recuperación de su figura será, espero, un acontecimiento académico y cultural de primer orden. Ni que decir tiene que el epistolario no estará completo sin las cartas que escribió a su querida amiga Mercedes, y que no pierdo la esperanza de encontrar.

Hace poco reparé en que en mi carta anterior no dejé ningún número de teléfono. Soy consciente de que para una mujer con tantos compromisos como usted debe de ser complicado encontrar un momento para comunicarse de forma epistolar. En el encabezamiento de esta, ahora sí, encontrará mi número junto a mi dirección postal. Le agradecería enormemente que me telefonease o me escribiese para darme noticias, si es que ha tenido tiempo de buscar y si por fortuna hubiese encontrado algo. Prometo no robarle mucho tiempo más. Si lo prefiere, también puede indicarme un teléfono al que

llamarla yo.

Ojalá pueda ayudarme. No sabe cuánto lo celebraría.

Espero sus noticias y le envío saludos.

LEANDRO VIVES

Barcelona, 24 de febrero de 2017

Estimado Leandro:

Solo unas líneas, justo antes de salir hacia el aeropuerto para un viaje de trabajo al extranjero. Con todo gusto le ayudaría si pudiese, pero me temo que todo es fruto de una confusión, que espero aclarar para que no pierda el tiempo en búsquedas inútiles.

Mi padre nunca tuvo «cierta relación» con ninguna Mercedes Saltor ni conoció jamás a ninguna escritora. Me parece que el error debe de provenir de que en la tienda de mis abuelos trabajó durante un tiempo una mujer que se llamaba igual a la que usted busca, Mercedes Saltor, y que luego fue algo famosa en el barrio porque desapareció de repente y sin avisar, decían que por motivos políticos (era hija y hermana de comunistas), aunque la verdadera razón nunca se conoció. Hasta donde sé, nadie volvió a verla. De esa chica se conservan un par de fotografías donde aparece junto a otros dependientes de la tienda y que debieron de servir para algún anuario de los establecimientos del barrio. Las he guardado todos estos años y con mucho gusto se las mostraré, si lo desea. Así podrá estar seguro de que no se trata de la mujer que busca. Si me proporciona un correo electrónico se las puedo escanear y enviar. Al pie de esta carta le dejo el mío, que consulto varias veces al día, y también mi teléfono, por si en algún momento necesita una comunicación más rápida. Por cierto, me ha gustado comprobar que aún queda una persona en el mundo que manda cartas de las de toda la vida. Usted escribe cartas para decir que busca cartas, supongo que pensando en su propio epistolario futuro, cuando alguien se decida a compilarlo. Por si acaso, las de usted las guardaré muy bien guardadas, para que mi hijo sepa dónde encontrarlas si dentro de setenta años alguien se las reclama.

Espero que esta aclaración apresurada le ayude a descartar falsas posibilidades y le lleve en la dirección correcta. Supongo que en su trabajo algo así debe de ser deseable. Espero que tenga suerte en su búsqueda. Compraré el libro en cuanto salga.

Un abrazo,

REINA GENÉ

De: Leandro Vives
Para: Reina Gené
Miércoles, 28 de febrero de 2017

Estimada Reina:

Gracias por su amabilidad y generosidad tan poco comunes al facilitarme su correo electrónico e incluso su número de teléfono. Si no le parece mal, la llamaré un día de estos para contarle con todo detalle cómo la correspondencia de Ilda Moreu me llevó hasta su padre, y, justo después, hasta usted. Estoy seguro de que le interesará saberlo, porque es una historia bastante curiosa, llena de casualidades, como que mi editor me confiase no hace mucho que está trabajando con usted en un libro de próxima aparición sobre el arte de mentir (o algo así, si no entendí mal) y se ofreciese a facilitarme su dirección postal.

Hoy le escribo justo después de recibir su carta, muy contento, tanto de tener noticias tuyas como de lo que cuenta acerca de Mercedes Saltor. Quizá le cueste creerlo, pero estoy convencido de que la mujer de quien usted habla y la que yo busco son la misma persona, solo que en dos momentos muy distintos de su vida. Si fuese tan amable de escanear para mí esas fotografías que dice, creo que podré asegurarlo.

Me ha hecho reír con la referencia al epistolario futuro. Reconozco que esto de enviar cartas con sobre y sello ya hace mucho que pasó de moda y que es un romanticismo extravagante, pero precisamente por eso no pretendo renunciar a él. Ya ve, soy un señor victoriano que nació a destiempo. En este y en otros aspectos.

Espero sus noticias con impaciencia.

LEANDRO VIVES

I

La Bestia
del Este

1

Los hombres no entienden que la pasión erótica pueda conjugarse con las cuestiones domésticas. Por ejemplo, que mientras él se esfuerza por darte placer tú tal vez estés pensando en sacar el pollo del congelador. O en cualquier otra estupidez práctica y, por tanto, decepcionante.

Como ahora mismo. El hotel es de cinco estrellas. La cama, tamaño *king-size*, con cabecero *art decó*. El tiempo, helado. Bucarest, la ciudad que está al otro lado de los ventanales, se encuentra justo en medio de una ola de frío siberiano que recorre Europa y que, según dicen, ha de durar aún tres o cuatro días. Sería impensable haber llegado hasta aquí con este tiempo si el viaje no fuera de trabajo, pero se alegra de haber tenido que hacerlo. Tiene la cabeza en otra parte, es verdad, pero se encuentra muy a gusto ahora y aquí, a resguardo de todo y con un hombre entre las piernas.

Cuando anoche el taxista se deslizó por las calles nevadas hasta el Zexe Zahana, el restaurante donde la esperaban para cenar, se alegró de la experiencia. No es que estas pilas de nieve sean tan normales en Bucarest, pero le quedó bien claro que los habitantes de la ciudad están mucho más acostumbrados que ella a su presencia. Al llegar al restaurante saludó al señor Anand Mirchandani, el presidente ejecutivo de Newzer, la gran multinacional farmacéutica que la ha contratado. Ella le presentó a Tom como «un amigo» y los dos hombres se saludaron con un apretón de manos breve y una sonrisa algo forzada. Acaso la presencia de Tom despertó algún recelo entre los

asistentes, pero le daba lo mismo: aquella solo era una cena de trabajo, agradable y aislada, con un puñado de directivos americanos y asiáticos —a algunos de los cuales ella misma ayudó a contratar— y la jefa de recursos humanos de Newzer-Asia. Todas ellas personas a quienes tal vez no vuelva a ver en toda su vida. Lo cual aleja la posibilidad de que su marido descubra nada. El señor Mirchandani y Samuel son como líneas paralelas: por mucho que avancen nunca llegarán a tocarse. Pasear por Bucarest con su amante era anoche un capricho sin ningún riesgo ni relevancia.

De pronto, Tom emite un sonido similar al que haría alguien que sorbe la sopa. Reina pierde el hilo de sus pensamientos y repara en las circunstancias, las analiza: está en una cama del hotel más opulento de una ciudad helada y lejana mientras un amante de quien solo atisba los rizos de una coronilla que ya clarea se esfuerza por contentarla. Tiene cuarenta y ocho años. Un hijo que dentro de unos meses será mayor de edad. Nunca ha sido una mujer guapa. Lista, sí. No sabría decir si inteligente. Interesante, quizá. Y afortunada. Sobre todo, eso. Una mujer con suerte, que se gana muy bien la vida y que ha conocido hombres muy por encima de sus posibilidades. Sus compañeras de primaria no se lo creerían, si lo supieran.

¿Cuántos amantes ha tenido? Pasa lista. ¿Once? ¿Trece? El primero, aquel torpe de quince años, Sebastián. Ninguno de los dos sabía hacer nada, de modo que el sexo entre ellos siempre lindaba con el desastre. Él le sugería que le chupara como se chupan los helados de fresa y ella se aplicaba a ello con mucho interés, hasta que se dio cuenta de que el empeño era solo suyo, mientras él se limitaba a tumbarse y esperar su regalo, sin corresponder jamás. Siempre le dolía algo. Se pregunta cómo debe de ser ahora, con casi cincuenta años, si a los quince ya estaba hecho un asco. Le descarta por insustancial y pasa al siguiente, aunque en el camino se salta dos: un fugaz noviete obsesionado con las tetas (rompió con él por teléfono) y un pobre chaval con pocas luces que solía estar superado por las circunstancias (especialmente por la circunstancia de tenerla a ella a su lado). Hubo también una incursión multicultural, casi étnica. Un centroamericano muy alto y delgado, de pelo endrino y estropajoso y nombre doble —como de protagonista de culebrón—, que se escandalizaba por todo. Su ropa interior de color burdeos y su interés

por colocarse sobre él a horcajadas durante el acto sexual le parecían de furcia. Por eso mismo le volvía loco. Nunca ha conocido un solo hombre a quien no le gusten las furcias, literales o metafóricas. Por contraste, a sus recuerdos llega Félix, su primer marido. Estudiaban, eran jóvenes, componían un ajuar con la intención de casarse. Ella compraba cuchillos de sierra en unos grandes almacenes mientras pensaba cuántas cosas cortaría con ellos, en qué sobremesas estarían presentes, de cuánta felicidad serían testigos. Estaba enamorada de Félix con cada célula de su cuerpo. La espera para convertirse en su mujer se le hizo eterna. En cambio, de las noches de cama que compartían cada sábado en casa de la abuela de él mientras aún eran novios, solo recuerda la pizza. Aprovechaban que la anciana pasaba con su hija los fines de semana para asaltar su casa. En realidad, solo les importaba el dormitorio. Después del sexo, encargaban una pizza. Les descubrieron porque la abuela comenzó de pronto a recibir ofertas de las que las pizzerías a domicilio envían a sus mejores clientes. Fueron el pitorreo de la familia. Solo una temporada. Luego se casaron. Ella, de blanco, con velo y guantes. Cuando se acuerda es como pensar en otra persona. Él se pasó todo el viaje de luna de miel —República Dominicana— metido en la cama del hotelazo, con vómitos, fiebre y diarrea. Con el tiempo Reina se da cuenta de que fue un aviso, un presagio perverso. Cuidado con los asuntos que comienzan descompuestos, parecía decirle la vida. De la convivencia con Félix solo recuerda comida. Ni siquiera platos memorables, sino un montón de porquerías que él se tragaba. Ositos de regaliz. Palomitas de maíz. Arroz con mayonesa. Besamel precocinada. Las comidas en casa de los suegros resultaban interminables. Semanales, litúrgicas. Recuerda los programas de la tele que él miraba mientras ella se aburría y comenzaba a formularse preguntas incómodas. Y solo un poco más tarde recuerda sus infidelidades, que ya por aquel entonces eran adulterio, porque era ya una mujer casada, aunque fueran lo mismo de siempre, porque ella nunca ha sido —qué terrible reconocerlo— una mujer fiel por completo a nadie. Nunca.

Cuando comenzaba a hartarse de su vida de mujer aburrída conoció a Tomás Moliner, Tom para los compañeros de vóley y las compañeras de cama, mujeriego con ínfulas, jefe de negocios asociados de un grupo bancario

salpicado de escándalos financieros donde cada seis u ocho meses Reina organizaba jornadas de *team building*, es decir, motivación y trabajo en equipo, que él aprovechaba para mirarle el culo y tirarle los tejos. A Reina suelen gustarle los hombres que le miran el culo (o las tetas), porque siempre han escaseado en su vida. Los otros, los que le elogian las cualidades intelectuales, los tiene por docenas y, precisamente por eso, no los valora demasiado. En cambio, Tom se la come con los ojos desde el principio. Una vez incluso se atrevió a decirle delante del grupo que estaba buena. Una guapa de verdad se habría ofendido, pero Reina se ruborizó y disfrutó del momento. Aquella noche él se ofreció a llevarla a casa. Quince kilómetros de autopista bajo la lluvia. Terminaron en un polígono industrial, ella sin pantalones ni bragas, y él con el pene erecto entre los dientes de la bragueta. Pero Tomás estaba casado y no se atrevió a terminar lo que había comenzado con tanto entusiasmo. Se echó atrás en el último momento. Como defensa alegó que Reina le gustaba demasiado y que si seguía adelante no sabría encontrar el camino de vuelta. Un cobarde que no lo parecía, en suma. Un fanfarrón. Una mala elección.

Por esa época, cuando más desengañada se sentía, conoció a Samuel. Tenía cara de niño bueno, hablaba sin levantar la voz, era uno más del departamento de atención al cliente de una aseguradora especializada en decesos. La habían contratado para impartir un cursillo de sonrisa telefónica. Al comienzo era el clavo que debe sacar otro clavo, pero enseguida se dio cuenta de que aquel hombre era de otra calidad. Otra categoría. Irse a la cama con él era mucho más que serle infiel a su marido. Era un descubrimiento, una revelación. El anuncio de que debía dejarlo todo y largarse con él. Cuando lo conoció, Reina tenía treinta años recién cumplidos, y en el mundo no hay nada más peligroso que una mujer de treinta años que de pronto descubre que no es feliz pero que podría llegar a serlo si no pierde el último tren.

Durante un tiempo entró y salió a su antojo. Félix nunca preguntaba nada ni quería saber; trabajar por su cuenta tenía para Reina muchas ventajas: podía dormir días y semanas fuera de casa. Podía dejar que Samuel la acompañara. Se refugiaban en ciudades ajenas y se comportaban como dos adolescentes: iban al cine, a bailar, a cenar, hablaban, se besaban, se mordisqueaban, se

escondían en baños públicos para magrearse, hablaban hasta el amanecer y al día siguiente se dormían en el cine con una mano de él bajo la ropa de ella. Una vez tropezaron con unos amigos de Félix por los alrededores de la catedral de Girona. Reina primero se angustió por si se habían dado cuenta de que iban de la mano. Después tomó una decisión. Su matrimonio se había terminado. Quería pasar todas las noches junto a Sam, sin sufrir, sin desdoblarse. Fin. Pronto supo que le gustaba, al hablar de él, llamarle «su segundo marido», le sonaba a mujer mundana y un poco temible. El sexo seguía siendo lo mejor que compartían.

A Tom volvió a encontrarle hace solo unos días. Fue en la tienda de *delicatessen* de unos grandes almacenes. Ninguno de los dos se lo podía creer, qué casualidad, cuánto tiempo, con lo grande que es Barcelona y blablablá. Superados los tópicos quisieron ponerse al día, pero las novedades en sus respectivas vidas eran tantas que solo nombraron las primeras que se les vinieron a la cabeza. Ella le contó que todo iba como una seda: en el trabajo, en casa, con su hijo. Había tenido que buscarse emociones nuevas. Por eso estaba aprendiendo a tocar el piano —un sueño de toda la vida— y se había apuntado a un gimnasio donde tomaba clases de *aquafitness*. Ahora se sentía mucho mejor con su cuerpo, incluso era capaz de tocarse la frente con el dedo gordo del pie, añadió, y ante la mirada divertida y un poco incrédula de él se corrigió: de ambos pies, de hecho, cuando quieras, te lo demuestro. Él, por su parte, le contó que ahora que la crisis parecía remitir por fin había dejado su trabajo por uno mejor, de más prestigio, mejor pagado, más acorde con su formación, en el departamento de gestión de riesgos de un gran grupo financiero, pero que la empresa tenía su propio calendario de contrataciones y le esperaban seis dulces semanas de tiempo muerto antes de incorporarse a su nuevo puesto. Le propuso tomar un café, ella pensó que no había nada de malo en ello, así podrían hablar, como dos viejos amigos felices de reencontrarse. En la cafetería con vistas de pájaro sobre la ciudad prosiguieron la actualización de sus biografías y se mostraron el uno al otro fotos de sus hijos. Él, dos chicas. Ella, Alberto. Edades similares, problemas similares, sobre los que pasaron de puntillas. Después él le propuso acompañarla en coche a casa. Había pasado mucho tiempo y nada era como antes. El recorrido también

era otro. Esta vez no había polígono industrial. Pero Tom aprovechaba los semáforos para hurgar bajo su falda y decirle que durante todo ese tiempo se había arrepentido muchas veces de lo que no hizo aquella vez, en el polígono, bajo la lluvia. Tom era para ella —se daba cuenta— una recurrencia, un plato que no has probado y que se te antoja. Solo después de dejar que Tom rozara el borde de sus bragas con la yema de los dedos se permitió detenerle, malévola. Con los años se había vuelto más sabia en el arte de dosificarse. Ya no daba nada sin recibir algo a cambio. Se despidieron con un beso inesperado en los labios, tan natural que a los dos les agarró por sorpresa. Desearon de viva voz volver a verse antes de quince años, si podía ser.

Reina pensó en Tom toda la noche. Físicamente estaba bien, no había perdido mucho pelo, no tenía demasiada tripa, conservaba aquella voz suave que siempre le cautivó y la seguía mirando como si tuvieran treinta años. Por la mañana, cuando aún seguía enredada en su recuerdo, recibió la llamada de la *personal assistant* asiática del señor Mirchandani —voz nasal, inglés con acento indio, que la obligaba a hacer un esfuerzo de comprensión— para decirle que de cara al «inminente proceso de selección del nuevo director del departamento legal» le ofrecían las «condiciones habituales». Es decir: dos billetes en primera clase para ella y un acompañante, reserva de una habitación doble en régimen de *full credit* en un hotel de cinco estrellas y entradas para un espectáculo aún por decidir. Le recordaba que el proceso de selección sería esta vez en Bucarest —«capital de Rumanía», especificó— y que necesitaba saber lo antes posible el nombre del otro pasajero con el fin de comprar los billetes y mandarle por correo electrónico las tarjetas de embarque, la reserva del hotel y los dos seguros de viaje.

Samuel ya nunca iba con ella. Le aburrían los viajes de trabajo. Además, alguien debía quedarse en casa, con el niño. Debía de haberse vuelto loca cuando llamó a Tom y le propuso que se fueran juntos. Cuatro días, tres noches, lujo total, yo trabajo, tú haces turismo, por las noches follamos como locos, ¿te parece bien? La maldad le inundó de cosquillas el estómago. Hacía mucho que no jugaba a ser mala, adúltera, traidora. Con lo que le gustaba, en el fondo, aunque ya no estaba dispuesta a hacerlo con cualquiera, qué pereza, a su edad. Tom era diferente. Con él estaba hecha más de la mitad del trabajo.

En el avión, a punto de despegar y con una copa de champán en la mano, brindaron por la hazaña:

—Solo nos ha costado... ¿cuánto? ¿Quince años? —dijo él.

Reina le corrigió:

—Diría que son dieciocho. Pero a cabezota no me gana nadie, ¿sabes?

Quince o dieciocho, poco importaba. Ahora que por fin estaban desnudos y en la cama *king-size* de un hotel de cinco estrellas, Reina acababa de descubrir que echaba de menos a Samuel. Que pensaba en él mientras intentaba excitarse un poco, como último recurso antes de fingir el orgasmo que aún estaba lejos, muy lejos de allí. Si se concentraba en las imágenes correctas lo conseguiría, porque Sam es, de largo, el mejor amante que jamás ha tenido. Tan bueno que sirve de unidad de medida, como el metro, el kilo o el mol en sus respectivas disciplinas: a los demás los califica según su distancia del punto ideal, que siempre es Sam. Entonces, si es tan ideal, ¿por qué le busca sustitutos?, podría preguntar cualquiera. Ella también se lo pregunta. ¿Por qué? Quién sabe. ¿Por aburrimiento? ¿Por curiosidad? ¿Porque es un poco infantil? ¿Porque se cansa de ser ella misma? ¿Porque la infamia la hace sentir una persona que ya no es y a quien de vez en cuando echa de menos? Qué complicado resulta responder a la pregunta más difícil, que siempre es Por qué.

Tom suspira. Comienza a estar cansado. Tal vez debería dejarlo. Ocurre que los amantes no pueden rendirse como lo harían los maridos. Los amantes de una sola noche deben resistir, pelear, seguir chupando hasta la extenuación, como hace el pobre Tom, aun a sabiendas de que no lo logrará. Hasta que le salva un teléfono. Un teléfono en silencio que vibra con insistencia sobre la mesita de noche. Es el de ella.

—¿Qué hay, Félix? —contesta Reina. Y aleja un poco la boca del aparato para explicar—: Es mi ex.

Tom aprovecha. Se incorpora, realiza rotaciones cervicales hasta que le crujen las vértebras, se va al baño a hacer pis.

—Sí, en Bucarest. Toda la semana. —Oye decir a Reina.

(...)

—El viernes. ¿Ocurre algo?

(...)

—¿Qué ha pasado? ¿Es el niño?

«El niño» es Alberto. Diecisiete años. Segundo de bachillerato. Loco por el cine y por el deporte. Extrovertido. Buen chaval. Responsable. De esos que gustan a los adultos. Tiene esa edad peligrosa en que todo el mundo cree que es mayor, incluido él mismo. Solo ella sabe que no lo es. No del todo. Aún no.

(...)

—¿Una psiquiatra? ¿Y para qué necesita una...? —Sin darse cuenta, Reina sube la voz—. ¿Quieres contarme de una vez qué narices está pasando?

(...)

—Dime, coño. No me pongas nerviosa.

(...)

—De acuerdo. Iré enseguida. Ahora mismo compro un billete.

(...)

—¡Pues claro que hace falta! Es mi hijo. Ya te iré contando cómo lo llevo. Ah. Y Alberto hoy duerme conmigo, en mi casa.

(...)

—No pienso discutir, Félix. Tengo cosas que hacer. Te llamo desde el aeropuerto. Dile al niño que llegaré hoy mismo, en unas horas.

Reina cuelga. Cuando Tom se extraña del silencio y sale del baño la encuentra inmóvil, observando las líneas satinadas del edredón con los ojos húmedos.

—Mi hijo ha intentado suicidarse —murmura sin mirarlo siquiera—. No hace ni una hora. Mientras tú y yo...

2

Tomás querría ayudarla, pero ella se encierra en el baño, se sienta en el borde del jacuzzi y marca el número de Sam. Él contesta enseguida porque sabe que algo ocurre. Reina nunca le llama en horas de trabajo, y menos si está de viaje. La voz de ella suena extrañamente serena cuando le cuenta todo sin preámbulos, como quien deja sobre la mesa un pedazo de carne cruda y sanguinolenta. Reina escucha preguntas para las que no tiene ninguna respuesta —«¿Has hablado con él?», «¿Cómo ha sido, exactamente?», «¿Quién lo ha visto?», «¿Dónde ha pasado?»—; no, no sabe nada de nada, aún no ha podido reaccionar, le llama en caliente y solo quiere que acuda enseguida, que se ocupe de ello, que no deje a su hijo a solas con Félix. Ni siquiera le pregunta si puede hacerlo, si puede salir del trabajo con tanta urgencia, simplemente le pide que lo haga.

—Claro —dice él—. Voy para allá.

Reina le promete que volverá hoy mismo. Le pide que la llame en cuanto hable con Alberto. Ninguno de los dos quiere entretenerse. Pero antes de colgar surge la incredulidad, que tardará en disiparse:

—¿Seguro? ¿Seguro que Alberto ha hecho esto? —pregunta Samuel.

Reina solo puede responder silencio.

Ahora busca en el móvil la página de reservas aéreas. Origen: Bucarest. Destino: Barcelona. Fecha: Hoy. Ahora mismo. Ya llega tarde. El primer vuelo disponible es de Tarom y sale a las ocho de esta noche. Apenas son las tres y

media. Ni lo piensa. El billete cuesta mil trescientos euros, pero no importa. Elige «Reservar» y lo paga treinta segundos después, con cargo directo a su tarjeta de débito.

Marca el número de su hijo. Seguro que no le contesta. Félix le ha dicho que estaba hablando con una psiquiatra del hospital —¿para qué una psiquiatra?—, siempre puede dejarle un mensaje (que él tampoco escuchará) o esperar a que acabe para hablar con él o... Aún no ha terminado el inventario de teorías cuando el hijo responde a su llamada.

—Hola, mamá —dice una voz apagada.

—Hola, Alberto. —Se esfuerza por parecer natural, incluso animada, cuando lo que siente al escuchar su voz son muchas ganas de llorar—. Esto... hijo. Me han contado algo que cuesta de creer y de entender. Me gustaría que me dijeras si es verdad.

—¿Qué te han contado?

—Que has intentado... —Le cuesta decirlo, pero ya comprende que tendrá que aprender a hacerlo, que de ahora en adelante tendrá que contarle muchas veces—... que querías lanzarte a las vías del tren.

—¿Quién te lo ha dicho? —pregunta él—. ¿Félix?

¿Cuándo ha dejado de llamarle «papá» a Félix? No lo sabe con certeza. Se hace mayor. A ella aún la llama «mamá». Tal vez es solo cuestión de tiempo.

—Sí. Félix.

Un silencio, una respiración fuerte en su oído. Una respuesta:

—Es verdad.

La sinceridad desarma cuando no la esperas.

—¿Y por qué? —No hay respuesta. Solo un silencio al otro lado—. ¿Te ha pasado algo con Muriel?

—Muriel ya no me gusta, mamá.

—¿Con Arnau?

—Nada nuevo.

—¿Con algún otro amigo?

—No tengo demasiados amigos, además de Arnau.

—¿Eso te preocupa?

—No demasiado.

—¿Entonces?

—Ha sido un cúmulo de cosas —dice, como si las palabras por fin se hubieran decidido a salir.

Es todo tan raro. Hace un cuarto de hora follaba con su amante en un hotel de lujo y ahora está hablando con su hijo de las razones que tiene para matarse. Es como si la vida estuviera haciendo zapping.

—¿Qué cúmulo de cosas? ¿Eso qué significa?

—¿Tenemos que hablar de esto ahora? —dice Alberto, nervioso, con ganas de colgar.

Reina cede. Todo lo que deseaba decirle se le amasa en un nudo que le crece en la garganta. Los adolescentes son lacónicos y quieren adultos que no pregunten, que les dejen callar.

—Ya hablaremos, sí —concluye ella—. Dime solo si estás bien.

—Más o menos.

No es una respuesta tranquilizadora. Por otra parte, ¿qué esperaba?

—¿Qué vas a hacer ahora? —pregunta ella.

—Félix me invita a comer.

—¿No trabaja hoy?

—Se ha pedido el día libre.

—Ah, qué bien. ¿Y a dónde iréis?

—Aún no lo hemos decidido.

—Dile que se ponga, por favor.

Félix articula su mejor voz de circunstancias. La que utiliza para hablar con ella siempre que Alberto puede oírle. Voz de somos-normales-y-por-tanto-tenemos-una-relación-normal:

—Qué hay, Reina.

—¿Cómo te has enterado? ¿Te ha llamado él?

—No. El jefe de estudios del instituto, después de que los compañeros de Alberto le avisaran. Por lo visto también han llamado a los *mossos d'esquadra*. Me han dicho que en estos casos hay protocolos muy estrictos.

—¿Por qué no me han avisado a mí?

—No lo sé. Igual no te han encontrado.

—No tengo ninguna llamada perdida. Normalmente me llaman a mí

primero.

—No tengo ni idea.

—¿No se te ha ocurrido preguntarles?

—¿El qué? ¿Si te habían llamado? La verdad es que no. Estaba demasiado asustado para pensar en eso.

—Ya hablaré yo con el jefe de estudios.

—Qué más da, Reina. Ah, y escucha, la psiquiatra quiere hablar contigo. Dice que te llamará.

—¿Qué quiere?

—Hacerte preguntas, supongo. A mí también me las ha hecho.

—¿Qué clase de preguntas?

—Sobre el niño, qué hacía de pequeño, qué hace ahora. Nada especial.

—¿Qué le has dicho?

—Lo que recordaba. Mira, te mando una foto del informe. Allí lo verás todo, más o menos. Tengo que dejarte. Nos vamos a comer.

Reina teme la idea de permitir que una extraña —la psiquiatra— hurgue en su vida como si estuviera en la tienda de un ropavejero hasta dar con lo que busca. Aunque sabe que ocurrirá. Comprende que después de lo de hoy no podrá evitarlo. En su existencia acaba de colgarse un rótulo de Entrada libre.

—De acuerdo, mándamelo —añade Reina—. Así tengo tiempo de mirarlo. Por cierto, Félix. Sam va hacia allá. ¿Dónde vais a estar?

—Ah, no, no hace falta. Que nos deje en paz un rato.

—Félix, está preocupado. Como yo.

—Alberto está bien. Yo cuido de él.

—Félix, dime a dónde vais, no seas infantil.

—Tengo que dejarte, Reina. Es tarde y estamos famélicos. No sufras por nada. No es necesario que avances tu vuelta. Adiós.

Félix cuelga. Reina vuelve a marcar su número, furiosa. No le responde la llamada. Deja un mensaje en su contestador:

—No te pases, Félix. Sam tiene el mismo derecho que tú a estar con el niño. No me cabrees.

Le entran ganas de llorar. Solo un momento. Aguanta. Tomás sigue ahí. A menudo, la compañía de los demás es solo una forma de soledad.

Nunca se había sentido tan sola como ahora.

3

Habría querido decirle a Alberto cosas que nunca entenderá. Que fue un niño deseado por todos, pero sobre todo por ella. Que concebirlo le hizo olvidar muchos rencores guardados. El primero, el que le inspiraba su cuerpo, aquel inútil que nunca se comportaba como los demás, que durante años sintió como un lastre pesado. También el del futuro yermo que imaginaba cuando aún pensaba que nunca tendría hijos. El de los amigos con hijos a quienes ella envidiaba como nunca había envidiado nada ni a nadie. Piénsalo fríamente, le decían, así no te complicarás la vida. Pero ella no quería pensar nada fríamente, sino enredarse, aunque se daba cuenta de que no tenía ningún sentido. Claro que ¿desde cuándo hacemos solo lo que tiene sentido? Ella deseaba traer a una persona a este mundo superpoblado donde han pasado cosas horribles y donde, con toda seguridad, pasarán muchas más. Quería amamantarlo, acunarlo, verlo dormir, reír, dar los primeros pasos; quería para él todo lo que ella había tenido y todo lo que le había faltado y quería reñirlo y quererlo con toda el alma y también quería desesperarse porque no tenía tiempo para nada y porque no podía dormir y porque iba mucho más cansada y dormida que antes, de aquel modo en que solo van cansadas y dormidas las madres con criaturas muy pequeñas.

El primer recuerdo que tiene de él, aún tumbada en la camilla del paritorio y con el médico laborando entre sus piernas: un niño como un coágulo, retorcido sobre sí mismo, la cabeza en los pies, sucio y mojado, de pelo muy

negro y piel de color lavanda oscuro. El cordón umbilical llevaba horas estrangulándolo, dijo la comadrona, por eso estaba un poco cianótico, enseguida se le pasaría. Reina sintió nada más verle un ahogo tan vivo como no había sentido jamás. Sorpresa. Así que eras tú quien bailaba dentro de mí, quien en las últimas semanas no me dejaba sentarme. Era raro verle allá afuera, independiente para siempre. Pensó que nunca podría dejar de sentirlo como un pedazo de ella misma, una parte muy esencial de lo que era.

Acercó un dedo a su mano pequeña, de piel un poco áspera, como la de un pescado recién sacado del agua. Él se la agarró con una fuerza que la sorprendió. Reflejo de presión palmar, dijo el médico. Una reminiscencia de cuando nos colgábamos de los árboles. Desaparece a los seis meses para convertirse en movimiento voluntario. Ahora lavaban a su hijo y se lo devolvían, le dijeron. Nerviosa, sin ver nada, miraba desde la distancia y pensaba en el adjetivo que acababa de escuchar: *su*, *suyo*. Ella no sentía que el hijo fuera *suyo*. Más bien sentía que era ella la que de pronto pertenecía a alguien. Aquella persona pequeña y de color lavanda era el único ser en el mundo a quien nunca podría ser infiel, a quien nunca fallaría, de quien no querría alejarse. Ahora su papel se había redefinido: consistía en permanecer atenta por si alguna otra vez su hijo volvía a necesitar aferrarse a ella.

De todo esto Alberto no quiere saber nada. Protesta cuando le habla del día en que nació. Piensa que es «una porquería», «un asunto desagradable». ¿Por qué los adultos se empeñan en contar cosas tan asquerosas? Además, qué vergüenza le da pensar en sí mismo cuando era un bebé. Se siente ridículo. Odia la intensidad con que su madre habla de ello, cuando lo hace. Él no le ve pasión por ninguna parte. Todo el mundo nace, no hace falta presumir de ello.

En resumen: Reina dejó hace mucho de hablarle a su hijo del día en que nació.

Con el tiempo, espera poder dejar también de hablarle del día en que no murió.

De aquella llamada que de pronto dividió la vida en antes de y después de.

Alberto aún es demasiado joven para entender que las cosas que han ocurrido y las que podrían haber ocurrido se parecen un poco: ambas tienen consecuencias invisibles, como las secuelas de una enfermedad.

4

Bajo la mirada asustada de Tom —que ni pregunta ni se atreve a decir nada—, Reina mete de cualquier manera sus cosas dentro de la maleta, se pone la primera ropa que encuentra y se despide con la mano de su compañero de habitación y diablura. Le dice que no se preocupe, que se quede allí, que ella hablará con la multinacional, si hace falta, que haga turismo por los dos. Le dice un montón de cosas que más tarde no recordará haber dicho, y que le podría haber dicho a cualquiera. Acto seguido, en el ascensor, decide que no dará explicaciones en recepción, que se marchará sin hacer ruido y que parará un taxi en la calle helada, porque necesita sentir la punzada del frío.

El taxi es un trasto oxidado que patina sobre la nieve dura. Un grupo de operarias robustas, que llevan monos, botas de agua y ropa de abrigo y van armadas con picos y palas, empiezan a amontonar la nieve a un lado de la acera, para abrir un paso seguro. De camino al aeropuerto, Reina comprueba que en todas las calles hay brigadas parecidas, y que la mayoría están formadas por mujeres como las que acaba de ver. Ahora la nieve está sucia, apelmazada. En solo unas pocas horas el paisaje ha pasado de idílico a impráctico.

Llama a la jefa de recursos humanos de Newzer en Rumanía, Agnetta No-recuerda-qué-más, una mujer demasiado mayor para tener un cargo de tanta responsabilidad, y le dice que se va. Asuntos personales urgentes y gravísimos, alega, remarcando el superlativo, porque quiere que quede claro

que no es un capricho, pero ha decidido que la verdad no se la dirá a nadie. Le pide por favor que informe al señor Mirchandani y que, sobre todo, le deje muy claro que lo lamenta enormemente y que no lo haría si no fuera un caso de fuerza mayor. Quizá alguien pensará que es una excusa para irse a retozar con el amante que anoche tuvo la desfachatez de llevar a la cena, pero da igual. De hecho, la jefa de recursos humanos no solo lo piensa, también se lo insinúa, antes de preguntarle qué tiene que contarles a los quince aspirantes que han viajado hasta aquí ex profeso para que ella les entreviste. Qué ha de decirle, por ejemplo, al candidato japonés, o al sudafricano, que han viajado desde el otro extremo del mundo y que quizá no tenían previsto perder el tiempo visitando Rumanía. La regañina va subiendo de tono, como el movimiento final de una sinfonía, y acaba con el golpe de efecto de una amenaza inminente de demanda.

Reina no tiene ganas de discutir. Le contesta que tiene toda la razón, pero que se trata de un asunto de prioridades. Que ahora nada tiene para ella ninguna importancia, incluidos los candidatos. Le anima a que hagan lo que crean oportuno y se despide sin darle la oportunidad de decir más burradas.

Llama de nuevo a Félix, para preguntarle en qué restaurante están. Su ex no contesta al teléfono. Entra una llamada de Sam, que está tan furioso como ella.

—¡Ese cabrón le ha desactivado el geolocalizador a tu hijo! —grita.

—¿Qué dices?

—El móvil de Alberto. La aplicación de búsqueda dice que todavía está en el hospital. La ha desactivado.

—Querían estar solos.

—Pues yo no quiero que Alberto esté solo con ese. Hoy, no. Los buscaré por todo el barrio, restaurante a restaurante.

—Sam, cálmate.

—Lo siento, pero no puedo. Te llamo luego. —Y cuelga.

Tom acaba de enviarle un mensaje: «Reinita, espero que todo vaya bien y que tengas una buena vuelta a casa. Nos vemos en Praga.»

No piensa contestarle. Y tampoco piensa volver a verle. Ni en Praga ni en ninguna otra parte.

5

Sam activó la geolocalización del teléfono de Alberto el mismo día que le regalaron su primer móvil. Es decir, el día que el niño comenzó secundaria y decidieron que volvería solo a casa porque las canguros ya habían pasado a la historia. Reina le hizo sentarse a la mesa de la cocina, le puso delante un papel y le dibujó el recorrido que tendría que hacer, marcando con diferentes colores los pasos de cebra, los semáforos y las calles sin señalizar que debía atravesar con mucho cuidado. Le contó lo que debería hacer si se perdía —«para eso llevas el móvil»— mientras el niño la miraba con cara de tener que soportar aquel rollo si quería ganarse su libertad. Aunque fuera una libertad tan escuálida y poco estimulante como la de ir solo a la escuela.

Alberto enseguida se aprendió el recorrido, el horario e incluso las líneas de autobús. A Reina, en cambio, le costó un poco más acostumbrarse a que ya no hacía falta ir a recoger al niño, ni llevarle a ningún lado, porque ahora se autodesplazaba. Le costó días superar el vuelco que daba su corazón cada tarde a las cinco, cuando el instinto le avisaba de que era la hora de ir a buscar a su hijo pero la razón le recordaba que ya no hacía falta. También la extrañeza de despedirle en ropa de andar por casa. «Adiós, adiós, hasta luego, ve con cuidado», y Alberto cerraba la puerta y ella se quedaba ahí, después de doce años de no dejarle nunca solo, alhelada. Como si no supiera que en cuanto los hijos empiezan a caminar ya quieren marcharse, y que ser madre consiste en permitir que lo hagan, siempre a la distancia adecuada a cada momento.

Pero con la geolocalización era diferente. Ese invento moderno les permitía ejercer de padres histéricos a cualquier hora y a cualquier distancia. Si el niño tardaba cinco minutos más, Sam ya le estaba enviando a Reina un mensaje informativo: «Está en la plaza Lesseps, por la velocidad parece que va en autobús.» A veces, el mensaje de Alberto y el de Sam coincidían. «Mamá, he subido al bus con retraso, estoy en la plaza Lesseps.» A pesar de que Sam le tenía controlado en todo momento, cuando ya estaba en casa le gustaba saberlo. «Ya está aquí», le informaba ella. O, si se olvidaba, él se apresuraba a preguntar: «Ha llegado, ¿verdad?», aunque ya lo sabía gracias a las pantallas.

Eran la peor pesadilla de un hijo. Que tus padres siempre sepan dónde estás y a qué ritmo te mueves por la vida. Cuando Reina era pequeña lo temía, fantaseando con que pudiera existir algo tan maléfico. Ahora existía. Pobres generaciones de hijos controlados por satélite.

Por suerte, aquella obsesión del principio se les fue pasando. Se acostumbraron a que su hijo se desplazara por el mundo. Hasta hoy. Hoy desearían otra vez saber dónde está, qué hace, qué camino toma. No tanto a qué velocidad se mueve: les bastaría con saber que se mueve. Que el teléfono aún emite señal. Que no lo ha triturado ningún tren. Porque si el teléfono está vivo, Alberto también.

6

Amplía la foto del informe de la psiquiatra que Félix acaba de enviarle. Pasa sobre las palabras que no le gustan tan deprisa como puede. No quiere leerlas. No quiere saber nada de lo que dice este papel. «El paciente expresa malestar emocional», «ningún tratamiento somático habitual», «ausencia de tóxicos», «ningún antecedente de alteraciones conductuales», «durante la exploración, el paciente está consciente y globalmente orientado», «aspecto adecuado», «contacto visual parcial», «colaborador», «ansiedad psicofísica moderada», «no presenta cuadro clínico depresivo endógeno», «niega idealización suicida en el momento actual», «acepta pautas de conducta e inicio de seguimiento», «dado que no hay motivos para mantener al paciente ingresado en psiquiatría, se acuerda el alta con la familia», «se recomienda supervisión adecuada hasta la siguiente visita», «se explican pautas de conducta», «destino: domicilio».

Cuando levanta la mirada de la pantalla, Bucarest le parece más fea que nunca.

7

Quizá Bucarest no sea tan fea como parece. Quizá solo esté escondida detrás de las moles cenicientas de la era comunista. Esas avenidas inmensas trazadas con tiralíneas. La Casa del Pueblo, levantada sobre una colina donde antes estaba uno de los barrios con más historia. Ceaus,escu pasó sobre la ciudad como una apisonadora, borrando el pasado, como hacen los que temen la memoria de los demás. Solo dejó un centro urbano encantador y diminuto, que ha visitado un par de veces, y que le gusta porque es el único lugar de Bucarest donde es posible olvidar lo que ocurrió aquí.

En cambio, anoche y bajo la nieve la ciudad le parecía otra cosa. Ayer, cuando salieron del Nexe Zahana, a ella y a Tom les apeteció caminar por las calles a diecisiete grados bajo cero. Ante todo, para librarse de la rigidez de la velada con los ejecutivos. Hasta que aguantaran, se prometieron. «Hasta que se me congelen los huevos y no sirvan para nada», dijo él. Sus pasos crujían sobre las aceras blancas. El vino de la cena, los licores de la sobremesa y la excitación del momento les hacían reír. Recorrieron unos cuantos metros. Ella señaló el rincón de un jardín donde se había formado una montaña de nieve virgen y dijo:

—Dan ganas de lanzarse ahí.

—Pero no te atreves.

—¿Que no?

Reina corrió hacia la montaña nevada por estrenar. Se dejó caer de cara,

en plancha. La nieve blanda, crujiente, acogió su cuerpo. El frío, tan vivo, la hizo reír. Tom la quería salvar, pero ella tiró de su brazo. Se le cayó encima. Los dos rodando por la nieve a las tantas de la noche y a diecisiete grados bajo cero. Cuando se pusieron de pie a ella le dolía la tripa de tanto reírse y en la nieve había quedado la huella de sus dos cuerpos. Decidieron que lo mejor sería parar un taxi. Estaban empapados. Los abrigos, los guantes, los zapatos, todo. Hacía falta llegar al hotel para entrar en calor y ponerse ropa seca. De camino, él introdujo la lengua en la oreja de ella:

—Reinita, te voy a calentar.

Se abrió paso dentro del abrigo, entre la ropa, hasta el botón de los pantalones —un incordio en su camino—, lo desabrochó, tocó piel tibia con una mano helada, buscó los pliegues y la humedad de la carne y hundió en ella dos dedos. Reina dejó escapar un gemido. Sus ojos, muy abiertos, tropezaron con los del taxista, que la miraban mal desde el retrovisor. Estas extranjeras no tienen vergüenza, debía de estar pensando.

En la puerta del hotel volvieron a besarse y ella le devolvió la provocación del taxi metiendo las dos manos en sus pantalones. Nada más un instante, porque hacía demasiado frío para ejecutar esas maniobras a la intemperie. Esperaron a que se cerraran las puertas del ascensor para abalanzarse el uno contra el otro. Una vez en la habitación se quitaron mutuamente la ropa empapada y saltaron sobre la cama con tanta urgencia que ni siquiera apartaron el edredón de seda. Un cuerpo desconocido es como un juguete nuevo y sin instrucciones, un festín para los curiosos. La cosa fue bastante bien, y en la conversación que vino a continuación, los dos desnudos y enredados con las sábanas, el tiempo verbal más empleado fue el futuro. Buscarían más oportunidades para follar en hoteles de cinco estrellas, se prometieron el uno al otro. Aquello se tenía que repetir.

—El mes que viene voy a Londres y a Praga —dijo Reina—. ¿Cuál de las dos te gusta más?

—¿No pueden ser las dos?

—No, o dormiré más noches contigo que con mi marido.

—A mí me parece bien.

A Reina no. Como si la traición numérica fuera peor que la traición a

secas.

—Tienes que elegir una —dijo.

—No. Tú —reía él—. Tú mandas. Yo solo soy el mantenido.

—Entonces, elijo Praga.

—Ah, muy bien. ¿Y por qué?

—Porque en Londres quiero ir al teatro.

—Pues entonces ya está decidido.

Reían, pero hablaban en serio. A Reina le gustaba la idea de follar con Tom en una *suite* con vistas al Moldova. Mucho más que hacerlo en otra con vistas a Trafalgar Square. Fue un contrato verbal.

Ha sido la visión de la plaza, con el jardín invadido por la nieve sucia, lo que la ha expulsado de golpe de esos pensamientos. Ha pasado a demasiada velocidad como para ver si la huella de los dos cuerpos aún sigue allí. Si está, es cuanto queda de esta historia, la de Tom y ella, que nunca debería haber resucitado. Ahora la noche anterior parece muy lejos, a una distancia que no es cronológica. Como la versión de sí misma que le propuso a Tom acompañarla a Rumanía. Una Reina que se sentía a salvo de todo, que ahora ya no existe.

Faltan aún tres horas, pero nada más llegar al aeropuerto Henri Coandă, Reina consulta una pantalla de información de salidas. *Departures. Destination: Barcelona. Delayed*, retrasado. No hay información de puerta ni de hora previstas. Atraviesa medio aeropuerto hasta dar con un punto de información. Allí, una mujer que se esfuerza por poner buena cara le cuenta en inglés que una ola de frío siberiano afecta Europa desde hace varios días, y que es terrible, como hacía décadas que no se producía ninguna. La llaman «la Bestia del Este», porque lo devasta todo a su paso. En Alemania han llegado a los treinta grados bajo cero, en Irlanda el miedo de la población ha vaciado de comida los supermercados y en Escocia el gobierno ha decretado la alerta máxima. En todas partes se cancelan vuelos, se paran trenes y se cierran carreteras. En Rumanía es especialmente grave. Las temperaturas son extremas. Las condiciones, pésimas. Ha habido ya dos muertos. Todo el mundo piensa que habrá más.

—Pero saldremos hoy, supongo —dice Reina, como si no hubiera escuchado nada de lo que acaban de decirle.

La mujer, que sonrío sin ganas, no puede saberlo.

—¿Y cuándo lo sabrá?

No se lo puede decir. Nada de esto pinta muy bien, ¿no ha visto las noticias? Es realmente extraordinario. Sin embargo, le pide que no se preocupe. En cuanto tenga noticias se las comunicará.

—No lo entiende. Yo necesito volver hoy mismo a Barcelona. Es una situación familiar grave —salta Reina, como si de la tormenta tuviera la culpa esta mujer.

Por toda respuesta recibe una mueca de resignación y un encogimiento de hombros. No hay nada que hacer. No se puede ir en contra de una tormenta siberiana.

Reina por fin se rinde y da media vuelta. Envía un mensaje a Sam:

«El avión va con retraso por culpa de una tormenta. ¡Mierda, mierda y mierda!»

Se detiene ante un monitor mudo donde un hombre del tiempo señala en un mapa de Europa una mancha gigante que cubre Bulgaria, Rumanía y buena parte de Ucrania y de Polonia. Es de un bonito color azul de Prusia. A continuación aparecen imágenes de paisajes nevados, coches y señales de tráfico soterrados en la nieve, ríos helados, fuentes públicas llenas de carámbanos.

Más allá de las paredes de cristal de la terminal, la nieve y el viento forman un caos que lo domina todo. Allá arriba, muy lejos, se adivina la luz anaranjada de un sol que declina. Más cerca de los mortales que contemplan asustados la escena solo está la negrura de los nubarrones y el caos de las calzadas heladas. A solo unos pocos metros, apenas distinguibles, un par de operarios de pista luchan contra las ráfagas de viento, que no les permiten avanzar. Más que una tormenta siberiana, se diría que Siberia ha decidido expandirse, como los imperios de la Antigüedad. Si Reina se detuviera a observar un instante el panorama real del exterior en lugar de permanecer atenta a la pantalla iluminada, la escena le habría recordado a un cuadro que adora, *Snow Storm, Tormenta de nieve*, de William Turner, una obra de las consideradas históricas de la última etapa del pintor romántico inglés, también conocida como *Hannibal Crossing The Alps*. Le habría parecido muy oportuna y hasta se habría identificado con la necesidad de Aníbal de cruzar los Alpes a toda costa. Claro que él lo hizo con un ejército y ella solo lleva una maleta y un peso de plomo en el corazón, pero le habría parecido que, en la pequeñez de la soledad, la duda y el miedo de Aníbal se parecían a los suyos. Sin embargo, Reina no puede ahora pensar en Aníbal: permanece atenta a los

avisos que recorren la parte inferior de la pantalla y que anuncian que en Bucarest la tormenta se reactiva, con ráfagas de viento de hasta ciento cincuenta kilómetros por hora, nevadas abundantes y temperaturas polares. No mira por la ventana. Hoy día las pantallas son las ventanas por las cuales observamos el mundo. O, al menos, la parte del mundo que otros quieren que veamos.

Como todos los aeropuertos de los alrededores, en diversos países, el Henri Coandă está colapsado. La terminal está llena a rebosar de gente resignada. No hay un solo lugar libre donde sentarse. Intenta dar con algún asiento donde instalarse cuando se da cuenta de que tiene en el móvil una llamada perdida de un número largo. Seguro que son los de Newzer, que quieren ir concretando las amenazas. Les llamará dentro de un rato. Recuerda a los quince altos ejecutivos —de razas y edades distintas, todos hombres— que debía valorar: un puñado de egos a quienes el hecho de someterse al dictamen de una mujer ya les parecía lo bastante indignante. No quiere ni pensar cómo estarán ahora. Qué dirán al saber que la experta —en femenino— de fama internacional les ha dejado plantados. Y qué hará la compañía. Tal vez confiará la selección a otra persona. O lo harán ellos mismos, los directivos con quienes cenó anoche, y que tan alegremente reconocieron que ellos, como Poncio Pilatos, lo que mejor saben hacer es lavarse las manos. La verdad, tiene cosas mejores en las que pensar.

«Mensaje del número... —una retahíla de cifras—, para escucharlo pulse...»

No lo escucha. Sus preocupaciones más perentorias son otras. Encontrar un lugar donde instalarse, por ejemplo. Tomarse un café. Saber qué ocurre en Barcelona, qué hacen sin ella.

Las palabras que le ha enviado a Alberto hace un rato ni siquiera aparecen como leídas. Escribe a Sam para probar suerte:

«¿Has encontrado al niño y a Félix? ¿Puedes hablar?»

No hay respuesta. Debe de haber dado con ellos, deben de estar juntos, por eso nadie atiende al móvil. Le inquieta imaginar a los tres hombres de su vida sentados alrededor de una misma mesa: el pasado, el presente y el futuro. Le gustaría saber de qué trata la conversación. O puede que le convenga más no

saberlo.

Busca un pedacito de pared donde apoyarse y vigila desde allí la zona de asientos, por si queda alguno libre. Tiene pocas probabilidades.

Abre el correo electrónico y escribe un mensaje al jefe de estudios del instituto de Alberto.

De: Reina Gené

Para: Jefe de estudios

Hola, Juan Carlos:

Te escribo para decirte que, a pesar de no haberlo sabido por vosotros, estoy al tanto de lo que hoy le ha ocurrido a mi hijo. También estoy asustada, claro. Quería preguntarte, lo primero, por qué razón no me habéis llamado para comunicármelo, igual que otras veces, y en cambio habéis llamado a mi primer marido que, si no me equivoco, figura el tercero en la lista de familiares a quienes hay que avisar si se presenta algún problema. Os agradecería que de ahora en adelante respetéis mis preferencias, con el fin de evitarnos graves conflictos familiares. Muchas gracias.

Reina Gené (madre de Alberto Gama)

Envía el mensaje y se entretiene en mirar sin mucho interés la bandeja de entrada, repleta de correos que no piensa contestar ahora. Casi todos de trabajo. Uno de ese pesado de Leandro Vives, el profesor empeñado en que ella tiene unas cartas que no ha visto nunca. Qué pereza, todo. Deja el móvil en reposo. Cierra los ojos. Ojalá ella también tuviera un botón de apagado; uno que permitiera, cuando la vida duele, dejarla en suspenso. Ahora lo necesita.

Va al baño y al salir decide dar una vuelta por la terminal para ver si tiene suerte y encuentra por fin una silla, un asiento, un pedazo de suelo. Las zonas de espera están de bote en bote: cualquier espacio mínimamente confortable está ocupado, y eso incluye el suelo cubierto con una moqueta gastada y polvorienta sobre la cual un buen número de jóvenes dormitan con las cabezas apoyadas en sus mochilas. Recorre los pasillos y las salas de extremo a extremo. Nada.

En una hamburguesería que queda al otro lado del pasillo distingue una pareja que se levanta, liberando una mesa. Echa a correr tan rápido como puede, arrastrando la maleta y en zigzag para esquivar a la gente. Se lleva más de un grito y algún insulto, pide disculpas sin detenerse y por poco se le cae el móvil, pero lo logra. Ha conquistado la única mesa libre de todo el aeropuerto, una que queda en un rincón, frente a la pantalla de televisión sin volumen donde sigue el bucle interminable de las noticias. El Brexit, Trump, *Catalonia*, Valentino Rossi... el mundo se empeña en seguir como si tal cosa, a pesar de la sobrevenida falta de interés de Reina. Lo único que ahora le interesa es la mesa. Así de simple. La pareja que se marcha la mira con lástima. Parecen asustados solo de comprobar lo que algunas personas son capaces de hacer para conseguir un rincón triste en un restaurante horrible. Reina amontona las bandejas de plástico llenas de desperdicios, limpia la superficie artificial con una toallita húmeda que llevaba en el bolso y se instala, orgullosa de su gesta, en el rincón. Esto no lo habría hecho en ninguna otra parte, piensa, pero ahora y aquí tenía que hacerlo. No hay un lugar que altere más las reglas del tiempo y el espacio que un aeropuerto. No es tan raro que también transforme a la gente, se dice.

Recuerda que no ha comido nada desde el desayuno y va a por un café con leche. Se lo dan en un vaso de plástico con tapa que lleva impreso el logotipo rojo de la cadena. Quema. Se lo toma a pequeños sorbitos, mientras revisa el correo electrónico. El jefe de estudios ha contestado:

De: Jefe de estudios

Para: Reina Gené

Estimada Reina:

Lamento mucho que nuestra actuación de hoy te haya causado «graves conflictos familiares» (y también la situación que estáis atravesando). El protocolo en estos casos manda que se llame al padre, la madre o los tutores legales del chico o chica en cuestión, en el orden que ellos mismos hayan indicado a principio de curso al firmar el documento pertinente. El orden, según consta en la ficha de vuestro hijo, dice que primero debemos llamarte a ti (cosa que hicimos, aunque no conseguimos localizarte) y después al señor Samuel Navarro. Pero dado que el señor Navarro no es el padre ni el tutor de Alberto,

decidimos hacer lo que dice la ley y localizamos al señor Félix Gama, que es quien finalmente nos atendió y, todo hay que decirlo, se hizo cargo con mucha rapidez de la delicada situación.

Aprovecho para hacerte saber que muy pronto Bárbara, la tutora de Alberto, se pondrá en contacto contigo. Nos convendría disponer de los informes médicos del servicio de urgencias. Si pudieras enviármelos a este mismo correo, yo mismo se los haré llegar a la orientadora del centro. Asimismo, tanto la dirección del instituto como el equipo de orientación psicopedagógica y también yo mismo quisiéramos mantener con vosotros —padres y tutores— una reunión para hablar de lo ocurrido y de cómo actuar a partir de ahora. Si pudieras darme un par de posibles fechas, trataríamos de ir concretando la reunión. Saludos.

Juan Carlos

Reina escribe con prisas y sin mucho cuidado. El mensaje le sale lleno de erratas que no se entretiene en corregir.

De: Reina Gené

Para: Jefe de Estudios

Disculpa, pero estoy MUY segura de no haber recibido ninguna llamada de vuestra parte. Te ruego que revises con cuidado quién se encargó de avisar a la familia tras el incidente y por qué razón no lo hicieron del modo en que habíamos establecido.

En cuanto llegue a casa, con la agenda en la mano y un poco de calma, buscaré una fecha para la reunión de la que me hablas. Un saludo.

Reina Gené (madre de Alberto Gama)

9

Bárbara Graells también le ha escrito. Necesita empezar a leer el mensaje dos veces para entender de quién es y de qué trata. La tutora de su hijo es una profesora veterana, de esas que hablan mucho y escuchan poco, que han visto de todo y que precisamente por eso ya no creen en nada y, en cambio, están convencidas de tener más razón y autoridad que nadie solo porque tienen más años. Hace ya tiempo que la ilusión dejó paso en ella a una acritud sin esperanza, que ya ni siquiera encuentra consuelo en el cómputo de los pocos años que le quedan para prejubilarse.

Reina y Bárbara mantuvieron una entrevista a comienzo de curso, de la cual ambas salieron pensando que no hace falta reunirse con nadie solo para corroborar que todo va de maravilla, que la ley es muy absurda si establece ese tipo de obligaciones de rutina en lugar de dedicar tiempo y recursos a quien de verdad lo necesita.

De Alberto la tutora resaltó su buena predisposición, la magnífica relación con los compañeros, su carácter extrovertido, el buen rendimiento académico y su actitud en clase. Era una joya, dijo, sonriendo, porque entonces todo iba bien y Alberto era uno de esos alumnos que sube la puntuación del centro. Reina salió de la reunión pensando que era la pérdida de tiempo más agradable que había vivido en mucho tiempo.

Ahora todo ha cambiado. Lo nota solo con leer el encabezamiento del mensaje:

De: Bárbara Graells
Para: Reina Gené

Querida Reina:

Hace tiempo que quiero escribirte para hablar de las notas de Alberto (que ya debes de conocer) y el cambio que todos hemos notado en su rendimiento académico. Siento tener que hacerlo precisamente hoy, pero creo que es urgente que nos veamos. No solo tú y yo, como la última vez, también su padre y el equipo psicopedagógico del centro. Creo que deberíamos analizar qué relación existe entre su bajo rendimiento de las últimas semanas y esto tan terrible que ha ocurrido hoy. Estoy segura de que saberlo nos ayudará a comprenderle mejor y nos permitirá trabajar juntos para ayudarlo. Si lo preferís, y para que os resulte más cómodo, podríamos vernos el mismo día de vuestra reunión con el equipo directivo. Quedo a la espera de tus noticias. Un abrazo.

Bárbara (tutora)

Reina relee un par de veces las palabras de Bárbara y trata de recordar cuándo fueron las últimas notas de Alberto. Cuánto hace que debía traerlas. Si las firmó o no. No se acuerda. Nunca ha sido buena policía de su hijo. Siempre ha confiado en él. Tal vez debería haber estado más pendiente. Tal vez no es una buena adulta. Tal vez es una mala madre.

De: Reina Gené
Para: Bárbara Graells

Hola, Bárbara:

¿De qué bajo rendimiento me hablas? ¿Cuáles han sido esas notas tan terribles de mi hijo? Sean las que sean, no estoy al tanto. Todo esto, como tantas cosas hoy, es nuevo para mí. No obstante, nos vemos cuando quieras. Me parece bien aprovechar el mismo día de mi reunión con Juan Carlos. No sé si mi exmarido podrá acompañarnos, pero se lo preguntaré. Saludos.

Reina

10

Le asusta la entrada de una llamada. Número oculto. Debe de ser la psiquiatra. Le sorprende escuchar una voz de hombre que habla en un inglés británico perfecto. Casi amanerado.

—¿Reina Gené, por favor?

—Soy yo.

—Habla Ulf Everink. —Silencio. Reina no cae en la cuenta—. Nos hemos conocido esta mañana, en el Athenee. ¿Me recuerda?

—Hola, señor Everink. Claro que le recuerdo. ¿De dónde ha sacado mi número personal?

—Me han dicho que ha tenido que irse por un problema familiar. Espero que haya llegado bien al aeropuerto.

—Perfectamente, gracias. ¿Le puedo ayudar en algo?

—De hecho, solo quería desearle un buen vuelo. Espero que no sea nada grave eso que le...

Le desconcierta esta amabilidad tan fuera de lugar.

—Gracias, pero no entiendo cómo ha conseguido mi número.

—Ah, se lo he pedido a la gente de Newzer. No se preocupe, no se lo daré a nadie.

—¿A quién, exactamente, de Newzer?

—No sé su nombre. ¿Es importante?

—Lo es porque tienen órdenes de no facilitar mis datos personales.

—¿En serio? Me sorprende. —O el señor Everink es muy buen actor o realmente está sorprendido—. Si hubiese sabido que le molestaba, no lo habría hecho. Le pido disculpas.

—Déjelo.

—Por cierto, me ha parecido que están un poco molestos con usted.

—Normal. No esperaba que se lo tomaran bien.

—También alguno de los candidatos.

—¿Como usted, por ejemplo?

—No —ríe—, yo lo comprendo. Sé muy bien lo graves que pueden ser los problemas personales. No busque dobles intenciones en mi llamada. Soy sincero con usted. Créame.

—Claro.

Reina no le cree en absoluto. Confirma la impresión que tuvo durante la entrevista: dominante, gran ego, capacidad de liderazgo, mucho encanto personal, impertérrito. Eso último le puso las cosas difíciles. Tuvo que preguntar el doble para conseguir la mitad de la información que con otros candidatos. Nada le altera, ni las preguntas calientes ni las de mayor carga emocional. Es una persona difícil de leer.

—Le agradezco su llamada, pero ahora le tengo que dejar —dice, incómoda con la situación.

—Lo entiendo. Espero que nos veamos pronto y tengamos la oportunidad de conocernos mejor.

—Buenas tardes, señor Everink.

¿Para qué la ha llamado, realmente? ¿Qué insinuaba con su última frase? ¿Quién le ha facilitado su número de teléfono? Lo medita durante un rato pero enseguida se le olvida. Hoy Ulf Everink ocupa un lugar muy bajo en su lista de prioridades.

Cierra un instante los ojos, mientras se calienta las manos con el vaso de papel. Le cuesta respirar con calma. No es el señor Everink quien la ha puesto tan nerviosa. Es la situación. Encontrarse así, varada en este nudo de espacio y tiempo. Quizá podría hacer algo. Alquilar un coche, por ejemplo. Aunque no está segura de qué ruta debería seguir, ni qué países debería atravesar, ni si la tormenta se lo permitiría. ¿Por dónde debería pasar? Serbia, Croacia, Italia, Francia... ¿cuántos kilómetros? ¿Dos mil? ¿Más? Acaso haya algún camino más largo pero más seguro. ¿Cuánto tiempo tardaría en llegar a casa? ¿Merece la pena intentarlo? Abre el navegador y busca empresas de alquiler de vehículos. Las hay aquí mismo, en el aeropuerto, pero si se levanta para ir a su encuentro perderá la mesa.

La ha dejado embarrancada una tormenta. Un fenómeno atmosférico. Nunca nada ni nadie la había retenido allí donde no deseaba quedarse. No está acostumbrada. Tiene que haber una solución. Si la hay, tiene que dar con ella. Su cabezonería infantil nunca le ha fallado. Llamará para informarse, preguntará si hay coches disponibles, qué modelo. Si tiene que recorrer dos mil kilómetros quiere poder hacerlo con comodidad. Por suerte, tiene un teléfono móvil.

Por fortuna, alguien que no tiene ni idea de quién fue, pero que debió de ser estadounidense —porque todas las cosas que nos han cambiado la vida o nos la han echado a perder para siempre fueron imaginadas, diseñadas o

fabricadas por un estadounidense—, alguien, por fortuna, inventó el teléfono móvil, este cacharro que con frecuencia le amarga la vida, y del que tan a menudo ha despotricado o ha pensado en librarse; qué suerte no haberlo hecho, se dice, qué suerte pertenecer a una de las primeras generaciones que pueden disponer de un teléfono móvil para resolver sus miserias, y qué maravilla vivir en el siglo XXI, el siglo de la aldea global, las comunicaciones y la tecnología. El siglo en que todo parece haber evolucionado tanto. Todo excepto nosotros, los seres humanos.

El *personal assistant* americano del señor Mirchandani le hizo llegar un dossier con los perfiles de los quince candidatos a ocupar el cargo de nuevo director del departamento legal de Newzer y le preguntó qué necesitaba para la ronda de entrevistas. Ella pidió un par de cámaras conectadas a un ordenador, el salón de baile del hotel Athenee y una ayudante guapa, joven, a sus órdenes, a quien ella diría cómo debía ir vestida y qué debía hacer en cada momento. Las cámaras, la ayudante y el hotel de lujo formaban parte de una misma estrategia, que nunca le ha fallado.

Los candidatos, todos hombres, todos gallos de sus respectivos gallineros, todos muy seguros de sí mismos, llegarían a la *strada* Episcopiei, entre la plaza de la Revolución y la avenida de la Victoria, y atravesarían la puerta principal del Athenee. Nada más entrar quedarían atrapados por la visión de las columnas dóricas y los mármoles geométricos del vestíbulo de estilo *Belle époque*, más o menos como debieron de quedar los reyes y reinas, espías, diplomáticos, artistas de Hollywood y gente de la alta sociedad que frecuentaron este lugar a principios del siglo XX. El salón de baile, grande, cuadrado como un claustro, abundante en ornamentos dorados, de suelos alfombrados y esponjosos y cubierto por una gran cúpula de cristal multicolor, quedaba al fondo. Para llegar hasta allí había que someterse primero a los efectos del vestíbulo. Y justamente a la entrada del salón de baile, muy sonriente, preparada para hacerles esperar un cuarto de hora en una butaca

estilo Luis XIV, les recibía la joven y preciosa Cordelia, con minifalda, medias oscuras y un escote en el que era imposible no fijarse.

Reina está convencida de que la belleza y el lujo transforman a las personas. Les hacen actuar de manera diferente. Algunos menguan, otros se hinchan. Ella los estudia cuando creen que nadie los mira. Mientras esperan, se ponen nerviosos, resoplan, hacen llamadas indiscretas o, simplemente, observan con calma el móvil y se comportan de un modo adecuado. Alguno de verdad excéntrico saca un libro y se pone a leer, tan tranquilo. Todo queda grabado en el disco duro del ordenador de la compañía, que Cordelia se habrá encargado de conectar. Después ella comparará las reacciones de los candidatos a solas con las respuestas que dieron en la entrevista. Buscará coincidencias pero, sobre todo, divergencias. Los resultados a veces son muy interesantes.

Los responsables de recursos humanos le dijeron a todo que sí, como siempre. Ella se instaló en una pequeña sala anexa al salón de baile. Su portátil y su tableta (ya era del todo incapaz de tomar notas a mano) en una mesa auxiliar. Con la tableta, disimuladamente, siempre toma fotografías que más tarde adjunta a sus informes. Los candidatos esperaban en el suntuoso salón hasta que Cordelia les avisaba, siempre quince minutos más tarde de la hora de la cita. Algunos de los que habían protestado durante el tiempo de espera saludaban a Reina con una sonrisa encantadora. Primer elemento a observar: el apretón de manos. La gente no se imagina cuánta información transmite un simple apretón de manos. Si la palma mira hacia abajo, significa carácter dominante. Si mira hacia arriba, sumisión. Las personas que estrechan la mano del otro con fuerza son de las que marcan territorio. Saben que son líderes y quieren demostrarlo. Los que encogen la espalda y dejan caer una mano floja son dóciles y poco capaces de liderar nada. Reina sabe que la información que los candidatos proporcionan con un apretón coincide punto por punto con lo que dicen durante la entrevista. Por eso apunta cada detalle. De Ulf Everink apuntó: dominante, seguro, ausencia total de nerviosismo, pleno dominio de sí mismo, ego enorme.

Ulf Everink vestía un traje de marca, caro, con un chaleco clásico y una corbata atrevida de color verde pistacho. Tenía la piel morena y curtida por el

sol. Peinado impecable modelado con fijador, zapatos lustrosos, reloj impresionante, pluma estilográfica de oro en el bolsillo superior derecho y pequeño pendiente en la oreja izquierda. Azul, acaso solo por casualidad a conjunto con sus ojos. Preciosos, por cierto. Incluso Cordelia se dio cuenta. Un diez. Alguien que cuida las apariencias tanto como el saludo porque sabe que son las dos cosas en que primero se fijan quienes nos ven por primera vez.

Los primeros quince minutos Reina siempre los dedica a hablar de temas triviales. ¿Le gusta la ciudad? ¿Había estado alguna vez en Rumanía? ¿Le molesta que haga tanto frío? ¿En qué hotel se aloja? ¿Cómo ha llegado hasta aquí? ¿Qué planes tiene para esta tarde? En una entrevista no hay que tener prisa por comenzar —suele aconsejar en las conferencias que imparte a menudo—; cuanto más tiempo dediquemos a las preguntas iniciales más información obtendremos sobre el candidato y mejor podremos establecer una línea base de comportamiento que nos permita más tarde comparar sus reacciones ante las preguntas calientes. Reina lee personas como otros leen libros. Pueden mentir con las palabras, pero no con los gestos o las expresiones —le gusta remarcar también—; ante la duda acerca de cuál de los dos es cierto, siempre prevalece el lenguaje no verbal. Es mejor grabarlo todo y que quede constancia. Así se evitarán problemas posteriores en caso de que alguien mienta sobre lo que dijo en la entrevista, pero sobre todo podrán revisar la grabación tantas veces como sea necesario para analizar en frío todas las respuestas.

Ella siempre lo graba todo. Desde el primer segundo. Por eso se puede permitir no parecer muy atenta durante la entrevista. Los candidatos se relajan si ven que no los miras fijamente. También en el primer minuto comienza a redactar el informe confidencial que más tarde entregará a la compañía. Apunta en él todos los detalles que cree importantes. Acompaña sus informes de un documento encriptado que contiene su elección. «Sugiere» a quienes según ella reúnen mejores aptitudes para el cargo —normalmente un candidato y un suplente, por si acaso—, que suelen ser también quienes demuestran mayores concordancias entre lo que son y lo que dicen ser. Nadie duda de su criterio. Su opinión es la que cuenta. Siempre acierta. Las grandes empresas se la disputan. Para Newzer ha trabajado en una veintena de ocasiones.

Del proceso de selección que ha tenido que interrumpir, una de las pocas cosas que tiene claras es que su candidato no habría sido Ulf Everink. Demasiadas discordancias. No respondió las preguntas cerradas, esas en las que se espera que los candidatos solo digan sí o no. Fue evasivo. Demostró poca emotividad, incluso ante las preguntas calientes. Cuando volvió a preguntarle lo que no le había quedado claro, le creó más dudas. Y cuando al final le espetó si había sido sincero en sus respuestas y si quería cambiar alguna —una pregunta que descoloca a todos los candidatos—, él contestó: «Me parece bien así. Al fin y al cabo, la sinceridad depende del punto de vista, ¿no cree?»

Presentaba, como todos, un currículum impresionante. Treinta y cinco años. Soltero. Aficionado a: viajar, el surf, las plumas estilográficas. Doctor en Derecho por la Universidad de Bolonia, másteres en Derecho Penal y Criminología, especializado en delitos contra la libertad sexual y contra la vida; últimamente máster en Derecho Administrativo y Gestión de Empresas, experiencia personal demostrable como abogado de por lo menos dos grandes multinacionales y, más tarde, como directivo en dos cargos de alta responsabilidad. Actualmente dirigía un equipo de doscientas personas. Ganaba más de quinientos mil euros al año, seguro médico aparte. Perfectamente apto para el cargo. Su motivación confesa para buscar otro trabajo era: «Tantear cómo está el mercado y ver si puedo cambiar de aires.» Uno de sus lemas: «Los cambios son buenos.» En principio, su motivación para mentir debería ser escasa.

—¿De los delitos sexuales a la gestión de empresas no hay un camino muy largo?

—Sí. Podría hacer una broma gruesa, pero ante usted no estaría bien.

—¿Porque soy una mujer?

—No. Porque es la encargada de la selección y quiero el puesto.

—No me ha contestado.

—Tiene razón. Me aburro si hago siempre lo mismo. Una vez sé cómo funciona un mecanismo, me canso de él. Quizá no debería expresarlo de este modo.

—Veo que ha dirigido departamentos grandes. ¿Cómo se siente cuando

tiene que despedir a alguien de su equipo?

—No me lo planteo. Lo hago y punto. Procuro que los sentimientos no condicionen mis decisiones ni mi manera de trabajar. —Acababa todas las respuestas con una sonrisa de superioridad y, sin embargo, resultaba encantador.

—Creo que en 2014 su empresa despidió a más de mil trabajadores en todo el mundo. Supongo que a usted también le tocó despedir a alguno. Le debió costar no implicarse emocionalmente.

—Mire, ya hace tiempo que tengo un lema, tanto en la vida como en el trabajo: «Si te cuesta hacer algo, hazlo y punto.» Lo que quiero decir es, no hace falta que pienses, no hace falta que sufras, no hace falta que te preocupes. Hazlo. Es tu obligación. Para eso me pagan. ¿Cree que habría llegado hasta aquí si tuviera que plantearme todas y cada una de las decisiones que tomo? Usted seguro que debe saber cómo es de... —«Piernas cruzadas», «manos juntas sobre la rodilla», «ausencia casi absoluta de gesticulación», «ningún gesto evidente de contrariedad»— ... y sobre todo, no sabría cómo justificarlo delante del presidente, el señor Bross, que espera de mí que le resuelva problemas, no que le genere nuevas... —«nunca se debe interrumpir al candidato cuando habla, hay que dejar que se explique, pero es importante apuntar las incoherencias que detectemos en su discurso»— ... y no, precisamente, si los trabajadores se han disgustado o no, sino si han abandonado su puesto del modo y en el término más conveniente. Más conveniente para la compañía, por supuesto. ¿Era eso lo que quería saber?

—Perfectamente, señor Everink. ¿Dice que el señor Bross es su superior?

—Sí.

—¿Le importaría entonces si le pido referencias sobre usted?

Un momento de duda. Sonrisa. Ningún otro gesto. Finalmente:

—Si lo cree necesario.

—¿Eso es un sí?

—Sí.

—De acuerdo.

—¿Cómo se siente cuando pierde un caso importante?

—Mal. Soy humano.

—¿Ha perdido muchos?

—¿Es poco modesto decir que muy pocos?

—¿Qué hace cuando uno de sus abogados pierde un caso importante?

—Me siento con él e intento averiguar qué ha ocurrido.

—¿Cree que puede ganarlo todo?

—Por supuesto que no. —Sorpresa, enfado leve—. Pero hay muchas maneras de perder. Siempre ha de ser de la mejor manera posible.

—¿La ley es perfecta?

—La ley, sí. Los que la aplican, nunca.

—Por tanto, ¿el derecho es justo si se aplica la ley?

—La ley es como el fútbol (que odio). Gana quien mejor ataca o quien mejor se defiende. La justicia no juega.

«Discurso inteligente», «adecuación al entorno», «ausencia de duda», «profesional».

La primera de las preguntas calientes era evidente con solo mirar el currículum:

—¿Podría decirme qué hizo entre los años 2002 y 2009?

Una pausa de tres o cuatro segundos. Sorpresa. Evitación visual (por primera vez). Una sorpresa mayúscula. En cambio, no podía ser que Ulf Everink no esperara la pregunta. ¿Entonces?

—¿Qué hice? —Maniobra para ganar tiempo: repetir el enunciado.

—Sí. —Sonrisa de Reina—. En su currículum no dice nada.

—Me tomé un periodo sabático.

—Bastante largo.

—No lo niego. Lo necesitaba para hacer lo que deseaba hacer: la vuelta al mundo, con calma. Fueron unos años muy intensos.

—¿Se lo pudo permitir?

—Tenía ahorros. Y una herencia, que me pulí.

—¿De algún pariente cercano?

—De mi padre.

—¿Y por qué decidió volver a trabajar?

—Se me acabó el dinero. —Sonrisa, omisión de contacto visual—. Y echaba de menos mandar.

—¿Mandar?

—Soy adicto al poder. Disfruto dando órdenes. ¿Cree que es malo?

—*A priori* no hay nada malo ni bueno. ¿Dice que le gusta viajar solo?

—Sí.

—¿Se considera un solitario?

—No demasiado.

—Es soltero. ¿No se ha casado nunca?

—No. Me cuesta encontrar a alguien que me aguante. —Sonrisa encantadora, premeditado.

—¿Vive solo?

Párpados superiores ligeramente laxos. Pérdida (momentánea) de foco ocular. Tristeza. Punto caliente. Reina toma nota.

—Sí —dice él.

—¿Siempre ha sido así?

—No. —Sonrisa.

¿Es un punto caliente o no lo es?

—¿Cuándo fue la última vez que convivió con alguien? —insiste Reina.

—Hace tiempo.

—¿No le gusta hablar de ello?

—No.

—¿Le importa si le pregunto por qué motivo?

—No acabó bien.

—¿Es esa la razón por la que no quiere volver a emparejarse?

—Es la razón por la que estoy solo. No es exactamente lo mismo. —La mano izquierda se cierra en un puño. Podría significar nerviosismo, pero también ocultación de información. Quizá las dos cosas.

«Gran autocontrol ante impactos emocionales», escribe ella en su informe. «Dificultad para establecer puntos calientes en la conversación.»

—Le gusta el surf.

—Mucho.

—¿Algún lugar preferido?

—Depende de la época del año.

—¿Si lo decidiera ahora mismo, por ejemplo?

—Sunset Beach, Hawái.

—¿Se considera bueno?

—Me defiendo.

—¿Entrena a menudo?

—Últimamente no tanto. Había entrenado mucho.

—¿No compite?

—No me interesa ese tipo de competición.

—¿Por qué no?

—Si practico surf es para relajarme. Para competir tengo el trabajo.

—Hábleme de plumas estilográficas.

—¿Qué quiere saber?

—En qué consiste ser aficionado a ellas.

—Pues en no gran cosa. Gastarse fortunas de vez en cuando. Perseguir marcas que ya no se fabrican. Estar suscrito a una revista especializada que no conoce nadie. Comprar tintas por Internet. Ah, y hacer limpieza cada sábado.

—¿Limpieza?

—Sí, de plumines y émbolos. Si las plumas no se limpian, se atascan.

—Si quisiera comprarme una estilográfica, ¿cuál me recomendaría?

—Ninguna. Usted es zurda. Los zurdos se ensucian con la tinta fresca cuando escriben. Mejor use bolígrafo.

—¿Sabe que nunca me lo había planteado?

—Por supuesto. Porque no le gustan las plumas.

Sonrisa.

—¿Cuál cree que es su mayor defecto?

Achinó los ojos y apretó los labios. «Sorpresa.»

—No esperaba que me preguntara algo tan obvio. ¿Qué quiere que le diga? ¿Lo que dice todo el mundo? ¿Que soy demasiado perfeccionista?

—Dígame la verdad.

—Muy bien. Tengo un genio de mil demonios. Pero estoy aprendiendo a controlarme.

Quién sabe si es verdad. No hay carga emocional.

—¿Y cómo lo hace?

—Voy a clases de meditación. Ahora cuando me enfado respiro

profundamente.

—¿En lugar de...?

—En lugar de lanzar cosas por la ventana.

—¿De verdad lanzaba cosas por la ventana?

—Incluso sillas. Una vez lancé una sobre un taxi y tuve que pagarle un techo nuevo. Eso sí que debe de ser malo, ¿verdad?

Reina rio. Rara vez lo hacía, en las entrevistas. Los candidatos se lo tomaban todo siempre demasiado en serio. Ulf, no. Ulf no se sabe cómo se lo toma.

—¿Diría que es una persona violenta? —continuó con las preguntas típicas. Le gusta incluir unas cuantas. Deja a los cretinos fuera de juego.

—¿Hay alguien que no lo sea? Bajo las circunstancias adecuadas, quiero decir. —Ojos fijos en ella, perturbadores.

—Si un día ve que tiene mil correos electrónicos en su bandeja de entrada pero solo puede contestar cien, ¿qué hace?

—Qué pregunta más curiosa.

Media sonrisa. «Menosprecio», «superioridad moral». Por fin una emoción. Iban por buen camino. Pero Ulf no le ponía las cosas nada fáciles.

—¿Y bien?

—Respondería los más urgentes. Los que vienen de arriba. Los de los clientes a quienes hay que tener satisfechos. Los de los tocacojones de turno. En cada empresa hay unos cuantos de cada.

Apretaba los labios. Por un instante, a Reina le pareció percibir una ligera dilatación de las aletas nasales.

La entrevista duró el doble que las de los dos candidatos anteriores. Era necesario entretenerse en casos tan difíciles como el de Ulf Everink. No era exactamente una pérdida de tiempo, pero casi.

Se despidieron tan cordialmente como al principio. El segundo apretón de manos fue calcado al primero.

—Espero que pronto me dé buenas noticias —dijo él, señalando al ordenador de Reina con la mirada—. Supongo que no me puede avanzar nada, ¿verdad?

—Me temo que no, señor Everink. La información es confidencial y no se

pu...

—¿Me ajusto a lo que buscan?

«Impulsivo», «inadecuado», «quizá inmaduro».

—Le mantendremos informado. Disfrute de su visita a Bucarest. Gracias por su tiempo.

Un segundo y medio de vacilación. Un gesto violento con la mano. ¿Una debilidad? ¿La rendija por donde transpira la honestidad? ¿Una pequeña pérdida de control? Quién sabe.

13

Marca el número de la jefa de recursos humanos de Rumanía, Agnetta No-recuerda-qué-más.

—Soy Reina Gené —dice—. Me gustaría saber si han facilitado mi número de teléfono particular a alguno de los candidatos.

—Gracias a Dios que la oigo, señora Gené. La he llamado unas cuantas veces.

—Dígame. ¿Le ha dado mi número de teléfono a alguien?

—¿Su número? ¡Claro que no!

—Me ha telefoneado uno de los candidatos.

—¿Un candidato?

—Sí.

—Le puedo asegurar que nosotros no hemos sido.

—Permita que lo dude.

—Nuestras normas son muy estrictas, señora Gené. Si alguien hiciese lo que usted dice le despedirían en el acto. Tenemos totalmente prohibido facilitar datos particulares de nuestros colaboradores. Piense de dónde puede haber venido esta filtración, porque nosotros no somos responsables. Pero, mire, ya que ha telefoneado, ¿le importa esperar un segundo?

—Bueno, en reali... —Una musiquita irritante empieza a calentarle el oído.

Respira un par de veces, imitando quizá las técnicas del señor Everink, que ni conoce ni imagina. Hasta que le asusta una voz ronca.

—Buenas tardes, señora Gené, siempre me gusta tener la ocasión de escucharla, ciertamente. Espero no molestar, ¿estaba usted haciendo algo importante? —Reconoce la voz del señor Mirchandani, tan pausada como siempre, pero tan autoritaria—. Mire, me han informado de que le ha surgido una emergencia familiar y ha tenido que dejarnos de improviso. Lo entiendo y espero que lo resuelva pronto y del mejor modo posible. Si necesita cualquier cosa de nosotros, no dude en solicitarla. Me gustaría, no obstante, que antes de irse hable con Agnetta y le haga saber cuándo cree que estará de vuelta para terminar el trabajo. Como se puede imaginar, no podemos esperar demasiado. Me hago cargo de que son momentos difíciles, ciertamente. Por eso me atrevo a pedirselo como un favor personal. Dese cuenta de que con este contratiempo nosotros hemos quedado un poco, cómo expresarlo, un poco desorientados. Hemos organizado de prisa y corriendo algunas excursiones para entretener a los candidatos durante un par de días. Les llevaremos a Transilvania a visitar el castillo de Drácula, que es lo que todo el mundo desea ver cuando viaja a Rumanía, ciertamente. Así usted mientras tanto podrá resolver lo que sea que tenga que resolver. Nosotros nos ocuparemos de su viaje de vuelta en las condiciones habituales, pero comprenda que de ninguna forma podemos permitirnos que el proceso de selección se ralentice o se interrumpa...

Mientras el todopoderoso presidente ejecutivo suelta su discurso, en tono condescendiente y falsamente amistoso —que Reina no se traga—, oye cómo entran tres mensajes de texto. Aparta un poco el aparato para leerlos. Son de Samuel.

«Todo va bien, no te preocupes.»

«Estamos de sobremesa. Tu ex casi parece humano.»

«Cuando haya hablado con Alberto te llamo.»

Vuelve a llevarse el aparato al oído. El discurso del director general continúa, con su lentitud acostumbrada.

—... porque han costado un montón de dinero, entre alojamiento, viajes, comidas en buenos restaurantes y otros gastos de carácter nocturno que mejor me callo, y que está en juego nuestra credibilidad, ciertamente. Como usted sabe muy bien estas quince personas no son aspirantes como los demás. Son lo mejor de la clase ejecutiva mundial, hombres de negocios con poco tiempo

que perder, auténticos vips en sus respectivas empresas. No podemos quedar mal. Le ruego que lo tenga en consideración, ciertamente, con profesionalidad. Vaya a Barcelona, tómese sus veinticuatro, veintiséis horas, resuelva sus asuntos y regrese para terminar la selección que le encargamos. ¿Verdad que lo hará, querida?

—No.

—¿Cómo dice?

—Señor Mirchandani, ¿usted tiene hijos?

—¡Los tengo, ciertamente! —Ahora el tono ha cambiado.

—Pues entonces entenderá que le diga que mi hijo es más importante para mí que sus ejecutivos sin tiempo que perder. Y, por favor, no intente hacerme cambiar de opinión. ¿Recuerda aquello que le dije cuando nos conocimos, y que a usted le hizo tanta gracia porque le recordó a su propio carácter?

—Si fuese tan amable de recordármelo.

—Le dije que a cabezota no me gana nadie.

—¡Ciertamente! ¡Ciertamente! ¿Y ahora me quiere demostrar que aún lo es tanto como entonces, quizá?

—Incluso más, si eso es posible. Últimamente hago *aquafitness*. No puede imaginar la de cosas que he descubierto de mí misma. ¿Usted practica algún deporte, señor Mirchandani?

—Ciertamente no. Nunca he conseguido que me interese lo suficiente.

—La cuestión es, señor, que usted puede encontrar sin problemas otro entrevistador, pero mi hijo no puede encontrar en ningún sitio otra madre. Estoy segura de que sabrá comprenderme. Como lo estoy de que, si algún día sus hijos le necesitan, usted hará lo mismo que yo.

—Yo no falté al trabajo ni el día en que murió mi madre, señora Gené —dijo el señor Mirchandani, con un tono de voz aterrador.

—Lo siento mucho, de verdad —le imita ella.

—Señora Gené, usted es una mujer impulsiva, le ruego que no se precipite. Hace años que nos conocemos. Ha trabajado muchas veces para mí. Y lo ha hecho siempre muy bien, ciertamente. La tengo por una profesional excelente y por una mujer sensata. Piénselo. Estos son mis consejos de amigo para usted: cálmese, vaya, ayude a su hijo, vuelva y haga su trabajo. Además, le

recomiendo que lea con mucho cuidado la cláusula de rescisión del contrato que firmó con nosotros. Es la misma que otras veces, pero juraría que en estos momentos, en medio de todo este ajeteo, no se acuerda muy bien de lo que dice. ¿Me equivoco?

—Y ahora nos besaremos la rodilla en cuatro tiempos, uno, dos, tres y cuatro. ¡Cambio! La otra rodilla.

Reina nunca se había besuqueado la rodilla. Por eso no valoraba la dificultad que entrañaba hacerlo. Le gustó ser capaz.

—Ahora nos tocaremos la frente con el dedo gordo del pie izquierdo. Espalda derecha, mantenemos el equilibrio. En cuatro tiempos: uno, dos, tres, cuatro, vamos, Reina, arriba el pie, arriba, ¡arriba!

Dentro de la piscina, una veintena de alumnos de la clase de *aquafitness* se concentraban en los ejercicios. La música, tranquila, invitaba a la relajación. A pesar de todo, Reina pocas veces en su vida había estado más tensa. ¿Cómo puedes relajarte sabiendo que debes ponerte en la cabeza algo que no te alcanza? Comenzaba a notar un calambre en la espinilla de la pierna que permanecía bajo el agua. Se aferraba al pie izquierdo con las dos manos, intentaba subirlo un poco más, ni que fuera un centímetro, pero era como intentar doblar un miembro por donde no hay articulación.

—Vamos, Reina, arriba, arriba, ya casi lo tienes —la animaba, con el pie en la cara, el monitor, un chico argentino, simpático, que incluso en esa postura se veía con fuerzas para bromear.

¿Ya casi lo tienes? Pero si su pie estaba a dos palmos largos de su cabeza, todo lo que le daba, y eso después de un esfuerzo descomunal. Estaba sofocada, dolorida, realmente aquello era mucho más difícil de lo que parecía

desde fuera, cuando observas a los que se mueven dentro del agua y te parece una clase para viejas o embarazadas; claro, cuando ves al monitor todo parece muy sencillo, y encima era su primer día de clase, no podía pretender hacerlo todo el primer día, ¿verdad? Además, quizá técnicamente ya no es posible tocarse la frente con el pie más allá de los cuarenta. Y aun suponiendo que fuera posible, ¿es aconsejable? Mientras se ofrecía a sí misma este monólogo interior de excusas, giró la cabeza y vio a dos señoras que no bajaban de los setenta esperando tranquilamente a que el profesor les indicara que podían quitarse ya el dedo gordo del lóbulo frontal, algo que hicieron de inmediato y con toda naturalidad.

—Ahora el otro pie —dijo el simpático, con un juego de piernas portentoso, que las dos setentonas se apresuraron a imitar.

Reina, frustrada, comprobó que con el pie derecho era peor. Tres palmos de distancia.

Al salir de la piscina caminó muy decidida, directa hacia el monitor, y le preguntó:

—¿Qué tengo que hacer para conseguir eso del pie?

Desde aquel día trabajó su flexibilidad, siguiendo con cuidado las instrucciones. Cada mañana al levantarse se sentaba en la cama con las piernas cruzadas y practicaba elevaciones con los pies, agarrándose el tobillo con las dos manos. Primero el derecho, luego el izquierdo, diez de cada. En la ducha, con las articulaciones reblandecidas por el agua caliente, lo repetía. Cinco y cinco. Y en el gimnasio, cuando entraba en el jacuzzi, aprovechaba el rato elevando los dedos gordos de ambos pies hacia las alturas, ante la mirada perpleja de sus compañeros de baño.

Así semanas. Cama, ducha, jacuzzi, con una constancia que le recordaba la de cuando se tomaba la temperatura cada mañana por orden de su ginecólogo. Una constancia que buscaba una recompensa, por descontado, y que demostraba muy pocas veces, solo en aquellos asuntos que de verdad le importaban. ¿Por qué era tan importante de pronto llevarse a la frente los dedos gordos de ambos pies? No tenía ni idea. Le importaba y punto. No todo tiene una explicación racional.

Un día, mientras tiraba de su tobillo con todas sus fuerzas dentro del

jacuzzi burbujeante, una mujer que estaba sentada frente a ella le preguntó.

—Disculpa, ¿eres Reina?

Escondió el pie en el agua. Trató de adoptar una postura presentable, como para mantener una conversación.

—Sí. ¿Nos conocemos?

—Más o menos. Te he visto en fotos. Soy Alba. La hermana de Asunta.

De todos los lugares donde Reina no habría querido encontrarse a nadie, la piscina ocupaba la primera posición. Allí nada puede disimularse. Ni el pliegue de la barriga del que no sabe si va a librarse nunca más, ni la rojez de las mejillas que el maquillaje disimula con tanta eficacia, ni las orejas de soplillo que normalmente ocultas bajo el pelo y que con este gorro de baño se ven más feas que nunca.

Alba no llevaba gorro de baño, sino el pelo rizado y abundante recogido con una pinza sobre la nuca. El traje de baño contenía unas tetas abundantes y muy bien puestas —¿operadas? Tal vez. Las que no se operan siempre piensan que las tetas más bonitas que las tuyas son artificiales—. Tenía los labios carnosos y la frente ancha —debería dejarse flequillo— y, en conjunto, desprendía un aire de persona franca y accesible que impresionaba. Se parecía a su hermana, pero era más guapa y por lo menos diez años más joven.

—Tenía ganas de conocerte —le dijo Alba, mientras avanzaba hacia el centro de la circunferencia hirviente para darle dos besos de cortesía—. Alberto se te parece mucho.

Alba reaccionó a sus propias palabras con algo parecido a un respingo. Un gesto súbito, como si acabara de darse cuenta de que no debía decir lo que ya había dicho.

—¿Conoces a Alberto? —preguntó Reina.

—De hecho, no. O sí. En realidad, solo le he visto una vez o dos.

—¿Una vez o dos?

—Tal vez dos. —Risa falsa, nerviosa.

—Él no me ha hablado de ti.

—No me conoce. —Otra risa—. Yo solo le he visto de lejos.

—¿De lejos?

—Bueno, y en fotos —se apresuró a añadir—. Su padre me las enseñó una

vez. Se nota que está muy orgulloso de él.

¿Félix le enseñó fotos de Alberto a la hermana de Asunta? Era todo bastante extraño.

—¿Félix te enseñó fotos?

—Es buena gente, Félix. —Mirada perdida, sonrisa congelada—. Se nota que sabe de qué va la vida. —¿En serio? Tal vez había aprendido. Claro que no parecía que Alba fuera una experta en la materia—. ¿Vosotros estuvisteis casados cuántos años?

—Seis.

—Ah, ¡mucho tiempo!

¿Sí? Depende de con qué lo compares. Si las expectativas eran para toda la vida, seis años es una miseria.

—¿Te lo parece? —pregunta Reina.

—Yo nunca he durado seis años con nadie. Todas mis relaciones caducan a los veinticuatro meses, como mucho. Igual soy yo, no sé. Me gustaría romper esa tónica. —Otra vez ojos perdidos y sonrisa congelada. Lo mejor era cambiar de tema.

—Te pareces a tu hermana —intenta Reina.

—Ah, puede. Pero no tanto como la gente cree. —Resultó evidente que a Alba no le apetecía hablar de Asunta—: ¿Haces yoga?

—No, ¿por?

—Me ha parecido que estabas practicando una figura de yoga que se llama *padangusthasana*.

—¿Cómo dices que se llama? Virgensanta.

—*Anghusta* es el dedo gordo del pie. Me ha parecido...

—Sí, sí, pero lo mío es el *aquafitness*.

—¡Ajá! Con Alejandro, ¡seguro! —Y ante la cara de desconcierto—: ¿Qué monitor...?

—No sé cómo se llama. Es argentino.

—¡Es Alejandro! Es muy bueno. Vamos a la misma clase de yoga. Ahí lo tienes.

Le pareció que Alba tenía interés en demostrarle algo, aunque no sabía qué. Era una de esas mujeres de personalidad avasalladora que se te comen el

terreno aunque no lo pretendan, como si ocuparan más espacio del que ocupan realmente.

—Nunca te había visto por aquí. ¿Vienes hace mucho? —preguntó Alba.

—Tres meses.

—Vaya, bienvenida. —Ristra de dientes perfectos, sonrisa favorecedora —. Yo ya llevo un par de años. Es un buen gimnasio. Los monitores son todos profesionales.

Hablaron de Alejandro, a quien ambas encontraban muy simpático; de Alberto, a quien ambas encontraban guapo. De Félix, a quien Alba consideraba «un encanto» y sobre quien Reina se abstuvo de opinar. También hablaron de Asunta.

—Me resulta raro que tu hermana no me haya hablado nunca de ti —señaló Reina.

—Bueno. No tenemos una relación muy... —trató de escoger bien la palabra—... estrecha.

—Qué lástima.

—Los asuntos familiares son complicados. —Ausencia de tristeza, no le importaba—. Con los hermanos, más aún.

—No lo sé. Soy hija única. Me habría gustado tener hermanos.

—Si tuvieras hermanos querrías ser hija única, créeme.

La conversación derivó hacia terrenos menos espinosos: el trabajo. Yo soy seleccionadora de personal. Pues yo, maquilladora de televisión. ¿Y trabajas por tu cuenta? No, estoy en nómina en TV3, ¿y tú? Tengo mi propia empresa. Pues qué interesante, qué divertido, debes sabértelas todas, y tú debes de conocer a cada personaje... En total, veintiocho minutos de charla coloquial que terminó con otro beso en el centro del jacuzzi y la promesa imprecisa de quedar un día para tomar café. Una de esas promesas que, una vez hechas, nadie mueve un dedo por cumplir. Reina esperó a que Alba se alejara —cuerpo bonito, piernas largas, traje de baño negro y escotado, una mujer muy consciente de su potencial seductor— y se apresuró a sacar el pie del agua. Hacía progresos. Ahora el pie ya no estaba a veinticinco centímetros de su frente, solo a diecisiete.

No volvió a toparse con Alba en el jacuzzi ni en ninguna otra parte. Meses

más tarde supo que se había dado de baja del gimnasio, tal vez para no volver a verla. O puede que por algo más. Los asuntos familiares son complicados, ya se sabe.

La relación de Reina con su *anghusta*, en cambio, siguió intensificándose. Unos seis meses más tarde de intentar el ejercicio por primera vez, se apuntó su primer triunfo. Consiguió llevarse a la frente el dedo gordo del pie izquierdo. Solo el izquierdo y apenas una milésima de segundo, mientras le temblaban todos los músculos de las piernas y se quedaba sin respiración, pero lo logró. Era la victoria de la tenacidad sobre su cuerpo perezoso.

Cuando Alejandro la felicitó delante de todo el grupo, ella solo supo balbucear:

—A cabezota no me gana nadie.

«Estamos de sobremesa», vuelve a leer Reina. Los imagina a los tres juntos en el restaurante: Alberto, Sam, Félix. ¿Frente a tres helados? ¿Dos cafés y un helado? ¿Tres cafés?

Reina no ha olvidado qué fue lo primero que Félix y Samuel tuvieron que hacer juntos: desmontar una estantería. Y lo hicieron muy bien, con una eficacia máxima, hay que reconocerlo.

Habían vendido el piso aquella misma mañana. La mudanza marcó oficialmente el final de su matrimonio. La noche antes Félix y Reina habían decidido que ella ingresaría el cheque en su cuenta y luego retiraría la mitad del dinero y se lo entregaría en metálico y en mano. También discutieron qué cosas se llevaba y qué otras se quedaban en el piso. En el reparto, a Reina le correspondió la estantería del salón, un mamotreto que habían comprado cuando aún eran felices y que tal vez por eso era muy aparatoso y se resistía a ser desmontado. Tampoco cabía en el ascensor. Tuvieron que bajarlo por la escalera, cuatro pisos. Mientras lo hacían, los chicos de la mudanza se quedaron atascados en el penúltimo rellano con aquel muerto encajado en el hueco. Félix subía justo en aquel momento, con su pose de monarca destronado. Quería supervisar el último movimiento de quien todavía era su mujer. O controlar que el pacto de las pertenencias se respetaba, quién sabe. Siempre desconfió de todo el mundo, ¿cómo no iba a desconfiar de quien acababa de robarle al amor de su vida? En el segundo rellano se encontró con

los chicos de la mudanza, sobrepasados por el estorbo de la estantería. Unos metros más allá, al otro lado del mueble, estaba Sam, midiendo las dificultades de la situación y negando con la cabeza.

—Esto habrá que desmontarlo —le dijo Félix a uno de los operarios—. No pasa.

De modo que allí estaban: el marido pasado y el marido futuro y, entre ellos, un mueble que les estorbaba a los dos.

Sam fue práctico:

—Venga, Félix, tú por aquel lado y yo por este. Toma. —Le tendió una llave. Hasta aquel momento nunca se habían dirigido la palabra el uno al otro.

Reina, que lo observaba todo por el hueco de la escalera dos pisos más arriba, se sorprendió de ver que eran igual de rápidos. Se sintió orgullosa de los dos, como si estuvieran haciendo algo heroico y noble. También le extrañó que se pudiera desmontar un mueble sin renunciar a aquel aire de rey expulsado del reino. En pocos minutos la estantería medio desarmada pasó por el hueco de la escalera y continuó su camino hasta el camión de mudanzas. Justo lo que necesitaban para que la vida pudiera hacer lo mismo: escabullirse, dejar de estorbar, ponerse en otra parte, lejos, donde no pudiera hacer daño a nadie. Dejar a Félix solo en un piso medio vacío, preguntándose en qué momento había empezado a perder aquella partida.

16

Reina trastea en el móvil. Está nerviosa. Nunca ha deseado tanto como ahora estar en otra parte, pero se encuentra aquí, en este nudo de espacio y tiempo que es el aeropuerto de Henri Coandă en Bucarest. Busca las empresas de alquiler de coches que operan en él. Encuentra nueve. Llama a la primera. Cuenta su caso a una señorita que la escucha fingiendo interés. Necesita un vehículo. La tormenta es un accidente que debe superar para llegar a Barcelona. Quiere salir hoy mismo, dentro de un rato, ahora.

—Lo lamento, pero no puede ser —le dice la señorita—. Hasta que la tormenta remita nuestro parque móvil está inmovilizado. Siento no poder ayudarla. Vuelva a llamar mañana a ver si ya...

Repite la llamada ocho veces más y se lleva ocho negativas. Las nueve compañías tienen toda la flota a cubierto. Además, tres de las nueve no permiten que sus vehículos circulen por varios de los países que ella debería atravesar.

En la tele vuelve a quedar claro que la única que atraviesa Europa en estos momentos es la tormenta siberiana en forma de bonita mancha de color azul de Prusia. Le parece más grande ahora que hace un rato.

Le queda el cincuenta y cinco por ciento de batería.

Muriel es la mejor amiga de su hijo. Una chica alegre, guapa, que viene a menudo de visita con las excusas habituales: hacer un trabajo, ver una película, quedar para ir a cualquier parte, comer pizza para celebrar un cumpleaños... Ella y Alberto se conocieron a principios de la secundaria, cuando iban a la misma clase. La amistad sobrevivió a dos veranos y dos cambios de grupo. Alberto, además, se enamoró de ella. Eso decía, por lo menos. La primera vez que Reina le escuchó decir que estaba enamorado pensó que la palabra le venía grande, que no entendía lo que estaba diciendo, que no podía ser. Si apenas tenía trece años. Después se dio cuenta de que tal vez sí, tal vez en aquello Alberto era más espabilado que con las matemáticas o los análisis morfosintácticos.

El enamoramiento siguió su curso, como una fiebre. Comenzó débil, casi imperceptible, y fue subiendo. En algún momento le pareció que era una buena calentura. Después, aflojó. En estos momentos no sabe qué queda de él, ni si queda algo. Antes podía conocer la intensidad de la pasión de Alberto solo por el modo en que miraba a Muriel desde lejos. Ahora le cuesta más entender los sentimientos de su hijo, que se ha vuelto menos transparente. Ya no le permite la entrada como antes. O tal vez sea orgullo, vergüenza, despecho, a saber. Reina intenta estar alerta, pero a veces no consigue nada. De pronto supo que la adorada Muriel tenía novio y que el novio era muy amigo de Alberto.

—Y tú qué harás —le preguntó al hijo, prudente.

—¿Yo? Nada. Qué quieres que haga.

—Pero a ti te gusta Muriel.

—Ya no me gusta tanto. Y nunca traicionaría a un amigo. —¿Serio?, ¿dolido? Maduro.

Y así acabó la cosa.

Reina necesita hablar con Muriel. Le escribe a Sam:

«Esto es importante. Cuando puedas toma prestado el móvil del niño y pásame el número de Muriel, su amiga. No le digas nada. No tardes.»

Lo envía. Ve la marca doble cambiar de gris a azul. Sam lo ha leído. Seguramente no estará de acuerdo, pero está preparada para discutirsele. A él y a quien haga falta.

Las dramáticas, ridículas y tormentosas pasiones adolescentes no la toman por sorpresa. Todavía recuerda muy bien las suyas. Félix tenía dieciocho años cuando se le declaró por primera vez. La primera de muchas. Fue el verano en que se conocieron, poco después de que su madre decidiera que desde entonces y para siempre iría de veraneo, y alquilase un apartamento en Blanes, al lado de la Costa Brava. En la comunidad había muchos extranjeros que iban y venían, pero también muchas familias autóctonas con hijos de su misma edad. Fueron la primera pandilla de su vida, amigos con quienes compartir pequeñas rebeliones y grandes deseos de libertad, todo aliñado con ese sentimiento de exaltación trágica que forma parte de la adolescencia. A ella, una niña bien de ciudad que nunca había ido a ninguna parte, aquel mundo de ruido y baratillo de los veranos de la playa le parecía deslumbrante. Le encantaban las discotecas del paseo, llenas de italianos colorados como cangrejos, y las músicas que de noche sonaban por todas partes, la sensación de pisar la arena húmeda y fría de la playa por la noche, y las travesuras que jamás habría hecho en Barcelona y que allí parecían normales: beber sangría, ir a un bar clandestino —el dueño les escondía en una habitación trasera que cerraba con una cortina polvorienta— para ver una película porno, plantearse muy en serio si se fumaba o no un porro... Le gustaba el cosquilleo en el estómago que le causaban los descubrimientos. Los había grandes y pequeños. Cuántas copas de vino podía beber antes de empezar a tambalearse. Cuánto

dolía querer y que no te quisieran.

Estaba claro que ella también iba a enamorarse. Del más feo con diferencia, de Sebastián. Durante años se ha preguntado qué le atrajo de aquel pipiolo peludo cual gorila que tenía las piernas torcidas. Quizá era su descaro, su apatía —ambos tan adolescentes—, o que tenía moto. Querer era muy trágico si no te hacían caso. Que te quisieran y no corresponder, también. Eran tragedias de estreno, que ella vivía como si se viese a sí misma dentro de una película, siempre con música de fondo y buscando en la poesía palabras que subrayaran sus sentimientos. Lo de Félix y Sebastián fue como un ensayo de los líos de su vida futura.

La primera declaración de amor que recibió fue pronunciada sobre un espigón al atardecer. En la playa todavía había italianos tostándose al sol, ajenos a lo que ocurría, y sobre las olas paseaban barcas de turistas que iban y venía de Tossa o de Playa de Aro. Félix y ella se habían enzarzado en una conversación sobre amores pasados y presentes cuando él dejó caer de sopetón que le gustaba. Fue una frase torpe, como siempre: «Voy por ti», o algo parecido. A Reina se le disparó el corazón y notó un ardor en las mejillas, pero se quedó quieta porque él también lo estaba, y no supo qué decir ni si debía decir algo. Al fin, si la memoria no le falla, contestó: «Ah» o quizá «Oh» y se quedó esperando que ocurriera algo, pero no ocurrió nada. Es decir, todo se quedó como antes.

Le costó mucho dormir aquella noche. Miraba al techo con los ojos muy abiertos y pensaba que no podía haber tenido peor suerte. Para un chico que se le declaraba, y tenía que ser Félix. Si hubiera sido Sebastián se habría vuelto loca, pero claro, Sebastián ni siquiera la miraba, y eso era lo más trágico de todo, porque ahora fantaseaba con el sufrimiento que su indiferencia provocaría en Félix y con los celos que sentiría al saber por qué no podía quererle. Se sentía confortada y feliz. La gran tragedia del amor era más digerible si, además de sufrir, hacías sufrir a otro.

El pobre Félix demostró tener más paciencia que un santo, o quizá no tenía nada mejor que hacer. Su declaración se convirtió en un ritual más del verano, como las hogueras de San Juan o el concurso de fuegos artificiales de julio. Si un año tardaba o se distraía, ella le provocaba para que le dijera lo que tanto

ansiaba saber: que aún la quería, que no dejaba de pensar en ella, que seguía esperándola. Félix hacía gala de un encanto de lo más previsible, cada verano un año mayor, pero tan torpe como la primera vez. Nunca encontró del todo las palabras, sus declaraciones eran siempre tan torpes como sinceras. Ella, por aquel entonces, ya soñaba con un enamorado locuaz, un Cyrano de Bergerac en prosa, que supiera decir lo de siempre como jamás lo había dicho nadie. Y Félix no daba la talla, claro. Por eso, año tras año, le daba calabazas.

Mientras tanto, había perdido la virginidad con Sebastián en una cita completamente olvidable en la cama de abajo de una litera que acabó con coscorriones y prisas. Para celebrarlo pintó de colores muy vivos dos páginas de un cuaderno donde le gustaba escribir pensamientos y poemas. Los colores representaban la alegría de haberse librado de la inocencia, que le estorbaba mucho, aunque unos años más tarde se daría cuenta de que no había ningún motivo para estar tan contenta. La única suerte que tienen los inexpertos es no tener dónde comparar. Durante tres veranos, Sebastián y ella jugaron a una especie de escondite sexual de resultados insatisfactorios, tuvieron encontronazos y separaciones —a regañadientes de ella— hasta que apareció una belga muy rubia que veraneaba en un camping y fue el final de todo. Sebastián la dejó tras tres frases como tres puñaladas en el corazón. Reina le lloró, le maldijo, le echó de menos, le convirtió en protagonista absoluto de su poesía más desgarrada, juró que se vengaría y, por fin, decidió olvidarlo. En algún lugar de su cuaderno de versos escribió: «Lo contrario del amor no es el odio, sino la indiferencia.» No se lo creía ni ella.

La mayor de las venganzas consistió en hacer caso a Félix. Por fin, a la séptima declaración, el séptimo verano, le dijo que sí. Él se quedó mudo, aturdido por la sorpresa:

—¿Sí? —preguntó, incrédulo.

Organizaron con detalle el momento de darle a Sebastián la noticia, con premeditación casi criminal. Una sesión de cine, ellos tres solos. Félix agarró la mano de Reina. Sebastián les miraba de reojo, no se lo acababa de creer y no sabía qué pensar. Se lo dijeron cuando terminó la película, a bocajarro. Sebastián fingió que se alegraba. Desde ese día disfrutaron besándose delante de él. Era su venganza, la de los dos. Pero ella todavía le guardaba una, la

definitiva. Ya no le deseaba ni le quería ni le gustaba el día en que se le puso a tiro por última vez. Sexo y nada más , dentro de un coche, sórdido, incómodo, desagradable. Ella se esforzó por demostrar todo lo que había aprendido. Le engañó con historias falsas tramadas para impresionarlo. Le fue fácil dejarle con la boca abierta, y también jurarle y perjurarle que aquello no se iba a repetir, que aprovechara la ocasión porque no volvería a tener tanta suerte nunca más. Luego se entregó a una indiferencia que le había de durar toda la vida. Al tiempo decidió querer a Félix con toda su alma. A medida que le iba conociendo le pareció que le hacía falta, que le necesitaba. Nunca había sospechado que pudiera enamorarse así. O tal vez aquello también fuera una fiebre.

Da igual. Cuatro años más tarde él la invitó a un restaurante del puerto y ante un plato de calamares a la romana le pidió que se casase con él. Ella le dijo que sí con lágrimas en los ojos y la fecha quedó fijada para ocho meses más tarde. Ocho meses que ella aprovechó para comprar platos y vasos y cuchillos de sierra y sábanas y toallas y todas las cosas que necesitan dos personas felices. Se casaron a las once de la mañana en una iglesia repleta de invitados mientras una soprano cantaba el *Ave María* de Schubert, y salieron agarrados de la mano por la puerta de atrás porque por la principal ya entraba la pareja de las doce.

Los invitados se olvidaron el arroz que en las culturas mediterráneas es tradición lanzar sobre la cabeza de los novios y que simboliza suerte y fertilidad.

Hasta mucho más tarde a nadie se le ocurrió extraer de ello ninguna teoría.

19

De: Bárbara Graells

Para: Reina Gené

Querida Reina:

Las notas de Alberto de las que te hablaba en mi anterior mensaje eran las del boletín del primer trimestre, que se entregaron poco antes de las vacaciones de Navidad. He comprobado expresamente si tu hijo entregó el resguardo firmado por alguno de los dos tutores, y sí lo hizo. En el resguardo aparece la firma de Félix Gama y la fecha del ocho de enero. Deduzco por tus palabras, entonces, que a pesar de que su padre revisó sus notas, no te las comunicó en ningún momento. En esas notas había cuatro suspensos (en filosofía, lengua, inglés e historia) y un buen puñado de aprobados raspados en las demás asignaturas. El próximo trimestre creemos que no irá mejor, si atendemos a los resultados de los exámenes que ha realizado estos días. Comparadas con las del curso pasado y con las de primaria y secundaria (hemos revisado todo su expediente académico, que es brillante) pensamos que estas notas son una señal de alerta que debemos considerar. Cuando algo así ocurre siempre hay algún problema que no estamos viendo. Ahora no es el momento de enfadarse con él, sino de ayudarlo a superar esta crisis que no sabemos de dónde ha salido. Estoy segura de que entre todos lo conseguiremos.

Un abrazo.

Bárbara (tutora)

20

—¿Muriel?

—¿Reina?

No se siente ridícula en absoluto por hablar con la amiga de su hijo. Necesita saberlo todo. Tiene derecho a ello.

—¿Te pillo en mal momento?

Le llega un sollozo desde el otro lado. Primero no está del todo segura. ¿Muriel está llorando? Siente un nudo en la garganta.

—¿Estás bien?

—No —responde la chica.

—Solo quería saber cómo ha sido. Qué ha pasado.

—Horrible. —Escucha más sollozos que palabras.

A Reina se le contagia la pasión del llanto, pero no quiere sucumbir a ella. Aquí no. Ahora no. Ya se dará permiso para derrumbarse cuando esté sola.

—Muriel, Muriel, cariño. Escúchame. No llores, por favor.

En la mesa de al lado una parejita de hombres jóvenes la mira sin comprender nada.

—Lo siento —dice la chica, mientras parece que se calma un poco—. Nos hemos asustado un montón. Caminaba muy deprisa, iba directo. —Hace una pausa para llorar y para dejar de hacerlo, para sonarse la nariz. Al terminar, pregunta—: ¿Por qué le ocurre esto a Alberto, lo que sea?

—No lo sé, cariño, pero lo averiguaré. Averiguaré qué le ha pasado —

dice Reina, antes de añadir—: Eso que has dicho, «iba directo», ¿qué significa?

—Hacia las vías, Reina. Mientras un tren entraba en la estación. Habría saltado si no... —Se interrumpe, solloza—. Perdona. Los trenes entran muy rápidos en esa estación.

Reina intenta visualizar la estación, que apenas conoce. Solo estuvo allí una vez, el día que fue con Alberto a matricularle de primero de bachillerato. La elección del instituto, a cuarenta kilómetros de casa, había sido cosa de él y de algunos de sus amigos, como Muriel. Cuando ella preguntó si no se cansarían de tantos madrugones y tanto tren, Alberto le dijo que merecía la pena, porque el centro era el mejor en su modalidad y porque haría el recorrido acompañado de sus amigos.

—No te disculpes, cariño. Alberto está atravesando un mal momento y necesita ayuda. Creo que es eso —dice Reina, que necesita creer su propio tono de voz, sus palabras y su aparente tranquilidad.

—Yo también lo pienso —dice Muriel—. Además, tienes razón. Hace días que le noto raro.

—¿Raro cómo?

—No lo sé. Triste.

—¿Te ha dicho por qué?

—No. Ya no me cuenta nada. No es como antes.

—¿Qué quieres decir?

—Últimamente solo habla del curso ese que hizo.

—El de especialista.

—Sí. Le encanta hablar de eso.

—Lo sé. Y de ti, ¿no te dijo nada?

—¿De mí?

—De vuestra amistad. De algo más.

—¿Por qué tendría que decirme algo?

—Muriel. Tengo que hacerte una pregunta personal. Perdóname. Tú sales con alguien, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y ha ocurrido algo últimamente entre tu novio y...? Quiero decir, algo

que haya hecho concebir esperanzas a Alberto de que...

—Un momento, un momento, Reina. Escucha. Tu hijo ya no va por mí. Había ido, hace tiempo, pero ya hace mucho que no le intereso. Lo noto. Lo sé. Además, decidimos ser amigos. Los dos. Solo que últimamente han ocurrido muchas cosas.

—¿Qué cosas?

—No sé si debo contártelo, Reina. ¿Él sabe que me has llamado?

—Claro que lo sabe —miente—. ¿De qué estás hablando?

—No te lo puedo decir. Creo que tendrías que preguntarle a él.

—Muriel. Tienes que ayudarme. Lo que ha ocurrido es grave. Sé que te das cuenta. Es importante que me cuentes todo lo que sabes. Si no sé qué le pasa no podré ayudarle. No es momento para secretos.

Estas palabras vencen un poco la reticencia de Muriel.

—No sé casi nada. Solo que Alberto sale con alguien.

—¿Sale con alguien? —Esto no se lo esperaba—. ¿Con quién?

—No lo sé. No me lo ha dicho.

—No puede ser. Yo lo sabría —dice Reina, y se da cuenta enseguida de que ha llegado el momento de dejar de hablar de un modo tan categórico. Ella no sabe nada. No se entera de nada. Puede que ni siquiera conozca a su hijo.

—Me lo dijo él. Está colgadísimo.

—¿Colgadísimo? —La estupefacción la fuerza a repetir la última palabra de cada frase de la chica—. ¿Y de verdad no sabes de quién?

—Solo sé que no es del instituto. —Se escucha una voz lejana, tal vez la madre de Muriel, llamándola—. ¿Sabes quién debe de saberlo? Arnau. Creo que ellos se lo cuentan todo. O, por lo menos, lo hacían.

—Arnau, claro. —¿Por qué no se le ha ocurrido llamarle a él primero?

—Perdona, Reina, tengo que colgar.

—Sí, sí, por supuesto, cariño. Solo una cosa más.

—Dime.

—Gracias.

—Por qué.

—Por todo lo que has hecho por Alberto. No sé cómo podré...

—Yo no he hecho nada. Solo lo que haría cualquiera. Además, también

estaban allí Pol, Mario, Víctor... Los de nuestra pandilla. Son ellos quienes le han placado. Quienes han evitado que salte. —Se le vuelve a romper la voz.

Reina cierra los ojos. No puede imaginarlo. No quiere.

—¿Te importaría darles las gracias de mi parte?

—No, claro. Lo haré.

Reina aún repite tres o cuatro veces más la palabra. Gracias. Incluso después de colgar, cuando Muriel ya no puede oírla.

«Te llamo en cinco minutos», dice el mensaje de Sam. Ella solo contesta: «Por fin.»

Son las siete y media. Comienza a elaborar una lista de preguntas para Sam, pero lo deja. Las preguntas que querría formularle no caben en ninguna lista. Desde hace tres horas todas las certezas se han acabado.

Tres horas en las que empieza a conocer los temores que habrán de acompañarla mucho tiempo, tal vez años, tal vez para siempre.

Tres horas en las que piensa dónde meterá tantas novedades, en qué cajón de abajo de qué cómoda vieja le cabe tanta angustia, tanta inquietud, tanto pánico y tantas noches sin dormir como habrán de venir.

Tres horas en las que se pregunta quién es su hijo en realidad, además de un extraño a quien adora sin saber qué piensa, ni de qué es capaz, y a quien teme porque la hace vulnerable.

Solo hace tres horas que la vida se ha desbordado.

Necesita un psicólogo con urgencia. Alguien de confianza, un experto. Alguien que ayude a Alberto. Que les ayude.

Escribe a una amiga que dirige una revista de educación. Le pide que le recomiende a alguien para un caso grave. La amiga es rápida, como de costumbre. Le envía un contacto. Mail y teléfono. «Es una eminencia», escribe en un mensaje. «Dile que vas de mi parte.»

La señal ha sonado siete u ocho veces y Reina está a punto de colgar cuando una voz masculina irrumpe en su oído. Reina pronuncia con cuidado, leyéndolos del cuaderno donde los ha apuntado, el nombre y los apellidos de la eminencia.

—Yo mismo, qué tal —dice él, resolutivo.

Se presenta, le habla de la amiga que le ha recomendado. Le pide disculpas por llamarle tan tarde. Le dice que es una urgencia, que buscan un especialista, alguien con experiencia en casos complicados. Le da las gracias por atenderla, varias veces, con sinceridad.

—Dígame de qué se trata —dice la eminencia.

Reina hace de tripas corazón y empieza la historia por el principio. Su hijo, diecisiete años, buen estudiante, un chico normal, ha hecho lo que ha hecho. Intenta ser clara para ganar tiempo, y porque detesta los tumbos verbales. Una vez más, las palabras le parecen devastadoras, como si cada vez que tiene que pronunciarlas le arrancasen un pedazo de alma: Esta-

mañana-ha-intentado-lanzarse-a-las-vías-del-tren. Lo adorna un poco, para que no suene tan terrible: es raro, no sabe cómo ha pasado, no es de ese tipo de jóvenes que... Se da cuenta de que se está autojustificando, que intenta disculparse —ante la eminencia o ante su propia conciencia—, que tiene miedo de lo que pueda pensar de ella. De que la juzguen, de que la clasifiquen. También se da cuenta de que lo harán. Todo el mundo lo hará, a partir de ahora. Será «la madre del chico que intentó suicidarse».

—Necesitamos un psicólogo —concluye, intentando recuperar la autoridad que le corresponde al cliente, a quien paga, a quien busca—. Un buen psicólogo, que sepa de estos temas. Como usted.

—Por supuesto —responde él, con calma.

—¿Cree que puede ayudar a mi hijo?

—Nunca es fácil un caso como el suyo. Primero quiero verla a usted y al padre del chico. ¿Es su marido?

—Mi ex.

—Comprendo. —«Comprendo», resuenan las palabras, como un eco cargado de significados horribles—. Puedo darle hora para dentro de dos semanas. Deje que mire mi agenda.

—¿No puede ser antes? Dos semanas es demasiado tiempo.

—Lo veo difícil. —Se escucha el sonido de páginas que pasan. La eminencia consulta su apretadísima agenda—. Mire, hay una única posibilidad el próximo miércoles a las ocho y media de la noche. No recibo nunca tan tarde. Haría con usted una excepción, dada la gravedad del caso.

Le molesta el tono de suficiencia, de perdonavidas. Debe de ser que es bueno de verdad.

—Se lo agradecería mucho —dice ella.

—Me lo apunto.

—De verdad que lo valoro mucho —repite.

—Ya le aviso de que esta primera sesión durará una hora y media y tiene un precio de doscientos euros. —Reina asiente, está de acuerdo con todo, ¿cómo podría no estarlo?—. Ah, una cosa más, muy importante: necesito que me traigan todo el historial violento de la familia. Todo lo que haya.

—¿Historial violento?

—Sí, sí. Autolesiones, agresiones, suicidios, crímenes... todo lo que tenga. El cincuenta y cinco por ciento de los adolescentes con conductas suicidas tienen familias violentas, donde alguien con anterioridad se quitó la vida. Deberemos valorar si es su caso. Tráigame lo que le pido, ¿de acuerdo?

De acuerdo. Asiente. Finge que le parece normal. Que lo entiende. Se ha convertido en alguien que acepta todo lo que le dicen, y también todo lo que piensan de ella, lo que dan por supuesto, lo que imaginan con o sin motivo.

Antes de colgar ya sabe que no irá. Le dará plantón a la eminencia.

—¿Dónde está papá?

De vez en cuando su padre desaparecía. Dos o tres días, a veces cuatro. A su madre le temblaba la voz al responder:

—Está de viaje. Ha ido a comprar cosas para la tienda.

Era extraño, porque al volver su padre casi nunca traía nada. Ni para la tienda ni para ellas. Manos vacías y cara larga, que duraba unos cuantos días, hasta que se le pasaba.

Reina tardó mucho tiempo en reunir todas las piezas de aquellos recuerdos de su primera infancia. Más aún en darse cuenta de que su madre tampoco entendía las huidas de su marido. Y que sufría mucho más que ella, porque cada vez que él se marchaba se le encendían los más negros presentimientos. Y que el más negro de todos era que no volviera.

El padre se llevaba el coche —un Seat 127 amarillo claro— y una bolsa pequeña con una muda de ropa. La navaja de afeitar la dejaba en casa, y eso significaba muchas cosas, aseguraba la madre, aunque nunca decía cuáles. En cuanto regresaba, el padre se ponía la bata azul y volvía a su puesto tras el mostrador. Nunca daba explicaciones. A veces se quedaba como helado, con la mirada fija en algo, pensando en silencio.

Había vuelto y la vida continuaba.

Y así una y otra vez. Durante los meses y los años.

Hasta el día en que no regresó.

La gente que quiere cenar la mira mal. Tiene un café sobre la mesa, pero hace ya un buen rato que se lo ha terminado. No parece tener intención de marcharse. Sobre la mesa también están su agenda —donde ha escrito y después ha tachado la cita con la eminencia—, un bolígrafo y el teléfono. Cuando suena y ve que es Samuel se apresura a responder.

—Por fin. ¿Cómo está el niño?

—Bien, bien, ya estamos en casa.

—¿Cómo se lo ha tomado Félix?

—Un día mataré a tu ex.

—¿Qué ha hecho esta vez?

—Nada especial. Ya sabes, todo el rato marcando terreno delante del niño.

He aprovechado que Alberto iba al baño para decirle cuatro cosas.

—¿Os habéis peleado?

—Hoy no era el momento. Pero argumentos no me faltaban, te lo aseguro.

—¿Y te ha dejado llevarte a Alberto sin discutir?

—No. Hemos discutido. Hasta que le he callado de golpe. A Alberto le hemos contado que nos hemos puesto de acuerdo y que nos convenía a los dos que viniera conmigo.

—¿Cómo lo has hecho?

—Me he limitado a recordarle lo que los tres sabemos. La parte que él olvida con tanta facilidad.

—Gracias, cariño. Me quedo tranquila. —Oye a Sam respirar profundamente. Como si rebajase la tensión, o lo intentara—. ¿Tú estás bien?

—No es fácil contestar a esa pregunta. ¿Y tú?

—Histérica, supongo. Triste. Descolocada. Todo lo que pasa es... —Se le rompe la voz.

Casi saltan las alarmas de su autocontrol. No, no, llorar no. Ella no llora jamás en público. Nunca. En este sentido es como una vieja dama del siglo XIX. Las emociones, de puertas adentro. Reír, tanto como sea necesario. Llorar, ah, no, llorar de ningún modo.

Sam prosigue:

—Mira, lo más importante ahora es que la psiquiatra le ha quitado importancia. Ha descartado enseguida dejarlo ingresado. No le ha prescrito ninguna medicación. Recomienda que haga vida normal. El diagnóstico que figura en el informe es «Gesto autolesivo causado por frustración». Solo ha recomendado que esta noche cerremos con llave el botiquín, por si acaso.

—Por si acaso, ¿qué?

—Reinita. Tú ya sabes qué.

—¿Piensas que podría volver a intentarlo? —Otra posibilidad horrible que ni siquiera se le había ocurrido.

—Yo ya no pienso. Hace rato que me he bloqueado.

—¿Y eso de la frustración? ¿Tú crees que esa ha sido la causa?

—No.

—Entonces ¿cuál?

—No lo sé. Prefiero pensar que no hay una sola causa. Que, como él dice, ha sido culpa de un cúmulo de cosas. Por lo visto le fue fatal el examen que tenía hoy. Luego está aquello de Arnau. Por cierto, ¿tú sabes quién es Esther?

—¿Quién?

—¿Sabes si está saliendo con una chica que se llama Esther?

—Muriel me ha dicho que sale con alguien. Pero no me ha dicho su nombre.

—Félix ha mencionado a una tal Esther. Como si Alberto le hubiera contado algo a él y no a nosotros, ¿podría ser?

—Ay, todo podría ser. ¿Puedo hablar con él?

—Claro, pero no te pongas nerviosa. Está cansado de hablar todo el rato de lo mismo. Puede que no le encuentres muy comunicativo.

—Vale.

La voz de Alberto parece normal. Le pregunta cómo se encuentra, si está cansado. Bien. Sí. Quiere saber si se acostará temprano. Quizá. Se interesa por cómo les ha ido la comida, qué ha pedido. Bien. Hamburguesa. Y papá y Sam no se han peleado, añade, y suena algo parecido a una risa. Ella pregunta si la hamburguesa estaba rica. Mucho. Si seguro que está bien. Que ya le ha dicho que sí. Añade que lo que ha ocurrido es muy grave y le pregunta si se da cuenta. Ahora se da cuenta, antes no. Le pregunta de qué no se daba cuenta antes. De nada. Reina insiste: igual podría ser un poquito más concreto, explicarse un poco mejor. En realidad, no sabía que había tanta gente que le quería, dice. ¿En serio no lo sabía?, pregunta ella, que no puede creer lo que oye. Como si su hijo de diecisiete años acabara de saber que la Tierra es redonda. Pues no, mamá, no lo sabía, o, por lo menos, nunca lo había pensado.

Reina está exhausta. En lugar de sacarle a su hijo las palabras de una a una le gustaría preguntarle por qué le ha hecho esto. Por qué iba a hacerle algo así. Como si la principal agraviada fuera ella, y no él. Porque eso es lo que siente: que su hijo ha intentado arrebatarse algo muy valioso, que ha intentado causarle un mal irreversible. Está furiosa, aunque se da cuenta de que no debería sentirse así. Si lo tuviera delante, le costaría contenerse y no darle un bofetón.

—He visto a Samuel llorar —dice Alberto, volviendo a la conversación—. Y a Muriel también. Nunca les había visto llorar. Menos aún por mí. Los dos lloraban por mí —repite, maravillado.

¿Por quién lloramos cuando lloramos? ¿Por los demás o por nosotros mismos? ¿Lloramos por quien desaparece o por la parte de nuestra vida que desaparece con él? ¿Por nuestra vida sin, contra, desde, tras, a pesar de lo perdido?

Reina pone aquel tono de cuando su hijo era pequeño para decirle que claro que le quieren, tontorrón, cómo no van a quererle, y quienes le quieren no pueden siquiera imaginar que le ocurra algo, y que por favor lo tenga en cuenta de ahora en adelante, que no vuelva a hacerlo. Si alguna vez vuelves a

sentir algo parecido a ese cúmulo de cosas de hoy, por favor, llama a alguien. Llámame a mí, por favor, llámame antes de... Llámame.

Él dice que lo hará, sí. Lo hará.

Habla y habla Reina y trata de poner buena voz y de ser afectuosa y amable y diplomática. Como quien bisbisea al lado de un león dormido temiendo que despierte. Por dentro, sin embargo, solo ruge un pensamiento. Es astilloso. Araña. Alberto le ha hablado de su amiga, de Samuel, de lo que ha aprendido hoy de esta amarga experiencia, pero no la ha mencionado a ella ni una sola vez. Ni una palabra. Como si no reparara en cómo se siente. Como si no se le ocurriera. Como si no le importara.

—No te acuestes tardes cielo —le dice, mientras se traga el orgullo, la angustia, la añoranza y este sentimiento terrible de abandono, tan nuevo y tan inútil.

En el plato había una tortilla y en la tele se hablaba de política cuando Alberto preguntó:

—¿Por qué papá y Sam siempre están enfadados?

Era un niño listo y sensible de ocho años, que comenzaba a darse cuenta de todo. Ella echó balones fuera, como siempre:

—¿Por qué dices que están enfadados?

—Se caen mal.

—¿Tú crees?

—A mí me parece que es porque antes tú eras la novia de papá y ahora eres la novia de Sam.

—Pero papá no puede estar enfadado por eso, porque tiene otra novia.

Alberto observaba el tenedor con gran curiosidad. Veía el reflejo de su propio rostro del revés. Negaba con la cabeza, no terminaba de entender. Ni lo que veía ni lo que escuchaba.

—Papá dice que él no quería otra novia. Que tiene una porque tú te marchaste con Sam.

Reina sintió aquellas ganas periódicas de estrangular a Félix que solían guardar relación con lo que su ex le contaba a Alberto.

—¿Por qué dejasteis de ser novios papá y tú?

—Nos dejamos de querer, cielo. A veces ocurre.

Alberto volvió a negar con la cabeza, con convicción.

—No, no. Él dice que todavía te quiere. Que fuiste tú.

—En realidad —tono y sonrisa tranquilizadores—, yo también le quiero, pero como un amigo.

—Papá dice que tú quieres a Sam y que por eso ya no podéis ser novios.

—Y él quiere a Asunta. Seguro que más que a mí.

Nueva negación. Tan vehemente que hasta le bailaba el flequillo.

—¡No, no, no! Papá dice que te quiere más a ti porque tú eres más importante.

—¿Dice eso?

—Sí. Te lo juro —respondió con solemnidad Alberto.

—¿Y dice algo más?

—Sí. Que le gustaría que él y tú os volvierais a casar.

Reina soltó una risa nerviosa. Lo mato, de verdad que lo mato. En serio que esta vez no sobrevive.

—Pero, cielo —sonrisa de «no pasa nada en absoluto, es muy normal hablar de estas cosas con tu hijo de ocho años»—, eso no puede ser, ¿no lo ves? ¿Qué pasaría con Sam y con Asunta si tu padre y yo nos casáramos?

—Papá dice que podrían casarse también y vivir juntos. Si lo hacen, ¿podré ir a jugar a su casa?

—No lo creo, cariño. Además, no lo van a hacer. Es mejor que todo siga como hasta ahora.

Y Alberto, mirando la tele y encogiéndose de hombros, opinó, sin un atisbo de preocupación:

—Vale.

Aquella noche Reina esperó a que el niño se durmiera para llamar a Félix, furibunda.

—¿Quieres dejar de calentarle la cabeza a Alberto con todo eso de volver a estar juntos tú y yo? ¿Y podrías dejar de decirle que la culpa de que nos separásemos fue mía y solo mía?

—Ah, ¿y eso? ¿He dicho algo que no sea cierto, quizá? ¿No sabes que el sueño de todo niño es ver juntos a su padre y a su madre? ¿Está mal que su padre quiera a su madre? ¿O quizá fui yo el que se tiró a otra sin condón y lo mandó todo a la mierda?

Ahora mismo, lo que tiene en la mano no es un aparato para comunicarse a distancia, es decir, un teléfono. Es más bien un oráculo, un vidente, una sibila, algo de todo lo anterior, porque lo que ella ansía es una respuesta, algo de tranquilidad que le permita aligerar un poco el peso como de piedras que siente en el alma.

No debería hacerlo, cuántas veces ha oído que no hay que buscar en Internet información médica. Siempre es un error, además de un lío. Sin embargo, la tentación es irresistible y las circunstancias, favorables. Tiene todo el tiempo del mundo, más dudas que nunca y en las manos un aparato capaz de satisfacer cualquier curiosidad. En el buscador escribe «Suicidas reincidentes». Aparecen más de veinte mil resultados. Estadísticas, factores de riesgo, enfermedades mentales asociadas, causas más comunes... Cada artículo es un pozo profundo en el que dejarse caer.

Abre el primero. El que se titula «Evaluación del riesgo de reincidencia en suicidas». Uno de cada cuatro lo vuelve a intentar. Los primeros seis meses después del primer intento son la época de mayor riesgo. Durante los doce meses siguientes las posibilidades son cien veces más altas que en personas que nunca lo intentaron. Una tercera parte lo intenta de nuevo . Un diez por ciento lo consigue. Algunos lo planean durante años, lo organizan. Son los casos más difíciles, casi inevitables, según los psiquiatras consultados. Nadie puede vigilar a otra persona las veinticuatro horas del día. Quien quiere

matarse y lo planifica bien, lo logra. Los hombres se suicidan más que las mujeres. Los viejos —más de sesenta y cinco—, más que los jóvenes. Entre la población de quince a veintinueve años, la autoeliminación —el eufemismo le fuerza una sonrisa triste— es la segunda causa de muerte en todo el planeta. Entre los motivos más frecuentes se habla de «conducta familiar suicida». Por lo visto, las ganas de matarse se transmiten con independencia del trastorno que las acompañe. Es genético, no hay nada que hacer. Se ha comprobado en personas adoptadas que mantenían las tendencias suicidas de sus padres biológicos. La agresividad impulsiva tiene el cincuenta por ciento de culpa. La otra mitad depende de factores denominados «ambientales». Es decir: abusos, violaciones, palizas, maltrato físico y psicológico y todo tipo de circunstancias difíciles transitorias como, por ejemplo, rupturas de pareja, dificultades económicas, pérdida del trabajo, muerte de un ser querido, fracaso escolar, sentimiento de soledad...

La llamada de un número desconocido la arranca de la lectura.

Es Rosa, una voz muy animada que le desea buenas tardes y le dice que es la psiquiatra del CSMIJ. ¿De qué? Ay perdón, sí, sí, ya sabe que el acrónimo es horrible, pero es lo que hay. Quiere decir Centro de Salud Mental Infantil y Juvenil. La seguridad social de toda la vida, en definitiva.

Salud mental.

Hay palabras que cuesta digerir.

Esta tarde, dice Rosa, ha conocido a Alberto y le ha practicado una «intervención de urgencia según el protocolo» después de un «gesto autolesivo» por su parte, como ya debe de saber. Reina dice que sí, que sabe. Rosa hace una pausa y añade que su marido ya le ha informado de que se encuentra de viaje por motivos de trabajo y por eso se ha tomado la libertad de pedirle su teléfono para poder hacerle algunas preguntas sobre su hijo que le ayudarán a evaluar los «antecedentes del caso» y empezar a redactar la historia clínica. De modo que si ahora no tiene inconveniente le gustaría empezar con las preguntas.

Reina corrige un punto importante: exmarido. Por otra parte, tiene todo el tiempo del mundo, porque está en un aeropuerto rumano esperando que afloje una tormenta para volver a casa, con demasiadas horas para pensar.

Rosa toma nota de la puntualización y pide unas disculpas vagas. Bien, pues empezamos cuando quieras. Por mí, adelante. Vamos, pues.

Las preguntas pretenden aclarar si Alberto fue un niño precoz, despierto, juguetón, preguntón, parlanchín, triste; si gritaba a menudo, si adoptaba posturas poco usuales, si desviaba la mirada, si contaba y leía bien, si practicaba el juego simbólico, si se fijaba en cosas que los otros no veían, si sabía establecer relaciones con sus iguales, si trabajaba bien en equipo, si tenía un mejor amigo, si le gustaba el deporte, si recordaba un montón de cosas inútiles, si tenía una voz extraña; también a qué edad hizo cada cosa (la primera palabra, el primer paso, el primer amigo). Reina trata de recordarlo todo. Algunas respuestas las tiene muy claras. Otras, no tanto. Trata de contestar la verdad, pero teme equivocarse. Teme decir algo que lleve a la profesional a conclusiones equivocadas sobre su hijo.

Reina espera a que termine el interrogatorio para preguntar qué valoran exactamente estas preguntas, pero por respuesta solo obtiene una explicación poco satisfactoria: deben descartar diversas posibilidades, se lo comunicará en cuanto tenga un diagnóstico claro.

Diagnóstico. Hay palabras que cuesta digerir. Sobre todo cuando en tres horas tu hijo ha pasado de ser un chico normal a un chico que necesita un diagnóstico psiquiátrico.

Reina piensa que los psiquiatras y los psicólogos son como hacienda: si hurgan lo suficiente, siempre encuentran lo que están buscando.

Ahora Rosa le pregunta a qué psicólogos llevó a Alberto cuando era niño y por qué causas. Da por hecho que Alberto se ha pasado la vida de psicólogo en psicólogo. Nada más lejos de la realidad: de hecho, solo conoció uno, una vez que hizo volar de un tortazo a un compañero de primero de la ESO y todo el claustro fue presa del pánico. Hoy en día, todo el mundo se asusta con facilidad, nadie quiere responsabilidades. Reina piensa que matan pulgas a cañonazos, pero mejor eso que arriesgarse a que alguna pulga sea en realidad un león disfrazado y termine por devorarles. La psiquiatra le pregunta cómo puede ser que solo le llevaran una vez y ella le contesta la verdad simple y decepcionante: nadie lo creyó necesario. Rosa quiere saber quién no lo creyó necesario. Por su tono se infiere que no da crédito, que es lo más raro que ha oído en años. Como si no pudiera ser. Reina contesta: los maestros, mi marido, yo misma. Rosa corrige: debe de querer decir su exmarido, ¿verdad?

Félix. Sí, sí, se apresura a responder Reina, él también estuvo de acuerdo. Se abre en la conversación una brecha de silencio. La psiquiatra requiere quién toma las decisiones que afectan a Alberto, cuántos adultos deben ponerse de acuerdo cada vez que hay que decidir sobre la educación «del menor». Reina miente mientras se le dispara el corazón: Félix y yo, claro. Y no tiene tiempo de pensar si añade algo que le ayude a sonar más verosímil cuando la psiquiatra ya ha pasado al punto siguiente: qué relación tiene Alberto con su padrastro.

Padrastro. Uf, las palabras.

Bastante buena, contesta Reina, mientras la sensación de que la están examinando aumenta. Normal, a días mejor y a días peor, supongo que como le pasa a todo el mundo. Sí, sí, claro que le pasa a todo el mundo, Rosa está de acuerdo, pero ella tiene entendido que su actual marido, es decir... —busca el nombre donde sea que lo apuntó— ... Samuel, tiene un carácter un poco complicado, irascible —según le han dicho—, y que a veces no es fácil entenderse con él. Reina identifica las palabras de Félix al momento, reconoce su mal estilo a la legua. Se lo dice a la psiquiatra, que contesta con un tono de voz aleccionador insoportable que no importa quién haya dicho qué, sino si es verdad o no, y a continuación insiste en que quiere saber si el «padrastro» de Alberto tiene o no mal carácter.

No nos gusta decir padrastro, trata Reina de ser amable. Y a continuación dice: no sé, supongo que como todo el mundo, en casa todos tienen un carácter de mil demonios, y su marido, pues hay días en que llega del trabajo con muchas ganas de todo y hay días en que no quiere ver a nadie, supone que es normal; y trata de reír, aunque no tiene ganas. Claro que sí, vuelve el tono profesoral, pero ellos deben entender que si Samuel no es el padre de Alberto no puede meterse donde no le llaman. Es un papel difícil, hay que saber desempeñarlo con mucha astucia y mucha madurez, porque si no, puede crear mucha confusión y algunas consecuencias desagradables, sobre todo cuando los niños son pequeños. Porque, ¿cuánto hace que están juntos Samuel y ella? Dieciocho años, informa Reina. Ah, entonces... —la psiquiatra extrae conclusiones que no esperaba—, entonces desde el principio, ¿no es así? ¿Se separó de Félix estando embarazada? No, cuatro meses después de tener a

Alberto. Aquí convendría ahora un exabrupto, una exclamación; algo así como: ¡Joder, qué pronto! O bien: ¡Menudas prisas! Pero Reina entiende que la psiquiatra es una profesional y no puede permitirse esas familiaridades. Se limita a decir: Ahora todo me cuadra, gracias, los dos han conocido al muchacho desde siempre, entonces es comprensible lo que ocurre, aunque no significa que tengamos que permitirlo. Ah, y una pregunta más sobre esto de los psicólogos. Necesita saber si alguna vez alguien le realizó a Alberto alguna valoración de TEA. ¿De qué dice?, pregunta Reina, que no está en absoluto familiarizada con el hartazgo de siglas de la psicología moderna. Trastorno del Espectro Autista, puntualiza Rosa. ¿Autista? Solo estamos hablando de una posibilidad, no hace falta alarmarse.

Autista. Hay palabras que, por mucho que te esfuerces, cuesta digerir. Que se indigestan.

Perdona, Rosa, le dice, pero te tengo que dejar. Mi vuelo está embarcando. Y cuelga el teléfono sin dejar que la otra se despida.

Sam es de reventar de pronto y de pegar cuatro voces, seguidas de dos o tres horas de caras largas. En ese tiempo es mejor dejar que el enfado siga su curso: de intenso a desaparecido, pasando por crítico, controlado, latente o ligero, cada fase tiene su estrategia, aunque Reina tiene comprobado que lo mejor es no utilizar ninguna, porque Sam suele tomarse cualquier palabra como un reproche o un ataque personal, y aún es peor. Cuando por fin desaparece lo que fuera que le pasaba ella intenta una aproximación de tanteo. Si sale bien y merece la pena, vuelve a sacar el tema. Entonces Sam se vuelve razonable, argumenta, a veces incluso pide perdón. No muy a menudo; le sale mucho mejor hacerse el incomprendido. Si, por el contrario, el asunto no tenía mayor importancia, se lo declara difunto y enterrado y se olvida cuanto antes.

Félix es de decir a todo que sí. No discutir. No levantar la voz. Hacer literalmente lo que le sale de las narices y después reprochar sus errores a los demás. Guerra sucia emocional para disimular su ineficacia. No detenerse a pensar en las consecuencias, no aceptar nunca los propios errores. No conoce a nadie con menos capacidad de autocrítica. A menudo Reina cree que discute solo por el placer de llevarles la contraria. No hay nada que haga más feliz a Félix que enfrentarse a ella y a Samuel y salir victorioso.

Alberto es a menudo el campo de batalla. Siempre lo ha sido, pero en ciertas cuestiones lo es mucho más. Como los estudios. A Félix siempre le pareció bien que de pequeño Alberto tocara el piano y el violín o tomara

clases de danza y de teatro. Presumía de tener un hijo artista. Un artista de ocho o diez años hace gracia a los abuelos y es un tema de conversación familiar. Pero cuando, al terminar cuarto de la ESO, Alberto anunció que escogería un bachillerato artístico, en total coherencia con lo que llevaba años haciendo, Félix se opuso con todas sus fuerzas.

—¿Artístico? ¿Y de qué trabajarás? ¡Con lo bien que se te dan las matemáticas! Tendrías que elegir el científico. O el tecnológico, que tiene salidas muy interesantes.

—Yo quiero el artístico.

Cuando Reina intervino para pacificar, comenzó la guerra:

—Vosotros le habéis metido todos esos pajaritos en la cabeza —le reprochó Félix—. Que haga teatro en su tiempo libre, si le apetece, pero que estudie algo de provecho.

—Si estudia lo que le gusta ya encontrará el modo de sacarle algún provecho.

—Chorradas.

La discusión se zanjó con unos cuantos meses de caras largas por parte de Félix. Caras largas con Reina, porque con Alberto siempre se comportaba como un colega que lo comprendía y lo permitía todo. Un doble juego de éxito garantizado.

La sorpresa vino cuando Alberto le contó a él antes que a su madre que deseaba matricularse en un curso de doblaje carísimo.

—Si es lo que a ti te gusta... —respondió Félix.

Fue Sam —el segundo en enterarse— quien puso objeciones. El curso valía varios miles de euros y había que pensarlo. Reina estaba de viaje. Cuando volviera hablarían de ello y tomarían una decisión.

—Claro. Y será que no —dijo Alberto.

No sirvió de nada decirle que sería lo que creyeran más conveniente, que tal vez antes de hacer un curso tan caro debía terminar el bachillerato y empezar la universidad y, sobre todo, tal vez debía esperar a cambiar la voz del todo, porque por ahora aún se le escapaba de vez en cuando algún que otro gallo.

Al día siguiente Alberto, astuto, lloriqueó un poco con Félix. Sam no le

dejaba, Sam pensaba que el curso era caro, Sam tenía que consultarlo con Reina, Sam... A Félix le faltó tiempo para decir:

—¡Yo te pago el curso, hijo! Ya puedes ir a matricularte.

Cuando regresó a casa tras pasar el fin de semana con Félix, Alberto dio exultante la noticia.

—Mi padre me paga el curso de doblaje. Ya no tenéis que preocuparos por nada.

Sam saltó:

—Eso será si tu madre quiere.

—No. Ya me ha dado el dinero.

—¿Qué?

—Me lo ha ingresado en mi cuenta. Mañana pagaré la matrícula.

Sam soltó un par de gritos, como siempre que algo le sacaba de sus casillas. Claro que en este caso debería haberle gritado también a Félix, no solo al chico. Tenían la misma parte de culpa. O puede que tuviera más Félix.

Alberto alcanzó enseguida la conclusión equivocada:

—No quieres que haga el curso porque me lo paga Félix y tú no puedes verle ni en pintura —le soltó.

Aquella noche Sam gritó un poco más que de costumbre. Que lo dejara de una vez hasta que llegara su madre, que era demasiado joven para decidir solo si debía gastarse una suma tan grande de dinero, que recordara que aún era menor de edad y que aún vivía en aquella casa...

—Tú querrías que fuera como tú, ¿no? —le interrumpió Alberto, venenoso como un adulto pero con la ligereza de un niño—. Un vendedor de seguros que lleva toda su vida haciendo un trabajo que odia.

Sam le mandó a dormir sin postre ni tele ni horas extra delante del ordenador. Como a un niño pequeño. Alberto sacó pecho por primera vez para decirle también a gritos que no podía castigarle de aquel modo, que no tenía ningún derecho.

—¿Por qué? ¿Porque ya eres casi mayor de edad? —preguntó Félix.

—No. Porque tú no eres mi padre.

Y allí terminó todo. Alberto se instaló en el sofá, como el rutilante vencedor de la batalla, y aún tuvo los santos huevos de ver una película de

esas que duran más de dos horas. Samuel se fue a la cama a dar vueltas y a llorar sin hacer ruido, para que el chaval no se diera cuenta.

Cuando Reina llegó de su viaje encontró a todos los hombres de su vida peleados entre sí. Alberto con Sam, Félix con Sam, Sam con ambos. Para tratar de reconciliarlos, aunque estaba agotada, empezó por llamar a Félix.

—Dile a ese que se meta la mala leche por el culo —le soltó su ex—. No voy a dejar que le hable mal a Alberto.

—Lo que no te gusta es que tenga razón. Ni reconocer que esta guerra la empezaste tú y de mala manera.

—¿De mala manera? ¿Tengo yo la culpa de ganar más del doble que tu maromo y poder pagarle a mi hijo un cur...?

—Pórtate bien, Félix. Sigue las reglas. ¿Te acuerdas?

Félix masculló algo parecido a un sí. Qué remedio.

—Pues eso. Mañana te devolveré el dinero del curso. Cuando sea el momento oportuno, dentro de un tiempo, ya volveremos a hablar.

Alberto no se matriculó en la escuela de doblaje. Más o menos de común acuerdo, los tres decidieron que era mejor esperar un tiempo. Los tres se quedaron con el resquemor de haber metido la pata. Solo necesitaban una oportunidad para reparar la falta.

El curso de especialista de cine fue esa oportunidad. No tenía nada que ver con aquello del doblaje, pero les pareció bien: los intereses de Alberto eran múltiples y variados. Mejor que se formara en tantas cosas como le parecieran interesantes. En cuanto les contó los detalles —sábados por la mañana, seis meses, caro pero no tanto, profesores especializados—, Reina se apresuró a llamar a Félix. ¿Estaba de acuerdo? Sí, por supuesto. ¿Pagaría la mitad? Claro, sin problemas. Perfecto, entonces todo arreglado. Aquel fin de semana el chico le llevaría los papeles, no fuera a olvidarse de firmarlos. Alberto ya podría inscribirse.

Dos días más tarde, ya inscrito, les trajo un tríptico con información de la escuela, para que vieran cómo era. El centro se llamaba Risky Shot: profesores con años de experiencia profesional. Prácticas en exteriores e interiores. Máxima seguridad. Grupos reducidos de veinte alumnos. Disciplinas a trabajar: caídas desde altura, caídas múltiples, atropellos, saltos

desde vehículos, armas de fuego, impactos de coches, acrobacia, suspensiones con cables, combates, artes marciales, antorchas humanas...

—¿Habéis visto? ¡Hasta voy a quemarme a lo bonzo! ¿A que mola? —dijo Alberto, entusiasmado.

Tal vez se habían precipitado, pensó Reina y solo Reina.

¿Y en tren? Aunque se da cuenta de que es un disparate, consulta unas cuantas páginas en Internet. Podría tomar un tren desde Bucarest hasta Budapest, de Budapest a Viena, de Viena a Venecia, de Venecia a Milán, de Milán a Barcelona. Treinta horas de viaje, sin contar los transbordos, las esperas o los inconvenientes de la tormenta. Podría probar, pero corre el peligro de quedarse aislada en cualquier rincón de los Alpes. Entre Bucarest y Barcelona hay unos cuantos accidentes geográficos insalvables, sobre todo en invierno.

El invierno es la época de la pequeñez humana. Una estación que nos baja los humos. Recuerda a Aníbal y a su ejército de treinta mil hombres, quince mil caballos y treinta y siete elefantes, pobres bichos, todos juntos atravesando aquellas montañas en medio de una tormenta extraordinaria de nieve y viento por caminos que los historiadores todavía están buscando. Y semejante hazaña ocurrió doscientos años antes de nuestra era, cuando en el mundo todo estaba por hacer. No es extraño que los artistas hayan pintado durante siglos el dramatismo de la gesta.

La primera vez que visitó la Tate Gallery de Londres y vio en vivo los cuadros de William Turner, se le disparó el corazón. Se alojaban en Southwark. Iban a todas partes caminando por no gastar el dinero que valía la tarjeta de metro, hasta que el dolor de pies les obligaba a volver al hotel. Félix y ella celebraban su primer año de casados. Hoy aquel viaje se le mezcla en la memoria con otros muchos —suele ir a Londres entre tres y seis

veces al año desde hace por lo menos diez— y solo permanecen algunas imágenes deslavazadas, pero conserva intacta y como nueva la impresión que le causaron los cuadros de Turner. Sus dimensiones, sus colores, la diferencia entre las reproducciones de los libros de pintura y las piezas originales. Ante *Anibal atravesando los Alpes* sintió ganas de llorar. Fue de sala en sala con el corazón a mil y la respiración agitada. El primer síndrome de Stendhal de su vida, cuando todavía no sabía que el arte puede provocar afecciones psicósomáticas y que uno de los primeros en describirlas fue Henri Marie Beyle, el hombre que fue Stendhal, después de contemplar la basílica de la Santa Croce de Florencia. Y, sin permiso, sus recuerdos la llevan hasta la Galleria degli Uffizi, donde encuentra a Félix casi dos décadas más joven, detenido con mirada pseudocientífica ante la famosa *Nascita di Venere* y a punto de decir:

—Pues yo, qué quieres que te diga, creo que no hay para tanto. Esos dos angelotes están muy mal dibujados. Y esta Venus tiene la tripa muy gorda.

Le entraron ganas de matarlo, de preguntarle a gritos allí mismo, en medio de la sala catorce de la Galleria degli Uffizi qué coño estaba haciendo ella con un hombre que pensaba que Botticelli dibujaba mal, si él sabía más de arte que todos los críticos y especialistas y pintores que durante seiscientos años han alabado el refinamiento de este cuadro. Pero no. En vez de eso le dijo:

—¿Y yo qué? Yo tengo más tripa que ella.

—Claro, por eso no te pintan —respondió él y pasó al cuadro siguiente, que tampoco entendió.

Reina se quedó plantada delante de la Venus de Botticelli, como si quisiera preguntarle qué pensaba ella de aquello que las dos acababan de escuchar. Como si estuviera tratando de decidir si un solo comentario puede amargarte un viaje, un matrimonio, una existencia.

Detesta que los pensamientos sean como insectos, siempre yendo de un lado a otro, sin control. Trata de volver al principio. A ver, ¿por dónde ha empezado toda esta digresión cultural? Por el tren. Cierra una por una las páginas en línea donde ha consultado los diferentes trayectos. De Bucarest a Budapest, de Budapest a Viena, de Viena a Milán, de Milán... Decide que cuando Alberto esté bien del todo —¿Aún no lo está? No, no lo está. Si

estuviera bien no habría intentado arrojarse al tren. ¿O sí? ¿Se puede considerar normal algo así? ¿Qué es normal y qué no? ¿Alguien lo sabe?—, cuando Alberto esté bien —deja de pensar, Reina, deja de darle vueltas— le propondrá hacer el recorrido ferroviario a la inversa y en verano, cuando todo es más amable y más fácil. Se deslizarán por Europa de tren en tren. Una vez en Rumanía, podrían ir a Transilvania. Una visita al castillo del conde Drácula, que ni se llamaba Drácula ni era conde, ni vivió nunca allí. Harán como los rebaños de turistas: fingirán que se tragan todo lo que cuentan los guías, comprarán jarras de cerveza con la cara del famoso vampiro y crucifijos de madera como estacas, acabados en punta. Dormirán en un hotel fabuloso con el nombre de Drácula bordado en las toallas. Ella ya habrá olvidado todo esto que le está pasando y la vida estará de nuevo en su lugar. Hablarán mucho, todo el rato, mientras pasean, mientras cenan y también en el hotel, antes de dormir. Será como si Alberto volviera a ser pequeño, como cuando cada noche entraba en su cuarto, se sentaba a los pies de la cama y le contaba cómo le había ido el día. Lo mejor y lo peor, le pedía ella. Lo peor siempre era algún plato del comedor escolar. La merluza rebozada, las lentejas estofadas, la ensalada verde. Lo mejor variaba. A veces era un juego nuevo que había aprendido en el patio, un dibujo que le había salido muy bien, una canción. Alguna vez lo mejor del día de Alberto tenía que ver con ella: la tortilla de patatas de la cena, las cosquillas que me has hecho en la cocina, que mañana no tengas que irte de viaje.

En algún momento Alberto dejó de contarle cómo le había ido el día. Dejó de considerarla alguna de las cosas buenas que le ocurrían, dejó de entrar en su cuarto por las noches. Hasta hoy Reina no se había dado cuenta de lo mucho que lo echa de menos.

De pronto recuerda un dato importante. Aníbal —el gran estratega— no murió en el campo de batalla, sino después de ingerir un veneno mortal. El héroe de los Alpes se suicidó.

«Hola, soy Arnau. Ahora no me puedo poner. Debo de estar en clase o en la biblioteca o en el gimnasio o durmiendo o tengo un partido. Tú confía en mí y déjame un mensaje. Pero si ves que no te llamo, insiste un poco. Ah, y cuídate. ¡Adiós!»

Tararí.

Intenta parecer serena:

—Arnau, soy Reina, la madre de Alberto. Necesito hablar contigo, es urgente. Llámame enseguida, por favor. Un beso. Saludos a tus padres.

Durante años la amistad entre Alberto y Arnau se basó en matar zombis en línea y morirse de risa por todo —incluidas las asignaturas de la ESO, que estudiaban juntos—. Superaron más o menos al unísono todas las fiebres de la edad, empezando por esa manía de hablar a gritos que les dio de golpe. También la primera noche que ambos bebieron más de la cuenta o la repentina urgencia por apuntarse a un gimnasio. A pesar de todo, eran muy distintos. Alberto siempre tuvo claro qué quería estudiar; Arnau desesperó a sus padres con sus indecisiones hasta el último momento. Arnau ya se obsesionaba con las chicas cuando Alberto solo pensaba en resolver el Petaminx, el cubo de Rubik más complicado de todos; Alberto escogió un bachillerato artístico y Arnau se resignó a cursar el social, con la mirada puesta sin mucho convencimiento en la carrera de Derecho; ambos se apuntaron a un gimnasio, donde Alberto se esforzaba en la sala de musculación mientras Arnau hacía piscinas y más piscinas. Ambos descubrieron a la vez la moda del pádel, tomaron clases con el mismo entrenador, y más tarde —era normal— formaron pareja y participaron en alguna competición modesta, para empezar, donde no hicieron mal papel. Cuando acababan los partidos a Arnau le gustaba relajarse diez minutos en el jacuzzi y Alberto se iba corriendo a su casa a ducharse. Cuando terminaron la secundaria, después de un viaje de fin de estudios a Londres en que no se separaron ni un minuto, Alberto cambió de instituto. Ahora estaban muy ocupados, y no solo de lunes a viernes. Ya no les quedaba

tiempo para jugar en línea, siempre tenían que estudiar, o leer, o hacer un trabajo urgente. Se les había pasado la edad de celebrar fiestas de cumpleaños. Empezaban a pensar seriamente en la universidad, qué vértigo, y en la vida que llegaría después, repleta de incógnitas. Ahora solo compartían la pista de pádel y el vestuario del gimnasio, y eso solo de vez en cuando, porque el mundo a su alrededor era cada vez más rápido y complejo. Más adulto. Si alguna vez coincidían, volvían juntos un tramo, por las calles desiertas. Hablaban, sobre todo, de estrategias para sobrevivir sobre un tejado rodeado de muertos resucitados, de cómo conseguir un lanzagranadas custodiado por un gigante podrido o de cómo las pelotas que rebotan en el ángulo del cristal de atrás son casi imposibles de devolver. Aún reían y aún hablaban demasiado alto. Muy de vez en cuando, Arnau aún visitaba a Alberto. Se encerraban en la habitación a jugar. A veces estaban tan revolucionados y reían tan fuerte que Reina y Sam, en el comedor, tenían que subir el volumen del televisor.

Todo eso duró hasta que un día Arnau le dijo:

—¡Tengo una noticia bomba, tío! Tengo novia.

Las expectativas momentáneas que había levantado la primera parte de la frase fueron aplastadas por la continuación. El amigo hacía como todos: tenía novia, quería tenerla, le gustaba tenerla, incluso le gustaba hablar de que la tenía. Alberto no entendía nada. No entendía cómo había podido ocurrir una cosa así.

Aquel día no hablaron de videojuegos, ni de pelotas imposibles. Solo de la novia de Arnau, que se llamaba Ona y que era guapa, y tenía unos pechos puestos no-sé-cómo, iba a ballet y llevaba el pelo azul y largo y seguro que todo lo hacía bien, porque Arnau no paraba de repetir que era la leche y que hostiaputatío, cómo se podía haber fijado en él una pava como ella. Daba saltitos de emoción y le brillaban los ojos cuando hablaba de ella, como cuando en el juego en línea llegaba el helicóptero y les rescataba del tejado dejando a los zombis sin almuerzo. Y a continuación lo repetía todo: los pechos, el pelo azul, el ballet, la leche, hostiaputatío y los saltitos. Alberto, aburrido y decepcionado, prefería no prestarle demasiada atención. No hacía más que pensar que había perdido a su mejor amigo.

Félix tiene esa voz áspera y desagradable de cuando está cabreado.

—Necesito hablar contigo —le dice Reina.

—¿Qué? ¿Ya estás satisfecha? Ya has conseguido que me quiten a Alberto.

—No te he quitado nada. Quiero que hoy esté en casa, nada más. En su cama.

—En mi casa también tiene cama, ¿sabes?

—Quiero tenerlo conmigo.

—¿Te has teletransportado? Porque hace una hora estabas en Bucarest, que yo sepa. Llamémosle a las cosas por su nombre: no quieres que esté conmigo y punto.

—Déjalo ya, Félix. No empecemos. Necesito saber un par de cosas. —Silencio atento, ninguna respuesta—. ¿Por casualidad el niño te ha hablado de una tal Esther?

Crece un silencio delator. Uno de esos silencios que son la especialidad de Reina. Antes de que Félix responda, ella ya sabe que lo sabe.

—Eso son cosas nuestras.

—¿Vuestras? ¿De quién?

—De Alberto y mías.

—Pero ¿qué dices? —Se altera.

—Mi hijo y yo hablamos mucho. Si te lo contara sería traicionarle. Por eso no pienso hacerlo.

—¿Él te pide que no me lo cuentes?

—Lo siento, pero sí.

—¿Y también te pidió que me escondieras los suspensos de la primera evaluación?

—¿Los suspensos?

—Cuatro.

—Me prometió que lo iba a recuperar todo. Yo le creo.

—¿No te parece que yo debería saberlo?

—Pensaba que te lo diría él. Me dijo que lo haría.

—¿Y no se te ocurrió que podías contármelo tú? ¿O por lo menos mencionarlo? Como si fuera importante, quiero decir. Porque imagino que estamos de acuerdo en que los estudios son importantes.

—Claro que lo son.

—¿Entonces?

—Pues que te lo tomas todo muy a pecho. Alberto ha estado un poco disperso durante una temporada, seguro que no se acaba el mundo por eso. A todos nos ha pasado alguna vez.

—¿Y se puede saber por qué está tan disperso, según tú?

—Bueno, tú lo has dicho hace un momento.

—¿La novia?

—No creo que sea su novia.

—¿Ah, no? ¿Qué es, entonces?

—Está enamorado de ella, es todo lo que sé.

—Entendido. ¿Una *follamiga*? ¿Aún les llaman así?

—Es todo más profundo, Reina.

—Ya. ¿Y tú sabes exactamente qué grado de profundidad tiene? ¿Sabes si guarda relación con lo de hoy? ¿Si lo han dejado o se han peleado o qué?

—No lo creo. Alberto lo tiene todo controlado.

—Eso te lo ha dicho él, claro.

—Sí.

—Y tú le has creído.

—¿Por qué no tendría que creerle?

—¿Porque es un crío?

—No me lo parece cuando hablamos de mujeres.

—¿Habláis de qué? ¿Tú le hablas de mujeres a Alberto?

—Normalmente no. Pero últimamente con Asunta no vamos bien y...

—¿Tú también estás disperso?

—Un poco, sí. Bastante.

Hace tiempo que Reina intenta ser práctica con Félix. No tiene intención de discutir la conveniencia o no de estas patéticas conversaciones de hombres. Solo quiere averiguar lo que tanto le interesa.

—Por tanto, sí. Sale con una tal Esther —dice—. Según parece, le ha dado muy fuerte. No es una compañera de instituto. Entonces, debe de haberla conocido en otra parte. En el curso de cine, tal vez. ¿Sabes algo de esto?

—Ya veo que has estado investigando por tu cuenta. No me necesitas.

—Félix, si sabes de qué la conoce, deberías decírmelo.

—¿En serio?

—Podría ser grave.

—No, no lo creo.

—Podrías estar equivocado.

Se produce un silencio incómodo. Félix cede un poco del terreno que tanto le gusta haber conquistado antes que ella.

—La conoce del curso de cine —informa, a regañadientes.

—Bien —resopla Reina—. Entonces es una compañera del curso de cine. ¿Salen juntos?

—No.

—Pero él está enamorado de ella.

—Sí.

—¿Y ella de él?

—Le hace algún tipo de caso.

—¿Qué significa que le hace algún tipo de caso? ¿Se acuestan?

—Supongo. En realidad, no lo sé.

—¿No lo sabes? Acabas de decirme que era una *follamiga*.

—Eso lo has dicho tú, Reina. Piensa bien.

—¿Han tenido relaciones o no? ¿Llevaba preservativos?

—Ay, Reina, y yo qué sé —resopla él, cansado del interrogatorio—. Yo no

me meto en esas cosas tan íntimas. Alberto es mayorcito.

—Pues deberías. Y también deberías comprarle preservativos.

—¿Por qué yo? Ay, calla, ¡porque vosotros nunca habéis comprado!

Reina pasa por alto el comentario envenenado y continúa:

—Hostia, Félix, basta, dímelo ya, no te hagas más el misterioso. ¿Qué coño sabes de esta chica?

—Que ha trabajado en varias películas. Por lo visto su especialidad son las persecuciones de motos. Alberto me enseñó una foto donde estaba vestida para un rodaje. Llevaba un mono de motorista ajustadísimo y de color dorado. No creo que nadie pueda salir a la calle con algo así. Solo se le veían las tetas. Las tiene como dos balones. Hay que reconocer que tu hijo tiene muy buen gusto.

—Entonces, si tiene carné, debe de ser mayor que él.

—No sé. Solo le vi el cuerpo. En la foto llevaba un casco integral. También dorado y con la visera oscura. No se veía quién había dentro. Por el cuerpazo que gasta, parecía jovencita.

Reina suelta una risotada amarga. Por el disparate de estar preguntándole su opinión a Félix, como si se fiara de él.

—Si se ha enamorado de una chica mayor que él es normal que esté deprimido. Igual no le hace mucho caso.

—Yo no le he visto nada deprimido, francamente —dice Félix, como si no tuvieran ningún problema.

—¿Hoy te ha hablado de ella?

—Hoy no se ha creado el clima de confianza imprescindible. Teníamos compañía no deseada, ¿no te acuerdas?

—No deseada para ti, en todo caso.

—Yo no digo nada. Pero si hubiéramos estado a solas seguro que me habría dicho algo. El niño me lo cuenta todo.

—¿A ti? —Reina ríe de nuevo, violentamente—. Pero ¿qué dices? Tú nada más eres su cómplice para lo que no está bien, como los cuatro suspensos. Te busca porque sabe que no le dirás nada, ¿te crees que es tonto? Sabe que no le regañarás, como cualquier padre sensato haría con su hijo de diecisiete años. Pero tú no, ah, tú no. Tú prefieres ir de colega y ganarte su confianza a

cualquier precio. Como cuando de pequeño le dejabas beber refrescos entre semana y le pedías que no me lo contara. Nada ha cambiado, porque tú no cambias. ¿Hablar de mujeres? Y todo ¿para qué? Todo para pasarle la mano por la cara a Samuel, todo para demostrar que Alberto te prefiere, que esto es una guerra y que tú ganas. Eres un vencedor a cualquier precio, pero vencedor, al fin y al cabo. Puede que él te quitara a tu mujer pero tú ahora le puedes robar al hijo. Ojo por ojo, ¿verdad? Un combate entre machos alfa, eso es. Tú juegas a ir de colega de adolescentes porque no sabes ejercer de padre, como tampoco sabes ejercer de hombre. Hombre adulto, quiero decir, capaz de no hacer sentir invisible a tu mujer, o capaz de hacerla feliz de ese modo tan antiguo en que un auténtico macho alfa sabe hacer feliz a una mujer.

Incluso en Félix es sospechoso este silencio. Reina advierte de pronto que no hay respuesta, ni siquiera le oye respirar. Revisa la pantalla del móvil. Ha colgado. ¡Ha colgado! No se lo puede creer. Le vuelve a llamar, furibunda. Sucede lo que había de suceder: él no contesta al teléfono. Un segundo más tarde entran tres mensajes como tres tiros de gracia:

«¿Y tu parte de culpa? ¿Has pensado que igual no eres tan buena madre como crees?»

«No puedes ser siempre el centro del universo Reinita, acéptalo.»

«Cuando aprendas a hablar como una persona, llámame.»

A los veintiocho años, Reina se sentía una mujer muy desgraciada. Quería un hijo, pero algo no iba bien. Las visitas al ginecólogo eran nada más las estaciones de un camino hacia la renuncia y la tristeza. Se estaba acostumbrando a las cosas más horribles: a llorar sola en el baño cada vez que le venía la regla, a aguantar las largas digresiones de su suegra sobre lo mucho que los hijos unen a las parejas, a verse los muslos llenos de hematomas desde que se pinchaba cada día el carísimo compuesto de hormonas que le había recetado el médico. Empezó a pincharse los muslos porque un día, al verle los brazos plagados de las marcas azuladas de los pinchazos, un farmacéutico de guardia no quiso venderle las sesenta jeringuillas que le estaba pidiendo.

—Si quieres matarte, lo haces tú solita, guapa —le dijo, y se quedó tan ancho.

Que no le vendieran jeringuillas porque la tomaban por drogadicta no era lo peor. Lo peor era cuando algún conocido de vista, alguna vecina, algún pariente lejano o cualquier otro miembro de ese ejército de desconocidos que no saben nada de ti pero se atreven a opinar sobre tu vida, intentaban convencerla de lo maravilloso que era vivir sin tener hijos. Le hablaban de libertad, de desahogo económico, de superpoblación del planeta, de promiscuidad sexual, siempre con un tono paternalista que daba náuseas. Lo más curioso era que todos ellos tenían descendencia, en ocasiones numerosa.

Un detalle nada trivial que minaba su verosimilitud.

A todo esto, ella se tomaba la temperatura cada mañana con un viejo termómetro de mercurio. En la boca, cinco minutos. Anotaba los resultados en una hoja que le había proporcionado el ginecólogo. En el encabezamiento decía: «Calendario de fertilidad.» Las variaciones eran casi insignificantes. Tenía que apuntar si estaba nerviosa o enferma. Nunca estaba enferma pero casi siempre estaba nerviosa. Algo no iba bien y lo sabía. No conseguiría quedarse embarazada. En la consulta el médico les indicaba qué días debían mantener relaciones sexuales. Si lo hacían, debían apuntarlo en el calendario. Le hacían caso al pie de la letra, aunque no tuvieran ganas. Más tarde, el médico estudiaba su vida sexual con las gafas apoyadas en la punta de la nariz mientras emitía ruiditos de aprobación como «ajá» o «hum». Así estuvieron seis o siete meses. Hasta que el médico pensó que igual debían centrarse primero en otras cuestiones y les dejó tranquilos y sin vigilancia.

—Ay, qué bien —lo celebró él—. Era horrible tener que hacerlo tan a menudo.

—¿Tan a menudo? —preguntó ella, tan desolada por la afirmación que ni siquiera halló como rebatirla.

Diez meses más tarde, una noche, mientras cenaban le preguntó:

—¿Sabes que llevas casi un año sin tocarme?

—¿Tanto? —Levantó una ceja Félix, sorprendido como si realmente no tuviera ni idea.

—De follar ya ni te hablo. ¿Ya no te gusta?

—No, mujer, no es eso. Es que quedé un poco saturado después de lo del calendario.

¿Saturado de follar? ¿A los treinta años un hombre normal puede estar saturado de follar? ¿Y si Félix tenía una amante? ¿Y si padecía alguna enfermedad hepática? ¿Y si era gay?

—Me aburro sin sexo, Félix. Me siento vieja. ¿Tú no?

—No, yo no —dijo él, tan normal—. Mujer, no es para tanto. Ya tenemos una edad.

Ella no sentía que tuviera ninguna edad. Tenía veintiocho años. Edad de practicar el sexo hasta romper la cama, hasta que los músculos no

respondieran, hasta que se le acalambrara la vagina, edad de renunciar a las bragas, de batir récords de orgasmos por hora, de celebrar las veinticuatro horas del sesenta y nueve, edad de todo lo que fuera lujurioso y excitante. De pronto, tuvo una precognición deprimente de su vida futura. Se vio como una mujer mayor, de setenta o más, que ya ni recuerda qué forma tenía un miembro erecto masculino, o qué se siente cuando te palpan una teta. Se vio a sí misma contemplado con envidia las cenas eróticas de las películas y preguntándose cómo era, cómo se hacía. Un día iría a orinar y descubriría que ya no tenía vulva, que los labios vaginales se le habían soldado, y que ahora su pubis era liso y lampiño como los de las muñecas de su infancia. Como el de Nancy, que tenía una vulva sin agujero porque también tenía un novio sin pene, que se llamaba Lucas. Félix y Reina, Nancy y Lucas: las perfectas parejas asexuales.

Le entraron muchas ganas de huir. Lo dijo:

—Si esto no cambia pronto, tendré que buscarme un amante.

Félix le lanzó una mirada inquisitiva de medio segundo. Masticaba algo. Miraba algún programa infecto de televisión. Murmuró:

—Ah.

Diecinueve años más tarde y en el aeropuerto de Bucarest, Reina todavía se pregunta si no la oyó, no la entendió, no la creyó o, simplemente, pensó que ningún hombre demostraría ni un poco de interés por irse a la cama con alguien que tenía más tripa que la Venus de Botticelli.

«Hola, soy Arnau. Ahora no me puedo poner. Debo de estar en clase o en la biblioteca o en el gimnasio o durmiendo o tengo un partido. Tú confía en mí y déjame un mensaje. Pero si ves que no te llamo, insiste un poco. Ah, y cuídate. ¡Adiós!»

Tararí.

—Arnau, cariño, vuelvo a ser yo, la madre de Alberto. Perdona que insista, pero necesito hablar contigo urgentemente. Llámame, por favor. Besos.

Tiene unos cuantos mensajes de Tom sin leer.

A las 19.54:

«Pensaba que estarías volando, pero en tu estado pone “en línea”. ¿Has tenido algún problema con el vuelo? En las noticias han dicho que casi todos los aeropuertos de esta parte de Europa están cerrados por la tormenta. ¿Sabías que la llaman la Bestia del Este? Vaya nombrecito. Dime algo, porfa, estoy preocupado.»

A las 20.01:

«Sigo viéndote en línea. ¿A qué hora sale tu vuelo? ¿Estás bien?»

A las 20.02:

«Te echo de menos. Quería que lo supieras.»

A las 20.03:

«Por favor, escíbeme cuando puedas. Sigo preocupado.»

A las 20.07:

«Acaban de decir por la BBC que el aeropuerto Henri Coandă está cerrado. ¿Dónde estás, Reina? ¿Qué haces? ¿Por qué no me contestas?»

«¿Por qué no vuelves y esperas aquí cómodamente a que pase la tormenta?»

Aún no ha terminado de leerlos todos cuando entra otro mensaje:

«¡Por fin! Hola, guapa.»

El amante estaba atento. Le imagina mirando todo el rato la doble marca

gris, esperando que cambie a azul.

«¿Qué ocurre? ¿Te llamo?»

Pulsa los iconos iluminados en la pantalla buscando el modo de que Tom deje de vigilarla. Incluso este lazo tan débil le molesta. Ajustes, confirmación de lectura, información de cuenta, privacidad... lo consigue, pero pierde un buen rato. Mientras tanto, Tom le ha enviado varios mensajes más:

«¿Reina?»

«Toc, toc.»

«¿No piensas contestarme?»

«Estoy muy preocupado.»

Sus dedos hábiles vuelan sobre el teclado iluminado para escribir un mensaje rabioso:

«No quiero verte más, Tom. Deja de molestarme.»

Una vez enviado, mientras el silencio de él se alarga —dolido, sorprendido, quizá enfadado—, ella añade, por caridad:

«Lo siento mucho.»

Vuelve a abrir el navegador y recupera lo que estaba leyendo cuando ha llamado la maldita psiquiatra. Ha perdido el hilo, busca otra página. «Indicadores de riesgo», se titula, e incluye una lista de conductas, conscientes o inconscientes, que pueden revelar intenciones de quitarse la vida. Las lee todas, buscando coincidencias: escribir notas suicidas, hablar de la propia muerte, cambiar de pronto de estado de ánimo, despedirse de amigos y familiares, abandonar las amistades, distanciarse de la familia, provocar situaciones de riesgo innecesarias, cambiar de hábitos alimenticios, regalar cosas de valor, infringir la ley... Reina relee la lista de principio a fin, insatisfecha. Busca indicativos, algo que la ponga sobre la pista correcta. No encuentra nada o lo que encuentra le parece demasiado endeble. Quizá aquella dieta para ganar masa muscular. Acaso haber perdido la costumbre de conversar con ella por las noches. Quizá aquel chiste tan ingenuo sobre el libro de matemáticas que se quiere matar porque tiene demasiados problemas. Tal vez el curso de especialista de cine. Se da cuenta de que no tiene ninguna evidencia, que todas las pruebas son livianas en exceso. Se pregunta dónde está la normalidad, qué significa, cómo se analiza. ¿Alguien sabe algo realmente de las personas que pierden las ganas de vivir? Se pregunta qué verdades absolutas contienen todas estas páginas. ¿Qué saben de lo que le está pasando quienes las han redactado, quienes las dejaron ahí? ¿Por qué ha creído que podrían ayudarla?

Son las nueve menos cuarto. Lo mejor de que sean las nueve menos cuarto es la certeza de que la multinacional ya no va a molestarla. Pertenecen a esa parte de la humanidad que se detiene entre que el sol se pone y vuelve a salir. La mitad del mundo que cuando descansa deja en paz a la otra mitad.

Lo peor de que sean las nueve menos cuarto es que la madrugada se acerca. Dentro de nada estará aquí y será desesperada. Lo sabe porque ha conocido otras madrugadas difíciles y todas le recuerdan siempre a la misma, a la primera, aquella de 1975, cuando nada más tenía cinco años. Como le ocurre a mucha gente, su primer recuerdo consciente es un hecho traumático. La muerte de su padre. Aquel pueblo lejano entre montañas, aquel cura esquinado que las odiaba. Su madre y su tía llorando, arrimadas a la pared de piedra de aquella casa vacía. La tía diciendo: «¿No te das cuenta de que es un disparate, mujer? ¿No te das cuenta?»

Todo tan lejano y, sin embargo, tan presente. Un pasado que nunca termina de pasar.

«La batería se está agotando», amenaza un mensaje que emerge como un buzo del fondo de un pantano. «¿Quiere activar el modo de bajo consumo?»

Sí.

Estaría bien poder poner las emociones en modo de bajo consumo con la misma facilidad con que ponemos los artilugios electrónicos. Tristeza, angustia, culpabilidad, dolor, desesperación, desconsuelo, todo en bajo

consumo y todo el tiempo que haga falta.

Mira bajo la mesa, a su alrededor. No hay ni un triste enchufe.

Ya sabe lo que le toca.

Cuando ve el nombre de Arnau en la pantalla se sobresalta.

—Arnau. Gracias por llamar.

—Perdona, Reina. Estaba en la biblioteca. Cierran a las ocho.

En Rumanía es una hora más que en Barcelona. No había caído.

Debería preguntarle cómo le va el curso o cómo están sus padres, pero dispara directamente:

—¿Cuánto hace que no ves a Alberto?

—Bastante, ¿por qué?

—He de preguntarte algo.

—Dime.

—¿Conoces a su novia? ¿Una chica que se llama Esther?

—¿Novia?

—¿No te ha hablado de ella?

—Esther no es la novia de Alberto. Es una profesora de la escuela de cine. Esa de los saltimbanquis. —Suelta una risita, pero se da cuenta enseguida de que Reina no se ríe.

—No hablamos de la misma Esther, me parece a mí.

—Pues yo no conozco ninguna otra. Él hablaba mucho de la profesora esa, por lo visto es una fuera de serie. Le da lo mismo prender fuego a los alumnos que arrojarlos desde lo alto de un edificio. Es muy buena. Antes de ser profesora era especialista, conductora de alto riesgo o algo así. Flipa mucho,

tu hijo, con esta tía. ¿No te lo ha contado?

No, claro que no.

—Necesito preguntarte algo más, Arnau, si no te importa. ¿Has notado algo raro en la actitud de Alberto últimamente?

—¿Qué quieres decir con raro?

—Ni idea. Lo que sea. Alguna reacción que te haya podido sorprender, algún cambio, discusiones...

—Bueno, estuvo lo del teatro.

Reina le quita importancia a algo que no cree que la tuviera.

—Además de eso.

—Mira, ahora que lo dices —salta el amigo—. La última noche que salimos juntos. Fuimos al The Drunk Duck, la taberna, ¿la conoces? Tu hijo estaba muy... ¿cómo diría? Muy solemne. No dejaba de decir idioteces, como «Si un día me muero poned una placa con mi nombre en esta mesa» o «Conocer amigos de verdad como vosotros es uno de los mejores regalos que me ha hecho la vida» y cosas así. Parecía un personaje de *Juego de Tronos*. Nos dio un poco de *yuyu*. Ona le preguntó si le pasaba algo. Dijo que había bebido demasiado. Dos cervezas. Era verdad.

»Pero lo peor vino cuando nos marchábamos. Se empeñó en regalarme su reloj. Insistía mucho, estaba muy pesado. Yo le dije que no lo quería, que el reloj era suyo, pero él insistía e insistía, intentaba ponérmelo. Hasta que Ona le gritó: “Tío, que no, que no lo quiere, ¿no lo ves?” Entonces se fue muy dolido, con el reloj en la mano. Le escribí unos cuantos mensajes de texto, pero no me contestó. Pensé que era como cuando comencé a salir con Ona, que se había enfadado y ya se le pasaría. Pero ahora me doy cuenta de que sí le ocurría algo, ¿verdad? ¿Qué es?

Indicadores de riesgo dos, cinco y nueve: hablar de la propia muerte, abandonar a los amigos, regalar cosas de valor. A Reina le tiembla la voz cuando dice:

—Alberto ha intentado suicidarse esta tarde.

—Hostia, Reina. ¿Qué dices? —Mierda, no debería habérselo dicho, mierdamierdamierda, ojalá las palabras que ya se han pronunciado pudieran retirarse, pero no se puede, mierda, no se puede—. Reina, ¿has dicho lo que

creo que has dicho?

—Olvídalo, por favor. No he dicho nada.

—Sí lo has dicho.

Lo ha dicho. Mierda, lo ha dicho.

—Lo siento, cielo. Se me ha escapado. —Menuda excusa torpe, absurda, poco adulta. Lo peor es que no tiene otra—. Lo siento mucho, de verdad. No debería haberte contado nada. Sois tan jóvenes y parecéis tan mayores. Los dos, Alberto y tú. Perdóname, por favor.

Arnau no reacciona. Solo atina a repetir:

—Hostia.

—Es que estoy sola en un aeropuerto de Rumanía y no hago más que darle vueltas a todo y pensar y pensar, que me va a reventar la cabeza de tanto pensar, y paso de no encontrar ninguna explicación a encontrar demasiadas. Y además todo me parece tan raro, tan increíble, como algo que estuviera pasando en la luna, o que no me afectara a mí, porque tú nos conoces, ¿verdad?, ¿cómo puede habernos pasado algo así a nosotros? Alberto es un chaval normal, con una vida normal, me parece, como tú. De hecho, os parecéis en muchas cosas, por eso sois tan amigos. Venga, por favor, deja que te lo cuente él, no le digas que se me ha escapado, si se lo dices, entonces aún confiará menos en mí, ¿me lo prometes? Por favor, cielo, prométeme que no le dirás nada, quiero oírtelo decir, venga, por favor.

—Te lo prometo.

—Así, muy bien. Y no te asustes, rey, que todo irá bien. Vaya, creo que todo va a ir bien, al menos él está tranquilo, sereno, aunque ahora nosotros tendremos que aprender a vivir con esta angustia que no sé cuánto durará. Años, supongo. En serio que no quería asustarte. Solo quería preguntarte por esa tal Esther, porque necesito entender algo, de verdad que es lo que más necesito ahora mismo, entender algo. —Y en ese momento Reina empieza a llorar y todos los *guiris* de su alrededor la observan con gran sorpresa y ponen cara de susto, como si estuvieran contemplando un fenómeno extraordinario, pero a nadie se le ocurre acercarse a ella y preguntarle si está bien, *Are you ok? Es,ti bine?*, sino que todo el mundo se desentiende, caminan más aprisa y, como mucho, musitan cuatro palabras al oído de alguien y a

continuación observan la mesa y ven solo un vaso de café, vacío y helado, y ponen cara de desprecio, una de las siete macroexpresiones faciales universales, idéntica aquí o en Pekín, y seguro que piensan: menuda jeta estar ahí ocupando una mesa sin cenar ni consumir nada tal y como está el aeropuerto hoy, deberían existir normas para regular la ocupación de espacios públicos en situaciones complicadas, para evitar abusos como este. Y pasan de largo, porque pasar de largo siempre es lo más fácil.

Se acerca una chica que sonríe.

En las actuales circunstancias una chica feliz es una amenaza. Hace rato que la observa sin prestarle mucha atención. Mariposea de mesa en mesa, habla con los clientes aburridos de esperar. Es rubia, bonita, muy joven. Viste el uniforme de la cadena de hamburgueserías: pantalones negros, camiseta a rayas azules, una gorra con un logotipo dorado en el centro. Aunque lo más inquietante es su sonrisa. Reina no puede enfrentarse a ella. Hoy no.

—*Bună seara!* —saluda la muchacha—. *Vorbiți româna?*

Reina dice que no. No habla rumano, aunque de tanto escucharlo identifica algunas palabras. Cada vez que visita Rumanía piensa lo mucho que le gustaría aprender a hablarlo.

—*English?* —pregunta ahora la chica risueña.

Sí, inglés sí. Continúan en inglés, qué alivio. Es toda una paradoja que dos descendientes del Imperio romano tengan que entenderse en una lengua germánica. No es lógico, pero es así. Europa dejó escapar una oportunidad de oro de hacer del latín la lengua franca de sus ciudadanos. Sería tan hermoso que esta rubita veinteañera y descendiente de dacios le dijera a Reina, descendiente de íberos:

—*Vobum vesperam! Tu loquerisne Latine?*

Y ella pudiera responder, orgullosa:

—*Scilicet! Audivi te.*

En lugar de eso se entienden en la lengua de los bárbaros, que la chica de la Dacia utiliza con gran soltura, como si fuera la suya propia:

—Mañana es primero de marzo —le dice agachándose un poco para que la escuche mejor—, un día muy especial para nosotros, los rumanos. Celebramos la llegada de la primavera, aunque este año hay que reconocer que la meteorología no nos ayuda mucho. El uno de marzo simboliza el triunfo de la luz sobre las tinieblas, es decir, del bien sobre el mal, y es tradicional regalar una especie de... —Aquí la chica dacia duda qué palabra escoger—... pin, colgante, broche, bueno, en realidad le llamamos *mărțișor*, y me gustaría regalarle uno. Espero que nadie se me haya adelantado. Tome.

Deposita sobre la mesa una mariposa dorada de la cual penden un par de cordoncitos trenzados en hilo de seda blanca y roja.

—El blanco simboliza el invierno —continúa la chica— y el rojo, la primavera. Tiene que ponérselo en la solapa antes de que salga el sol y llevarlo todo el día de mañana. Lo ideal es lucirlo hasta que los signos de la primavera comiencen a notarse: la floración de las rosas, el regreso de las golondrinas o de las cigüeñas. Solo entonces puede quitárselo, pero no debe tirarlo, sino colgarlo en la rama de un árbol. Si hace todo lo que le digo el *mărțișor* le traerá suerte, esperanza y calma.

—Ah, es una especie de amuleto —dice Reina, estudiando el pequeño objeto, que trae un imperdible por detrás, para sujetarlo a la ropa.

—Podríamos llamarlo así —sonríe la chica dacia—. Un amuleto que celebra el amor por la vida y el resurgimiento de la naturaleza. ¿Quiere que se lo ponga?

—El amor por la vida —repite Reina y ya lo tiene claro—: Pónmelo, por favor. Creo que lo necesito.

La chica dacia sujeta el amuleto en forma de mariposa en la solapa del abrigo de la mujer íbera. Después forma un lacito perfecto con el cordón rojo y blanco y se preocupa de que quede bien colocado, con los dos cabos a la misma altura y lo bastante separados uno del otro. Todo muy laborioso.

—¿Cómo se dice «mariposa» en rumano? —pregunta Reina.

—*Fluture*.

—*Merci*. —Utiliza esa palabra para «gracias» a propósito, porque sabe

que la comparten; que, como tantas otras, en rumano es casi idéntica.

El paso de aquel imperio lejano que se lo arrebató todo a tanta gente, a ellas dos les dejó dos mil palabras comunes que no les sirven para comunicarse.

Necesita hablar con Sam. Siempre ha sabido cómo hacer para serenarla. Como en aquellas noches del final del embarazo de Alberto que pasaron juntos. Reina se desvelaba de tanto pensar y de tanto buscar la postura, y él le pedía que se tumbara de lado, le acariciaba la espalda y le susurraba al oído:

—No pienses en nada. Relájate. No me dormiré hasta que tú te duermas.

Por su voz, parece agotado. Alberto descansa, le dice. Ha estado con él hasta que se ha dormido, como cuando era pequeño. Dentro de un rato volverá a verle, como cuando hace años se levantaba a toda prisa porque necesitaba asegurarse de que el bebé respiraba. Como cuando temía que le pudiera pasar algo de pronto, algo sin sentido.

—¿Qué has hecho para llevártelo? Félix está que se sube por las paredes.

—No he hecho nada. Solo he informado a tu ex de que el niño venía conmigo. Él primero ha dicho que eso tenía que decidirlo Alberto. Le he contestado que no, que ya estaba decidido, y que si no le gusta, me da lo mismo. Ha callado, me ha mirado de aquella manera que se supone que debería darme tanto miedo y ha cedido, como siempre. Ya sabes cómo es. Solo saca pecho delante del niño.

—Y delante de mí cuando me culpa de todo.

—Porque no me dejas pararle los pies.

—No merece la pena. Creo que le ocurre algo con Asunta. Espero que no la deje escapar. Sería una lástima.

—Sí.

Hablan de cosas prácticas. ¿Irá mañana Alberto al instituto? Tal vez debería ir, les han dicho que tiene que hacer vida normal. Pero Sam irá a buscarle, así no tendrá que tomar el tren. Reina le pone al corriente de las gestiones y las investigaciones: el jefe de estudios, la eminencia, Muriel, Arnau... Le dice que continuará buscando un psicólogo hasta dar con alguien de confianza que les pueda ayudar. ¡Ay, se olvidaba! Tiene que hacerle un favor. ¿Puede entrar en su ordenador y enviarle al jefe de estudios el informe de la psiquiatra? La dirección está memorizada en su correo. Le pide dos veces que no se olvide. ¿Recuerda su contraseña de seguridad? Sam no la recuerda, cree que nunca la ha sabido. Pues apúntala, dice ella. Sam dice que mañana cuando lleve a Alberto al centro solicitará una entrevista personal con el director o con quien haga falta. Así tal vez se tranquilizan un poco. Si no le parece mal, claro, añade. A Reina nada de lo que haga Sam le parece mal. Se fía de él completamente.

—Prepárate para que no te crean o no confíen en ti —dice Reina—. Ahora seremos los padres del chico que intentó saltar al...

—Ay, Reinita, Reinita. ¿Sabes que me da igual lo que piensen? Estamos juntos, ¿sí o no?

—Sí.

—Pues ya está. Lo superaremos. Deja de darle vueltas. ¿Me lo prometes?

—Te prometo que lo intentaré.

—¿Te he dicho alguna vez que eres lo que más quiero del mundo?

—Alguna vez.

—Por si acaso no te había quedado claro.

Ay, Reinita, Reinita.

Reina y Sam se encontraron a la desesperada. Ella casada con Félix se consideraba la mujer más abandonada del mundo y buscaba sexo urgente con cualquiera. Él era el hombre más necesitado del mundo y buscaba lo que fuera con quien fuera. A ninguno de los dos le había ido bien con sus relaciones, y estaban a un paso de convertirse en personas resignadas a una vida en pareja que nunca les haría felices. Ambos estaban trazando las vías de escape que necesitaría su vida futura si se quedaban donde estaban. Por eso, cuando ambos aparecieron en el camino del otro, aprovecharon la oportunidad por si acaso era la última. Ella le dijo que estaba casada y que nada de lo que pasase entre ellos podría durar demasiado. Como mucho un año, ya que ese era el tiempo de locura y felicidad que se había concedido a sí misma antes de volver a su vida horripilante. No quería engañarle: si el trato no era de su agrado era mejor que se marchase antes de aceptarlo. Él la miró largamente y dijo:

—Ay, Reinita, Reinita... ¿En serio crees que algún trato contigo podría no ser de mi agrado?

Comían *fingers* de queso con salsa de mermelada de fresa. Él los mojaba en la salsa y le ofrecía a ella el primer mordisco. Se acababan de conocer, justo esa mañana, y ya habían compartido tres horas de sexo agotador en una habitación que se alquilaba por horas. Ella le veía sexy, pero demasiado

delgado. Él la encontraba guapa, pero con mal gusto en el vestir. La conversación fue más fácil de lo que ninguno de los dos esperaba. Hablaron de todo. De libros, de trabajo, de parejas, de viajes, de música. Él la miraba con unos ojos atónitos que jamás se borrarían de su memoria. Ella solo pensaba en no enamorarse.

Cuando los *fingers* de queso se estaban acabando, él le preguntó:

—¿De dónde viene tu nombre? Es muy poco común.

—Eso no te lo puedo contar en la primera cita.

—¿Por qué no?

—Demasiado íntimo. Te lo contaré algún día, cuando tengamos más confianza.

—Entonces preferiría que no me lo contaras nunca —dijo.

—¿Y eso? ¿No quieres que confíe en ti?

—Prefiero saber con certeza que volveré a verte.

Fueron tan insensatos como para no usar preservativo. Reina estaba convencida de que su cuerpo era inútil, que nunca podría tener hijos. Él se dejó llevar por una pasión nueva. Ninguno de los dos había sido jamás tan irresponsable, pero ninguno de los dos podía saberlo del otro. Haberse ligado a un loco o a una loca también tenía su gracia.

La primera vez que Sam le dijo que la quería ella no contestó. Le dio miedo darse cuenta de que le correspondía. Y que todo se estaba liando demasiado. Que el juego con fecha de caducidad que ella misma había inventado podía destruirla si no lo detenía a tiempo. En aquel momento aún estaba dispuesta a hacerlo, a no dejarlo estallar. Pero antes quería disfrutarlo un poco más. Como el preso que alarga al máximo un permiso de fin de semana antes de volver a su celda.

—¿Te he dicho alguna vez que eres lo que más quiero del mundo?

Sí, Sam se lo ha dicho miles de veces, pero ella no se cansa ni se cansará jamás de oírlo. Es una pregunta como un mantra, tiene el poder de alejarla de todo lo malo que pueda ocurrir.

¿También esta noche?

Reina repara en que hace rato que al otro lado de la conversación solo hay silencio. Desde hace, ¿cuánto? Se ha despistado. Se ha dejado llevar por sus

pensamientos. Mira la pantalla del teléfono. Negro y sin vida. La batería se ha acabado, como la conversación, de golpe. Ahora le tocará irse de aquí y buscar un enchufe. No puede permitirse quedarse incomunicada. Cuando deja la mesa, se siente como un conquistador que tiene que ceder al enemigo su bien máspreciado. Enseguida ocupan su sitio un grupo de tres amigas maduritas que se apresuran a encargarse de un banquete de calorías fritas para cenar.

El nombre fue una herencia de su padre. Quizá la única de la que puede sentirse plenamente orgullosa. Su abuela, que era una mujer de las que tardan en olvidarse, se llamaba Reina. Los vecinos la llamaban «la Reina de la calle Verdi», porque ahí era donde tenían el colmado, otra herencia familiar, en la esquina con la calle del Rubí. Allí la primera Reina vendía café, galletas, chocolate, legumbres, fideos, aceite y vino a una clientela fija de la cual sabía el nombre, los secretos y las manías, porque en eso consistía también su negocio, en escuchar a todo el mundo y en no contarle nada a nadie. Ella se consideraba como un confesor, pero con delantal.

La abuela Reina quedó viuda a los treinta y seis años, cuando todavía no había estallado la guerra. Su muerto fue primero, solía decir, mucho antes de que en cada casa hubiera muertos y desaparecidos y desgracias todavía más gordas que la suya. Tenía un hijo, José; se empeñó en que estudiara y medio lo consiguió. El muchacho cursó varios años en el Instituto Maragall, hasta que empezó la furia revolucionaria, los saqueos, las quemas de conventos, los asesinatos de sacerdotes, la furia de los pobres, el miedo de los ricos, y de pronto las pesetas no valían nada y las escuelas cerraron por miedo a los ataques de los aviones italianos, que salían de Mallorca de cinco en cinco, entraban por L'Hospitalet, volaban sobre la Gran Vía dejando caer todas las bombas que llevaban, salían por Badalona y de vuelta a las islas; y eso cada tres horas en punto, durante días y días. La gente, mientras tanto, se moría de

hambre y de miseria y a veces los aviones no arrojaban bombas sino papeletas de propaganda donde se veía un pan blanco recién horneado y unas letras que decían: «Este es el pan que se come todos los días en la España de Franco.»

Cuando las tropas nacionales entraron por la Diagonal y su hijo volvió a casa, la abuela Reina decidió que ya lo tenía todo hecho. Como José era hijo de viuda, el gobierno le dispensó de incorporarse de nuevo a filas. Se quedó con ella pero, sobre todo, con el negocio. La Reina de la calle Verdi se convirtió en una reina madre, retirada y orgullosa, lenta, vigilante, siempre al acecho de las necesidades de su hijo, que le había tomado el relevo tras el mostrador.

Durante los primeros tiempos del hambre, el racionamiento y el estraperlo, la abuela Reina fue de mucha ayuda. Ella conocía a todo el mundo. Sabía a quién pedirle que les trajera aceitunas, o carne, o plátanos de verdad, y también sabía a quién venderle cada cosa. De vez en cuando cataban el pan blanco gracias a los favores que le debían unos y otros. Desde detrás del mostrador de madera había hecho durante los años terribles muchos favores, y por lo general la gente solía ser muy agradecida. Habría podido hacerse rica, solía decir, habría podido aceptar joyas a cambio de latas de atún, pero nunca quiso caer tan bajo. A los mejores clientes se lo apuntaba. ¿Se lo apunto?, les preguntaba, con una sonrisa y el cuaderno en la mano, como si no ocurriera nada, como si todavía estuvieran en 1933 y las deudas fueran fáciles de pagar. Las clientas aliviadas respondían:

—Sí, señora Reina, sí, hágame el favor.

A veces alguna musitaba:

—Pero no sé cuándo se lo podré pagar.

Y ella respondía:

—Bueno, mujer, no se apure. Cuando pueda. Seguro que antes de lo que piensa. Yo voy a seguir aquí.

De vez en cuando, sobre todo con gente a quien no conocía, admitía alguna permuta. Le ofrecían cubiertos de plata o jarrones de fina porcelana inglesa.

—¿No tiene sábanas o toallas? —preguntaba ella—. Yo prefiero las cosas útiles, ¿sabe?

Se habría podido hacer rica en aquel tiempo, si hubiera querido. Pero no

quiso.

—No se puede ser rica y buena al mismo tiempo —decía—. A mí me gusta que me quieran por lo que soy, no por lo que tengo.

El colmado fue durante generaciones el eje sobre el que pivotó la vida de toda su parentela. Una familia pequeña, de hijos únicos, viudas jóvenes, padres ausentes y gente que siempre trabajó mucho para salir adelante. Tanto que a veces se les olvidaba lo que había más allá de la puerta de la tienda, cómo era vivir. Su padre, por ejemplo, José Gené, habría sido un solterón empedernido si no llega a ser por la intervención de la abuela Reina, con un poco de colaboración del padre Jaime, el confesor. Todo vino porque el sacerdote, que conocía a su clientela tanto como la abuela Reina a la suya, le habló de una buena muchacha, andaluza de nacimiento, que acababa de quedar huérfana de padre y madre. Se llamaba Cristina, apenas tenía trece años. Dormía en la parroquia, con los expósitos, y tenía una hermana mayor que trabajaba en la fábrica y que por las noches cuidaba de ella como una madre. Ambas eran todo lo que la otra tenía en el mundo. Cristina, le dijo, era simpática y muy lista. Solo necesitaba un poco de suerte en la vida. Por eso había pensado que tal vez su hijo podía hacer una buena obra y tomarla como aprendiz. Le aseguraba que la muchacha sabría agradecersele.

Dicho y hecho. Cristina, que hablaba un castellano simpático y cantarín al que le faltaban a veces algunas letras, enamoró a las clientas de toda la vida y fue la suerte de José y de su negocio. Enseguida quedó demostrado cuánta razón tenía el padre Jaime. Cristina era lista, agradecida, respetuosa y tenía un talento natural para tratar con la gente que en aquella casa hacía mucha falta, porque desde que había vuelto de la guerra José se había vuelto arisco y desdeñoso como si todo el mundo le debiera algo. Por eso la abuela Reina opinó que mejor se ocupaba de la caja, que para cobrar no importa si estás o no avinagrado, pero a las clientas mucho mejor si las atendía Cristina.

—Nunca había visto a la gente salir tan contenta con cien gramos de garbanzos.

Seis o siete años más tarde, cuando Cristina se había convertido en una mujer guapa, morenaza, de piel clara y manos finas, que hablaba un catalán musical, contagiado de las expresiones de su tierra y mellado de ciertas

consonantes, la abuela Reina la llamó un día a su habitación y le pidió que arrimara una silla y se sentara con ella a la vera de la cama porque tenía que decirle una cosa muy importante y quería que la escuchara bien.

Le dijo que su hijo José era un desastre, pero que era buena persona y también era un buen partido, sobre todo ahora que había llegado la bonanza y la tienda iba mejor que nunca. José, prosiguió, ya tenía cuarenta y siete años y ella no quería irse de este mundo sin saber que le dejaba bien colocado ni sin llevarse al otro lado la satisfacción de conocer un heredero que pudiera continuar con el negocio. Aquel negocio había pasado de padres a hijos durante cuatro generaciones y no estaba bien que ahora se fuera a perder solo porque su hijo era un pasmarote que no salía de detrás del mostrador. De modo que ya lo tenía decidido —y contaba también con la aprobación del padre Jaime:

—Hijita, José y tú os casaréis en primavera.

Ni siquiera le preguntó su opinión. Igualmente, a Cristina le pareció muy bien. Más que bien. Le tenía cariño a José, aunque le encontraba un poco mayor y un poco sieso, y doña Reina le gustaba todavía más. A saber dónde estaría ahora sin ella, sirviendo en qué hostelucho o muriéndose de hambre en qué hospicio. Así que todo quedó arreglado y la chica regresó a la tienda, donde una cliente la estaba esperando para llevarse un cucurucho de fideos de cabello de ángel.

Se casaron el día de la Virgen de Montserrat de 1967. De viaje de novios no fueron a ninguna parte porque con la tienda no se podía y menos ahora que la abuela estaba enferma y la clientela había aumentado tanto.

Con Cristina como capitana del negocio, José Gené pudo permitirse ampliar la oferta. Fue el primero del barrio en vender aceitunas: sevillanas, extremeñas, muertas, arbequinas, del cuquillo, y, durante la fiesta mayor, rellenas de anchoa, todo un lujo. Ellos mismos las rellenaban en la trastienda, que Cristina convirtió en obrador. La maquinaria era muy rudimentaria y el proceso requería paciencia, pero obtenían buenos beneficios. También empezaron a vender quesos que por allí no se habían visto nunca: de Gruyère, de Valencia, de Mahón. Todo un descubrimiento para una clientela que solo conocía el manchego y el de bola. Tuvieron tanto éxito que abrieron un

mostrador especial para los quesos y las mantequillas. También contrataron a un contable por horas para que les llevara el papeleo, el de los quesos y el otro.

Reina se pasaba todo el santo día sentada detrás de los ventanales del comedor, mirando a la gente que pasaba por la calle Verdi y espiando a las clientas que entraban y salían del colmado. De vez en cuando, si se sentía un poco floja, no se levantaba en todo el día. Estaba convencida de que ya había trabajado todo lo que había de trabajar. Solo le quedaba esperar una noticia que no llegaba nunca.

El embarazo tardó un poco porque José no era muy proclive a la concupiscencia y le costó encontrar el momento. Más aún con el horario de la tienda, que no dejaba tiempo para nada. Por fin, a finales de 1969 dieron a la abuela la alegría de que tendría un nieto.

—Ya empezaba a pensar que era más fácil ver a un señor paseando tan tranquilo por la luna que conocer a un hijo de mi hijo —dijo, al saberlo. Y añadió solemne—: Ya puedo morirme tranquila.

—Hemos pensado que si es niño le pondremos José —dijo Cristina—. Y si es niña debería llamarse Reina.

A la Reina de la calle Verdi se le humedecieron los ojos de agradecimiento. Qué acierto había sido meter a aquella chica en casa.

El niño nació en mayo de 1970 y fue niña. La abuela Reina había muerto tres meses antes.

II

La noche
más oscura

Los aeropuertos son una transición. Los seres vivos necesitamos transiciones. Alejarnos un poco de lo que dejamos atrás, acercarnos poco a poco a lo que nos espera. El frío de los aeropuertos, las largas distancias, el tiempo muerto e incluso el aburrimiento, todo es parte de una liturgia imprescindible.

Reina aprovecha que ahora tiene que moverse para hacer todo eso que necesita desde hace rato. Va al baño. Hace pis, se lava la cara, se peina con los dedos. Tiene un aire de tristeza que la entristece más aún. Compra una bolsa de patatas chips y se las come apoyada en la pared, contemplando a la gente que se amontona por todas partes. En todas partes hay demasiada gente, todo está colapsado. Hay jóvenes con guitarras que cantan Guantanamera, guajira guantanamera..., viejos que regañan a la parienta, hombres con traje y corbata gritando por teléfono en varios idiomas, y mucha gente pacífica y aburrida ocupada en pasar el rato como puede: observar, leer, dormir... En su búsqueda de un lugar donde enchufar el móvil —no es fácil, porque enchufes hay muy pocos y en cambio hay muchos aparatos que necesitan enchufarse— se detiene ante dos pantallas. La que informa de los vuelos, donde el de Barcelona es solo una mentira, con una hora prevista que ha caducado hace rato y un aviso rojo que solo dice lo que ya se sabe: *Delayed*. No son buenas noticias, vale, pero ya no siente aquella rabia de hace unas horas, aquella oclusión dentro del pecho. Debe de ser el aeropuerto, que la apacigua. Quizá sea el diseño, o la luz, o la sonoridad como de pecera, o las señales acústicas

que preceden a los avisos, o quizá los avisos mismos oculten un código secreto que narcotiza a la gente. Dicen *Please do not leave your luggage unattended* una y otra vez como si fuese algo importante que hay que saber y en realidad se trata de un sortilegio que amansa a la gente, que la vuelve gobernable. Reina se siente de pronto más mansa que nunca. También más desgraciada.

La segunda pantalla donde se detiene es la de las noticias. No tiene activado el volumen. Durante un rato observa a los protagonistas de la actividad del día gesticular sin palabras. Lo que la gente dice nos distrae de lo que realmente es importante: los gestos. Más de la mitad de lo que expresamos no es a través de las palabras. Silvio Berlusconi, Donald Trump, Theresa May, Carles Puigdemont, Donald Tusk, Nicolás Maduro, Valentino Rossi... Si se presentaran a uno de sus procesos de selección, los descartaría a todos. Necesitan un asesor para aprender a gesticular, a no delatarse, a mentir con más solvencia. La sinceridad absoluta es insufrible. Incluso en aquellos que no nos importan.

Finalmente aparece la chica del tiempo bailando ante el mapa de Europa sobre el que avanza —dirección sudoeste— la mancha azul de Prusia de la tormenta. El mapa de símbolos está abarrotado de nubes que expulsan rayos rojos. El panorama es poco esperanzador. Más le vale encontrar un enchufe. Y comprarse una botella de agua. Las patatas le han dado mucha sed.

Cuando fue a comprar el test de embarazo, el farmacéutico —un señor calvo y grande que la conocía desde hacía años— frunció los labios con disgusto. No le dijo nada, no hacía falta. Reina aún no era la experta que sería más tarde, pero ya sabía interpretar aquel gesto: compasión, malestar con respecto al otro, una ligera discrepancia. Traducido en palabras habría podido ser: «Pobrecilla, ¿otra vez?» O tal vez: «¿Aún no te cansas?» O: «Lamento mucho que te hagas ilusiones para nada.» Había comprado tantas pruebas como aquella que ni siquiera le hablaba ya de las marcas disponibles, de cuáles eran más económicas ni por qué motivo. Tenía claro cuál quería, se la daba y listos. Al salir de la farmacia, Reina pensó que el próximo lo compraría en otra parte, donde no la conocieran ni le tuvieran lástima. ¿Lo veía? Incluso ella estaba convencida de que el test saldría negativo otra vez.

Había elegido aquella tarde porque Félix estaba de viaje de trabajo. No quería testigos. Al llegar a casa, dejó la caja sobre el microondas, se hizo la cena y se la comió de pie, apoyada en el fregadero, en silencio, mirando con respeto el envoltorio. Como siempre, dudó: ¿lo hago ahora o espero a mañana? En las instrucciones pone que es mejor hacer el test con la orina de primera hora, porque tiene más concentración de hormona, pero en realidad puede hacerse a cualquier hora del día. Si sale positivo es seguro que estás embarazada pero si sale negativo podría ser un problema de detección y se recomienda repetirlo pasados unos días.

Lo dejó para la mañana siguiente porque sabía lo que iba a ocurrir. Saldría negativo y se pasaría toda la noche nerviosa, pensando que ella tenía la culpa por no hacerlo a otra hora, y al día siguiente correría de nuevo a la farmacia para que el señor calvo le vendiera otra caja con otra mueca insoportable de conmiseración.

Decidió leer un rato en la cama, hasta que le entrara sueño, pero estaba tan preocupada que el sueño no llegaba y además no se enteraba de nada de lo que ocurría en la novela, y eso que el autor era de sus favoritos. Su vida hacía demasiado ruido, no le permitía escuchar nada más, menos aún el bisbiseo siempre discreto de los libros. Era una lástima, porque sin ficción la vida se estrecha demasiado. Apagó la luz, medio enfadada porque no era capaz de mantener el control, ya ni leer podía, y en medio de la oscuridad continuó dándole vueltas a todo. Encendió la radio, a ver si las noticias la distraían, pero todavía fue peor, porque de pronto reparó en que no sabía qué estaban diciendo a pesar de que había subido el volumen y de que tenía el aparato en la mesilla de noche, a un palmo de su oído. Se levantó. Eran las tres y media de la madrugada. Se tomó un vaso de leche. Hirvió arroz para llenar una fiambarrera. «Tú ten siempre una fiambarrera llena de arroz en la nevera», le decía siempre su madre. Por eso, cuando se aburría, hervía arroz y llenaba fiambreras. Ahora se trataba casi de un gesto de supervivencia. Después se sentó en el sofá del salón, con la cajita del test de embarazo sobre las rodillas y la mirada fija en el reloj. Esperaba a que fueran las cinco. Las cinco es aquel momento mágico en que la hora cambia de intempestiva a madrugadora. Desaparece el dramatismo de las deshoras y llega la alegría del mundo por estrenar y la ilusión de que el tiempo nos alcanzará para todo.

En cuanto las angulosas cifras rojas cambiaron en la pantalla digital abrió la caja del test, preparó el bastoncito sobre el que debía orinar y fue hacia el baño caminando muy despacio y con el corazón disparado. Siguió el ritual de siempre. Orina. Tapa. Dejó el test boca abajo y con la caja encima sobre la tapa del váter. No quería estar mirando si sale o no, no quería llevarse el disgusto —otro más— a cámara lenta. Ahora debía esperar cinco minutos, decían las instrucciones. Aprovechó para darse una ducha y tratar de calmarse un poco, aunque era imposible. Hiciera lo que hiciese, aquel sería un mal día.

Lo sabía por experiencia.

Envuelta en la sábana de baño, con otra toalla en la cabeza en forma de turbante, retiró la caja de encima del artilugio y le dio la vuelta muy despacio para observar el resultado. Lo primero que pensó: «Me han vendido una prueba caducada.» Lo segundo: «Tengo que repetirlo.» Se sentó en el váter a buscar la fecha de caducidad. Le extrañó comprobar que todo estaba bien, y que no caducaba hasta unos cuantos meses más tarde. Volvió a revisar el resultado. Había una rayita de color rosa oscuro, tirando a fucsia, junto a otra de color rosa claro. En las instrucciones decía: si aparecen dos rayitas de color rosado —la intensidad varía según la concentración de hormona—, el resultado es positivo. Está embarazada. Lo leyó unas cuantas veces. Positivo. Lo decía bien claro. Positivo. Embarazada. También lo decían las instrucciones y lo decía la rayita más clara. ¿Tenía que decirlo alguien más para que se lo creyera de una vez?

El farmacéutico. Esperó a que fueran las nueve para bajar a la farmacia. No pronunció palabra. Solo dejó sobre la mesa el bastoncito de plástico donde estaba la doble rayita rosa —que con el paso de las horas se había oscurecido—, justo ante la mirada del señor calvo. Reconoció su gesto: alegría. Sonrió de verdad, con los músculos adecuados, y entornó un poco los ojos con sinceridad. Le estrechó la mano y se la retuvo un momento mientras la felicitaba:

—Enhorabuena. Lo has conseguido. ¿Lo sabe ya el padre?

—Aún no. —Sonrió—. Es que a cabezota no me gana nadie.

Al salir de la farmacia fue a casa de su madre. Cristina habían traspasado el colmado hacía años y en su lugar ahora había un restaurante japonés. Había conservado el piso que antes estuvo sobre su negocio y desde allí observaba a la gente que pasaba por la calle como antes lo había hecho su suegra, la Reina de la calle Verdi, sentada tras los ventanales. Por eso la vio llegar. Se levantó despacio para abrirle la puerta y antes de dejarla pasar del rellano le soltó:

—Con esa cara que traes o has dejado a tu marido o estás embarazada.

Reina no pudo evitar pensar si no podrían ser las dos cosas.

Contestó:

—Quiero que sea niño.

Reina camina de un lado a otro por la terminal buscando un enchufe libre. Entra en las cafeterías, en los restaurantes, revisa todas las paredes, escruta mesa por mesa, entre los pies de los clientes. Está todo ocupado. Los pasillos, las zonas de espera, incluso los baños. Se acerca de nuevo al mostrador de información y pregunta si por casualidad en algún lado hay alguna de esas consignas pensadas para recargar móviles con seguridad y de forma gratuita. No sería tan raro, piensa, ella misma las ha usado en algunos aeropuertos del mundo, como en Singapur. La señora de detrás del mostrador no sabe de qué le habla. Singapur queda lejos de aquí.

—No, no, aquí aún no tenemos de eso —le dice.

¿Hay alguna posibilidad que pueda recomendarle para cargar su teléfono? Necesita estar en contacto con su casa, su hijo ha tenido un problema grave y... la señora —¿por qué las escogen tan viejas?— la interrumpe para recomendarle la sala vip, el *business lounge*, como se le llama ahora. Quizá también está más llena que de costumbre, porque hoy están colapsados, pero seguramente no lo estará tanto como los pasillos de la terminal. Es fácil, justamente aquí al lado está la sala de Tarom. Ella lo intentaría si estuviera en su lugar, le asegura.

—Pero mi billete no es de clase *business* —dice Reina.

—Da igual. Puede entrar pagando.

—¿Cuánto?

—Cuarenta y cinco euros.

A Reina le parece un precio de oferta. Se apresura a ir para allá. Más allá de la puerta 8, le han dicho.

En la puerta encuentra una azafata con cara de ajo que le pregunta a dónde va.

—Querría acceder a la sala vip —dice—. Ya sé que es de pago.

—¿Me deja ver su billete? —Reina se lo enseña—. Lo siento, pero con este billete no tiene incluido el uso de la sala vip, señora. Lo siento.

¿Un billete de mil trescientos euros no le da derecho a entrar en una sala? Las compañías aéreas tratan a la gente como si los derechos humanos aún estuvieran por redactar.

—Estoy dispuesta a pagar por ello —informa.

—Perfecto, pero aquí no estamos autorizados a cobrar nada. Tiene que ir a nuestras ventanillas de la planta baja. Si se da prisa llegará antes de que cierren.

Reina pregunta si puede dejar ahí la maleta un momento, para ir más rápido.

—Lo siento, pero aquí no podemos guardar nada —dice la azafata antipática.

Reina se apresura, tal y como le han dicho que debe hacer. Pasillos y gente y tiendas *duty free* y escaleras mecánicas, todo lleno hasta los topes de personas como ella. Personas que quieren largarse y no pueden.

Ahora los chicos de las guitarras cantan: «Es la historia de un amor como no hay otro igual...» y ella siente que algo se le remueve por dentro con esas palabras y esa melodía, pero sigue adelante, caminando hacia su objetivo. Por lo menos ahora tiene un objetivo. Va bien para dejar de pensar.

Llega por los pelos a las ventanillas de la compañía rumana. Hay una fila de unas veinte personas. Gente que reclama que le devuelvan el dinero de su billete, o que le cambien el vuelo para otro día. Una mujer llora porque quería pasar dos días con su hijo, que vive en Italia, y ahora ya no podrá verle hasta el verano. Solo hay una señorita tras el cristal. Hace como si no oyese las quejas, los gritos y hasta los insultos de la gente. Reina aguarda, con paciencia, a que le toque. Cuando por fin es su turno le cuenta en inglés a la

señorita —que parece agotada, como todo el mundo aquí— lo que necesita. La señorita le pide de nuevo el billete. Lo estudia. Su falta de expresión le hace temer lo peor. Cuando ya comenzaba a contarle que su hijo ha tenido un problema y que ella necesita estar en contacto con él como sea y que es por eso por lo que debe entrar en..., la chica pregunta:

—¿Pagará con tarjeta o en efectivo?

Una vez resuelto el problema, y con el pase vip en la mano, descubre que tiene que volver a atravesar el control de seguridad para acceder a las zonas de embarque. Eso significa volver a sacar de la maleta los líquidos, el ordenador, la tableta, descalzarse de nuevo, quitarse el colgante y el cinturón y volver a hacer la cola denigrante, en calcetines y cargando con sus cosas como si acabase de llegar a un campo de prisioneros. Entiende que este es el precio que debe pagar por formar parte de un mundo más desquiciado que nunca, pero comprender los porqués no le hacen el proceso más llevadero.

Se le ha pegado la cancioncilla de los cantantes jóvenes y ahora no se la puede quitar de la cabeza: «Es la historia de un amor como no hay otro igual que me hizo comprender todo el bien y todo el mal que le dio a luz mi vida apagándola después...» Le llega con la voz de su madre, que solía cantársela. Nunca le había parecido tan terrible ni tampoco tan bonita como hoy, porque nunca se había detenido a escucharla. Nunca le había prestado atención.

Cuando finalmente llega al otro lado, después de que una policía con cara de perro la cachee y la obligue a sacar las cremas de tamaño viaje de la bolsita de plástico transparente homologada de veinte por veinte, ha transcurrido más de una hora y media. Una hora y media para conseguir un pase vip que ha tenido que pagar. Sube de nuevo al segundo piso, pasa otra vez por delante de las tiendas libres de impuestos, que empieza a saberse de memoria, encuentra más llenos aún que antes los pasillos y los restaurantes y ve que los chicos y chicas de las guitarras se han dormido, inocentes, los unos sobre los hombros de los otros, en una imagen del perfecto compañerismo.

Llega de nuevo ante la azafata antipática. Le muestra triunfal el pase vip.

—*Welcome, madam* —sonríe ahora la mujer, mansa como un corderito—. Haga el favor de registrarse en el mostrador. Necesitamos nombre y número de pasaporte.

Y Reina entra en el *business lounge* orgullosa y dispuesta a aprovechar cuanto aquí pueda encontrar —enchufes, conexión a Internet, ordenadores, sillones, comida y bebida—, igual que debió de estarlo el emperador Trajano cuando, tras atravesar el Danubio y los Alpes transilvanos, entró victorioso en el pueblo que acababa de ganarle al rey de los dacios, a quien los suyos llamaban el Bravo.

Cristina cantaba. Mientras lavaba los cacharros, mientras preparaba el sofrito, mientras colocaba latas en las estanterías de la tienda, mientras la peinaba cada mañana, mientras removía el café y se quedaba con los ojos clavados en el remolino que había provocado dentro de la taza. Esas canciones tristes, de letras complicadas y a menudo incompresibles habían sido el hilo musical de la vida de su madre. Y de un tiempo a esta parte, lo único que quedaba de ella.

Poco a poco la memoria de Cristina se había ido sesgando, aligerando, como si arrojase lastre. Al principio se olvidaba de cerrar los grifos abiertos o de tomar las pastillas. De pronto, se detenía en medio de la calle y no recordaba cómo volver a casa, ni dónde vivía. Un poco más tarde miraba a Reina fijamente y le preguntaba: ¿Tú te casaste, nena? O bien: ¿Ya ha vuelto tu padre? O bien: Tú tenías un hermano, ¿verdad? Y al mismo tiempo que el olvido las transformaba en dos extrañas, de algún rincón brotaban aquellas letras tan complejas que cantaba sin cometer un solo error. «Sus ojos se cerraron y el mundo sigue andando Volver con la frente marchita las nieves del tiempo Por el camino verde camino verde que va a la ermita Desde que se fue triste vivo yo seguiré sus pasos yo también me voy.»

Ya hace meses que Cristina no reconoce a nadie. La última vez trató de usted a su hija.

—¿Está usted bien? ¿Le gustan los boleros? —le preguntó.

—Mucho.

—Ah, a mí también. —Y Cristina empezó a cantar, con buena voz y buena entonación, como había hecho siempre—. «Es la historia de un amor como no hay otro igual que me hizo conocer todo el bien todo el mal que le dio luz a mi vida...»

Dentro del *business lounge* hay más gente de la cuenta, pero es el paraíso comparado con lo que ocurre ahí fuera, en los pasillos. Aquí hay sofás y sillones, y una suerte de asientos de respaldo muy alto que dejan todo el espacio dividido en pequeñas islas de paz, justo lo que ella necesita, un lugar donde relajarse. Además, por todas partes hay unas regletas de enchufes sin ocupar que reconfortan. Al fondo de la sala, una barra con refrescos, cafés y té, bandejas con comida y una nevera que investigará en cuanto pueda. Lo primero, debe resolver el problema principal. Se instala en un sofá, en un rincón no muy concurrido, junto al que hay también una mesa y una pila de revistas, y enchufa el aparato. Espera a que la pantalla dé señales de vida y, en cuanto lo hace, en cuanto aparece el dibujo de una pila transparente cargándose en medio de la superficie de espejo negro, se le dispara el corazón como si también acabara de ponerlo a cargar.

Ahora tiene cinco minutos para avituallarse, piensa. Va en busca de provisiones dulces y saladas y de una botella de agua. Vuelve a sus dominios con ellas, se deja caer en el sillón, agotada, y deja escapar un suspiro de alivio. Ha valido la pena, se dice, menuda diferencia. En los aeropuertos debería haber salas *business* para todo el mundo, y enseguida se lo quita de la cabeza: mejor no, porque si todos estuvieran aquí, ahora ella no podría enchufar el móvil.

Da un bocado a una magdalena con pasas y mastica tres cacahuetes

tostados. Quizá debería trabajar un poco. Acabar los informes que dejó a medias, revisar las grabaciones de las entrevistas, buscar detalles que haya pasado por alto. Saca los útiles necesarios, los dos aparatos que nunca se separan de ella, como si fuesen extensiones de sus brazos y de su cerebro: la tableta y el portátil. Los deja sobre la mesa. Planea conectarlos en un momento, en un rato, cuando se vea capaz. Tiene prioridades. Se limpia las manos con una servilleta de papel y vuelve a su móvil. Es consciente de que durante las dos últimas horas ha desconectado del problema, y que le ha ido muy bien. Se siente con más fuerzas que antes. Aunque también sabe que deberá enfrentarse de nuevo a él en cuanto el aparato se lo permita.

Lo que no esperaba es la avalancha de avisos que aparecen en cuanto la batería recupera el aliento. Llamadas perdidas, mensajes de texto, correos electrónicos, avisos del buzón de voz, cada uno anunciado por una señal acústica que pisa la anterior y es pisada por la siguiente. No hay ninguna de Samuel, la única que ansiaba encontrar, la única que le interesaba. Cuando las señales acústicas enmudecen, llama a casa. Necesita saber si todo va bien. Le parece que en las dos horas que ha permanecido desconectada podría haberse producido un cataclismo.

Sam contesta enseguida. Habla en voz baja.

—Estoy con Alberto. Espera, que salgo al pasillo.

—¿Estás con él? ¿En su cuarto?

—Sí.

—¿Cómo se encuentra?

—Duerme como un niño.

—¿Y tú?

—Eso da lo mismo. Lo importante es él.

—¿Por qué no te vas a nuestra cama?

—Ah, no. No puedo. Estoy bien aquí. Le vigilo. Ahora me ducharé.

Reina percibe las toneladas de sufrimiento que revela la voz de Sam. Ha sido un día horrible. Lo ha pasado solo, sin ella. Está segura de que no se lo reprochará. Sam no le reprocha nunca nada.

—¿Sabes algo del vuelo? —pregunta él.

—Nada. Estamos igual. Pero por lo menos ahora estoy en la sala vip.

Espero como una persona. Y quizá hasta intente dormir un rato. Cuando llegue, necesitarás que te releve.

—¿Vuelves tú sola?

La pregunta la sobresalta. Por lo extraña. Por algo más.

—Claro. ¿Con quién quieres que vuelva?

—Con nadie —salta él—. Yo no quiero que vuelvas ni vayas nunca con nadie más que conmigo. Pensaba que lo sabías.

—Y lo sé. —Le tiemblan las piernas—. Claro que lo sé, tonto. ¿Por qué me dices esto aho...?

—Da igual, ya hablaremos. —La peor respuesta posible—. Además, te tengo que dejar. Quiero volver con el niño.

—Vale. Te llamo cuando tenga novedades. Te quiero.

No hay réplica. Sam ya no escucha.

Empieza por el buzón de voz. Cuatro mensajes de números que no tiene registrados. Los escucha en orden inverso al tiempo que hace que los dejaron.

Mensaje número uno:

—Hola Reina, soy Montse, la madre de Arnau. Mi hijo me acaba de contar lo que ha ocurrido. Estamos muy preocupados. Querría hablar contigo, cuando puedas. Ya me hago cargo de que no debes de tener ningunas ganas de dar explicaciones. Pero necesito decirte algo. Creo que es importante. Bueno, por si acaso lo es. Llámame. Muchos besos.

Fin del mensaje.

Mensaje número dos: un roce cercano, como si alguien estrujara el teléfono. Cinco segundos de ruidos. Después, final del mensaje.

Mensaje número tres: lo mismo que el anterior, pero con la novedad de una respiración. Alguien escucha, duda, quizá se enfada o se avergüenza. Después, cuelga. Once segundos. Esta vez ha vacilado más. Final del mensaje.

Los mensajes dos y tres provienen del mismo número. Reina revisa el historial de llamadas recibidas por si es de algún conocido. Por supuesto que sí. Es el número de Ulf Everink. ¿Qué quiere ahora este?

Mensaje número cuatro:

—Hola, busco a Reina Gené. Soy Juan Carlos, el jefe de estudios del instituto de tu hijo. Es urgente. Te ruego que en cuanto escuches este mensaje te pongas en contacto conmigo a mi número personal, que es...

Así que era verdad. La han llamado del instituto. Comprueba la hora: las 14.57. Justo cuando tenía la cabeza de Tom entre las piernas. ¿Tendrá que pedirle disculpas a Juan Carlos? Sí, tendrá que hacerlo. Quizá la perdone. Quizá la regañe. Ella no se lo perdonará jamás a sí misma.

Continúa la revisión. Trece mensajes de texto, todos de Félix.

«He hablado con Pablo.»

«No puede creer que me hayas quitado al niño.»

«Opina que tengo el mismo derecho que tú a tener a mi hijo en casa (sobre todo porque este fin de semana le tocaba estar conmigo).»

«Pablo cree que no debería haber dejado que me lo robaseis.»

«Dice que si mañana mismo no se resuelve esto, lo notificaremos al juzgado y pediremos la ejecución de la sentencia de divorcio y quizá una modificación del régimen de visitas.»

«Le he dicho que no haga nada aún, que quería hablarlo contigo.»

«De manera que eso es lo que vamos a hacer (y no quiero discutir).»

«Mañana a las ocho menos cuarto pasaré a recoger a Alberto para que pase conmigo el fin de semana.»

«Dile a tu maromo que procure tenerlo todo a punto, porque no quiero tener que esperar.»

«Tengo planes. Planes para mi hijo y para mí. Nos vamos de pesca.»

«Espero que no empieces a ponerme trabas y que tengas en cuenta todo lo que te he dicho.»

«Quiero una respuesta lo antes posible.»

«Que tengas un buen vuelo, una buena noche o lo que sea.»

Los días después de saber que estaba embarazada fueron los más extraños de su vida. Por una parte, se sentía exultante. Entraba en las tiendas de bebés y miraba ropita y chupetes y bañeras y zapatos que no eran para andar y tronas y arrullos y soñaba con todas aquellas cosas y con su hijo, como una niña que juega a vestir una muñeca nueva. Pidió hora en el ginecólogo, se cortó el pelo, se compró un libro sobre embarazos y tres clases distintas de pescado y una leche rica en calcio, porque pensó que ahora debía cambiar muchas cosas de su vida y adaptarse a las necesidades de aquella habichuela que por fin se había instalado en su útero.

El problema venía cuando detenía aquella actividad frenética y se quedaba a solas con el peor dilema de su vida. ¿Qué debía hacer? ¿Era sensato cargar con un hijo a un hombre a quien no hacía ni dos meses que conocía? ¿Tenía derecho a hacerlo? Los hombres que buscan aventuras sexuales con desconocidas, ¿prevén la eventualidad de un embarazo? Y si la prevén, ¿cómo se la toman? Y si se la toman bien, ¿hay modo de saber qué tipo de padre serán? ¿Existe alguna relación entre excelencia sexual masculina e instinto paternal? ¿Tal vez debería pensar más en el aspecto afectivo, en la ilusión de Sam y en su capacidad para darse a los demás? ¿Tiene algún efecto negativo para los niños crecer con un padre sexualmente soporífero que se comporta como si fuera veinte años mayor de lo que es en realidad? ¿Es malo para ellos crecer con un padre que no tiene un contrato fijo? ¿No era su obligación, la de

la hembra, escoger de entre los machos disponibles la mejor opción para su hijo?

Reina no sacaba nada en claro de sus cavilaciones. No podía preguntarle nada a nadie. Por eso hacía listas. Trataba de racionalizar lo que de ningún modo puede racionalizarse. Una columna de argumentos «A favor» y otra de argumentos «En contra». En la primera, en el apartado de Félix escribió: sueldo fijo con quince pagas, una familia interesante, la costumbre, los años de convivencia. Lo revisó sin pasión y le parecieron unos argumentos muy endebles, faltos de toda emoción. En último lugar puso: «Le quiero. No soportaría hacerle daño.»

Era cierto que le quería. Lo que no tenía claro era de qué manera. ¿Como al amigo más antiguo que conservaba? ¿Como a un confidente que no sabes por qué te ha perdonado todo lo que le has contado de ti misma? ¿Como a un gato en cuya compañía te relajas? ¿Como a alguien de quien te enamoraste antes de que la vida cambiara o te cambiara o le cambiara? A pesar de todo, no soportaba la idea de herirle, perjudicarlo, quitarle algo. Deseaba encontrar una solución agradable y salomónica, medio niño para cada uno y todos contentos. Ya comprendía que no era posible. En ese caso, la madre no sería quien salva al niño de morir partido, sino la jueza sin alma que perjudica a todo el mundo.

«A Favor» de Sam estaban su generosidad, su sentido del humor, su carácter. Tenía genio, lo cual le gustaba mucho más que la insipidez de Félix. Disfrutaba de imaginar a Sam con su hijo, sospechaba que sabría cómo hacerle feliz, del mismo modo que sabía hacerla feliz a ella. No era creyente, como ella. Era muy de izquierdas, incluso más que ella. Sabía que no le llenaría al niño la cabeza de cosas raras. No tendrían que pelearse por si le bautizaban o no, o si hacía la primera comunión. No discutirían al hablar de las fosas de la Guerra Civil. No votarían partidos distintos. Decidió buscar razones de más peso que toda aquella parafernalia política y apuntó: «En la cama es la bomba.» Pero aquello tampoco la convenció, claro, porque no tenía que ver con su hijo, sino con sus egoístas intereses de mujer de treinta años que aún no ha tenido tiempo de meditar bien si lo que le ocurre es un enamoramiento de verdad o un modo de entretenerse mientras se le pasa el capricho.

«En contra» Samuel tenía contrato temporal y ganaba la mitad que Félix. Aún más importante era lo poco que le conocía. ¿Y si era un demente? ¿Un maltratador? ¿Un ladrón que la estaba engatusando? ¿Alguien aún más aburrido que su marido? ¿Un ser vulgar, ordinario, anodino, con quien arrepentirse de todo al poco tiempo? En la vida causa muchos más estragos el aburrimiento que la violencia, se dijo. Anotó detalles de importancia. Por ejemplo, que ni siquiera conocía a su familia. ¿Y si no le caían bien? Qué idiotez, rectifico, no iba a vivir con su suegra, sino con él. Sí, sí, lo que tú digas, pero la suegra sería la abuela de su hijo y eso es un cargo para toda la vida. Claro que a su suegra actual también le faltaban un par de prestaciones básicas. Lo dejó correr, abrumada por la dificultad que entrañaba una comparativa de suegras.

Por último, Félix también tenía argumentos «En contra»: el desabrimento, la rigidez, siempre votaba derechas, pensaba que a los niños había que bautizarles «por si acaso», llevaba náuticos con calcetines oscuros, ponía cara de asco si veía a dos hombres besarse, con los años había concentrado sus intereses en dos únicas cuestiones: trabajar lo mínimo y ver la tele al máximo. Después de estudiar la lista con gesto inflexible, Reina escribió al final: «Y en la cama es una tragedia.»

Le dio vueltas a las listas unos cuantos días —revisó, corrigió, afinó—, mientras la fecha de la primera visita al ginecólogo se acercaba. Reparó en que aquello era imposible decidirlo de aquel modo, que necesitaba un tiempo que no tenía, que las hormonas se le estaban subiendo a la cabeza y le embarullaban los pensamientos. Incapaz de tomar una decisión, decidió aplazarla. Atrochó por el camino del medio: se hizo pragmática.

Cerró el cuaderno. Escribió un mensaje de texto en su teléfono:

«Estoy embarazada. Enhorabuena.»

Buscó en la lista de contactos. Félix. Samuel. Seleccionó a ambos. Pulsó «Enviar».

Después llamó a su madre y le preguntó si podía acompañarla al ginecólogo.

Al principio Pablo era amigo de Reina. Ella le aportó al matrimonio, al menos. Le conoció en una época en que trabajaba en la librería de la universidad, cuando ambos eran estudiantes. Reina, de Psicología. Pablo, de Derecho. A los dos les gustaba leer y se pasaban las horas muertas enzarzados en sus conversaciones sobre libros. La amistad fue hinchándose, como un bizcocho dentro del horno. Hubo un tiempo en que eran inseparables. Se lo contaban todo. Después, apareció Félix, en el papel de nueva incorporación a la vida de ella, y —como era de esperar— enseguida congenió con Pablo. Le extrañó, porque Félix no tenía amigos ni parecía querer ninguno. La gente más bien le molestaba. Las pocas amistades que conseguía cultivar se le acababan marchitando por falta de atención. Ni siquiera había sabido conservar las de la pandilla de los veranos, que le llamaban de vez en cuando. Hay personas sin talento para el arte de la amistad, Félix era una de ellas.

Ya durante la separación, Reina se dio cuenta de que Pablo tomaba partido por uno de los dos, y que no era a su favor. En un divorcio, los amigos son como los muebles, se los queda uno o el otro. Casi nunca pueden repartirse. Compartirse, de ninguna manera. Pablo eligió a Félix, quien, según él, había sido muy generoso y había demostrado quererla muchísimo. Pablo los ayudó —¿los?— con el papeleo del divorcio. Cuando llegó el momento de la verdad, hizo una llamada a Reina que ella no ha podido olvidar.

—Ni se te ocurra quitarle al niño, ¿me oyes? Si le quitas al niño, iré a por

ti como no imaginas.

Lloró sin consuelo durante toda una tarde. No por Félix, sino por Pablo. Por el amigo que alguna vez fue tan cercano, tan suyo, y que en algún momento había dejado de entenderla. Y de querer hacerlo, que era peor.

Ahora Pablo volvía a estar ahí, dispuesto a defender las causas nobles de su amigo, de las que no tenía ni idea. Para equivocarse de medio a medio no se necesita ningún talento.

Lo piensa un par de veces antes de contestar los mensajes de Félix. No le quiere enfadar. Le gustaría convencerlo. No tiene muchas esperanzas. Que ella recuerde, en los años que hace que se conocen —cuarenta, más o menos— nunca ha logrado convencerlo de nada. Ni siquiera de que dejara de ponerse náuticos con calcetines. Que dejase de ponerse náuticos, porelamordedios.

Son las doce menos cuarto de la noche.

Le envía un mensaje a su ex:

«¿Estás despierto? ¿Podemos hablar?»

Y se queda esperando, mirando la barra superior, ahí donde se revela el estado del interlocutor. Por la quietud que percibe, parece que Félix duerme.

Una azafata se acerca a retirar el plato y el vaso vacíos.

—¿Los Panchos? —pregunta, en un castellano muy bien entonado.

—¿Cómo dice?

—Eso que canta. —Ahora se pasa al inglés—. Es un bolero, ¿verdad? ¿De Los Panchos?

—Pues no sé, la verdad.

—Perdone. No quería molestarla. Es que me encanta la música latina.

Reina sonríe. No se le ocurre nada que decir sobre música latina. No se había dado cuenta de que estaba cantando, aunque no le extraña, porque ya hace mucho rato que tiene esta canción incrustada en el cerebro.

—¡Ah! ¡Lleva un *mãrtișor*! —añade la dependienta—. ¡Tan pronto! Le traerá buena suerte, ya lo verá.

—La verdad es que la necesito.

—Es muy bonito. —La chica alarga la mano y le recompone un poco el lazo blanco y rojo, que se le había medio deshecho—. Representa el triunfo del bien sobre el mal. No falla nunca.

—¿No?

—La vida siempre vuelve a empezar. —La chica sonríe de nuevo—. Descanse un poco en el sofá. Dispone de un buen rato. Aún tardarán en salir los primeros aviones.

—¿Sabe algo de la tormenta?

—Solo que sigue su camino, como todo en esta vida —dice la azafata, con una última sonrisa antes de alejarse con la bandeja en las manos.

Las madrugadas de los desasosegados son largas y lentas. Más aún durante las horas difíciles, que van del filo de las dos al toque de las cinco, cuando el mundo se hace el muerto y estar vivo es tan trabajoso.

De aquella madrugada de cuando tenía cinco años Reina recuerda sobre todo el miedo. La tristeza le llegó por contagio, al observar el desconsuelo de su madre y de su tía, sus súplicas inútiles. El miedo era suyo y solo suyo. Le daba miedo aquel hombre, el sacerdote, que gritaba y no tenía compasión ante el dolor ni las lágrimas. Le daba miedo la oscuridad, aquel lugar que no conocía, los ojos que las observaban desde fuera y las sombras que bailaban sobre los muros de piedra de aquella casa larga y vacía.

A ratos, su tía la abrazaba para curarle el pánico, lo mismo que a su madre. En aquel lugar todo olía a humedad, a cerrazón, a extrañeza. De súbito aquel hombre esquinado se fue y ellas se quedaron allí, solas. Su madre lloraba y repetía: «Tengo que hacer algo, tengo que hacer algo...» y la tía exclamaba: «Es un disparate. ¿No ves, mujer, que eso que quieres hacer es un auténtico disparate?» Y ella, tan niña, no comprendía nada, pero captaba la gravedad de asunto terrible de lo que estaba ocurriendo.

Era muy tarde cuando su tía se agachó para decirle:

—Tu madre y yo nos vamos a un mandado. Tú espera aquí, no hagas ruido y abre la puerta solo cuando llamemos tres veces, así. —Dio tres golpes con los nudillos—. ¿Lo has entendido?

—Yo quiero ir con vosotras. —Le daba terror quedarse sola.

—Escúchame bien, Reina. Tienes que quedarte aquí. A donde vamos, las niñas pequeñas no pueden venir.

En ese instante comenzó el auténtico pánico. La soledad era tan desconocida para ella como los ruidos que llegaban de fuera, del campo. La tía había dicho que podía ser un conejo o un ratón o incluso un jabalí o un zorro, pero ella a aquellas horas solo podía imaginar feroces monstruos con hambre de niñas miedosas. Y el silencio no era mejor, porque estaba lleno de amenazas que la asustaban mientras no llegaban.

Su madre y su tía regresaron al despuntar el alba, agotadas, sucias, empapadas de sudor, con la cara y las manos manchadas de tierra oscura. No le contaron qué habían hecho. Su madre la miraba en silencio, como si allá afuera hubiera perdido todas las palabras. Se lavaron un poco en el fregadero de la cocina. Se peinaron la una a la otra. Recuperaron lo que fuera que hubieran perdido en la inmensidad bochornosa de aquella noche de verano. Después Cristina la llamó, la sentó sobre sus rodillas y le dijo:

—Ahora volveremos a casa. Nosotras tres.

—¿Y papá?

—Papá no viene.

Quiso saber por qué. La pregunta más difícil. La primera que aprendemos a formular.

—Papá no volverá, cariño. Ahora quedamos tú y yo.

—¡No! —dijo ella, con aquella rotundidad con que los niños corrigen a sus mayores—. También está la tía. —Y al señalarla se dio cuenta de que su tía también lloraba.

El llanto de su tía, una mujer tan fuerte, siempre serena, tan hecha a su papel de hermana mayor, es una de las pocas imágenes nítidas que conserva de aquella noche tan oscura. También la más elocuente. Verla llorar le hizo comprender la gravedad de aquel asunto misterioso.

Poco en claro habría sacado Reina de aquellos retales de memoria si muchos años después su madre no le hubiera confiado lo que ocurrió aquella noche de 1975 («Siéntate, cielo, tengo que contarte algo»). Para qué fueron a Conques, un pueblo de Lérida a seis horas en coche de Barcelona, donde

nunca habían estado y donde nunca volverían («Ya eres mayor. Hay cosas que debes saber»). Por qué gritaba el hombre esquinado, por qué la dejaron sola, qué hicieron su madre y su tía en la negrura de la noche, y tanto rato («Y escúchame bien porque solo te lo voy a contar una vez»). Por qué motivo cuando estuvieron de vuelta en Barcelona se comportaron como de costumbre, como si nada hubiera ocurrido. («Al final, cuando termine, podrás preguntarme lo que quieras. Pero primero debes dejarme terminar.») Por qué cuando las clientas preguntaban por su padre la respuesta siempre era que estaba de viaje, comprando para la tienda, y que no tenían ni idea de cuándo iba a volver. («Y una vez sepas todo lo que debes saber no volveremos a hablar de esto nunca más. ¿Lo has entendido? Nunca más.») Y por qué unos meses más tarde su madre traspasó el colmado y le dijo que vivirían mucho más tranquilas sin el pasado, como si el pasado fuera también un negocio que puede traspasarse.

—¿Tienes alguna pregunta? —inquirió Cristina, al terminar, como había prometido.

Tenía una. Solo una, para asegurarse de que lo había entendido bien.

—¿Por qué la tía y tú volvisteis tan sucias?

—La tierra del cementerio era muy negra y muy dura. Costaba mucho horadarla. Tuvimos que hacerlo con nuestras propias manos, aún no sé ni cómo pudimos. El hoyo que cavamos no era muy profundo, tu padre apenas cabía. Tuvimos que cubrirlo con piedras, porque no había nada más. Piedras sí, un montón. Ni te imaginas lo que pesaban.

Reina nunca fue muy dada a hablar de aquella noche. No se lo había contado nunca a nadie. Como si esconder la herida le permitiera creer que no existía.

El primero fue Félix. Contarle aquel episodio terrible fue la confirmación de que le quería como nunca había querido a nadie. Tenía en él una confianza ciega. Le permitía conocer su punto débil. Félix supo estar a la altura. La escuchó, se le llenaron los ojos de lágrimas, la abrazó, le dijo que nunca más estaría sola ante ninguna adversidad, que él siempre estaría a su lado. Después se durmieron abrazados. Durante el tiempo en que su relación aún funcionaba ella siempre pensó que compartirlo la había ayudado. Nunca temió que aquella

historia se volvería en su contra.

Hasta hoy.

También por eso necesita hablar con Félix. Necesita preguntarle si alguna vez le ha contado a alguien su secreto. No, no. A alguien no. Necesita averiguar si Alberto sabe que José Gené, el abuelo a quien no conoció, se colgó del cuello hasta morir en una viga de una casa de Conques en el mes de julio de 1975.

—En fin, cielo, resumiendo: que tienes una criatura y dos padres —le soltó Cristina, cuando terminaron de llorar, reír, charlar y beberse una limonada fresca y recién exprimida, sentadas las dos ante los ventanales que daban a la calle Verdi.

—Tengo uno a quien conozco mucho pero no me gusta nada y uno al que no conozco nada pero me gusta mucho. ¿Qué hago?

A Cristina, lo que le había ocurrido en la vida la había convertido en una mujer pragmática. Es decir, conservadora. Se daba cuenta de que dos padres eran demasiados. Sobre todo porque en las cuestiones importantes es mejor ser pocos a ponerse de acuerdo. Al mismo tiempo se decía que si ella hubiera tenido dos hombres en lugar de uno solo no habría sufrido tanto ni habría tenido que luchar como una leona por sacar a su hija adelante. Lo único que no quería ver en los años que le quedaban por vivir era el sufrimiento de Reina. A veces es una tortura tener que decidir, ella lo sabía. Por eso dejó a un lado la sensatez, los principios, las costumbres y hasta la moral católica que tenía tan aprendida y le dio a su hija un consejo insólito, del que nunca tuvo ocasión de arrepentirse:

—Pues no te compliques la vida, perla. ¿Por qué tienes que quedarte solo con una parte si puedes tenerlo todo?

En la pantalla pone «Félix». Antes de descolgar piensa: «Esto no saldrá bien.» Pero al mismo tiempo trata de revocar este pensamiento: «Vamos, Reina, no seas alarmista. Háblale con suavidad, intenta convencerle. Él también se preocupa por Alberto, a su manera.»

—¿Y bien? —suelta Félix.

Reina calla. No sabe qué le pregunta. Tiene la cabeza demasiado llena de sus propias angustias para recordar las de su exmarido.

—¿Has leído mis mensajes?

—Ah, los mensajes. Sí, sí. Los he leído.

—¿Y bien? —repite.

—Necesito hacerte una pregunta.

—¿Pero sí o no?

—Ahora hablamos de eso, Félix. Esto es importante.

—¿Y lo mío no?

—Claro que lo es, no quería...

—Necesito organizarme para mañana.

—Tengo que hablarlo con Sam.

—¿Por qué? ¿Ahora la custodia es suya? No, señora. Y el régimen de visitas tampoco, porque es mío. Y este fin de semana me toca a mí pasarlo con Alberto. Ya está todo dicho.

—Deja eso ahora, por favor. Necesito que me escuches. ¿Me escuchas? —

Oye algo parecido a un asentimiento en el otro extremo de la conversación—. ¿Tú le has hablado a Alberto de su abuelo?

—Sí, claro. Se llevan muy bien, a pesar de lo poco que...

—No me refiero a tu padre, sino al mío. A José Gené. Igual hace tiempo. Piénsalo. ¿Le contaste algo? Es importante.

—¿Algo de qué?

—Félix, ya sabes de qué. No me fuerces a decirlo. ¿Se lo has contado?

—Joder, es verdad. Tu padre también... No había caído.

Reina cierra los ojos. Su padre también, sí.

—¿Se lo has dicho o no?

—Pues no me acuerdo ahora. No creo.

—¿No crees? ¿No estás seguro?

—¿Tendría que estarlo? Hablamos de muchas cosas.

—Pero supongo que te acordarías de algo así, ¿no? ¿O eres tan irresponsable como para contarle a un menor de edad el suicidio de su abuelo y ni siquiera acordarte?

—No sabía que fuera un secreto.

—¿Que no lo sabías? ¿Y qué creías que era? ¿Un chiste? —Siente una rabia tan intensa que de nuevo celebra que la conversación sea por teléfono. Le dan ganas de empujar a Félix. Maldito genio. Ella, que se pasa la vida afeándole a los demás sus conductas agresivas.

—No creo que le haya hablado nunca de eso, Reina. Cálmate.

—Hace un segundo me has dicho otra cosa.

—No me interrogues como haces con tus candidatos. Acabo de decirte que no lo he hecho y punto. Mañana iré a por Alberto a las ocho menos cuarto.

—No.

—¿Cómo dices?

—No dejaremos que se vaya contigo.

—¿Que no? Tú no puedes evitarlo. Alberto es mayor. Dentro de pocos meses podrá escoger en qué casa quiere vivir.

—¿Y piensas que será la tuya?

—No es que lo piense. Lo sé.

—No, si puedo evitarlo.

—¡Sabía que dirías eso! Pues vete preparando, porque en unos pocos meses ya no podrás evitarlo. Alberto será mayor de edad. Decidirá por sí mismo, fastídiate.

—¿Fastídiate? Pero ¿qué te pasa, Félix? ¿Te aburres? ¿Por qué no buscas otra novia? ¿O te compras un perro? Desde que no tienes a Asunta no hay quien te aguante.

Golpe bajo. Torpedo directo a la línea de flotación.

—Voy a llamar a Pablo —responde Félix, con voz súbitamente átona.

—¡Buena idea! Él siempre te ha comprendido mejor que yo.

¿Sabes cuando abres la caja de un mueble de Ikea y te das cuenta de que faltan tres tuercas? Comprendes que no podrás montar el mueble, pero a pesar de todo lo intentas, te esfuerzas, das vueltas y más vueltas al paquete buscando las tres malditas tuercas de mierda. Eres cabezota y no das crédito a que la caja con tres tuercas menos te haya tocado precisamente a ti.

Pues esta conversación es lo mismo. Por más vueltas que le des, no habrá modo. Y, por supuesto, las tres tuercas que necesitas nadie sabe dónde ni cuándo aparecerán, ni por qué no estaban en la caja.

Quiere dormir un poco. Seguirá el consejo de la azafata, se tumbará en el sofá y desconectará. ¿Sabrá hacerlo? ¿Podrá hacerlo hoy? Dormir es una escapatoria. Solo si lo consigues. Reina nunca ha tenido dificultades para dormir varias horas seguidas, incluso ocho o nueve. Todos los males se los cura durmiendo. Su problema es conciliar el sueño. Cuando cierra los ojos su cerebro se empeña en recordarle todas las tareas pendientes. A veces son llamadas, informes. Otras son decisiones cien veces aplazadas, conversaciones pendientes desde hace años, décadas. Culpas antiguas, que por las noches se aparecen y dan vueltas por la habitación, molestas. Lo peor es que cada vez son más, grandes y pequeñas, suciedad acumulada en las cañerías de la vida que algún día terminará por atascarlo todo y provocar un desastre. Tal vez aquel día sea esta noche.

Se quita los zapatos. Los coloca paralelos bajo el sofá. Dobla el abrigo y forma con él una almohada, que deja a un lado. Estira las piernas, se despereza. Lleva muchas horas de inquietudes pegadas a la piel. Recuerda de pronto a la madre de Arnau. Ya es tarde para llamarla. ¿O tal vez no tanto? ¿Hay alguien, entre sus conocidos, que consiga irse a la cama antes de medianoche? Y si hay alguien, ¿cómo lo hace? Le manda un mensaje, prudente: «Hola soy la madre de Alberto. ¿Sigues despierta?» Después de todo, la madre de Arnau le ha dicho que era importante.

Su celeridad y su voz lo confirman.

—Te estaba esperando, Reina. Qué bien que me hayas mandado el mensaje.

El poquito de tranquilidad que acaba de conquistar se desvanece de pronto.

—¿Qué ocurre?

—Lo primero: ¿cómo estás?

—No muy bien. En Bucarest. Desesperada. Hay una tormenta y los aviones no pueden despegar.

—¿Alberto está bien?

—Con su padre. Quiero decir, con Samuel. Bien.

—No sabes lo que me alegro, Reina. Ni cuánto he pensado en ti esta tarde, en cómo debes de estar pasándolo. No hace falta que te diga que aquí nos tienes para lo que necesites. A nosotros y a nuestro hijo...

—Gracias.

—... pero sobre todo nosotros, que para eso somos los adultos, ¿verdad? Es mejor que ellos no se metan en ciertas cosas. Tienen una edad que, qué quieres que te diga, a veces parece que viven dentro de una pelota de corcho, como si el mundo quedara muy lejos. En este caso, te confieso, me parece muy bien. ¿Para qué vamos a hablarles de ciertas cosas que igual ni se les habían ocurrido? Hay temas que más vale no sacar, ¿no crees? Son feos. Ya tendrán mucho tiempo para verle las orejas al lobo.

¿Todo esto es un reproche? No le queda claro. ¿La madre de Arnau la regaña por llamar a su hijo? ¿Por contarle lo de Alberto? ¿O tal vez solo es un aviso? Una advertencia amistosa: si necesitas desahogarte comprueba primero que quien escucha es un adulto y no un crío asustadizo. Ella misma está arrepentida de lo ocurrido. Por eso reconoce:

—Tienes razón, mujer. Siento mucho haber preocupado a Arnau.

—¿Preocupado? ¡Le has dado un susto de muerte, Reina! Y a nosotros también, la verdad. Por favor, piénsalo un poco más la próxima vez.

—La verdad, espero que no haya próxima vez —responde, áspera.

Es un reproche. Más que eso. Es una bronca. La madre de Arnau piensa que el intento de Alberto de esta tarde es algo feo de lo que es mejor no hablar.

—Por supuesto, mujer, yo también lo espero. Era una forma de hablar. — Carraspea un par de veces. Debe de ser para tragarse la mala leche, piensa Reina. Ahora continúa con un tono de voz más pausado. Tal vez sea como los perritos pequeños, ladran mucho hasta que alguien les contesta como se merecen. Entonces, se cagan encima—. Mira, si tenía interés en hablar contigo es porque hay algo que deberías saber. Me lo ha contado Arnau esta tarde, después de tu llamada. Por lo visto no se ha atrevido a decírtelo. Ya sabes cómo son. Se agobian.

—¿Qué es?

—Pues, sencillamente que tu hijo y el mío han roto.

—¿Han roto?

—Por lo visto ya no son el mejor amigo uno del otro. Y tampoco son pareja de pádel. Por lo menos Alberto ya no quiere serlo de Arnau.

—Qué dices. Es una chiquillada, está claro. —Reina trata de quitarle gravedad a la noticia.

—Sí, sí. Yo también lo creía. Pero por lo visto no, fue una cosa grave. Alberto se lo tomó fatal. Como un agravio. Le dijo que no le perdonaría nunca. Y a continuación le retiró la amistad.

—Pero ¿cuál fue el agravio?

—Pues mira, que Arnau no pudo ir al estreno de su última obra de teatro.

Reina lo recuerda muy bien. Alberto pidió una entrada de más para su amigo. Estaba ilusionado con que Arnau le viera interpretar su primer papel protagonista, Vladimir, uno de los personajes principales de *Esperando a Godot*. Hasta ese día, Arnau nunca había fallado a los estrenos de Alberto. Siempre le había demostrado aquella admiración que la gente sensata que estudia cosas sensatas siente por los artistas, esas personas capaces de hacer cosas que la mayoría no sabe o no puede o no se atreve a hacer. Les admiran como se admira a quien camina por la cuerda floja o salta por dentro de un aro de fuego: porque saben que la gente normal nunca escogería esa vida, ni correría tantos riesgos. Reina lo recuerda muy bien. El futuro abogado que algún día sería Arnau admiraba al futuro actor, o cineasta, o doble de cine, o doblador, o lo que fuera que acabara por ser Alberto. Pero aquella vez le dijo que no iría. La razón: tenía que estudiar. Alberto insistió. Venga, por favor, es

muy importante para mí, la obra dura poco, ni siquiera una hora, después mis padres te acompañarán a casa en coche, no perderás mucho tiempo. No podía, de verdad, lo lamentaba mucho. Los exámenes eran demasiados y muy seguidos, le faltaba tiempo, no podía permitirse perder ni diez minutos. No parecía una excusa. Pero dolía como si lo fuera.

Durante unos cuantos días Alberto estuvo abatido, incluso lloroso, a ratos. Reina le preguntó qué le ocurría. Nada. Si le podía ayudar. No. Si necesitaba algo. Nada, gracias. La adolescencia es así, pensaba ella, nunca sabes cuándo tienes que empezar a sufrir en serio. La adolescencia es el equivalente biológico de la Revolución francesa y la rusa juntas. Un tiempo de la vida en que todas las fuerzas confabulan contra el orden (falsamente) establecido. Hasta qué extremo hay que temer las confabulaciones, nunca terminas de saberlo. De pronto, cuando nada está donde estaba e impera un nuevo orden y hasta un nuevo mundo, descubres que sí, que habías de temerlas.

—Se mandaron muchos mensajes. Mira, los tengo aquí, Arnau me ha prestado su móvil, si quieres te los leo. —Antes de que Reina diga si quiere o no, la otra empieza a leer mensajes—: «Entonces ¿es seguro que no vendrás?» «Lo siento, tío, pero no puedo. La próxima vez no te fallo.» «Pensaba que eras mi mejor amigo, pero ya veo que tienes otras prioridades.» «No tengo otras prioridades. Tengo exámenes. Soy tu mejor amigo y lo seré siempre.» «No. Ya no. Has dejado de serlo hoy.» «Jajajajajaja.» «Hablo en serio.» «¿Sí?» «Claro.» «¿Ya no somos amigos?» «No.» «¿Y qué pasa con el pádel? El domingo tenemos partido.» «Búscate a otro, yo también tengo que estudiar.» «Estamos en medio del campeonato, vamos bien, no puedes dejarlo ahora.» «Claro que puedo. No tengo tiempo para nada.» «¿Te estás vengando? ¿No crees que es un poco infantil?» «Entonces, soy infantil.» «Tío, ¿no podríamos discutir esto cara a cara?» «Lo siento, no puedo. Que te vayan muy bien los exámenes. Adiós.»

»A partir de aquí los mensajes son todos de Arnau. También hay varias llamadas perdidas, que tu hijo no contestó. «Alberto, tío, no te lo tomes así.» «El social es muy difícil, seguro que estrenarás más obras de teatro.» «Por favor, piénsate bien esto del pádel. Formamos una buena pareja. A mí me encanta jugar contigo. Además, teníamos posibilidades. Por favor, tío, no me

dejes tirado.» «Alberto, por favor, dime algo.» «Contesta al teléfono, tío.» «Hostia, tío, no sé qué más decirte.» «Creo que te has tomado esto demasiado mal. De hecho, cuando lo pienses te darás cuenta de que no había para tanto.»

»Por lo que se ve, tu hijo piensa de otro modo, ¿no? Aún es hora de que le conteste. No entiendo nada, con lo amigos que eran. Igual tú... ¿Reina? ¿Sigues ahí? ¿Me oyes?

—Sí. —Ojalá no la oyera, pero la oye. Está un poco aturdida. Trata de encajar—. Me duele que no le contestara. ¿Qué pasó con el pádel?

—Que Arnau tuvo que buscarse a toda prisa otro compañero, pero no es lo mismo. No tienen la misma compenetración, o puede que el otro no sea tan bueno, no sé. Quedaron penúltimos en el campeonato. Nos dolió un montón.

—Vaya, qué lástima. —Un silencio compungido antes de reaccionar—: ¿Cómo no me dijiste nada? Podrías haberme llamado.

—Mi marido os llamó. Tú estabas de viaje, qué novedad. Habló con Samuel, que defendió a Alberto a muerte. Dijo que si era su decisión, por algo sería. La verdad, se nos quitaron las ganas de hablar con vosotros. No se puede convencer a quien no quiere hablar, Reina. Pero esto de hoy ya es intolerable, la verdad.

—¿Qué es intolerable?

—Lo sabes perfectamente. Es intolerable que le digas a mi hijo que Alberto se ha suicidado por su culpa.

Una pausa para encajar el golpe y planear el contragolpe, como en el pádel.

—No se ha suicidado. Lo ha intentado. —Es rápida.

—Claro, a eso me refería. Solo lo ha intentado. Pero no por culpa de mi hijo, creo yo.

—Pues la verdad, comienzo a dudarlo.

La incomodidad del silencio es ahora compartida. Reina podría haber tratado de tranquilizarla. No, mujer, no digas tonterías, como quieres que, cómo puedes pensar, ha sido un lapsus, un desliz, tu hijo no tiene nada en-ab-so-lu-to que ver con toda esta mierda, no te preocupes por nada más que por el pádel. Pero no le gusta el modo en que le habla y menos aún lo que dice. Tampoco le gustan sus conclusiones. Algunas personas tienen poco talento

para concluir.

—Mi marido y yo estábamos hablando hace un rato, después de cenar — continúa la madre de Arnau—. Y, ¿sabes lo que decíamos? Que no es posible que por un motivo tan pequeño, tan insignificante y al mismo tiempo tan fácil de resolver, un chico como Alberto, a quien conocemos desde niño, haya hecho algo tan grave. Que algo debe de haber, ¿no? No sé, igual está tomando algo. Igual se ha aficionado a una de esas drogas asquerosas que se fabrican en un laboratorio. No quiero meterme donde no me llaman, pero digo yo que motivos para matarnos tenemos todos, y que si no lo hacemos es porque las razones para vivir son más importantes. Igual lo que le ocurre a Alberto es que le faltan ilusiones, proyectos, planes de futuro, no sé. A veces las cosas más complejas tienen soluciones muy fáciles, mujer, ya verás como todo se arregla.

Helo aquí. Ahora su hijo es un tema de conversación. Una discusión de sobremesa: El suicidio de Alberto Gama. O: Los motivos de Alberto Gama para vivir o para dejar que le aplaste un tren. En cuántas casas se habrán celebrado esta noche —puede que en este mismo momento— debates similares. En las de los chicos que acompañaban a su hijo cuando todo ocurrió, esto seguro. En las de los profesores del centro, que esta noche, mientras cenan, lo comentarán con sus parejas y también con sus hijos adolescentes (solo por si acaso). En las de los compañeros de clase de Alberto en cuanto lo sepan. Seguro que en las últimas horas se habrán producido llamadas telefónicas y se habrán enviado mensajes de texto. «¿Te has enterado de lo que ha pasado?», «¿Te cuento algo muy fuerte que ha hecho hoy uno de mi clase?», «¿Conoces a Alberto, el del artístico?» Seguro que ahora la noticia se habrá expandido como una mancha de aceite. Y lo continuará haciendo, porque pertenece a esa categoría de asuntos que nadie quiere saber pero que a todo el mundo le gusta contar.

—Perdona, pero tengo que dejarte —dice sin disimular el enfado que siente—. Me gustaría poder dormir un poco antes de volver a casa.

—Claro que sí, mujer. Duerme un poco, necesitarás estar muy fuerte en los próximos días. Y por favor, recuerda que si podemos hacer algo por vosotros, lo que sea, solo tienes que decirlo.

Antes le pediría ayuda a un cocodrilo de agua salada.

Una vez, cuando aún eran amigos y allí nadie pensaba en separarse, Pablo le dijo:

—Mira, al final, todo es una cuestión de estadística. Los separados y divorciados menores de treinta y cinco no tardan ni un año en encontrar nueva pareja. Por más que cuando te dejan quieras morirte, nadie se muere. Todo el mundo reincide.

Fue Alberto el primero en decirle que Félix tenía novia. Habían pasado seis años (en todas las reglas hay excepciones) y Reina se sintió aliviada de saberlo y de pensar que si la selección la hubiera hecho ella no habría tardado tanto.

Siempre le preguntaba al niño qué había comido en casa de su padre. En parte para no repetir menús y en parte para reforzar la idea de que con ella comía mucho mejor. Esperaba escuchar lo de siempre —pizza, hamburguesas, macarrones...— cuando el niño dijo:

—Estofado.

—¿Estofado? ¿De qué?

—De carne. Con patatas.

—Ah. —¡Sorpresa!, y con razón—. ¿Tu padre ha hecho estofado?

—No. Papá no. Asunta.

—Ah. —Segunda sorpresa, aún con más razón—. ¿Y quién es Asunta?

—La novia de papá.

Lo dijo con aquella naturalidad que utilizan los niños para hablar de todo, lo más normal y lo más extraordinario. Samuel y ella intercambiaron miradas. Serenidad, no nos pongamos nerviosos. Aunque se morían de ganas de saber. ¿O solo se moría de ganas ella? Tuvo que esperar un buen rato, disimulando, hasta que antes de acostarse no pudo más y le preguntó a Alberto cómo era la novia de papá.

—Simpática —dijo el niño.

Y eso fue todo. No hubo modo de saber si era joven, vieja, guapa, fea, abogada o barrendera. Parecía que cuanto más quería saber más impermeable a las preguntas se volvía su hijo. Hasta que un día Félix le dijo:

—Hoy no puedo ir a recoger a Alberto. Irá Asunta.

—¿Quién? —disimuló.

—Asunta. Mi pareja. —Delectación evidente en el sustantivo.

—No sabía que tenías pareja.

—Sí lo sabías, Reina. Hace tiempo. Alberto te lo dijo.

—Pero tú no.

—¿Necesitabas un comunicado oficial?

—Me alegro mucho.

—Yo también, la verdad.

—Y también de que venga. Así nos conocemos.

—Eso, como dos personitas civilizadas. No le cuentes toda mi vida, por favor.

Asunta parecía mayor que ella —y que Félix— y tenía una hija de treinta y tres años. Lo supo porque se lo dijo ella, en una conversación que ambas mantuvieron en la cocina de Reina fingiendo que era muy normal estar allí charlando, como dos amigas. Reina echó cuentas. Pongamos por caso que Asunta tenía cuarenta-y-muchos. Entonces había sido madre muy joven, calculó que no antes de los quince ni más allá de los dieciocho. ¿Tendría alguna relación con el padre de su hija? ¿Fue un desliz o una violación? Ahora Asunta estudiaba Pedagogía, seguramente para recuperar el tiempo perdido. ¿Cómo había hecho para acceder a la universidad? ¿Cuándo empezó a estudiar de nuevo? Debía de ser duro ser madre a los quince años —o a los dieciocho—, seguro que tuvo que sacrificar un montón de cosas para poder ocuparse de

su hijo. No, no, era hija. De su hija. ¿La conocía Alberto?

—¿Y qué más da? —Sam no entendía tanto interés—. ¿A ti qué te importa a qué edad tuvo a su hija o si aún ve al padre?

El caso era que le importaba. No sabía por qué, pero le importaba.

Un par de años más tarde supo —una vez más por Alberto— que Asunta y Félix planeaban casarse. Por lo menos hablaban de ello delante del niño. ¿Era para que ella se enterara?

—No seas tan presumida —la regañó Sam—. ¿Has pensado que tal vez Félix hace algo porque quiere y no para que tú lo sepas?

Sam se equivocaba en algo. No era arrogancia. Era culpabilidad. Ese estorbo emocional que los hombres no conocen y por eso no pueden entender.

De la boda vio una sola foto, que Asunta colgó en su Facebook. Aparecía ella vestida de novia y con el ramo entre las manos, recostada de medio lado en una cama.

Reina enseguida se dio cuenta de que en aquella escena había algo que no cuadraba. Como cuando la película fotográfica se expone dos veces y atrapa por error dos imágenes, una de las cuales parece una presencia fantasmal detenida tras la otra. La cama sobre la cual la novia radiante se tumbaba a sonreír era la misma que Cristina le regaló a Reina cuando se casó. Madera de cerezo, cabezal liso y rectangular, tamaño estándar. Incluso la colcha era la misma. Reina la compró dos semanas antes de su boda en las rebajas de La Casa de las Mantas, todavía recuerda cuánto le costó, qué le dijo la dependienta y otra morralla de esa que la memoria se empeña en retener. ¿Cómo era posible que Félix no se hubiera deshecho de la cama en la que habían dormido juntos varios años, en la que habían practicado aquel sexo al dictado del ginecólogo, donde ella había empezado a pensar en dejarle en sus noches en blanco? Estaba claro que Félix no pensaba en nada de eso. Una cama es una cama y sirve para lo que sirve, ¿para qué sustituirla o desperdiciarla? Las cosas ni piensan ni recuerdan, y mucho menos incordian. El pasado les importa una higa, lo mismo que el futuro. Somos las personas quienes siempre complicamos las cosas sencillas.

Durante una temporada Reina vivió tranquila al saber que Félix se había casado por segunda vez, como ella. Que tenía una vida nueva, lo mismo que

ella. Que al igual que ella no echaba en falta nada del pasado. Que se consideraba una persona distinta, exactamente como le ocurría a ella. Y que todo en la vida iba como una seda, a pesar de que en el pasado habían cometido errores y habían pronunciado palabras y habían dejado otras por decir y todo eso que se ve tan claro cuando el pasado es algo cerrado que parece tener lógica.

Hasta que un día supo que Asunta y Félix iban a divorciarse, que ella ya no vivía con él y que su ex estaba solo por segunda vez en su vida (¿alguien sabe qué dicen las estadísticas de los hombres que se separan a los cuarenta y siete?), y que ahora su hijo volvería a comer pizza, hamburguesas y macarrones no se sabía hasta cuándo. Intentó decirle a Félix que lo sentía mucho, pero él no se lo tomó muy bien.

—Estoy perfectamente, nunca he estado mejor —le dijo, levantando la voz—. No hace falta que me llames más para preguntármelo. Te lo digo de una vez y para siempre. Estoy bien, Reina. Para ti siempre voy a estar bien.

Apoya la cabeza sobre el abrigo muy bien doblado y cierra los ojos. La mano aferrada al móvil. No dormirá. Está segura. Aunque es su oportunidad. Debería hacerlo. Cómo le gustaría tener un interruptor en alguna parte de la cabeza. Discreto, bajo el pelo, pequeñito como el de un despertador; se lo buscaría al meterse en la cama y ¡clic!, al instante todo se detendría durante unas cuantas horas.

Una vibración le advierte de que alguien quiere algo de ella.

«¿Mucho trabajo? ¿Tienes tiempo para lecciones? No te olvides de leer cada noche un ratito en clave de fa.»

Es Martina, la profesora de piano que encontró hace unos cuantos meses en un portal de clases particulares. Le contó que tenía la ilusión de volver a tocar el piano con la única intención de ser feliz. No pretendía dar conciertos ni impresionar a nadie, aunque le gustaría hacerlo bien. Por eso necesitaba una profesora. Que tuviera tardes libres, mucha paciencia y que se desplazara a domicilio. Martina era esa mujer. Llegaron a un acuerdo enseguida.

Reina se lo tomaba tan en serio como podía. Estudiaba las lecciones y las piezas. Hacía los ejercicios que Martina le iba recomendando: pulsar teclas imaginarias combinando diferentes dedos, varias veces al día, con las dos manos. Ensayar un pedacito pequeño pero complicado de la sonata *Claro de luna* de Beethoven. Leer en clave de fa. Ahora en la cama no leía novelas sino partituras. Le costaba mucho. Por eso mismo le gustaba.

El piano fue un regalo que decidió hacerse a ella misma. Se sentía bien cuando era capaz de extraer algún sonido hermoso a sus cuerdas. Le gustaba tener el cerebro ocupado en conseguir que sonara un do sostenido allí donde estaba escrito. En eso el piano y el gimnasio se parecían: la alejaban de su vida, de ella misma.

Ahora le gustaría haber traído alguna partitura. Tal vez pueda encontrar alguna por Internet. Podría aprovechar las horas para practicar la clave de fa. Le gustaría esforzarse al máximo, concentrarse en lo que más se le resiste. La maldita clave de fa, la lectura en voz alta de las notas de una mano mientras toca las de la otra —a veces siente que a su cerebro le faltan lóbulos, que nunca podrá hacer tal cosa—, las combinaciones de ciertos dedos: meñique con anular o meñique con corazón (especialmente de la mano derecha). Martina dice que debe fortalecer la musculatura de las manos y ganar un poco de flexibilidad. Martina y Alejandro deberían conocerse, piensa. Uno está empeñado en que ponga los pies a lugares imposibles y la otra en que haga filigranas con las manos: se caerían bien, se gustarían; quién sabe, podrían ser el amor de la vida el uno de la otra. Estaría bien aprovechar el tiempo muerto en el aeropuerto siguiendo sus enseñanzas, en lugar de dedicarse a estas ensoñaciones celestinescas, se dice.

A partir de mañana. En cuanto llegue a casa y compruebe que todo está en calma, se dedicará de lleno a la clave de fa. No parará hasta ser capaz de leerla de corrido, como algo natural. Estudiará tanto como sea necesario. Se llevará muchas partituras a la cama. A cabezota no la gana nadie.

De pronto repara en que mañana será un día complicado. Un día en que todo el mundo le pedirá todo tipo de cosas. Responsabilidad, informes, que cumpla las cláusulas del contrato, que le deje llevarse al niño, fortaleza, explicaciones y todo lo que ahora no puede prever. Siempre hay un tanto por ciento de circunstancias imprevisibles. Mañana deberá seguir contando lo que no le gusta contar y esperando un avión que no sabe si llegará. Deberá contestar al jefe de estudios y proponerle una fecha para reunirse con el equipo directivo y la orientadora y la tutora y no sabe si alguien más y deberá analizar con todos esos extraños por qué su hijo ha intentado hacer eso que le da miedo pensar.

Si todo va bien, mañana llegará a casa. Lo primero que hará cuando vea a Alberto: abrazarle. No le reprochará nada, no va a regañarle. Se lo exige a sí misma, se lo jura. Se olvidará de las ganas de reñirle que ha tenido toda la tarde, que aún tiene. Tratará de pensar más bien en aquello de lo que se ha librado. Lo que no va a pasar. Se le hiela la sangre nada más imaginarlo.

Este regreso habría sido una tortura. La llegada a casa, mucho peor. Habría habido un forense, un atestado, un juez, un número en el depósito de cadáveres, un ataúd al gusto de alguien, una sala de vela, una despedida quién sabe cómo —¿católica, para contentar a Félix?, ¿laica, al gusto de Samuel?— y después, y para siempre, una cama vacía y un ordenador vacío y un montón de sillas vacías repartidas en varios escenarios (la mesa de la cocina, la comida de Navidad, ordenador de su cuarto, la clase del instituto) y los cajones desordenados y el armario lleno de ropa sucia hecha un gurrño y los objetos abandonados para siempre y en la vida una grieta profunda que nada puede reparar. La vida también vacía, desordenada, abandonada. Y ella, lo mismo. Porque la muerte de un hijo no es la muerte de otra persona. Es la muerte de aquella parte de ti que él hizo que existiera.

De pronto, piensa: Necesito un café. Abre los ojos, se frota la cara. ¿Qué hace durmiendo con tanto como tiene por hacer? Se incorpora. Extiende el abrigo. Se calza. La azafata, que también sonríe, a pesar de las horas que son, le pregunta si se encuentra bien. Si ha descansado. ¿Qué hora es? Las dos y cincuenta. ¿Se sabe algo de los vuelos? Nada, aún no hay novedades. Todas las pistas están cerradas por culpa del mal tiempo. Pero parece que la tormenta quiere aflojar. Son buenas noticias, aclara la mujer, porque piensa que no la ha oído. Son buenas noticias, repite ella, mientras mira el móvil y le envía un mensaje a Sam:

«¿Consigues dormir?»

Mientras estudia la cafetera y busca un vaso y elige uno adecuado para un café doble e intenta averiguar por dónde sale el café y poner el vaso en donde toca, le parece que escucha una voz conocida hablando en un idioma que no entiende. Aprieta un botón y se siente aliviada al ver que el café sale por donde esperaba. En el fondo todo en esta vida es una cuestión de expectativas.

Ahora se puede concentrar en esa voz familiar, que le intriga. Un hombre. Habla demasiado alto para este sitio y estas horas. Ríe. Parece seguro de sí mismo. De repente, sabe a quién le recuerda. A Ulf Everink. Y acto seguido piensa: No puede ser. Tendría que estar en el hotel, durmiendo un poco antes de salir de excursión a Transilvania con los demás candidatos. No puede ser él. Solo es alguien que se le parece en la manera de hablar.

Observa con disimulo. Bien alineados, los sofás de madera clara y respaldo altísimo del *business lounge* compartimentan el espacio en pequeñas celdas. No ver a los demás ni dejar que te vean es un privilegio que este lugar ofrece a sus clientes. Pero en este caso hace que seguir una voz hasta su propietario sea una tarea nada fácil. Reina querría hacerlo, pero tendría que actuar con demasiado descaro, tendría que asomarse a la celda privada de otra persona y quedar en evidencia. Prefiere esperar aquí un momento, saboreando el café, escuchando este idioma áspero y gutural, que podría pasar por alemán si no fuera porque hace tiempo tomó un curso que apenas le sirvió para saber que esto que escucha no es lo que ella estudió. Le parece Everink, sí, pero no puede asegurarlo. Podría si le escuchase hablar en inglés, lo más seguro.

Con el café en las manos vuelve a su sitio, allí donde sin pensar ha dejado abandonado el móvil y la maleta con el ordenador y la tableta que contienen —sin encriptar ni proteger— toda la información confidencial de los candidatos a quienes ha entrevistado durante los dos primeros días de un trabajo que habría durado seis. Y también los informes que ya tiene listos, incluso el más fácil de todos, el de Ulf Everink. En el apartado donde dice «Aptitud para el cargo» escribió: «No.» Y en el epígrafe final, titulado «Comentarios», puso: «No se recomienda la contratación.»

Observa la pantalla de la tele, a la espera de la información meteorológica. Otra vez Trump, Tusk, el Brexit, la independencia de *Catalonia* y los efectos de la tormenta siberiana en las distintas capitales europeas, algunas muy meridionales, como Roma o Atenas. La Fontana di Trevi congelada, Trafalgar Square bajo un palmo de nieve, Notre Dame y la Piazza San Marco desconocidas, el Partenón a temperaturas árticas. Niños jugando en las calles de toda Europa: muñecos de nieve, trineos, esquíes, gorros y guantes de lana. En algunos sitios se han suspendido las clases. Como en Rumanía, por ejemplo, donde los niños disfrutaban de una inesperada semana de vacaciones. La felicidad de la chiquillería es la última imagen del reportaje.

Es estupendo que una parte de la población conserve la alegría cuando todo va mal. El mundo necesita a los niños mucho más de lo que cree.

Reina nada más recuerda un día de su infancia en que se suspendieran las clases por fuerza mayor: el 21 de noviembre de 1975, el día después de morir Franco. Tenías que decirlo en voz baja, no fuera a ser que algún vecino creyera que estabas contento. Ella estaba contenta, no porque se hubiera muerto Franco, a quien apenas conocía, sino porque no había colegio. Y a pesar de eso habló bajito todo el día, como quería su madre, como si hubiera alguien durmiendo.

A Franco le conocía de vista: era un señor muy viejo, calvo y con gorra que salía mucho por televisión. De repente la tele le mostró dentro de una caja, vestido como siempre, con esas chaquetas todas llenas de botones y medallas, pero con los ojos cerrados y cara de dolor de barriga. Había un gentío que esperaba para verle. Formaban una gran cola. Era raro, pero no era importante. En su casa no hubo aspavientos ni celebraciones. Su madre no sacó el rosario, ni las maletas ni tampoco las botellas de champán. Con el paso de los años, conocería gente que aquel día había hecho de todo. Ella vivió la muerte de Franco con una discreción aburrida, expectante. Su madre arrimaba una silla a la tele y observaba en silencio. Tal vez esperaba algo que no acababa de ocurrir. Unos cuantos días más tarde se reanudaron las clases. Las monjas parecían ahora más mustias que antes. Durante unos días se hicieron novenas y misas y pasaron el rosario, como si se hubiera muerto un pariente. Después, todo prosiguió como si tal cosa. Tanto si todo seguía como

antes como si algo había cambiado, ella no se dio cuenta.

La muerte de Franco y la muerte de su padre sucedieron el mismo año, con pocos meses de diferencia. Su padre, en julio. Franco, en noviembre. La de Franco no tenía mayor misterio: había muerto en una clínica con un montón de médicos alrededor. Algunos estaban muy decepcionados. Les habría gustado que muriera de otra manera. Incluso matarle ellos mismos. Le enterraron con gran ceremonia y en medio de un duelo nacional que duró seis días. Se habló mucho del tema. Por fin se podía hablar de algo, decía la gente mayor, que no se atrevía a hacerlo o acaso le faltaba práctica.

La muerte de su padre, en cambio, estuvo rodeada de secretos. Al principio su madre ni siquiera reconocía que estaba muerto, y eso que se lo había dicho allí, en Conques, antes de volver a Barcelona. Pero si alguna vecina o alguna clienta preguntaban, y solo en este caso, les respondía que seguía fuera, comprando para la tienda, de viaje, vete a saber cuándo volvería, a ella nunca se lo decía; los hombres son como melones, puede que por fuera parezcan buenos pero hasta que los abres no sabes cómo son por dentro. Tampoco se hablaba de las circunstancias, la causa, la manera ni los interrogantes. No sabía si su padre había muerto porque estaba enfermo o si había sufrido un accidente. No sabía si alguien había hecho cola para verle, como a Franco. Solo que todo era secreto. Y que de los secretos no se puede hablar.

Un día, sin saber cómo, ambas muertes empezaron a relacionarse poco a poco. Alguien hizo correr por el barrio que José el del colmado no volvería porque se había matado. En la carretera, decían. Se había precipitado desde lo alto de una montaña. Se había estampado contra un árbol. Había diferentes versiones, pero todas coincidían en lo mismo: su padre estaba muerto. No era nada extraño, pobre hombre, si siempre andaba arriba y abajo con el coche, compra que te compra.

Algunos hacían preguntas. ¿Qué me han dicho?, ¿que tu padre ha muerto? Y ella se encogía de hombros. ¡Ave María purísima! Y eso cuándo ha sido. No sé, pregúntele a mi madre. Os acompaño en el sentimiento, nena. Y ella decía gracias sin entender qué era eso de acompañar a alguien en el sentimiento. ¿Qué sentimiento? Si ella ni siquiera sabía qué le estaba pasando. En estas —

¡oh, sorpresa!—, Cristina empezó a dar la razón a quienes afirmaban que su padre se había despeñado y que no volvería. Aceptaban pésames, ponían cara de mucho disgusto, su madre decía: Ya ve, pobre, no pudimos ni despedirnos de él, pero la vida sigue. Y las vecinas y también las clientas se iban tan conformadas, compadeciendo a la viuda y a la huérfana del colmado y deseando contarle la tragedia al primero que se les pusiera por delante. Cuando se quedaban solas, Cristina, que se había cansado de buscar un sentido a la muerte de su marido y había decidido inventárselo ella misma, murmuraba: Mucho mejor tener en la familia un muerto que un prófugo, perlita.

Lo más curioso de este caso fue que alguien debió de relacionar las ideas políticas de don José con aquel duelo nacional ordenado por decreto y se propuso encontrar coincidencias. Así, comenzó a circular la noticia de que don José Gené no había muerto por accidente, sino que se había arrojado a propósito desde lo alto de un barranco en cuanto supo que Franco había muerto. No era tan raro, porque todo el mundo conocía la filiación franquista de don José, que se remontaba a los tiempos en que Franco apenas era un general bajito, con ínfulas y la cabeza llena de malas ideas. Hablaba de él con una veneración medio beata que daba náuseas a las clientas más silenciosas, aquellas que nunca osaban hablar de política ni de la guerra ni de nada. Que compraban y callaban. No eran muchas, porque la clientela que no pensaba como don José fue alejándose del colmado y, sobre todo, de su dueño, siempre temerosas de que pudiera descubrirlas y delatarlas. Como suele pasar casi siempre, al final don José estaba rodeado solo de los suyos. Gente que hablaba muy alto y que estaba convencida de que los buenos —que eran ellos— habían ganado la guerra. Los únicos que tenían dinero en aquella Barcelona transformada por los años de miseria. Contentarles era, entre otras cosas, una estrategia comercial.

La versión del suicidio patriótico y automovilístico de José Gené fue tomando forma como una leyenda del barrio, una habladuría que las madres de familia contaban a su marido cuando se metían en la cama, y a continuación se santiguaban, para alejar el mal fario. Poco tiempo después, sin que nadie diera por buena la historia ni las diferentes versiones que de ella circulaban, la muerte de José el del colmado quedó fijada en el imaginario colectivo de

aquel pedazo de mundo que es el barrio de Gracia —y alrededores—, donde todos la tomaban ya por crónica oficial perfectamente documentada, y donde ni Cristina, la joven viuda, se preocupaba de discutirla ni refutarla. Para empezar, tenía lo primero que debe tener una buena historia: verosimilitud. Segundo, le exoneraba de dar explicaciones mucho más complejas. Y tercero —y más importante—, como ella nunca supo qué razones llevaron a su marido a quitarse la vida, decir que había sido por Franco le parecía una solución estupenda.

Alberto también faltó un día a clase cuando era muy pequeño, pero por razones muy distintas. Fue una decisión de Reina, que necesitaba poner un poco en orden sus sentimientos. Dejar que se le pasara el susto. Ahora que lo piensa, aquel primer susto y este de ahora han sido los mayores de su vida. En ambos tuvo que contemplar directamente la posibilidad de que Alberto desapareciera para siempre. En ambos hubo de aprender que el miedo había llegado para quedarse. Y en ambos se declaró una guerra entre Félix y Samuel.

Apenas era el segundo día de P3. Alberto había empezado el colegio de manera «progresiva», lo cual significaba que el primer día solo fue por la mañana y el segundo, solo por la tarde. El tercer día ya le esperaba la jornada escolar completa. Seis horas de vivir su vida en un sitio nuevo.

La tarde del segundo día Reina llegó cinco minutos tarde ante la puerta pintada de azul de la clase de las mariquitas. La maestra, con bata de colorines, llamaba a los niños por orden de llegada de sus adultos. Al verla a ella puso una cara extraña.

—¿Vienes a recoger a Alberto Pons? —le preguntó.

—No, a Alberto Gama.

Era solo el tercer día. La maestra apenas había tenido tiempo de aprender que entre los veinticinco alumnos nuevos tenía dos Albertos. No conocía a los padres de ninguno de los dos.

—Han venido a recogerle hace un momento.

—¿Cómo? —se sobresaltó Reina—. ¿Quién ha venido?

La maestra parecía atolondrada. Los primeros días de curso son demasiado intensos. Hay niños que lloran, niños que se mean encima, niños que no quieren marcharse, niños que no quieren regresar y padres nerviosos que también lo tienen todo por aprender. Entre todo este lío, no acababa de darle la importancia que tenía al hecho de que su hijo no estuviera dentro de la clase de las mariquitas ni tampoco fuera, con ella.

—Juraría que ha venido un abuelo —dijo la maestra.

—¿Un abuelo! —Reina perdió la calma—. Pero ¿qué abuelo, si de los tres posibles dos están muertos y el otro vive lejos? ¿Tal vez era una abuela? ¿Mi madre?

La maestra se detuvo para mirarla, confundida.

—No, no. Era un hombre. Eso me ha parecido, por lo menos —dijo bajito mientras se daba cuenta de que aquello era muy grave. Y después de una pausa, revisando su libreta—: Un momento. Estamos a principio de curso, aún no conozco a las familias. Déjame que lo mire. Seguramente el que se ha ido es el otro Alberto. Alberto Pons. Lo compruebo.

Reina ya había comprobado la única cosa que le interesaba: que su hijo no estaba dentro del aula. Echó un vistazo rápido, desesperado, al patio. Los columpios, el arenal, la zona arbolada donde jugaban los pequeños. Alberto no estaba por ninguna parte. Lo llamó a gritos. Lo buscó por todo el edificio de la escuela. Pronto un par de maestras y una señora de la limpieza buscaban con ella, alarmadas, temiendo lo que pasaría si. Más valía no pensar en eso ahora. Era mejor buscar al niño hasta que apareciera. Los niños se pierden, a veces. Se pierden y aparecen. A veces.

Llamó primero a Samuel.

—¿Tú has ido a recoger a Alberto? ¿Está contigo?

—Reina, ¿qué pasa?

—Dime, ¿está contigo o no?

—Estoy en el trabajo, pensaba que ibas tú.

—De acuerdo, adiós, ahora te llamo.

Segunda llamada, Félix. Misma pregunta, diferente respuesta:

—¿Tenía que ir yo?

—No, pero ¿has ido o no?

—Claro que no. Te tocaba a ti.

—Estoy aquí. He llegado cinco minutos tarde.

—¿Y qué pasa? ¿Voy?

—Te llamo después.

Se detuvo en medio del patio desierto. Todas las mariquitas se habían marchado a casa con sus adultos puntuales. Excepto su hijo, que nadie sabía dónde estaba.

De pronto solo había una pregunta: ¿Y ahora qué? ¿Qué debía hacer? ¿Llamar a la policía? ¿Dar vueltas infinitas buscándole? ¿Registrar la escuela de arriba abajo? ¿Llamar a su madre? Sabía que debía decidirse y rápido, pero la confusión era tan grande que no la dejaba pensar. Llamó a su madre. Por suerte Cristina contestó enseguida. Se aturulló al contárselo y le salieron un puñado de palabras embrolladas con lágrimas, que costaba mucho entender. Cristina le dijo:

—Ya voy. No te muevas de ahí.

Nada más colgar escuchó un sollozo. ¿No dicen que la naturaleza dota a los cachorros de un llanto agudo que alerta a sus madres? ¿Alguien ha estudiado alguna vez a cuántos metros de distancia es capaz cada madre de reconocer el llanto de su cachorro? El llanto de Alberto sonaba aún lejos, pero era él. Antes de que una parejita joven entrara en el patio de la escuela con el niño en brazos, Reina ya tenía esa certeza. Le dijeron que le habían encontrado detenido ante un semáforo en rojo, dos calles más allá de la escuela, llorando. Aunque aún no hablaba mucho, se hizo entender. El reencuentro no pudo ser más lacrimógeno: la madre lloraba, el hijo lloraba, la maestra lloraba, la mujer de la limpieza lloraba, la parejita lloraba. El niño decía: No llores, mamá.

Una vez se calmaron las pasiones y la abuela llegó para invitarlos a merendar empezó el baile de llamadas y reproches. Reina llamó a Samuel. Samuel le reprochó que hubiera llamado a Félix. Ella le preguntó qué quería que hiciera, en aquel momento, si no estaba segura de nada. Pues habérselo dicho a él, habría ido enseguida a ayudarla. Félix llamó a Reina. Le reprochó el retraso de cinco minutos, le dijo que estaba siempre demasiado ocupada,

que para ser buena madre hay que calmarse un poco, que tantas prisas se tenían que acabar. Reina le mandó a la mierda y le colgó el teléfono. Félix la volvió a llamar. Segunda tanda de reproches: cómo se atrevía a colgarle el teléfono, con lo preocupado que había estado, con lo que había sufrido solo de pensar en lo que habría podido pasar, ahora mismo denunciaría a la maestra que... Reina le colgó el teléfono por segunda vez.

A continuación llamó a Samuel para decirle que tenía razón, que no debería haber llamado a Félix. Samuel trató de calmarla. Él también se había asustado, pero entendió que Reina lo había pasado peor. Mientras tanto, Félix llamó a Samuel y le dejó un mensaje en el contestador como una bomba atómica: si su mujer no sabía llegar a tiempo a recoger a un niño de tres años tendría que tomar medidas. En cuanto lo escuchó, Samuel respondió la llamada. Esta vez sin contestador: Qué medidas quieres tomar, desgraciado, dime, hazte el valiente conmigo y no con Reina, igual te crees que la puedes acusar de no ser buena madre, hijo de puta, te aseguro que si la denuncias vendré a partirte la cara. Y Félix: ¿Tengo que asustarme? ¿De ti? Ven a partirme la cara cuando quieras, que no te estaré esperando con las manos vacías, cabrón. Después de esto tú y yo estamos en guerra. Y Samuel: ¿En guerra? Pero ¿qué dices, gilipollas? ¿Crees que esto es una película? Solo colgar, Félix llamó a Reina: Dile a tu amante que no me amenace o le denunciaré. Y ella: Si no quieres que te amenace, no le provoques. Y no es solo mi amante. Y él, gritando: Pues claro que lo es, no tiene otro nombre. Y ella: Lo tendrá pronto, porque nos casamos el mes que viene. Y Félix, después de un segundo de desconcierto: Ah, mira, enhorabuena, así podrás hacerle a él lo que me hiciste a mí. Y Reina, desarmada, antes de colgar: Eres un hijo de puta.

Mientras tanto, Alberto y Cristina devoraban a medias una copa gigante de helado de chocolate mientras ella le cantaba un tango de los que tanto le gustaban y que había aprendido de jovencita: «Desde que se fue, nunca más volvió, caminito amigo, yo también me voy....»

Cuando Reina se acercó a ellos, aún desfigurada por el disgusto y el enfado, su madre le dijo:

—¿Sabes qué decían antes? Que los niños tienen que perderse una vez en

la vida. Trae suerte. El niño Jesús se perdió, ¿no te acuerdas? Y después no le fue tan mal.

—Mamá, le crucificaron.

—Sí, pero antes se hizo muy famoso.

Lo primero que hace Reina al volver a su rincón, donde la esperan sus cosas y un sofá donde todavía quiere intentar dormir un poco, es asegurarse de que el ordenador y la tableta están en su sitio. Es decir, en los dos bolsillos frontales, diseñados expresamente para eso, de la maleta de ejecutivo de tamaño cabina que siempre la acompaña. Pero nada más mirar hacia la maleta se da cuenta de que los dos bolsillos están abiertos. Está segura de que no lo estaban. Sospecha, con un palpito amargo, lo que ha ocurrido. Antes de meter la mano en los compartimentos prevé que no encontrará nada. Y cuando mete la mano le llega la confirmación de que le han robado los dos dispositivos y que, por tanto, ahora tiene un problema grave. También tiene la certeza de quién ha sido.

Con el corazón acelerado busca el móvil. Por suerte, aún está donde lo dejó, medio escondido entre el brazo y el asiento del sofá, cargando. Lo observa, agradecida de que no se lo hayan llevado también. Setenta y tres por ciento de batería, en cuanto pueda lo enchufará de nuevo. De momento, no piensa dejarlo sin vigilancia. *Don't leave your luggage unattended*, mira que se lo han dicho veces.

Enfurecida, va al mostrador de entrada de la sala y se detiene ante la azafata de la compañía aérea, que le pregunta cómo la puede ayudar.

—Necesito ver el listado de personas que se encuentran dentro de la sala en este momento.

La petición es tan agresiva que la chica de uniforme se asusta (tensión en la parte inferior de la boca, comisuras de los labios estiradas hacia atrás, cejas arqueadas, boca y ojos más abiertos de lo normal: las expresiones universales del miedo).

—Me temo que no es posible, señora —le dice, con una sonrisa comercial, es decir, falsa—. No nos permiten facilitar esta informac...

—Lo entiendo, lo entiendo. Pero seguramente podrá decirme si está aquí alguien a quien estoy buscando, ¿verdad?

La chica duda. Arruga los labios.

—¿Sabe el nombre de esa persona?

—Ulf Everink.

—¿Es pariente suyo?

—Amigo.

Reina intenta aparentar tranquilidad. La chica de uniforme necesita razones para confiar en ella. Intenta dárselas bajando la voz, hablando despacio y sonriendo. Se ayuda con las palabras:

—Me ha parecido escuchar su voz hace un momento, pero no quiero tener que buscarle por toda la sala.

—¿Me lo podría deletrear? —Sin dejar de arrugar los labios, la chica de uniforme revisa la lista en la pantalla de su ordenador.

—Ulf Everink. Aquí está.

Reina se altera sin siquiera darse cuenta:

—¿Qué debo hacer para denunciar un robo?

—¿Un robo dónde?

—Aquí. Han desaparecido mi ordenador y mi tableta.

—¿Qué quiere decir aquí? ¿Esta noche?

—Ahora mismo. Mientras me tomaba el café.

—¿Está segura de que los llevaba?

—Si no estuviera segura, no se lo diría. ¿Me dice lo que tengo que hacer o no?

—Tendría que ir a la policía —dice la chica—. La comisaría está en la planta baja. Saliendo de la sala *business*, a la derecha, bajando las escaleras mecánicas hasta...

—Sí, sí, creo que ya sé dónde está.

Reina piensa que todo en este aeropuerto está en la planta baja. En todos los aeropuertos, todo lo que necesitas está en la otra punta.

—Deme un segundo, por favor —le pide la chica de uniforme, saliendo de detrás del mostrador y yendo en busca de su compañera, la azafata rubia que en esos momentos rellena la nevera de la zona de catering.

Las dos chicas susurran. La rubia niega con la cabeza, acaba de colocar las latas de refrescos en la nevera, se vuelve y se acerca a Reina con una sonrisa encantadora.

—Le pido disculpas, señora Gené —dice la azafata—. Todo ha sido culpa mía. Su ordenador y su tableta están a salvo. Los he visto encima de la mesa, como si los hubiera olvidado alguien, y los he recogido para que no se perdieran. Creo que ha sido mientras usted dormía. Por eso no se ha dado cuenta. Le pido disculpas. Enseguida se los devolvemos. ¿Podría recordarle a mi compañera la marca, por favor, para asegurarnos de que son los suyos?

Reina se desinfla como un pastel mal cocinado. Pronuncia la marca, acepta más disculpas, pone cara de circunstancias y, al fin, recoge sus aparatos y vuelve a su rincón, donde antes de llegar ya ve a Ulf Everink, que la está esperando: traje y chaleco impecables, el pelo como acabado de embadurnar con fijador y la piel morena, curtida por el sol y el salitre. Nada en él indica que son las cuatro menos cuarto de la madrugada.

La más difícil de las horas difíciles.

Como si fuera un gesto innato, algo que tiene que ver con la supervivencia, Reina echa un vistazo muy rápido a la pantalla del móvil. Tiene un mensaje de Sam que dice: «No puedo dormir. Tengo la cabeza llena de mierda.»

No le propone charlar. No añade, como siempre, «Te quiero».

Está molesto. ¿Tiene motivos para ello?

¿Qué debe de haber pasado desde la última vez que ha hablado con él? ¿Alberto se ha despertado? ¿Félix le ha llamado para hacerle alguno de sus reproches habituales? ¿Ha sido algo peor que un reproche? ¿De qué han hablado, hace un rato? De Félix —como siempre, entre los dos siempre está el fantasma molesto del otro—, de psicólogos, de los profesores del instituto... Le ha pedido que enviara al jefe de estudios el informe de la psiquiatra, que abriera su correo electrónico, le ha dado la contraseña.

El correo electrónico. Mierda.

Mierda, el correo electrónico.

Se imagina la secuencia. Samuel buscando el correo de Juan Carlos entre la avalancha de mensajes de su bandeja de entrada, que lleva tiempo queriendo vaciar. Le ve leyendo otros mensajes sin interés antes de encontrar el que necesita. Le ve detenerse ante uno muy concreto, enviado por la *personal assistant* del señor Mirchandani: Adjunto a este mensaje encontrará los dos billetes de primera clase para el vuelo Barcelona-Bucarest del próximo 28 de febrero y una reserva para dos personas en el hotel Athenee.

Ambas cosas a su nombre y al del señor Tomás Moliner, tal y como usted nos indicó. Le ruego nos comunique que lo ha recibido todo correctamente, que todo está en orden, *all the best*, etcétera.

Mierda.

Debería haberlo borrado. Sam nunca hurga entre sus cosas, por eso no lo creyó necesario. Ni siquiera se preocupó por lo que pasaría si. No contempló la posibilidad. Idiota.

Le gustaría contestar a Sam, pero no sabe qué decirle. Observa la pantalla del móvil. Escribe y borra. Todo le suena falso, interesado, sospechoso.

Opta al fin por el silencio. El silencio de los culpables.

—Señor Everink, qué coincidencia encontrarle aquí —dice Reina, con una ironía tan fina que teme que él no la detecte.

—Ninguna coincidencia. —Sonríe, encantador—. Quería verla. He venido solo para hablar con usted.

Reina se pone en guardia.

—¿Sabía que estaba aquí?

—Todos los vuelos internacionales salen de este aeropuerto. Además, me lo ha dicho usted misma, ¿no se acuerda? Antes, cuando hemos hablado.

—Ah, sí. Esa llamada tan extraña.

—¿Extraña? ¿En qué sentido?

—Me refiero a que usted no debería tener mi número.

—Ya le dije que tengo mis contactos.

Reina se sienta, ordena sus cosas. Intenta mantener a Ulf Everink a la misma distancia que establece durante sus entrevistas de trabajo: un mínimo de dos metros y un máximo de tres. Distancia social lejana. Muy importante para que ninguno de los dos se sienta incómodo. A pesar de todo, así se siente ella ahora mismo, con Ulf Everink sentado en el sofá. Muy incómoda.

—¿Usted no va a ir a Transilvania con los demás?

—Sí. Sí, claro. No me lo perdería por nada del mundo. Aunque los vampiros no son muy de mi gusto.

—Llegará extenuado.

—No me importa. —Ulf Everink avanza medio metro en el sofá. Reduce la distancia—. Quería preguntarle cómo va todo.

—Ya se lo he dicho por teléfono. No le puedo facilitar ninguna información.

—Pensaba que quizá en persona, podría.

—Me temo que no. Además, yo he abandonado el proceso de selección. Supongo que la compañía designará un sustituto, o sustituta, y que todo continuará hasta el final. No se preocupe. Esta compañía no es de las que dejan las cosas a medias.

—¿Permitirá que la sustituyan?

—Ya no depende de mí. Si yo me retiro, tienen derecho a hacer lo que quieran con su proceso de selección.

—Pero la cláusula de rescisión de su contrato sí es cosa suya. —Mirada tensa, Reina entorna un poco los ojos, se pregunta qué sabe exactamente este hombre y, sobre todo, por qué lo sabe. Como si le hubiera leído el pensamiento Everink añade—: Ya le he dicho que tengo mis contactos.

Esto no puede continuar. Es irregular. Está mal. Pero, además, no tiene ganas. Se aleja dos palmos de él —hasta el borde del sofá—, eleva un poco la barbilla e intenta hablarle con voz pausada.

—Mire, señor Everink, esto es muy extraño y debe terminar. Si continúa acosándome tendré que notificar su conducta a la jefa de recursos humanos con la recomendación de que no le tengan en cuenta. Lo cual sería una lástima, la verdad, porque su currículum es muy...

—Le presento mis disculpas. No tenía la intención de molestarla.

—Pues lo hace. En un momento muy delicado para mí, además.

—Le ruego que me perdone. A veces soy demasiado impetuoso. —Hace una pausa, como si eligiera las palabras—. Permítame solo una pregunta más. Si técnicamente está usted fuera del proceso de selección, ¿cree que lo mío se podría considerar acoso? ¿Por qué no un encuentro fortuito entre dos usuarios del *business lounge*?

—¿Un encuentro fortuito? ¡Si usted no va a ninguna parte! ¡Solo me está siguiendo! No es un cliente.

—Perdone, pero técnicamente sí. —Saca una tableta del maletín, pulsa una

carpeta y se abre un billete electrónico de Tarom. Origen: Bucarest. Destino: Melbourne. Primera clase—. ¿Lo ve? Tengo todo el derecho del mundo a estar aquí, hablando con usted.

A Reina le encantaría quitárselo de encima, echarle de su sofá, expulsarle de su, en teoría, comfortable espacio-personal-social-lejano. Cuanto más lejos, mejor. Pero hace rato que comprende que Ulf Everink es de esas personas acostumbradas a hacer lo que les da la gana. Así que fuerza una sonrisa para decir:

—Tengo que hacer una llamada que no puede esperar. ¿Le importaría?

—No, no, por supuesto. —Él se levanta, solícito—. Solo faltaría. Vuelvo dentro de un rato y seguimos charlando, ¿de acuerdo?

Charlando. Como si fuera agradable. Reina no contesta. Lo ve alejarse. Lo interpreta como una victoria. Efímera, pero estimulante.

—Hola, amor mío. ¿Estabas durmiendo?

—No —contesta Sam con voz ronca.

—Me moría de ganas de oír tu voz.

—Ah.

—¿Cómo está el niño?

—Bien.

—¿Duerme?

—Él sí.

—Qué noche más larga diosmío, si supieras qué ganas tengo de llegar a casa, de darte un abrazo. Apretujarme contra ti y que me estrujes muy fuerte. ¿Estás bien? ¿Has conseguido dormir un poco o continúas de guardia delante de la cama del niño? ¿Has cenado?

—Estoy bien.

—Aquí todo continúa igual. En la tele solo repiten imágenes en bucle de ciudades heladas. En las pantallas todos los vuelos aparecen como retrasados, es desesperante. Y, claro, el aeropuerto está lleno de bote en bote. Por suerte en la sala *business* se está mejor, pero ¿sabes?, se ha colado uno de los candidatos del proceso de selección y me está persiguiendo para que le dé el puesto. Es pacífico, pero está claro que le falta un tornillo. ¿Qué te parece, las cosas que está dispuesta a hacer la gente por un puesto de trabajo?

—Tremendo.

—Claro que no es un puesto de trabajo cualquiera, ya te lo puedes imaginar. Si te digo cuánto facturan al año los que me han contratado se te caería el teléfono del susto. Los de las farmacéuticas son los amos del mundo, manejan cantidades astronómicas. Por cierto, irán por mí por dejar el trabajo a medias. Me están amenazando con ejecutar la cláusula de rescisión de mi contrato, que es terrible. No me preguntes qué pone porque la miré solo por encima, estas cosas siempre se miran por encima. No dudes que lo cumplirán. Aunque no les tengo miedo. De hecho, me da lo mismo. Que hagan lo que quieran. Ya nos enfrentaremos a ellos cuando toque, ¿verdad? Cosas más difíciles hemos hecho juntos. ¿Para qué sufrir en futuro, y aún menos por un asunto de trabajo?

—Claro.

—Oye, por la mañana haré unas cuantas llamadas. Hablaré con el jefe de estudios del instituto y con la psicóloga esa de la Seguridad Social. También llamaré a Félix y le dejaré bien clara nuestra postura. Quiere llevarse al niño a pescar, pero ahora ni pensarlo. Quiero que esté contigo. Con nosotros. Quiero poder vigilarlo. Cuidarlo. Tú no te preocupes, que invertiré todas las horas muertas, hasta que salga mi vuelo, haciendo las gestiones que sean necesarias. Les diré a los del instituto que tú irás a buscar a Alberto. Mañana y el resto de la semana. Así no te pondrán pegas. Ya contabas con ello, ¿verdad?

—Por supuesto.

—La verdad es que no sé cómo voy a llevar que vuelva a acercarse a esa estación. No puedo ni pensarlo. La estación, el tren. Será una pesadilla dejar que vuelva solo otra vez. Pero supongo que tendrá que hacerlo tarde o temprano. Tiene casi dieciocho años. No podemos tratarlo como si fuera un niño.

—No.

—Bueno, eso ya lo pensaremos. Ahora lo importante es llegar a casa. Estar los tres juntos. No sabes las ganas que tengo. ¿Me darás un abrazo de aquellos que me dejan sin aire?

—Reina. Tengo que hacerte una pregunta.

—Dime.

—¿Has ido sola a Rumanía?

—¿Cómo?

—¿Ha ido alguien contigo?

—No. —Negación de la evidencia. Lo primero que se nos ocurre cuando no se nos ocurre nada.

—¿Estás segura?

—Sam. —Le tiembla la voz—. No me hagas preguntas. Ahora no. Déjame volver a casa. Necesito volver a casa.

—¿Cómo le llamas tú a esto? —dice él, tranquilo—. ¿Preguntas cerradas? Las que nada más pueden contestarse con un sí o un no.

—Exacto.

—¿Y no dices siempre que cuando el entrevistado responde con evasivas significa que no quiere contestar? ¿O que lo que tiene que decir no le conviene?

También suele decir que un error en las preguntas cerradas se paga muy caro. Dos, es insalvable.

—Sam, por favor. Hablemos en casa. Será mucho mejor.

—Ya me has contestado. No quiero saber nada más. Ni ahora ni nunca. — Cuando se dice «no quiero saber nada más» suele significar que se quiere saber mucho, muchísimo más. Y lo antes posible—. Dime solo si es la primera vez. ¿O hace tiempo que me engañas?

¿Por qué estas escenas siempre son iguales? ¿Por qué las personas somos tan clónicas, tan previsibles?

—Es la primera vez. Un error. Un error tremendo. Amor mío, yo no quiero...

—No me llames amor mío.

Lo es. A pesar de todo, lo es. El único.

—¿Le conozco?

Otra pregunta cerrada. No puede cometer otro error.

—No.

¿Por qué siempre nos preguntamos las mismas cosas? ¿Por qué el dolor siempre es mellizo de otro dolor más antiguo?

—Qué bien. Por lo menos eso.

—Y no es importante. El importante eres tú.

Sam sorbe mocos, le parece que está empezando a llorar. Le gustaría consolarle, pero se da cuenta de que no puede. No tiene derecho.

—Sam, por favor.

—Tengo que dejarte —dice él, con voz destemplada.

Una frase acude a su memoria. Una frase candente como un hierro al rojo, que tiene el tono y la voz de Félix: «Así podrás hacerle a él lo que me hiciste a mí.»

Y se dice a sí misma lo que Félix nunca le dijo, aunque seguro que lo pensó: Puta.

Putaputaputaputaputa.

Se tumba en el sofá, con el corazón a mil y los ojos clavados en las líneas paralelas del techo. No lleva ni cinco minutos dándole vueltas a sus incómodos pensamientos cuando la azafata rubia entra en su campo de visión para anunciarle que la tormenta se desplaza hacia Moldavia, Ucrania y Rusia y que en pocas horas empezarán a abrirse pistas y salir vuelos. Seguirán el orden previsto, primero los aviones que llevan más tiempo esperando, después todos los demás. Cuando se anuncie la hora del de Barcelona se lo comunicará de inmediato para que pueda prepararse. Ahora puede intentar dormir un poco, porque nada de esto va a ocurrir deprisa. Tiene que pensar que el tráfico se ha retrasado mucho y que los controladores no dan abasto. Y por si acaso se ha perdido algo o no estaba lo bastante atenta, la azafata añade:

—Son estupendas noticias, señora Gené.

—No tengo mucho tiempo —dice Ulf Everink, apareciendo de nuevo, esta vez sin americana y con la camisa remangada, como si fuera a lavar los platos—. Tengo que ir a visitar vampiros, ¿recuerda?

Reina se sienta en el sofá, se vuelve a poner los zapatos.

—¿Qué quiere?

—Conversar un rato. —Ulf se sienta a su lado, a menos de un metro de distancia.

—Yo que usted no perdería el tiempo, señor Everink. Llegará tarde al autobús.

—Me arriesgaré —sonríe, manos sobre las rodillas.

Este hombre debe de tomar algún tipo de drogas, piensa ella, no es posible que nadie esté tan despierto a estas horas de la madrugada.

—Señor Everink, estoy muy cansada. Tengo muchos problemas. No es el momento.

—Es el único momento que tengo. —Muy serio—. Perdóneme si le parezco egoísta, pero necesito aprovecharlo.

—Se lo vuelvo a decir. Yo ya no formo parte del proceso de selección. La decisión final dependerá de otra persona. No es conmigo con quien tiene que hablar. Aunque yo le recomendaría que no hablara de esto con...

—Sí que lo es, porque tengo que pedirle algo. Un favor. Ya sé que es difícil. No puedo permitirme que diga que no. —Un silencio expectante, que él

rompe—: Quiero que siga con el proceso de selección.

A Reina se le escapa una carcajada.

—¿Cómo dice?

—Que no lo abandone. Diga a los de recursos humanos que lo ha reconsiderado, que ha cambiado de opinión, que ha leído la cláusula de rescisión de su contrato y se ha asustado. Dígales lo que le parezca, pero quédese.

—¿Pero usted es consciente de lo que dice? ¿Piensa que me quedaré solo porque usted quiere?

—No solo porque yo quiero. Mire. —Manipula la tableta y aparece en pantalla un documento—: Lea la maldita cláusula. Yo diría que no le conviene nada cabrear a esta gente. Además, le han ofrecido viajar a casa y después regresar para terminar el trabajo, ¿verdad? Me parece una oferta muy generosa.

—¿Cómo sabe usted...?

—Lea. Mientras tanto, voy a buscarle algo de beber. ¿Un rooibos está bien?

¿Cómo sabe? Hace poco que se ha aficionado al rooibos. Diría que ni siquiera se lo ha dicho a Samuel. En cambio, Ulf Everink es capaz de servirle un té a su gusto, con la medida justa de azúcar, habiéndola visto solo...

Bajo el documento que intenta leer distingue el pedazo de una imagen que le resulta familiar. Es apenas una estrecha franja, pero reconoce la fuente sin agua del paseo de San Juan. La reconoce porque la ha visto muchas veces y porque forma parte de ese paisaje de la memoria que somos capaces de ver incluso con los ojos cerrados.

Minimiza el documento —su contrato, a saber cómo ha llegado hasta la tableta de Everink— y se topa con una fotografía que ocupa media pantalla. En ella aparecen su hijo Alberto y ella misma en el momento de subir al coche. A un lado, la fuente sin agua del paseo de San Juan. Al fondo, la entrada de la residencia donde desde hace unos cuantos años vive su madre. La foto se tomó dos domingos atrás, la última vez que fueron a visitarla. Reina se pregunta, con unas palpitaciones que la dejan sin respiración, por qué este hombre tiene una foto de su ámbito familiar en su tableta. Le mira desde lejos. Él está

distraído eligiendo el sobre de té —hay mucha variedad— y poniendo el agua a hervir. Repara en que justo debajo de esta imagen hay dos más, y pulsa la barra superior para hacer que aparezcan. En la siguiente foto se ve a sí misma saliendo del gimnasio. Lleva la bolsa roja con compartimentos impermeables que Sam le regaló en Navidad, el pelo mojado, la sudadera desabrochada y el móvil en la mano. Es de noche. Quizá se la hicieron uno de los últimos viernes que fue al gimnasio. Pulsa sobre la tercera barra: ahora ve a Tom besándola con pasión en la puerta del hotel —cuyo nombre se lee perfectamente—, mientras le agarra la cara con las manos. Las de ella, en cambio, no se ven, pero se puede intuir que están en algún lugar entre los pliegues del abrigo de él. De hecho, estaban dentro de los pantalones de Tom, deleitándose con el calor de la entrepierna y con una erección que les daba risa. Por un instante piensa que no quiere que Sam vea esta imagen por nada del mundo. Una cosa es imaginar y otra —muy distinta— ver. No puede ni pensar qué pasaría si Ulf Everink enviase esta foto a su marido.

¿Estaría dispuesta a hacer algo por evitarlo?

Lo que estamos dispuestos a hacer siempre depende de lo que recibimos a cambio. Si el premio es grande, la motivación es grande. Somos como esos perros adiestrados que saltan por un aro en llamas a cambio de un hueso. O, peor, a cambio de que el domador no les arree un golpe en las costillas.

Reina devuelve el contrato al frente y lee la cláusula de rescisión. Pueden demandarla para que pague los gastos del proceso de selección completo, más los daños y perjuicios que ocasione a la compañía el hecho de estar más tiempo del previsto sin uno de sus directivos importantes. Una cantidad tan desorbitada que no podría pagarla ni aunque viviera dos vidas sin dejar de trabajar. ¿Se dio cuenta al firmar el contrato de lo que ponía en la cláusula? ¿Es legal? Eso ahora no importa mucho, porque de todos modos no está a tiempo de hacer nada. Está firmado y bien firmado.

Cuando Ulf Everink llega con la bandeja de plástico, las dos tacitas de rooibos y unas galletas de chocolate que huelen de maravilla, Reina le espeta, resolutiva como si terminara de despertar:

—Dígame de una vez lo que ha venido a decirme.

La memoria de Cristina es como un rompecabezas al que le faltan piezas. De vez en cuando aparece alguna en el fondo de un cajón que tal vez encaja en alguna parte. Es imposible saber cuándo aparecerá una ni si encajará. O tal vez aparezca y nadie sepa dónde encaja.

Reina y su hijo estuvieron en la residencia hace dos domingos. Ella va cada quince días. De vez en cuando Alberto la acompaña. Cristina recibe al nieto complacida, le acaricia el pelo y le sonríe, aunque hace tiempo que no le reconoce. Los recuerdos son como anclas que amarramos con hilos invisibles y que nos mantienen aferrados a un lugar, a una gente, un tiempo. Poco a poco los hilos que aferraban a Cristina se fueron rompiendo y la dejaron más libre pero también más perdida. El nombre de su única hija y el de su único nieto fueron los dos últimos en quebrarse. Ahora Cristina va a la deriva. Somos lo que recordamos. Tal vez también aquello que de nosotros recuerdan las personas que nos quieren.

Aquel domingo, nada más entrar, la enfermera les avisó:

—Hoy toca bucle. Ya vuelve a estar con aquello de las piedras.

Alberto sonrió. Las manías de su abuela le divierten. Es el único que la escucha cuando empieza con sus repeticiones. El único que no se ha cansado todavía. Tiene una paciencia que las enfermeras admiran.

Cristina estaba en su habitación, sentada junto a la ventana. Olía a colonia, iba muy bien peinada y llevaba las uñas arregladas, como a ella le había

gustado siempre. De todo esto se encargaba la enfermera por orden de Reina. Por la ventana se veía el paseo de San Juan: una fuente sin agua, la chiquillería jugando, los ciclistas del carril bici y el tráfico. A Cristina le gusta contemplar todo ese movimiento. A menudo se pasa horas allí, en su butaca.

Con las visitas es distinto. Se le sientan delante, le hablan levantando la voz —porque también está un poco sorda— y le cuentan cualquier cosa. Cristina mira lejos, aunque los tenga cerca. A veces no espera a que terminen y les interrumpe. Lo que dice nunca tiene nada que ver con la conversación. Solo con algo que duerme dentro de ella, a mucha profundidad. Como aquella tarde, que no hacía más que murmurar con dicción pastosa:

—Pesaban las piedras. No se veía nada. Qué noche tan oscura, sin luna ni nada. Nada había. Piedras, solo piedras. Pesaban. Muchas. Primero el hoyo, después las piedras. Cómo pesaban. Él también pesaba. No veíamos nada. No había luna.

Alberto le hace preguntas:

—¿De qué piedras hablas, abuela?

—Las piedras aquellas. Las piedras —decía ella.

—Pero ¿dónde estaban las piedras?

—Allí. Estaban allí. No eran mías. Estaban allí. Había muchas. ¿Tú no las viste?

—No, abuela. Yo no sé qué piedras son.

—Las piedras, ¿no las viste? —Cara de contrariedad—. Estaba muy oscuro, la luna no había salido. ¿Cómo puede ser que no te acuerdes? Si estabas allí.

—No, abuela. Yo no estaba.

—¿No?

—Yo no había nacido.

—¿Seguro? —Mucha sorpresa—. No puede ser.

—Claro que puede ser. A ver, qué año era.

—Qué año. No sé qué año. La noche era muy oscura.

Reina les dejó en la habitación, enzarzados en aquella conversación sobre piedras, y aprovechó para saludar a la directora y preguntarle qué decían los médicos de la evolución de su madre. «Está fuerte como un roble —le informó

—, pero tiene la cabeza cada vez más lejos». Se entretuvo un poco más de la cuenta. Cuando esperaba para ver a la directora se encontró con una antigua compañera del colegio que venía a visitar a su padre, que estaba terminal. La conversación se fue complicando y empezaron a saltar de una cosa a la otra: de los padres enfermos a la escuela de monjas, de los hijos a los maridos hasta terminar con un rosario de quejas: que si el mío no sabe ni en qué curso está nuestra hija, que si no plancha ni una servilleta, que si me llama para que le concierte cita en el médico, que si pase lo que pase él va al gimnasio, que si no ve que la casa está sucia, y que sí, tenemos que aceptarlo, la culpa es nuestra y solo nuestra.

Una hora más tarde, Alberto seguía escuchando a la abuela. Parecía agotado.

—Has tardado mucho —resopló su hijo.

—Lo siento, me he entretenido.

—La abuela me ha puesto la cabeza como un bombo. ¿Quién es el padre Antonio? ¿Es de la familia?

—¿El padre Antonio? —A Reina le vienen a la cabeza cuatro recuerdos muy antiguos: el rostro esquinado de aquel cura, unos cuantos gritos, el llanto de su tía y el calor asfixiante de aquella noche tan oscura—. No sé, cielo. ¿Qué te ha dicho la abuela?

—Casi nada. Creo que me ha tomado por él. Por el padre Antonio.

—¿Te ha contado algo?

—Lo de siempre. Las piedras. Cuando empieza así, yo desconecto. Y hoy no se callaba.

Había encontrado aparcamiento justo en la puerta. Una suerte en un barrio donde nunca se puede aparcar. No hablaron más de las piedras ni del cura. Por suerte, pensó Reina, porque últimamente la memoria de Cristina se parece a uno de aquellos glaciares prehistóricos que de pronto comienzan a fundirse y dejan a la vista mamuts congelados. Y Reina no tiene ningunas ganas de empezar a enterrar mamuts.

—¿No siente curiosidad por saber por qué tengo fotos tuyas y de su familia en mi tableta?

—Pues sí. No lo negaré.

—No las tomé yo.

—¿No?

—Contraté a un detective privado.

—¿Para seguirme?

—No solo a usted. Necesitaba conocerla. Tener información.

—¿A quién más siguió? ¿Y qué información quería?

—A su marido, a su hijo, un poco a su ex. Tiene una familia complicada. Me ha salido carísimo.

—¿Y qué gana sabiendo que voy al gimnasio o que visito a mi madre enferma?

—De entrada, nada. Pero es un as en la manga. Nunca se sabe.

—¿Cuánto hace que curioseas en mi vida privada y en la de los míos?

—Un par de meses, más o menos. Desde que nos comunicaron que usted se haría cargo del proceso de selección.

—¿Y bien? ¿Ha conseguido algo interesante?

—Más de lo que esperaba. Creo que la conozco bastante bien. Sé cuáles son sus puntos débiles. No puedes elegir a un compañero de juego al que no conoces de nada.

—¿Usted y yo somos compañeros de juego?

—Podríamos serlo, si usted quiere. ¿Cuánto hace que trabaja para Newzer? ¿O que conoce al señor Mirchandani?

—No sabría decirle.

—¿Dieciocho años?

—¿Si ya sabe la respuesta por qué pregunta?

—¿Fue su primera empresa importante? ¿Por eso les está agradecida? ¿Siente que les debe algo? —Reina no quiere contestar—. ¿Lo siente?

—Hago mi trabajo. Son buenos clientes.

—Sí, pero su facturación no se resentiría sin ellos.

—No mucho. —Otra pausa—. Esta conversación es bastante incómoda y no tiene sentido. ¿Por qué no me dice lo que quiere y empezamos a negociar? Porque ha venido a eso, ¿verdad? A negociar.

Ulf Everink sonríe. De manera falsa, como siempre.

—Ya sabe lo que quiero.

—Sí. El puesto de director del departamento legal de Newzer.

—Bravo.

—¿Y piensa chantajearme con las fotografías que me comprometen?

—No es mi intención.

Miradas sostenidas, desafiantes.

—Entonces ¿las fotos?

—Ya se lo he dicho. Necesitaba saber qué tipo de persona es usted, en qué cree, cómo vive. Pistas. Necesitaba pistas fiables. No para extorsionarla, sino para convencerla.

—¿Convencerme de qué?

—De que haga lo que le pido.

—Es decir, proponerle a usted como único candidato.

—Sí.

—¿Y si no quiero hacerlo?

—Habría perdido una oportunidad maravillosa de mejorar un poco el mundo.

A Reina le entran ganas de reír. Le iría bien, en medio de esta conversación tan tensa. Pero acaba de aparecer una variable nueva. ¿Es un

loco? ¿Un iluminado? Reconoce que no lo había pensado. Siempre tenemos tendencia a compararlo todo con lo que mejor conocemos, con lo más lógico, con lo más razonable. La locura no está nunca prevista.

—Me he perdido. Pero me gustaría avisarle de que quizá esté a punto de cometer un delito.

—¿En serio? ¿Cuál?

—Extorsión. Tratar de lograr por la fuerza lo que desea.

—¿Quién habla de fuerza? Ay. —Respingo, Ulf busca en las profundidades de su maletín—. Por poco se me olvida. ¡Qué cabeza la mía!

Saca una cajita oscura y pequeña, que deja sobre la palma de la mano de Reina.

—¿Qué es esto?

—Le he comprado un detallito.

Reina abre el paquete sin ganas. En el interior encuentra una medalla dorada, redonda y con una flor blanca en el centro. Parece una margarita, o quizá un crisantemo. Los dos cordoncitos blancos y rojos son como los que conoce. No sabe qué pensar.

—¡Feliz día de *mãrtișor*! —salta Everink, que parece feliz—. ¿Conoce la costumbre local? —Reina hace un gesto afirmativo, desconcertada—. Deje que se lo ponga. —Ulf clava la aguja del pequeño broche en la parte superior derecha del jersey de Reina. Después se aparta un poco para observar el resultado—. Me he dejado aconsejar por una lugareña. Según me ha asegurado, los redondos son los más tradicionales. ¿Le gusta?

Reina asiente. La medalla parece de oro. Está claro que este colgante no tiene nada que ver con el que hace un rato le ha prendido en la solapa la chica de la hamburguesería. Este no es una baratija. Ulf Everink es una caja de sorpresas.

—Simboliza la lucha entre el bien y el mal —prosigue Everink—. Me ha parecido muy apropiado para la ocasión.

—¿Por algún motivo?

—Porque el mal siempre está más cerca de lo que creemos.

—¿El mal sería usted?

—¡No, mujer! —Reacción hiperbólica—. Yo represento el bien. ¿Todavía

no se ha dado cuenta? Y usted también. Nosotros, usted y yo, somos los buenos. Formamos un buen equipo.

—¿Usted cree? ¿Y entonces el mal?

—El mal son quienes no hacen lo que deberían, por supuesto. ¿Nunca ha visto una tragedia de Shakespeare? ¿No sabe reconocer a los malvados?

—He visto *El rey león* —provoca Reina.

—¡Eso está bien! ¡Scarr es perfecto! Una mezcla del malo de *El rey Lear* y Adolf Hitler. Veo que lo ha comprendido muy bien. Esto es: un malo es el que hace como ellos. Nadie vale nada si interfiere en sus intereses.

—Me parece un modo maniqueo de verlo, pero de acuerdo. ¿Y no cree que los buenos podrían ser también quienes piensan como nosotros? ¿Y los malos quienes nos llevan la contraria? La religión es un buen ejemplo.

—Pero siempre hay un límite.

—¿Cuál?

—El dolor ajeno. No hay ninguna religión que lo acepte.

—Creo que es peligroso afirmar eso en los tiempos que corren. Una de las ideas que más muertes causa es la religión.

—Los muertos no los causa la religión, sino el modo en que algunos la practican. Es un malentendido.

—Yo más bien diría una manipulación.

—Todas las religiones comparten el respeto por la vida. Es una norma universal. Y es buena porque va a favor de la humanidad.

—Un razonamiento peligroso. ¿El mal es lo que perjudica a la humanidad? Entonces el dinero está claramente al lado del bien.

—No. Por eso mismo el dinero está en el lado del mal. No hemos inventado jamás nada más peligroso, ni creo que lo hagamos. El dinero otorga poder. Y el poder nos permite abusar de los demás. Hay personas que mueren cada día por dinero. Y, por desgracia, también las hay que intentan matarse por causas igual de absurdas. El suicidio es la prueba más evidente de nuestro fracaso como especie. ¿No cree?

Reina calla. El corazón le late más rápido que hace un momento. ¿Ulf Everink sabe algo de lo que ha ocurrido hoy? Todo este discurso de la vida, el bien y el mal, ¿estaba dirigido a ella? ¿Es parte de la estrategia? Estudia sus

gestos mientras habla, intenta detectar hasta la más pequeña arruga, el movimiento más insignificante de la boca, pero no lo consigue. Este hombre es ilegible: autocontrol absoluto, mínima gesticulación, hieratismo. Sus gestos no le delatan. Se pregunta qué hay detrás de esta fachada tan desconcertante. ¿Un trastorno de personalidad? ¿Rasgos psicopáticos? ¿El inicio de una esquizofrenia? ¿Un obsesivo compulsivo? ¿O solo un hombre que no sabe en qué ocupar su tiempo libre?

Ulf Everink abre otra carpeta virtual. Se llama «Newzer». Durante unos segundos le ve desplegar documentos y más documentos, prepararlos, minimizarlos, disponerlos en un orden concreto. Cuando ya tiene todo a su gusto dice:

—¿Preparada para dejarse convencer? —Y como si adivinase sus reticencias, añade—: Solo le pido que me escuche. Tiene tiempo. No me alargaré. Se lo prometo.

Y a ella solo se le ocurre decir, mientras empuña el móvil.

—De acuerdo, pero primero tengo que ir al baño.

—Muy bien, la espero aquí —sonríe Everink mientras le quita el teléfono de la mano—. Así de paso le vigilaré el móvil, no sea que se lo roben.

A principios de 2001 la revista *Psychological Science* publicó un artículo titulado «Microexpresiones faciales y detección de la mentira en la selección de personal». Lo firmaba una psicóloga desconocida hasta entonces en el mundo académico, de nombre Reina Gené. Un mes y medio más tarde, el director de recursos humanos de la filial japonesa de Newzer consiguió su teléfono a saber dónde y la llamó para proponerle dar una conferencia sobre el tema en la próxima convención de altos cargos de la empresa, que se celebraría en Kioto a principios del mes de septiembre. Le ofrecían el trato habitual, pero entonces era la primera vez y se sorprendió al saberlo: billete en primera clase para ella y un acompañante, estancia en un hotel de cinco estrellas, entradas para asistir a una representación de Bunraku y todos los gastos pagados. Además, claro, de unos honorarios más que generosos.

Antes de aceptar buscó si las compañías aéreas permitían viajar a mujeres embarazadas. La mayoría no ponía ninguna dificultad hasta la semana treinta y dos, siempre y cuando el embarazo no fuese múltiple. Algunas solicitaban una autorización médica. Contenta, telefoneó a Sam, con quien flirteaba, se acostaba, mantenía largas tertulias y compartía momentos de profunda ternura —sin que ningún aspecto le gustase ni más ni menos que los otros— y le propuso que la acompañase. ¿A Japón? ¿Lo dices en serio? Y ella contestó que sí, muy en serio: comerían sushi, harían turismo, verían templos y geishas y por las noches follarían como locos. ¿Le parecía un buen programa? A él se lo

pareció.

Se lo pasaron en grande cumpliéndolo al pie de la letra. De los templos que visitaron lo ha olvidado casi todo, excepto aquel aire de mística y caduca belleza que lo hacía todo tan único, y el pabellón dorado sobre el lago del templo de Kinkaku-ji, uno de los lugares más bellos que haya visto jamás. Aún lo estaba contemplando y ya se entristecía de tener que dejar de hacerlo. Por suerte, la memoria también tiene ojos. Y la suya repara en que fue justo allí, delante de aquel lago como un espejo y aquel edificio recubierto de oro, donde empezó a conocer un poco mejor a Sam, y donde permitió que él la conociese también. Kioto debía de tener parte de la culpa, claro. Nadie es inmune a tanta belleza. Además, la lejanía era una forma de anonimato que les era propicia. Por las noches, lo que pasaba entre las sábanas de la habitación del hotel de cinco estrellas le parecía tan único y hermoso como el templo sobre el lago. Estaban en un mundo paralelo donde todo era perfecto. Durante esos días no pensó ni una sola vez que aquello podía terminarse. Todo lo contrario; la primera vez que se atrevió a imaginar que Sam podía quedarse con ella fue en Kioto. A veces hace falta alejarse para ver claro lo más cercano.

Pasó muchos nervios antes de la conferencia, y eso que la preparó a conciencia, y, además, su nombre comenzaba a asociarse con el lenguaje no-verbal y la detección de la mentira, dos de las disciplinas que más la apasionaban desde antes de estudiar Psicología. Después de la publicación de aquel artículo en la revista especializada más prestigiosa de su pequeño mundo, algunos profesores de universidades americanas la habían citado en sus trabajos académicos o la habían incluido en la bibliografía de alguna tesis, o la habían telefonado para consultarle algún aspecto. Y a medida que toda esta bola de prestigio universitario se hacía más grande y más redonda, su actividad profesional se beneficiaba de ello. La llamaban para impartir cursos, charlas o clases magistrales. Al principio estaba encantada y lo aceptaba todo. Más tarde se dio cuenta de que debía aprender a negarse. Ahora podía escoger, un privilegio que la fortuna reserva tan solo a unos cuantos escogidos, y que caduca con mucha rapidez.

La conferencia salió mejor de lo que preveía. Se sintió segura en todo

momento, añadió detalles de su cosecha que no llevaba escritos en la presentación e incluso osó parecer un poco más informal de lo que la mayoría esperaba, sin perder ni por un momento el rigor ni la profesionalidad. No bromeó, porque el auditorio estaba formado por gente demasiado diversa — asiáticos, caucásicos, mediterráneos, amerindios, africanos, afroamericanos— y había aprendido que la ironía no es exportable. Cuando terminó recibió una ovación algo más larga de lo que esperaba. Durante todo el día agradeció felicitaciones de los jefes de recursos humanos de las diferentes filiales de Newzer en todo el mundo.

Durante la comida, el presidente ejecutivo, Anand Mirchandani, no dejó de hacerle preguntas. Se mostró muy sorprendido, ciertamente, de que una persona tan joven aportase tanta sabiduría a un asunto tan útil como el de la selección de personal. Su punto de vista era innovador y permitía todo tipo de aplicaciones prácticas que abrían nuevos horizontes. Y no solo en el mundo empresarial, donde podía llegar a ser revolucionario, ciertamente, sino en todos los ámbitos de la existencia, empezando por las relaciones personales e incluso íntimas. El presidente ejecutivo estaba muy interesado en saber si ella era capaz de interpretar todo lo que veía en el rostro de las personas, e incluso la puso a prueba:

—A ver, qué emoción de estas que usted dice que son primarias y que están perfectamente codificadas estoy expresando ahora mismo.

Y ella le dijo.

—Ninguna.

Y de inmediato añadió:

—Ahora, sorpresa.

Él le respondió, admirado.

—Ciertamente, señora Gené, sus métodos de trabajo me interesan muchísimo, pero muchísimo.

Centró casi toda la conversación sin poder hacer nada por evitarlo, porque en cuanto el tema se agotaba, el señor Mirchandani lo resucitaba con nuevas dudas y más entusiasmo. En algún momento entre el primer y el segundo plato le preguntó si estaría dispuesta a impartir un curso de formación a sus jefes de recursos humanos. Y antes de que llegara el postre ya le había preguntado si

podía contar con ella de cara a los procesos de selección importantes.

Es decir, tuvo la suerte de caerle en gracia al presidente ejecutivo. Fue el principio de la mejor etapa de su carrera. Por eso no necesita pensarlo. Recuerda perfectamente todo lo que le pasó en aquel viaje, durante aquella primera cena y también aquella noche, en la suite del hotel. Se acuerda de que allí empezó a querer a Sam y deseó no tener que verlo con la memoria, sino tenerlo cerca para siempre, podía ser. Y todo ligado a la conferencia que le salió tan bien y a las preguntas del presidente ejecutivo, que no se callaba, y que cuanto más hablaba más entusiasmado parecía. Por tanto, si quisiera, podría responder con enorme precisión cuánto tiempo hace que trabaja para Newzer y también cuándo y de qué forma conoció al señor Mirchandani.

La imagen de una mujer rubia y sonriente aparece en la superficie lisa como un lago de la tableta del señor Everink.

—Esta era Lilly. Guapa, ¿verdad? Todavía lo era más al natural. La única mujer que me ha querido. O quizá la única a la que he querido yo, no sé. Cuando murió tenía treinta y dos años y no se parecía en nada a la de la foto. Había sufrido mucho. Para que me entienda bien, necesito explicarle lo que sucedió.

»Nos conocimos en Jeffrey's Bay, en Sudáfrica, durante el campeonato mundial de surf. Ella era profesional. Competía en el campeonato del mundo. Ese año quedó decimocuarta. Si la busca en Internet, la encontrará muchas veces. La podrá escuchar en alguna entrevista. Estoy seguro de que le sorprenderá su personalidad, su magnetismo, su inteligencia. Y su estilazo, naturalmente. ¿Ha estado alguna vez en Jeffrey's Bay? Es uno de los lugares más bonitos del mundo para enamorarse. Un paisaje bien conservado, donde la presencia del ser humano no molesta. Un lugar donde imaginar cómo era el mundo antes de que nosotros lo estropeáramos todo. Me gustaba ir allí de vacaciones, a seguir los campeonatos masculinos de surf. Me gustaban mucho esos tíos, con sumo gusto me habría cambiado por uno de ellos. Mi trabajo de abogado al lado del suyo me parecía una mierda. Incluso el de un abogado de una gran firma como era yo, con todo un departamento a su cargo y cientos de grandes demandas al año. Supongo que les envidiaba.

»Reconozco que en esos años el surf femenino no me interesaba en absoluto. No habría sabido reconocer ni a una sola de sus estrellas. Cuando me presentaron a Lilly durante la fiesta de los patrocinadores no me sonaba de nada, nunca la había visto surfear, pero solo estrecharle la mano pensé: Esta es la mujer de mi vida, no me detendré hasta que estemos juntos. Y de verdad que fue así, como en una película. Sentí como una voz, una orden desde otra dimensión. Algo muy raro. Era ella. Tenía que ser ella entre los siete mil millones de personas que hay en el mundo. Qué locura, ¿verdad?

»Empecé a cortejarla. Seguí procedimientos clásicos —flores, bombones, llamadas— y modernos —abrí un canal de Youtube, diseñé su página web oficial, le regalé un pez que se llamaba Myheart—, la perseguí durante más de un año, de playa en playa, de país en país. Brasil, Hawái, España, las Maldivas... supongo que, hablando como un surfista, esperaba un buen *swell*, una buena ola, mi ocasión. ¿Ha visto alguna vez a los surfistas esperando una ola? Todo es cuestión de paciencia. Necesité muchas millas para que me dijera que sí, en Bells Beach, Australia. Pero antes me hizo saber sus condiciones: nada de hijos, nada de vínculos para siempre, ni dirección fija ni renunciadas. Ninguno de los dos tendríamos derecho a mandar sobre la vida del otro, ni a pedirle que cambiara. Ella nunca dejaría su estilo de vida. Yo podría hacer lo que creyera oportuno, siempre y cuando no le fuera infiel. Ella tampoco lo sería nunca, y tendría que fiarme de su palabra aunque no estuviéramos juntos.

»Ya no nos separamos, aunque ella no paraba de viajar. Teníamos casa en Florida, en Hawái, en Melbourne... y si no teníamos, nos quedábamos en casa de algún amigo. Yo trabajaba entre Suiza y Estados Unidos, tenía que viajar mucho. Siempre había alguna ruta donde nos podíamos encontrar. Aunque no era fácil seguir a Lilly. A veces se levantaba, desayunaba revisando el servicio internacional del Weather Channel y me llamaba mientras todavía masticaba la tostada para decirme: Me voy dos o tres días a Fiyi, han dicho que Cloudbreak tiene buenas condiciones. Si podía, iba con ella. Intentaba mantener su conexión con tierra firme. Le paraba a los moscones y a los periodistas. A veces llevaba mi propia tabla y me lanzaba al agua con ella, para aprender. No solo a navegar sobre la espuma de una ola que se rompe, o

a hacer *carving* cuando la ola se acaba y parece que va a expulsarte. También aprendí de su filosofía de vida. Lilly pensaba que una buena ola merecía el peligro que conlleva. Que vivir con intensidad comporta ciertos riesgos. Ella estaba dispuesta a correrlos.

»Por eso fuimos a Nazaré. Hay una playa en Portugal, Praia do Norte, famosa por sus olas como catedrales. La llaman el santuario europeo de las *monster waves*. En cualquier otra playa de la zona las olas llegan a los cuatro o cinco metros, pero en Nazaré son inmensas, de hasta veinticinco, y tienen una fuerza increíble. Todos los surfistas sueñan con cabalgarlas alguna vez, pero muy pocos se atreven. Si eres capaz de domar una gigante de Nazaré, nada se te resistirá nunca más. Lilly quería probarlas.

»Fue mi regalo de Navidad. Llegamos el 23 de diciembre. El primer día fue todo bien. Ella estaba emocionadísima. No hay nada comparable a la energía del surf. Te sube las revoluciones, es como un impulso violento. A la segunda jornada el miedo estaba bajo control. Hoy será mi día, me dijo.

»Llevábamos más de dos horas en Praia do Norte cuando tuvo el accidente. Cayó de cabeza, a más de sesenta kilómetros por hora. Ella recordaba que se hundió, y que los brazos y las piernas no le respondían. Antes de perder el conocimiento, pensó que no lograría salir del agua, que se ahogaría. Por suerte, había equipos de emergencia muy cerca y la rescataron pronto de la zona de impacto, la inmovilizaron y la trasladaron al hospital más cercano. Tenía dos cervicales rotas y la columna desplazada, pero la médula estaba intacta. Un milagro. Ella decía que había vuelto a nacer. Tuvo que someterse a tres intervenciones. La hospitalización duró diez meses, en tres países diferentes. Unas tres semanas después del accidente me preguntó dónde estaba su Rocket, la tabla nueva que había estrenado en Portugal. Le dije que estaba en casa, esperándola, que preguntaba por ella cada día. Dile que tenga paciencia, me dijo, igual tardo un poco.

»Lilly estaba obsesionada con volver a competir, pero desde el accidente sufría dolores muy intensos en las cervicales, que se le ramificaban hacia los brazos y la espalda. Un mes después de la tercera operación no podía ejecutar ni el movimiento más pequeño y cotidiano —comer, pasar las páginas de una revista, alargar el brazo para alcanzar cualquier cosa— sin llorar de dolor. El

médico le recetó analgésicos y fisioterapia. Al principio, fueron una salvación. El dolor desapareció. Se encontraba bien, volvía a ser ella misma. Hablaba de surfear. Quería hacerlo. Se compró una tabla nueva por Internet. Fue como un espejismo —el último— de alegría. Después, el dolor regresó y poco a poco la dosis de analgésicos empezó a aumentar. Los médicos siempre nos aseguraron que todo estaba bajo control. Nos aferrábamos a cualquier esperanza, aunque poco a poco fuimos dejando de hablar en futuro.

»Tomaba pastillas, claro. Era normal. Las necesitaba para dormir, para levantarse. Lo más importante era que se encontrara bien, que recuperase la ilusión. Los médicos celebraban las pequeñas mejorías. Nunca le dijeron la verdad, que quizá ni ellos mismos sabían ni querían saber: que Lilly se había convertido en una adicta a los analgésicos.

»La noche que murió había tomado más dosis de la cuenta. El médico le había dado permiso, pero solo si el dolor aumentaba. No le dijo que podría ser peligroso. Ella no se quería matar. Nadie en el mundo ha tenido nunca más ganas de vivir que ella, se lo aseguro. En la autopsia dice: Sobredosis de Lotunyl.

»Lo busqué por Internet. Siempre hacemos lo que más daño nos causa, ¿verdad? Encontré muchos más casos como el de Lilly. Médicos que habían recetado esa droga a toda clase de pacientes, incluso a niños, sin advertirles de los peligros o de los efectos secundarios que podía comportar. Médicos que aceptaban sobornos de miles de dólares a cambio de ponderar los efectos de Lotunyl en congresos o en cenas de colegas, o a cambio de recetarlos a un gran número de pacientes. Distribuidoras farmacéuticas que lo recomendaban para tratar dolencias menores, y no para el dolor agudo o el cáncer, que eran sus dos auténticos objetivos, y siempre durante cortas temporadas, según la Agencia Americana del Medicamento. Campañas publicitarias pensadas para disimular o negar los efectos de estas y otras drogas. Muertes por sobredosis por todas partes, a millares. Indignación, tristeza e impotencia universales. Y desinterés por parte de los culpables. Podría haberme quedado de brazos cruzados, podría haberme rendido, como hacen tantos, pero preferí otro plan. El único que estaba a mi alcance. Era una locura, algo así como cabalgar una *monster wave*, pero si algo importante aprendí de Lilly es que las locuras

también deben intentarse.

»Y ahora, señora Gené, si ha seguido con atención esta historia y a poco que sea un poco perspicaz, ya debería saber cuál es la multinacional farmacéutica que fabrica, promociona y comercializa el Lotunyl con una ausencia absoluta de escrúpulos y a cambio de unos beneficios anuales de millones y millones de dólares.

»Por cierto, le está sonando el teléfono. ¿No piensa contestar?

La *personal assistant* americana del señor Mirchandani suena tan robótica como antes cuando pregunta por ella, con nombre y apellidos y añadiendo un *please* de vocales muy alargadas, retorcidamente estadounidense.

Según dice, la llama de parte del presidente ejecutivo para saber si ha reconsiderado su posición en lo que se refiere al proceso de selección del nuevo director del departamento legal. Se permite recordarle que, según conversación mantenida con el señor Mirchandani, están dispuestos a concederle un permiso especial de cuarenta y ocho horas para atender sus compromisos personales, haciéndose cargo de los billetes de ida y vuelta de Barcelona a Bucarest, siempre en el caso de que transcurrido ese periodo finalice el trabajo para el cual fue contratada. En caso contrario, continúa la mujer, se verán obligados a ejecutar la cláusula de rescisión de su contrato, para lo cual recurrirían a tribunales de Estados Unidos, tal y como en su día estipularon de común acuerdo. De igual forma, también quiere recordarle, siempre en nombre del director ejecutivo —quien, como sabe, siente por ella una elevada simpatía personal—, que este trato tan ventajoso se lo ofrecen teniendo en cuenta sus anteriores colaboraciones con Newzer, en las que siempre han destacado sus elevadas eficiencia y profesionalidad. Y bien, si pudiera darle ahora mismo una respuesta, ella misma, con la colaboración de sus colegas del departamento rumano de recursos humanos, podría encargarse de organizar el viaje para que le resultara lo más cómodo posible. Ni que

decir tiene que el señor Mirchandani se sentiría muy satisfecho.

—Está bien, pero necesitaré un poco más de tiempo —dice Reina—. Ni siquiera sé cuándo podrá salir mi vuelo. La culpa es de la tormenta.

—¿La tormenta?

Reina comprende que para una señora que tiene su despacho en Coconut Grove, Miami, con vistas a Key Biscayne y que en este momento debe de estar viendo brillar la luna sobre la domesticada superficie del Atlántico, es bastante difícil imaginar a la bestia siberiana que ella tiene encima. Por eso se lo cuenta con todo detalle, tratando de ser lo más didáctica posible. Al fin y al cabo, su interlocutora es americana. No debe de saber ni dónde está Rumanía.

La otra la deja terminar y pregunta:

—¿Cuánto tiempo más estima que será necesario, señora Gené?

—¿Setenta y dos horas?

—Lo consultaré y la volveré a llamar. Gracias por su tiempo, señora Gené.

Cuando cuelga, topa con los bonitos ojos de Ulf Everink, que ahora le parecen más bonitos que antes.

—¿Qué me estaba diciendo? —pregunta ella, tan profesional como lo es siempre en las entrevistas de trabajo.

Ulf Everink la mira y sonríe. Por primera vez, Reina detecta actividad en la musculatura que le rodea los ojos. Patas de gallo muy marcadas. Mejillas alzadas. Es una sonrisa auténtica.

—Pero entonces ¿te lo pagan todo? ¿Incluso las entradas de teatro? ¿Y los hoteles de lujo? Hija, si alguna vez no sabes con quién ir, yo me apunto —le dijo Asunta la última vez que se vieron.

Quedaron en el bar Canigó, en la esquina de Verdi con la plaza de la Revolución, y pidieron dos vermouths. Era sábado al mediodía. El local estaba lleno de gente. En ese ambiente festivo, Asunta era como una disonancia. Un par de bolsas violáceas bajo los ojos delataban las noches de insomnio. No iba maquillada. Llevaba el pelo encrespado. Y tenía una cara de tristeza que cualquiera habría podido identificar.

—No sé qué te habrá contado Félix, si ahora se hace la víctima o el abandonado, pero no le creas. Yo no le he abandonado. Él me ha dejado plantada a mí. Por mi hermana. ¿Puedes creértelo?

Cuando llevas un rato en el mundo, te lo crees casi todo. Salvo que te ocurra a ti y aún no haya transcurrido el tiempo suficiente para asimilarlo.

—Lo siento mucho, Asunta.

Era verdad. Egoístamente sentía un montón que Asunta desapareciera de la vida de Félix, es decir, de su vida. Tenía buena mano con Alberto, y él la quería. Alba, en cambio, le parecía otra cosa. La había visto solo en una ocasión, aquella vez dentro del jacuzzi, y aún no sabía por qué. Podía entender que un hombre de la edad de Félix la prefiriera. Tenía un culo perfecto, unas piernas perfectas, unos pechos operados perfectos, era once años más joven

que él y desbordaba vitalidad y simpatía. Si no la mataba de aburrimiento sería la suerte de su vida. Algo parecido a un último tren.

Asunta hace un gesto decidido con la mano, como si apartase el asunto de su pensamiento, y cambia de tema:

—Alberto me llamó, ¿lo sabías? Para decirme que su padre no sabe lo que se pierde y que esperaba que tuviera mucha suerte, porque me la merezco. — Se le humedecieron los ojos—. Qué hijo más especial tienes, Reina. Le echaré mucho de menos. Ya sé que no es mi hijo, pero lo he visto crecer y ahora me cuesta... —Se le rompió la voz, se tapó la boca con el dorso de la mano y miró hacia otro lado. Gestos de evitación. De honda tristeza.

—Asunta, sabes que puedes venir a verlo cuando quieras, ¿verdad? Y que estaremos encantados. Los tres. Escucha, ¿por qué no vienes a cenar dentro de un par de semanas, cuando yo regrese del viaje a Rumanía? Así nos vemos y charlamos de todo y de nada. ¿Qué me dices?

—¿Y no le importará a Félix?

—¿Que le den por saco a Félix! ¿Tenemos que pedirle permiso o qué?

—Bueno, ya veremos. Prometo pensarlo.

—De hecho, ¿qué importa? Ya lo habéis dejado, ¿no? Pues si se enfada, peor para él.

—Todavía no he ido a recoger mis cosas. No me he atrevido.

—¿Por qué? ¿Qué te puede hacer? ¿Tienes miedo de algo?

—No es Félix quien me da miedo, Reina. Es mi hermana. No te imaginas lo posesiva que es Alba. Temo que le haya calentado la cabeza a Félix y me quieran complicar la vida entre los dos. Me duele todo demasiado. Ahora no soportaría tener que discutir por un bol de cocina o por la báscula del baño. Soy como un caracol sin concha. Necesito un tiempo para recuperarme.

—¿Quieres que te acompañe?

—Uy, no. Eso sería peor. Félix lo vería como alta traición. Y la reacción de Alba no la quiero ni imaginar. No, no, tengo que ir sola. Cuando me vea con fuerzas. De verdad que no la conoces. Ahora mismo prefiero que hagamos otros planes. Como ese de cenar juntos cuando vuelvas de... ¿dónde era?

—Rumanía.

—Eso, Rumanía. Pues cuando vuelvas me das un toque e iré enseguida. Si

quieres os preparo mi estofado de carne, que le encanta a Alberto. Seguro que con Alba comerá peor. De largo, ni lo dudes. Si la pobre no sabe ni pelar una patata.

—Usted no se chupa el dedo, señora Gené. Ya sabe que las grandes farmacéuticas tienen un montón de trapos sucios. De vez en cuando los tienden al sol, pero la suciedad sigue ahí, porque está demasiado impregnada. ¿Sabe qué beneficios tienen? —En la pantalla de la tableta van apareciendo gráficos y diagramas que confirman todo lo que él afirma con tanta convicción y vehemencia—. ¿Sabe que tienen cuatro veces más margen de beneficio que el sector del automóvil o que la banca? ¿Sabe que gastan auténticas fortunas en pagar sobornos y llegar a acuerdos prejudiciales para evitar litigios? Esas cantidades forman parte de sus presupuestos anuales, una partida normal y corriente. En lugar de corregir la publicidad fraudulenta o de evitar prácticas ilegales, como por ejemplo lanzar al mercado medicamentos que no han pasado todos los controles de calidad, invierten el dinero en silenciar a quienes les demandan. Todo eso se orquesta desde el departamento legal, en colaboración con otros. El departamento de márketing se encarga de fijar unos objetivos de ventas y beneficios lo más altos posible para cada medicamento (imaginemos uno de uso restringido —pongamos por caso, el tratamiento de la esquizofrenia—), y a continuación organiza —y paga muy generosamente—, a todo un equipo de médicos leales, con alta capacidad de influencia sobre grupos de opinión y gran potencial para recetar —por ejemplo, directores de grandes hospitales—, que lo prescribirá para tratar otros males mucho más comunes —pongamos por caso, el insomnio—, de

modo que en poco tiempo el medicamento se acercará, alcanzará o superará con creces las expectativas del departamento de márketing. Al mismo tiempo, el departamento de investigación y desarrollo empezará a trabajar en un plan que promueva usos emergentes del medicamento para la esquizofrenia. Imagine que las investigaciones realizadas no alcanzan los resultados esperados sino todo lo contrario: se demuestra que el medicamento tiene muchos efectos secundarios no previstos que desaconsejan su uso generalizado y lo limitan al único remedio para el que fue concebido. En este caso se encargará al departamento de márketing que falsee los informes y los estudios y que consiga —pagando— que un par de universidades de prestigio avalen sus falsos resultados con más informes falsos, de modo que cuando lleguen las demandas ellos puedan cubrirse las espaldas presentando pruebas contundentes de su inocencia y de sus buenas prácticas. Toda esta información pasa, por supuesto, por el departamento legal, que forzosamente debe conocer todas las incógnitas de la ecuación para poder planificar una correcta estrategia de defensa, que siempre suele consistir en aplastar a los demandantes y llegar a un acuerdo prejudicial que para ellos no representa ni una pequeña molestia. ¿Qué son doscientos millones de indemnización para una empresa que tiene unos beneficios netos de cuarenta mil millones? Después, una vez termina todo, también es el departamento jurídico quien se encarga de archivar las pruebas por si acaso el asunto volviera a reactivarse, así como de determinar en qué países conviene ir con pies de plomo o incluso retirar el medicamento del mercado para evitar nuevos conflictos. Mientras tanto, en otros países con sistemas jurídicos menos rigurosos pueden lanzar campañas publicitarias muy agresivas del mismo producto que aumenten sus ventas, para así compensar las pérdidas sufridas en otras partes del mundo. Y todo esto sin reformular el medicamento. Es decir, sin cambiar nada. También es el departamento legal el que orquesta las campañas que han de limpiar el nombre de la compañía, luchando contra problemas que ellos mismos han creado. Donar dinero a campañas de sensibilización de la sociedad contra el uso inmoderado de ciertos fármacos. Todo es moralmente asqueroso, como puede ver. El departamento legal, pues, es una pieza clave no solo en la gestión de la información más delicada, sino también en el mantenimiento del

volumen de negocio. Es allí donde se deciden cuáles son los países con leyes menos rígidas donde podrán obtener más beneficios. Allí es donde se pactan los monopolios encubiertos con otras farmacéuticas. Donde se alcanzan acuerdos ilegales para repartirse el mercado, o para vetar a un competidor y así evitar que la población tenga acceso a los genéricos. Y todo, ¿por qué? Por avaricia, señora. Solo por dinero. ¿No cree ahora que esa gente representa todo el mal de que es capaz la especie humana? ¿Y no cree que el puesto al que aspiro me viene como anillo al dedo?

—Estoy sorprendida, señor Everink. No sé si lo he entendido bien.

—Un momento, señora Gené. Déjeme volver al principio. Allí donde estábamos cuando usted descubrió que yo la perseguía. La pregunta más importante es: ¿cree que puede recomendarme? No le pregunto si quiere hacerlo. Solo si puede. ¿Soy un buen candidato? ¿He contestado bien a la entrevista?

—Los hay mejores.

—Pero ¿sería sospechoso que me escogiera?

—¿Sospechoso para quién?

—Para quienes la han contratado.

—¿Para Newzer? Con sinceridad, no creo ni que lean mis informes.

—Pero usted se los facilita.

—Es mi deber.

—Y si analizáramos una por una mis respuestas, ¿cree que desconfiarían? ¿Encontrarían que algo es sospechoso?

—No. Tiene un buen perfil.

—Pero hay candidatos mejores que yo. Es decir, no soy su elección.

—Le repito que el proceso de selección no ha termi...

—No pretendo recabar ninguna información, a ver si lo entiende. Quiero evitarle problemas. Hágame el favor de contestar. Parece que no tenemos mucho tiempo. Empieza a haber pistas abiertas. No soy su elección. Me ha quedado claro.

—No lo es.

—De acuerdo. Pero si lo fuera, ¿tendría dificultades por mi culpa?

—No lo creo. Confían en mi criterio.

—¿Alguna vez le han discutido su elección?

—No.

—Y ha trabajado para Newzer unas cuantas veces.

—Una veintena, por lo menos.

—¿Qué pasaría si su candidato no fuera como se esperaba?

—Supongo que perdería parte de mi credibilidad.

—¿Tendría consecuencias graves para usted?

—No lo creo. Supongo que todo el mundo puede equivocarse una vez.

—Esta respuesta me tranquiliza. En todo caso, le puedo garantizar que me ocuparé de no perjudicarla. Personalmente.

—Le recuerdo que sigo sin confirmar nada a la compañía.

—Pero lo hará. Les dirá que se queda.

—¿Está seguro? ¿Tanto miedo cree que me dan sus amenazas?

—En absoluto. Creo que la estoy convenciendo.

—¿Usted? —Risas—. ¿Convencerme de qué? Si aún no sé ni de qué estamos hablando. Solo empiezo a comprender que no es solo una cuestión de ambición personal, como pensaba hace un rato.

—¿Ambición? Hace tiempo que no tengo ninguna ambición. La perdí en los siete años que pasé cuidando de Lilly, viéndola morir un poco cada día, descubriendo en sus ojos la falta de esperanza. Del 2002 al 2009. La peor época de mi vida. Después me prometí hacer algo por ella, por lo que queda de ella en mi recuerdo, y por todos los que como ella han muerto por culpa de la codicia de otros. Pero no puedo conseguirlo solo. La necesito a usted, Reina. Necesito que me ayude. Escójame para el puesto. De lo demás, me encargo yo.

—No sé por qué debería hacerlo. No sé ni qué se propone.

—Me propongo destruirlos. Desde el único lugar donde son vulnerables: desde dentro. Quiero tener acceso a los documentos, las pruebas, la verdad. Quiero saber quién hizo los ensayos clínicos, quiénes fueron los primeros pacientes en probar el Lotunyl, a cambio de qué. Quiero leer todo lo que haya en los archivos, comprobar a quién sobornaron, qué médicos estuvieron implicados, cómo fueron las campañas publicitarias, quiénes fueron los cómplices y los culpables del asesinato de Lilly. Haré lo que haga falta para

saber qué ocurrió y quién lo hizo. Y después, los destrozaré. No me detendré hasta que los lleve a los tribunales, hasta que tengan que pagar indemnizaciones multimillonarias. Hasta que se arruinen. No me detendré, señora Gené. Aunque me aplasten. Ya sé que ellos son la ola gigante y yo solo un triste ser humano. Pero ya sabe lo que pensaba Lilly de las olas monstruosas: la satisfacción de dominarlas compensa el riesgo de acercarse a ellas. En este caso, sé que el riesgo de destruir Newzer merecerá la pena. Desde que murió Lilly solo vivo con ese objetivo. Y ahora, si usted me ayuda, lo tengo más cerca que nunca.

III

Stunt
Woman

A las seis y cuarto se queda sola. Ulf Everink se despide con cordialidades de amigo, le desea un buen vuelo de vuelta a casa y se va a cumplir con su cita con los vampiros. Reina le acompaña hasta la puerta del *business lounge*, como la anfitriona que dice adiós al invitado remolón, y a continuación vuelve a su sofá, se quita los zapatos, se tumba de lado y cierra los ojos. Diría que no puede más si no fuera porque es mentira. Siempre se puede más.

El día aún no ha acabado y ya vuelve a comenzar. Se le reconoce, lo primero, por los olores —cruasanes recién hechos y café— y luego por el ritmo de la gente al caminar y por el volumen más alto de las voces. La noche es perezosa y la mañana trabajadora. La noche susurra y la mañana declara. Reina se acerca al reclamo de los aromas deliciosos y de la idea de que un buen desayuno le arreglará el día.

Siempre reconforta encontrar gente en tu misma situación. Aquí más de uno tiene una cara de cansancio indisimulable, y las bolsas bajo los ojos son una suerte de uniforme. Ve a un hombre entregarle una bolsita de papel a una mujer y desearle feliz día del *mãrtișor*, y la observa a ella, halagada, agradecida, darle un beso de hermanos en la mejilla. Aprovecha para contemplar la medallita de oro que le ha regalado Ulf hace un rato. Rehace el lazo de seda, que se le había deshecho, y se pregunta cómo se las apañan las mujeres autóctonas para llevarlo siempre tan compuesto. ¿Tal vez lo pegan con algo? También hay ejecutivos con el nudo de la corbata flojo y una arruga en la

frente escribiendo en los teclados de sus portátiles a toda velocidad. Las prisas, ese otro lenguaje de las mañanas. En cuanto nos sacudimos la pereza, comenzamos a correr. Hoy ella no tiene fuerzas para hacerlo. No lo hará. Se ha vuelto espectadora de las urgencias ajenas.

Con el café entre las manos y un cruasán en un plato de cartón regresa a su sitio. La pantalla del móvil está iluminada. El primer impulso es no hacerle caso. Desayunar tranquila, como si el mundo no existiera. Pero enseguida piensa que igual en casa podrían necesitarla y se apresura a consultar la pantalla. Cien por cien de batería. Carga completa, informa el aparato. Más abajo hay un mensaje de Pablo. «Buenos días, Reina. Lamento mucho todo lo que ocurre, pero tú no puedes decidir unilateralmente dónde tiene que estar Alberto. La opinión de tu hijo también cuenta. Debes dejar que se vaya con Félix, como estaba previsto.»

Pablo comienza el día con ganas de pelea. Muy bien. Pues la tendrá.

Escribe: «No.»

Y le da un mordisco al cruasán, que le sabe a gloria celestial.

—Quiero separarme de ti, Félix.

Recuerda muy bien qué día era y qué estaban haciendo. Acababan de almorzar. Once de septiembre. Festivo para ellos. Se habían levantado tarde. Habían pasado la mañana sin verse, cada uno en un extremo del piso. No recuerda el menú, pero sí que esperó a que los platos estuvieran vacíos para darle la noticia. Le retumbaba el corazón en las sienas, aquella noche le había costado dormir. En la tele —Félix le había quitado el volumen— echaban lo que ambos interpretaron como una película de catástrofes. Unos minutos antes habían visto un avión en pleno vuelo empotrarse contra una de las torres gemelas de Manhattan. A los dos les gustaban las películas de catástrofes, pero aquel día su propia catástrofe era mucho mayor que ninguna ficción. Por eso no prestaban atención a la pantalla.

La reacción de Félix llegó en tres etapas. Primero, silencio. Asumir. Entender, no, porque no lo quería entender.

—¿Cuándo lo has decidido?

—Hace días.

—¿Te puedo hacer cambiar de opinión?

—No.

—Me dejas por ese, ¿verdad?

—Se llama Samuel.

—¿No puedes esperar al menos a que nazca el niño?

—¿Y con eso qué ganamos?

—Al menos podrías pasar la Navidad conmigo. Así no les das este disgusto a mis padres.

Así no *les das*. Como si él no tuviera nada que ver.

—No, Félix. No puede ser.

—¿Por qué no?

—No tiene ningún sentido. Cuanto más lo alarguemos, peor.

—¿Peor para quién?

La segunda etapa fue la de los reproches. No había luchado por salvar su matrimonio. Se había largado con el primer tío que había conocido. Se había comportado como una cualquiera, una mujer fácil, una buscona. No pensaba en el futuro de su hijo. Menos aún en él. Él había dejado de importarle hacía mucho, si es que alguna vez le había importado, ¿o pensaba que no se daba cuenta?

Por último, llegó la etapa de los disparates. El vamos-a-decir-cualquier-cosa-por-absurda-que-sea con tal de desahogarnos o de fingir que buscamos una solución que en realidad no lo es:

—¿Y por qué no nos organizamos? Pasas media semana con él y media conmigo. Lunes, miércoles y viernes con él. Martes, jueves y sábados conmigo. Así podemos ir a comer con mis padres los fines de semana. Y los domingos, los repartimos.

O bien:

—Me lo prometiste delante de Dios, el cura y toda la familia. Ibas a quedarte conmigo hasta que la muerte nos separase. No has cumplido tu juramento, las consecuencias seguro que serán horribles para ti.

O bien:

—Tú déjame al niño, vete con tu amante o con quien te dé la gana y todos contentos.

O bien:

—Nunca me has querido. Solo te casaste conmigo por interés, para poder hacer cursos y másteres a mi costa. Porque ¿ya no te acuerdas quién te pagó los cursos? Lo tenías todo previsto desde el principio, ¿verdad? Puede que incluso ya estuvieras liada con él cuando comenzamos a salir. Sí, eso mismo,

lo teníais todo planeado desde hace mucho. Yo solo he sido el pringado que se dejó embaucar.

Cuando le escuchó estos desvaríos sintió mucha lástima. Por él y por ella misma. Le agarró la mano. Trató de calmarle, de hacerle entender lo equivocado que estaba, que lo que estaba diciendo recordaba a una película de mafias rusas.

—No te niegues a ti mismo lo mejor que tenemos, Félix. —Él la miró con cara de no entender nada—. El pasado que hemos compartido. Nuestra historia. Si ahora te niegas que hemos sido felices y que nos hemos querido de verdad estás destruyendo lo último que nos queda. Los buenos recuerdos también son un patrimonio.

Él apartó la mano.

—A mí qué me cuentas. Eres tú quien lo ha destruido todo —contestó.

En la tele, una de las torres gemelas se venía abajo como a cámara lenta. De la otra salía una humareda negra y espesa.

Solo entonces Reina comprendió: lo que veían en la pantalla no era una película. Supo que en el interior de aquella torre que se desplomaba acababan de truncarse centenares de conversaciones, propósitos, planes de futuro, esperanzas; y que las vidas que en aquel instante quedaban a medias para siempre eran una tragedia auténtica.

Subieron el volumen del aparato. La realidad les hizo olvidar durante un rato sus cavilaciones.

Cuando cayó la segunda torre el mudo entero supo aquello que los griegos nos enseñaron dos mil años atrás: que uno de los propósitos de la tragedia es transformarlo todo. La persona. Las cosas. La memoria. Por dentro. Por fuera. Para siempre.

—Buenos días, Pablo, soy Reina. Veo que sigues tan madrugador como siempre. Ya sabes por qué te llamo. Mira, antes de que empieces, te lo digo claro. No. No pienso dejar que Alberto vaya con Félix a pescar este fin de semana. Ni a pescar ni a ninguna otra parte. Pues, en primer lugar, porque quiero que esté en casa, con Samuel. Y en segundo, porque odia ir a pescar. Pobre hijo, nunca se ha atrevido a decírselo, pero es la verdad. Se aburre como una ostra. Pues no se lo dice porque no quiere disgustar a Félix y porque es un pedazo de pan. Aunque tal vez Félix debería darse cuenta él solito. Yo no estoy haciendo ninguna guerra sucia, Pablo, parece mentira. La única cosa que hago es evitar la guerra todo el rato. Venga, dime lo que tengas que decirme, dispara. Ah, ¿ya empezamos con las amenazas? ¿Para eso me buscas, para amenazarme? Ya sé lo que pone el convenio de mi divorcio, me lo leí en su momento. No, últimamente no. No es mi lectura favorita. Me gustan más las novelas de misterio. Pues recuérdamelo tú, si crees que es necesario, que ya veo que lo crees. Pero si solo vas a repetirme todas esas cosas que me acabas de decir no hace falta que me lo leas, Pablo. Venga, no perdamos el tiempo, que ya hace mucho que terminamos en el jardín de infancia. Hombre, un poco infantil sí que me parece todo esto. Ah, no, no empecemos, por favor, ya te he dicho que he tomado una decisión y que está muy fundamentada: Alberto se queda en casa con mi marido, y si no os gusta siempre puedo arreglarlo para que Félix vaya de visita y los tres jueguen al Trivial, pero eso es lo único que

conseguiréis, porque no pienso dejar que se lo lleve. Por supuesto que estoy hablando en serio. Muy en serio. ¿Aún no te habías dado cuenta? Pues ejecútalo todo, hombre. Y denúnciame, si te hace ilusión. Pero por mucho que me amenaces no cambiará nada, ya lo sabes. Las circunstancias son muy extraordinarias, y si Félix y tú no queréis entenderlo, no es mi problema. Quiero a Alberto conmigo y punto. No le dejaré ir. Hoy se quedará en casa. Porque es mi hijo y ya está, Pablo. No quiero hablar más de esto, ¿me oyes? Tengo muchos otros problemas, no me apetece pelearme contigo porque tu amiguito es tan cobarde que solo sacude sus miserias conmigo. O te envía a ti por delante porque sabe que a él le hago callar en dos segundos y a ti, no. Pues mira, tal vez ha llegado el momento de hacerte callar a ti también, Pablito. Ya estoy harta de todo esto. Harta y arrepentida. Si pudiera volver atrás y hacer las cosas de otro modo, te aseguro que lo haría. No, no, no es ninguna filosofía barata ni ninguna metafísica. Hay cosas que tú no sabes, cariño. Pues no las sabes porque nadie te las ha contado, porque hace tiempo que decidiste no ser amigo mío y porque a Félix no le ha convenido nunca decirte la verdad. Pues yo creo que sí habría cambiado, sobre todo tu manera de verlo. Tal vez no te habría parecido tan generosa su forma de actuar. O tal vez no lo habrías entendido tanto todo. Tal vez no le habrías defendido igual, no habrías tomado tanto partido. Pues, técnicamente, te engañó hace años, pero la mentira se ha mantenido en el tiempo y ha tenido consecuencias. Tiene que ver con todo lo que ocurre ahora, por supuesto, por eso te lo cuento. Con lo de ahora, sí. No me toques los cojones, venga. Pablo, no me fuerces a... ¿Cómo? ¿Que yo hago qué? Por supuesto que me atrevo. Pues mira, que Alberto no es hijo suyo, ahí lo tienes. Sorprendido, ¿verdad? ¡Claro que no me lo acabo de inventar! ¿Crees que bromearía con algo así? Félix no es su padre biológico. Pues sí que cambia, porque su padre biológico no es un desconocido: es Samuel, mi marido. Claro que estoy segura. Segura del todo, Pablo, ya hice en su día la prueba de paternidad. De ADN, sí, en un laboratorio oficial. Pregúntaselo a tu amiguito si quiere enseñártela, porque la tiene él. Sí, claro que Samuel lo sabe. ¿Cómo que desde cuándo? Desde siempre. Tú eres el único que no lo sabía. Bueno, tú y Alberto, naturalmente. A él no le podemos decir la verdad. Se llevaría un disgusto terrible si la supiera. ¿Lo ves? Esta pregunta no te la

sabré contestar. Pues porque para Félix tener un hijo formaba parte del ideal de vida que había planificado, con ayuda de su madre: piso, perro e hijo. Ya lo tenía todo. De dónde venía cada cosa, le daba igual. No, claro que a mí no me parece bien, no me lo pareció nunca, pero las cosas fueron así, no me quedó más remedio que aceptarlas. Así que el acuerdo de divorcio me salió muy caro, Pablo. Mucho. Tu amigo te lo contará, si le da la gana. Si no te lo cuenta me lo dices y lo haré yo. Ay, Pablo, qué pesadilla, claro que no es ninguna maniobra. ¿De qué crees que me sirve ganar tiempo a las siete de la mañana? Solo pensaba que ya era hora de dejarnos de estupideces y contarte cómo fue todo. Basta de misterios. Ya era hora de que supieras la verdad. Eso mismo, Pablo. La única verdad.

Alberto últimamente también le ha ocultado información. O por lo menos ha dejado de ser aquella criatura transparente que se lo contaba todo. Alguna intuición le dice que la escuela de especialistas tiene parte de la culpa, pero es imposible decir de qué manera o por qué. Las intuiciones de las madres no son demostrables de forma empírica ni gozan de ningún prestigio, pero existen. Habrá que encontrar la forma de demostrarlo.

Busca en Internet la página de la escuela. En la foto de la presentación —«¿Te gustaría trabajar como especialista de cine?»— se ve un edificio en llamas del que salen cuatro personas a pie. Las cuatro con la ropa ardiendo. Cuatro antorchas andantes. La foto le da escalofríos, no por las dificultades técnicas de prender fuego a la gente sin que sufra daños, sino por la posibilidad real de que su hijo haya hecho alguna vez algo así.

Revisa una por una todas las pestañas de información. Matrícula, Quiénes somos, Calendario, Profesores, Vídeos, Galería... No encuentra en ninguna parte un teléfono de contacto. Qué manía esta de hacerlo todo por escrito, cuanto más impersonal, mejor, como si el contacto con otros seres humanos nos diese más miedo que quemarnos vivos. Tampoco hay ningún correo electrónico. Solo una dirección del polígono industrial de una población cercana a Barcelona a la cual no tiene ninguna posibilidad de ir.

Vuelve a Quiénes somos. Le ha parecido ver un nombre en el que quiere detenerse. Fundadora, directora y propietaria. Breve semblanza personal.

Después de años trabajando como extra de cine en producciones tanto nacionales como extranjeras, y de llegar a ser una de las profesionales mejor valoradas de su sector, decidió retirarse para dar a los jóvenes intérpretes la posibilidad de aprender de su experiencia. Fue así como Esther Parra fundó la escuela de especialistas, que en pocos años se convirtió en un centro de referencia para todo el país en la formación de profesionales de las artes escénicas y cinematográficas.

Esther Parra.

Esther.

No hay fotografía.

Reina escribe en el buscador: Esther Parra.

La primera noticia que aparece: Especialista sufre un accidente durante el rodaje de...

No le suena el nombre de la película, no sabe si la ha visto, pero recuerda la noticia, más o menos.

Lee: Durante el rodaje de una de las escenas más arriesgadas de la superproducción tal, una especialista de larga trayectoria profesional, de nombre Esther Parra, sufrió un gravísimo accidente de tráfico mientras conducía una moto de gran cilindrada por un circuito cerrado. Aunque se recuperó de las lesiones sufridas, días más tarde anunció su retirada por motivos personales. Lo hizo público en un comunicado que envió a la prensa especializada, donde aprovechó para despedirse de sus fans.

Echa un vistazo al apartado de Vídeos. Todos parecen publicidad de la escuela. Le da pereza abrirlos. Va a la pestaña Galería.

Aparecen, multiplicadas unas cuantas veces, las imágenes de una mujer atlética, rubia, delgada y atractiva. En algunas parece muy joven: tienen esa pátina del paso del tiempo. En las últimas, las que corresponden a su etapa como directora de la escuela Risky Shot, como mínimo tiene cuarenta años.

No, no puede ser.

Cierra todos los buscadores.

El primer día del curso de especialista Alberto llegó eufórico. A la hora de comer se lo contó todo, abriendo mucho los ojos y parlotando sin parar, de tan fascinado como estaba. Las instalaciones eran fantásticas, los compañeros muy buena gente —todos muy distintos, él era el más joven— y el profesor muy simpático, además de un tío increíble. Volviendo a casa escribió su nombre en el buscador de Internet y encontró unos cuantos vídeos de secuencias de películas en las que había participado. Citó algunos títulos completamente desconocidos para ellos, con tanto entusiasmo que le siguieron la corriente para que no se diera cuenta de que se habían quedado desfasados. Lo mejor, dijo, era que la escuela dependía de una de las empresas de efectos especiales más importantes y con más proyección internacional del país — Risky Shot— y que por eso no era tan raro que los estudiantes tuviesen la oportunidad de empezar a trabajar justo al acabar el curso. ¿Sabían cuánto cobraba un buen especialista por un día de trabajo? Reina y Samuel negaron con la cabeza. Alberto les señaló con el tenedor y, con voz de suficiencia, dijo una cifra que a ambos les pareció bastante alta. Y eso solo por un día, añadió Alberto. Sí, pero a cambio de qué, preguntó Sam. Ah, eso depende de cada producción —el vocabulario de Alberto se había ensanchado, ahora hablaba como un profesional— y también de la formación de los especialistas. No todos pueden hacer de todo. Los saltos, por ejemplo. Hay profesionales que saltan desde una altura de seis metros, pero los hay que se atreven con

dieciséis. Y hay quien lo hace en el agua, una de las cosas más difíciles que hay en esto de los saltos. Lo más complicado son los accidentes de coche, porque cuesta mucho mantener el control. Pocos especialistas son capaces de aguantar tanta caña. Es importante estar un poco cachas, pasar horas en el gimnasio. La forma física es fundamental. Y atreverse a hacer cuantas más cosas mejor, también. Tener huevos, ya me entendéis.

El primer día habían empezado por las lecciones más fáciles. Escenas de lucha. Una mezcla equilibrada de artes marciales y coreografías de danza, siempre condicionada por la posición de las cámaras, donde los golpes no eran reales, pero tenían que parecerlo. La verosimilitud, lo primero. Un director de acción puede estropear la escena si no sabe colocar la cámara en el sitio exacto donde debe estar. Conviene a veces que el director de acción mande más que el director, pero todo depende de la película. Dejad los egos fuera del aula, les habían dicho y repetido hasta el aburrimiento durante las primeras sesiones. Hay que aprender a trabajar en equipo. Quizá tú vuelas, pero hay tres personas que se encargan de montar las poleas y los cables y tirar de ti para que te eleves del suelo, y tan importantes son ellos como tú, aunque solo tú saldrás en la película. Para que el trabajo de los especialistas salga bien y no haya sustos, todo el equipo debe estar perfectamente coordinado. Y luego está la seguridad. La seguridad lo es todo. Hay que revisar tres veces cada cosa antes de comenzar. Nunca se debe trabajar en malas condiciones de seguridad. El profesor lo había remarcado una y otra vez. Después practicaron unos cuantos saltos. De poca altura, un metro y medio nada más, sobre colchones de goma. No se pueden imaginar qué sensación —ojos desorbitados, como si reviviese el momento en el que estaba a punto de caer—, aquello no era comparable con nada. Con nada. El cerebro te envía órdenes, te dice que no saltes. Es peligroso, *warning, warning, warning!* Tienes que vencer esas señales de peligro y decirle a tu cerebro que lo harás de todos modos, que todo saldrá bien. En el instante de empezar a caer piensas: lo estoy haciendo. Tienes que girar en el aire justo antes del impacto, debes caer de lado, siempre con un brazo por delante, para protegerte la cabeza, ¿veis?, así; eso es aún más importante cuando saltas de más alto. La teoría está muy bien, pero cuando saltas te emborrachas de esta sensación

fantástica de haber vencido tu propio miedo y no recuerdas que tienes que girar hasta la última décima de segundo, cuando, entonces sí, entonces giras y haces todo eso que te han enseñado a hacer, pero tarde y mal. Cuando revisáis el vídeo con el profesor, él te regaña, porque no tenías que haber apurado tanto. Porque esta caída estaba controlada y era corta, pero si hubieses caído desde más alto quizá te hubieras roto la nariz o te hubieras hundido una costilla. Alguna vez ha ocurrido, te dicen, por desgracia. De hecho, el profesor tiene una nariz extraña, un poco abollada, y tú le has preguntado si es por culpa de una caída o qué, y él te ha dicho no, tío, no, es que en mi familia todos tenemos la nariz así de fea. Y eso le da pie a hablar de nuevo de seguridad. Cuidado, dice, aquí en la escuela no nos podemos permitir ni un solo error ni una sola mala caída, es responsabilidad de todos, ¿de acuerdo? De todos.

Ah, añade Alberto, y he conocido a la directora. Ha entrado un momento a saludarnos y a decirnos que espera que algún día trabajemos para ella. Me han dicho que fue especialista, y de las buenas. Después fundó la empresa y la escuela. No os podéis imaginar la fama de harpía que tiene, da un poco de risa. Hay idiotas que dicen que es medio ninfómana, pero es gente que se cuelga mucho y que tiene muy mala leche. La Peña ve una tía que ha triunfado y empiezan a criticarla. Deberíais haber oído lo que decían de ella algunos de mis compañeros, daba vergüenza. Yo no me creo nada y paso de insultar a nadie. Insultar es siempre lo más fácil. A mí me ha parecido una persona normal. Quiero decir, normal si tenemos en cuenta que es la propietaria de todo y que ella manda todo eso. Quizá es un poco estirada, no lo niego, pero porque incluso ella debe de darse cuenta de que es una mujer alucinante.

La única vez que Alberto se cayó de la bicicleta estaba con Asunta. La bici era nueva. Se la habían comprado un poco grande para que le sirviera durante más tiempo. Estaba aprendiendo a montar. Quiso encaramarse a un bordillo y perdió el equilibrio. Paró el golpe con los dos brazos y se fracturó las dos muñecas. Mientras le hacían las primeras radiografías, Asunta llamó a Reina y a Félix, por ese orden. Reina fue la primera en llegar. Sam estaba aparcando.

Esperaron los tres juntos en el pequeño box de urgencias que les habían asignado mientras a Alberto le hacían pruebas de control.

—¿Y Félix? —preguntó Reina.

—Ha ido a ver a su madre, que vuelve a estar ingresada. No quería llevarse al niño al hospital y ahora resulta que nosotros hemos terminado en otro. No tardará en llegar.

Félix tardó tanto que ni siquiera coincidieron. Y eso que pasaron en el hospital más de cuatro horas y media. Un tiempo que dio para mucho a los tres adultos que acompañaban a Alberto: para verle salir, triunfante, con un yeso en cada brazo y una sonrisa de oreja a oreja. Para ir a merendar juntos a la cafetería de la planta baja, donde vendían unas galletas en forma de muñeco de nieve que entusiasmaron al niño. Asunta le compró dos sin saber que Sam acababa de comprarle otras dos. Terminaron por compartirlas. Muñecos de nieve de chocolate mojados en los cortados con sacarina de los adultos. Las dos mujeres también tuvieron tiempo de preguntarse por los misterios de sus

respectivas vidas. Así, Reina supo que Asunta había tenido a su hija con quince años, cuando acababa de salir del colegio de monjas, y que el padre había sido un amigo ocasional de su hermano a quien no volvió a ver. Por su parte, Asunta quiso saber cuál era el secreto de la relación entre Samuel y Alberto: nunca había visto un hijo y un padrastro que se quisieran tanto. Reina, halagada, habló del carácter de Sam, de su sentido del humor, de los gustos comunes, pero acabó reconociendo que lo que de verdad ocurría era que se parecían mucho.

—Son como dos gotas de agua, no te lo creerías.

—Parece mentira esto de los parecidos. —Achinó los ojos Asunta, como si creyera en los misterios—. ¿Sabías que los hijos adoptados también acaban por parecerse a los padres adoptivos? Gestos, reacciones, gustos, carácter. A veces se les parecen más que los hijos biológicos. No me digas que no es curioso.

Reina y Sam esbozaron un par de sonrisas tristes.

—Ah, y una cosita —añadió Reina—, no nos gusta nada la palabra padrastro. Nosotros nunca la utilizamos. ¿Te importaría...?

—No, claro, disculpadme —saltó Asunta—. Tienes razón. No es una palabra nada bonita. No la usaré más, no te preocupes. Perdonadme, lo he dicho sin pensar. —Y añadió una sonrisa bienintencionada.

Después de las confesiones, las decisiones. Reina anunció que se llevaba al niño, aunque aquel fin de semana le tocara a Félix. Añadió con toda la intención que así Félix no tendría que preocuparse por nada y podría estar con su madre. Asunta trató de oponerse, pero calló en cuanto Reina dijo que ella seguro que la entendería, porque también era madre y porque sabía muy bien qué se siente cuando un hijo te necesita.

—Ya sé que soy una tonta, pero no puedo dejar de pensar que se ha hecho daño y que yo no estaba a su lado —dijo Reina.

—No eres tonta, pero no habrías podido hacer nada por... —se apresuró a contestar Asunta.

—Lo sé, lo sé. Pero eso no cambia nada en absoluto. Se supone que mi papel en la vida es protegerle para que no sufra, ¿no? Por eso quiero que venga conmigo. Lo necesito.

Sam no participaba en la conversación. Había pedido un rotulador y le estaba dibujando a Alberto personajes de *Star Wars* en el yeso todavía fresco.

—No te preocupes —dijo Asunta, agarrándole la mano—. Lo entiendo. A Félix ya se lo explico yo. Seguro que lo aceptará. No tendrás ningún problema. Efectivamente, no lo tuvo.

Qué idiota había sido su ex al dejar escapar a una mujer así.

Todo esto —escenas, palabras, sentimientos— se le viene a la cabeza en una centésima de segundo, nada más darse cuenta de que el móvil vibra por la entrada de una llamada y que en la pantalla aparece el nombre de la ex de su ex.

—Reina, ¿estás bien? —pregunta Asunta.

—Pues no mucho, si te soy sincera. No sé si Félix te ha contado...

—Sí, sí, me lo ha contado. Por eso te llamo. Debes de estar destrozada.

—Lo estoy. Creo que hace horas que se me ha congelado la sangre en las venas.

—¿Ya vuelves a casa?

—En cuanto despeguen los aviones. De momento estoy atrancada en el aeropuerto de Bucarest. He intentado volver en coche e incluso en tren, pero nada. No se puede circular.

—No te pongas nerviosa. ¿Cómo está Alberto?

—Bien. Con Sam.

—¿Necesitas algo que yo pueda hacer?

—Me gusta hablar contigo, Asunta. Te agradezco que me llames. Por desgracia no puedes conseguir que los aviones salgan, ¿verdad? ¿O que el tiempo avance más deprisa? Los aeropuertos son desesperantes.

—Me temo que no.

—Vaya por dios.

Una risa breve y compartida relaja la conversación.

—¿Y tú cómo estás? —pregunta Reina—. ¿Aún no tienes novio nuevo?

Asunta suelta una risilla.

—Ni loca. He adoptado un gato.

—¿Un gato?

—Se llama Perkins.

—¿Perkins?

—No le gustan mucho los humanos de género masculino. Ya somos dos.

—En serio, Asunta, ¿cómo lo llevas? O, si lo prefieres, cuéntame cómo lo lleva Perkins.

—Eso mismo. Te contaré cómo lo lleva Perkins, buena idea. Al principio se lo tomó fatal. Se asustaba al verme llorar día y noche. No entendía que fuera tan grave que te dejen por una mujer diez años más joven que además es tu hermana. Y mira que yo ya le había hablado de ella, de Alba. Le había contado la verdad: que es una zumbada y una celosa, que desde muy pequeña quería ser como yo, que me imitaba en todo. Pero un día que estaba cansado de escucharme Perkins me hizo comprender que debía analizar el hecho desde una lógica shakespeariana que, si lo piensas bien, también es una lógica más felina, y empecé a ver las cosas de otro modo. Mi venganza hacia Félix habrá consistido, precisamente, en dejarle en brazos de esa loca. Ella se encargará de que me eche de menos. Cuando lleven un tiempo y se les pase la etapa de atontamiento inicial, no sabe lo que le espera, pobrecito. Porque si él es rarito, ella lo es diez veces más. Solo tengo que aguardar a que vuelva. Porque todos los hombres vuelven, antes o después, ¿lo sabías? Los hombres que saben marcharse con dignidad, sin mirar atrás ni arrepentirse, son muy escasos. Lo normal es que sientan que les queda alguna asignatura pendiente que quieren recuperar, o que tengan demasiado orgullo para entender que están de más. Ya se lo he dicho a Perkins: cuando Félix vuelva pensaré qué le hago. Igual le suelto cuatro bufidos, o le araño, o le ignoro, o me lanzo sobre él y ronroneo para que vea que no me disgusta del todo. Debes de estar pensando que no tengo nada de orgullo, ¿verdad? Qué quieres que te diga. Los gatos shakespearianos tenemos otra manera de ver las relaciones. En el fondo le quiero, a ese imbécil, me hacía compañía. Llegué a creer que estaría con él hasta que me muriera de vieja. Si incluso le conté cómo quiero que sea mi entierro. ¿Tú no se lo has contado a Sam? Son cosas que no se le pueden contar a cualquiera.

Mientras Asunta habla, Reina cavila. ¿La hermana zumbada no es maquilladora de televisión? ¿Y los profesionales de la tele no tienen contactos con los del cine? ¿Habría alguna posibilidad de que Alba conociera a alguien

de Risky Shot? No parece nada extraño. Tiene suficiente confianza con Asunta para pedírselo. Claro, la va a poner en el compromiso de tener que pedirle un favor a la hermana robamaridos, pero seguro que sabrá comprenderla. En las actuales circunstancias, tiene que intentarlo todo. Está segura de que, si puede, Asunta la ayudará. Quiere a Alberto desde pequeño. Es una buena persona. Decide arriesgarse:

—Asunta, tengo que pedirte un favor enorme.

Puede que se eche a reír al saber que Félix sigue sin hablarle de Alba, que no sabe si es por hacerse el triste, o el misterioso, o por reservarse la información para un buen momento o solo le avergüenza reconocer que se está tirando a una tantos años más joven que él, y la verdad es que Reina disimula y finge que no nota nada raro porque, la verdad, le importa un cuerno. Lo único molesto es no poder pedirle el favor a Alba ella misma.

—Claro —contesta Asunta—. ¿De qué se trata? Si está en mi mano, cuenta con ello.

Solo oírla sabe que nunca se ha equivocado con ella.

Sam no soporta hablar de la muerte. Ni de la suya ni de la de los demás. Reina, más práctica, a veces saca el tema. Piensa que en una pareja hay que hablar de todo. También de qué muerte quieres o qué entierro imaginas. Uno debe conocer las manías del otro, si es que tiene alguna, o por lo menos debe estar informado de que no tiene ninguna, porque es evidente que uno de los dos tendrá que decidir por su cónyuge antes o después. Y con Sam no hay forma. Cada vez que le pregunta, él se apresura a cambiar de tema. Ahora no quiere hablar de eso, le dice, otro día. Y así llevan dieciocho años. En algún momento tendremos que hablar, insiste ella.

—O no —opina él.

Tampoco se ponen de acuerdo sobre el año en que van a morir. Sam es de la opinión de que mientras tengas la cabeza clara merece la pena vivir cien años. Reina se acongoja solo de imaginarse a sí misma estorbando en este mundo durante todo un siglo. Ella tiene escogida la edad ideal para su retirada: los ochenta y cinco años y medio.

—¿Por qué medio? —le preguntó Sam una vez.

—Porque nací en mayo, que es un mes precioso para llegar al mundo pero muy inadecuado para abandonarlo. Prefiero noviembre, a finales. Más apropiado.

Reina hizo testamento vital, eso que Sam no se atreve ni a pensar. Dejó escrito que nadie tiene ni tendrá nunca permiso para conservar la vida de

cualquier forma. También que no quiere que la horaden, la abran, la pinchen, la corten o la metan en una pecera. Si vivir no se parece a vivir, elige morir. Y si morir significa ganarle la batalla a la indignidad del final, le parece estupendo. Sam, en cambio, ni tiene opinión sobre estos asuntos ni manifiesta ningún interés en tenerla.

Solo una vez, mientras hablaban en la cama, antes de dormir, Sam le dio la réplica.

—Lo único que sé es que quiero morirme al mismo tiempo que tú, exactamente en el mismo instante —le dijo—. Contamos hasta tres y dejamos de respirar, ¿de acuerdo?

—Es una buena idea —contestó ella, sorprendida—. No se hable más.

Se acurrucaron bajo las sábanas. Tenían la postura medida y ensayada a la perfección. Como si la hubieran inventado ellos para su deleite. Nunca antes se habían compenetrado así con nadie, ninguno de los dos. Los muslos de él muy bien acoplados bajo las nalgas de ella. Los pies entrelazados en una posición calculada para que ni la cabeza del peroné ni la del fémur se clavaran en la extremidad del otro. Los brazos de Reina recogidos y los de él en desbandada: uno bajo el cojín y el otro rodeando el torso de Reina hasta dejar que una mano descansara sobre un hombro. Ella se recogía el pelo en una coleta para no ahogarle con su melena y Sam pegaba la boca a la nuca de ella. A Reina le gustaba sentir la cercanía de su aliento tibio. En esa postura era fácil que las manos de él se deslizaran hacia sus pechos. También que un ligero movimiento de caderas presionara el sexo de él, incitándolo. Era una postura inocente, como lo es el sueño, pero con muy poco se convertía en preámbulo de todo lo contrario. Cuando Reina estaba de viaje, Sam añoraba su cuerpo abrazado a las almohadas que ella dejaba huérfanas en su lado de la cama.

Aquella noche, justo antes de quedarse dormida, oyó que Sam le susurraba al oído:

—No respirar y vivir sin ti serían lo mismo, Reina de mi vida.

—Hola, soy Magda, psicopedagoga del instituto de tu hijo. Encantada de saludarte, Reina. ¿Te he despertado? Por cierto, qué nombre más bonito, ¿de dónde viene? No había conocido nunca a nadie que se llamase Reina. Ya me gustaría tener un nombre tan original, qué suerte. Mira, te llamo porque he estado hablando con la nueva psicóloga de tu hijo. Me refiero a la que le ha sido asignada después del protocolo de urgencia de ayer, y que se encargará de hacerle todas las pruebas pertinentes para valorar si es ne... Sí, sí, pruebas. Quiere comenzar lo antes posible. Pues, mujer, lo normal en estos casos. Lo primero, descartar cosas, ¿me entiendes? Saber qué tratamiento es el mejor. Pronto me reuniré con ella y juntas decidiremos cómo tenemos que tratar a Alberto a partir de ahora. No, no es que le tengamos que tratar de una manera distinta, pero debemos coordinar nuestros protocolos de actuación, ¿me entiendes? ¡Por supuesto que valoramos que es adolescente! Pero no podemos echarle las culpas de todo a esta etapa... ¿cómo has dicho?, convulsa. Eso es. Una etapa convulsa. Sin embargo, no todo es culpa de las hormonas. No debemos ser negligentes con nuestra responsabilidad, no hay que culpar de todo a un momento de confusión. Por eso te llamo, para que todas las partes implicadas —la familia, los psicólogos, los profesores— abordemos juntos el problema. Por eso mismo, y volviendo a lo que me ha dicho la psicóloga, hemos decidido hacer varios test a Alberto. Impulsividad, autoestima, capacidades cognitivas y espectro autista. Autista, sí. Por supuesto que te lo

explico. No te preocupes: lo del autismo ya no es como antes. Hoy en día englobamos dentro del nombre de espectro autista todo un conjunto de comportamientos muy diferenciados. Se ha descubierto que los rasgos que antes asociábamos al autismo son muy diversos y se manifiestan en diferentes grados, en ocasiones muy leves, ¿me entiendes? Quiero decir que puedes ser una persona absolutamente integrada e inteligente y a pesar de todo presentar alguno de estos rasgos, que no afectan en nada a tu vida. Seguro que nosotras, tú y yo, presentamos alguno, y nunca lo hemos notado ni nos ha afectado en lo más mínimo. Exacto, una vida absolutamente normal. Y Alberto también podrá tenerla, pero después del susto que nos acaba de dar, creemos conveniente... Sí, también contemplamos la terapia, por supuesto. Pero eso vendrá después, cuando lo tengamos bastante claro... Solo necesitaremos un poco de tiempo. Ahora la psicóloga os querrá ver a los dos, al padre y a la madre, para hablar de la infancia de Alberto, de las relaciones familiares, de los antecedentes que puedan ser relevantes. Los primeros meses de su vida son muy importantes. Los querremos estudiar con detalle. Pues si no te acuerdas, no pasa nada. ¿No escribiste ningún cuaderno con anécdotas, o un diario de su infancia? Hay muchas madres que lo... Pues no pasa nada, mujer, seguro que llegado el momento te acordarás. Hay cosas que no se olvidan, ¿me entiendes? La psicóloga después me facilitará el resultado de estas pruebas y quizá yo también os pediré una entrevista, todavía es pronto para saberlo. Será lo más probable. Ah, y que no se me olvide. La psicóloga necesitará vuestro permiso para grabarlo todo. Tendréis que firmar una autorización. Pues quiere grabar las conversaciones con Alberto, las sesiones, las distintas pruebas... ¡Ningún uso externo! Las grabaciones son de uso interno, nos sirven para poder revisar las reacciones del paciente ante diferentes tipos de estímulos. Ayudan mucho a los terapeutas a detectar pequeñas cosas que no se han visto durante... Ah, ¿no quieres? ¿Por algún motivo? Por supuesto que estás en tu derecho, es tu hijo. Es solo que no entiendo que te opongas así a... Vale, vale, ya lo he entendido. Se lo comunicaré a mi colega, no te preocupes. Es raro, ¿me entiendes? Pero si es lo que quieres... Me gustaría recordarte que estamos aquí para ayudar a tu hijo y para ayudaros a vosotros. Nuestro trabajo no consiste, como tú dices, en buscarle tres pies al gato. Ah, si no tienes fe en nuestro trabajo, quizá

deberíamos replantearlo todo antes de empezar, aunque de verdad que creo que Alberto necesita ayuda, ¿me entiendes? Ya sé que tú le ayudas, pero a veces no es suficiente. De hecho, todos necesitamos ayuda profesional en algún momento de nuestra vida. No es algo malo. No se trata de clasificarlo, Reina. Pero hoy en día disponemos de una serie de herramientas muy útiles que nos permiten conocer... Te he dicho que no queremos etiquetar a tu hijo. Me duele que lo creas así, ¿me entiendes? Y también me duele que desconfíes de nuestros métodos, porque esta energía tan negativa tuya repercute en tu hijo y eso no es lo que necesita. Por descontado que estás en tu derecho de pensar lo que gustes, y también de no traerle, pero renunciar al tratamiento así, de entrada, me parece un acto totalmente irresponsable por tu parte, ¿me entiendes? Yo también tengo la obligación de decirte las cosas claras. Lo lamento, Reina, pero tendré que informar de esta actitud tuya tan incomprensible a todo el equipo pedagógico del instituto. Supongo que pronto te solicitarán una reunión para hablar de todo y ver qué tipo de medidas hay que aplicar. No sé qué medidas, no lo puedo saber sin hablar con ellos, este es un trabajo en equipo, no puedo hablar por mis compañeros. Pero quiero que sepas hasta qué punto creo que estás equivocada. A veces, con querer mucho a nuestros hijos y con tomar decisiones no es suficiente. También es necesario querer adecuadamente y tomar las decisiones correctas en los momentos adecuados, Reina, ¿me entiendes?

Las encrucijadas de la vida. A veces lo piensa. Si no hubiera conocido a Sam habría podido ser una de estas mujeres valientes que deciden ser madres en solitario. Que luchan contra la desesperanza y vuelven a intentarlo una y otra vez, y por el camino acallan las voces que las censuran, que pretenden desanimarlas. Y que una vez lo logran se sienten superadas por la responsabilidad de tener que tomar sola todas las decisiones, e idealizan al hombre que no tienen pensando en lo maravilloso que sería compartir la responsabilidad.

No le gusta hablar de los primeros meses de la vida de su hijo, no porque no tenga nada que decir, sino más bien por todo lo contrario: tiene tanto que contar y tan complicado que por mucho que lo cuente sabe que nadie llegará a comprenderla del todo.

Nada más salir de la sala de partos con el niño sobre el esternón se encontró jugando al juego de los disparates. Un juego con demasiadas piezas. Félix, en calidad de marido aún legítimo —demostrable— de la recién parida, se encargó del papeleo, empezando por lo que más prisa le corría: inscribir al niño como hijo suyo en el registro civil. Sam aguardaba en un bar frente a la clínica hasta que veía salir a Félix y se colaba en la habitación 218, la de Reina, para abrazarlos a ella y a su hijo y derramar alguna que otra lágrima. Si venía alguien, disimulaba. Llevaba preparada una disertación muy convincente para dejar claro que solo era un amigo. Reina se pasaba los ratos en que no

estaba desorientada por su nueva condición de madre primeriza deseando que se fuera Félix y que viniera Sam. Y lamentándose por dentro por tener unos deseos tan poco adecuados en una primípara.

Cuando le dieron el alta decidió irse a vivir con Cristina. No quería volver al piso diminuto donde ella y Samuel se habían escondido durante los últimos meses del embarazo fingiendo que no pasaba nada. Reina sentía como si la vida se le hubiera desencajado, como si de pronto nada estuviera en su lugar. Necesitaba tiempo para pensar. Justamente lo que no tenía.

En el piso de la calle Verdi, mientras su madre le preparaba litros y litros de una sopa especial para recién paridas, recibía visitas de los dos. Sam llegaba por las mañanas, empujaba el cochecito, la ayudaba a sentarse, quería ayudarla en todo, le hacía reír. También cargaba con el niño, le daba besos, le cambiaba de lado la raya del pelo con los dedos, le ponía sobrenombres divertidos —pelusita, gramínea, consecuencia...— y le hablaba como si pudiera entenderle. Los tres daban vueltas por el barrio durante varias horas, se paraban a saludar a las vecinas y tomaban a Sam por un amigo de Félix, a veces desayunaban en algún café o en alguna terraza. La mano de Sam se deslizaba sobre la mesa hasta rozar la de ella con las puntas de los dedos. Cuando Reina decía que le gustaría que todo fuera más fácil, más normal, Sam respondía:

—Si me dejas estar a tu lado, de la forma que sea, no te pediré nada más.

Félix llegaba por las noches, cuando salía de trabajar. Se sentaba en la sala de estar y miraban la tele en silencio mientras el niño mamaba. Félix no se atrevía a tocar a Alberto. Decía que le daba miedo romperlo. Lo miraba de cerca, con veneración temerosa. De la misma forma la miraba a ella. Como si temiera romperla. Ahora que era madre, le decía, le gustaba más que antes. Le recordaba a su propia madre, le soltó una vez, con los ojos húmedos. Reina le contaba cosas del niño porque no sabía qué decirle. Si alguna vez se quedaban un momento en silencio, él le preguntaba:

—¿Por qué no vuelves a casa conmigo?

Reina se pasaba las noches repasando de cabeza aquellas listas de pros y contras que había hecho meses atrás. Alberto era madrugador y comilón, le daba poca tregua. Estaba sola porque así lo había decidido. A veces deseaba

compañía, sin más. Alguien que le ayudara por las noches, cuando estaba agotada y el niño la reclamaba. Se acordaba entonces de las encrucijadas de la vida. Valoraba cómo sería alejarse de los dos y quedarse sola con su hijo. La mayor parte del tiempo echaba de menos nada más a Sam. El corazón redactaba sus propias listas, extravagantes, sinceras. Le decía que nada de aquello estaba bien. Que Sam y ella no habían tenido tiempo de nada, ni siquiera de conocerse, y que se merecían un poco de calma para tener las mismas oportunidades que el resto de la gente cuando se enamora. Pero el miedo siempre la detenía.

Trató de ofrecerse explicaciones dilatorias: tal vez eran las hormonas revueltas, tal vez el estado de extenuación en que se encontraba o la excepcionalidad de las circunstancias lo que le empujaba hacia Sam. Tal vez debería olvidarse de todo y volver con Félix a aquel lugar que en algún momento consideró su casa y que había dejado de serlo hacía mucho. Olvidar. Tal vez era posible perder la memoria. Olvidar a Samuel y todo lo que le había dado. O tal vez no. Tal vez estaba condenada a vivir recordándolo y se moriría echándole de menos y arrepintiéndose de no haber sido lo bastante valiente. A punto estuvo de probarlo.

Por las noches, cuando atendía a Alberto sola, enviaba mensajes a Samuel, que obtenían una respuesta inmediata, fuera la hora que fuese. «El niño tiene hambre, me lo pone fácil.» «Claro, porque sabe que ha venido a comerse el mundo.» «Te echo de menos.» «No te hace falta, siempre me tienes aquí.» «No puedes imaginar lo cansada que estoy.» «Ni tú lo que me duele no poder ayudarte.»

Un día le preguntó: «¿Qué haces despierto a estas horas? ¿Sabes que son más de las cuatro de la madrugada?» Samuel contestó: «Quiero estar contigo incluso cuando no estoy.»

A veces se pregunta cuál fue el gran defecto de Félix, si es que tuvo alguno. ¿Ser tan pasmado? ¿Parecer viejo cuando era joven? ¿Su desinterés por todo lo que a ella le importaba? ¿Dar por seguras demasiadas cosas, comenzando por ella? ¿No pronunciar a tiempo las palabras adecuadas? ¿O, simplemente, no saber comportarse como Sam? No *ser* Sam.

De un día para otro decidió que no le quería. Que no volvería a quererle

nunca más. Le asustó tanta certeza de pronto, porque llevaba sin ver nada claro desde que se quedó embarazada. Fue como si se disipara una niebla espesa que tenía frente a los ojos y apareciera de pronto un camino radiante inundado por el sol. El único camino que deseaba: Samuel. Las encrucijadas de la vida. Llega un momento que tienes que descartar unas y elegir otras. No hay ninguna decisión que no comporte renuncias ni riesgos.

Al día siguiente, recogió sus cosas y las de Alberto, se despidió de su madre, llamó a un taxi y le facilitó al conductor la dirección del piso diminuto de Samuel.

Se había terminado tanta tontería.

«Reina, necesito hablar contigo como sea. Ya sé que ayer me mandaste a la mierda más o menos para siempre, eso lo entendí, pero tengo problemas con el hotel y no consigo resolverlos yo solo. Por favor, llámame cuando puedas.»

Es un mensaje de Tom. Hace unos días, al guardar su número en la agenda del móvil, decidió utilizar un nombre que no levantara sospechas. Que no levantara las sospechas de Sam, claro. Por eso, en la parte superior del hilo de la conversación pone *Mr. Miller*, un nombre completamente invisible en una agenda, la suya, repleta de nombres de personas extranjeras. Al lado aparece una foto de perfil donde se ve una palmera y una playa de aguas cristalinas de color turquesa. Este Mr. Miller bien podría ser cualquier encargado de recursos humanos de cualquier empresa del mundo. La acción de falsear una personalidad en la agenda del móvil podría considerarse el primer paso de una infidelidad consumada.

Reina pulsa el icono del teléfono que aparece en la parte superior derecha. Llamando. Tomás debía de tener el aparato en la mano, porque contesta al instante.

—Gracias por llamarme, Reina. Vaya marrón.

—¿Qué pasa?

—Hace un momento he bajado a desayunar. La señorita de la puerta, aquella que se coloca detrás del atril y toma nota de los números de las habitaciones, me ha preguntado el mío, como ayer. Solo que hoy, al consultar

la lista, me ha informado de que no tenía el desayuno incluido en el precio de la habitación. Le he dicho que debía de ser un error, porque ayer desayunamos dos personas, solo que tú habías tenido que marcharte por motivos personales. Lo ha revisado y me ha dicho: No es ningún error, señor Moliner. Debería pasar por recepción. Allí se lo explicarán. Ha habido cambios en las condiciones de su reserva, lo lamento mucho. He acudido a recepción de inmediato, claro, cagado de miedo. Allí me han dicho que Newzer ha cancelado la reserva. Significa que han llamado al hotel para decir que solo van a hacerse cargo de las noches en que tú has dormido aquí y que el resto de la factura es cosa mía. He preguntado a cuánto asciende el resto de la factura, para saber de qué tipo de desastre estábamos hablando. ¿Sabes cuánto me han dicho?

—¿Unos tres mil?

—¡Tres mil seiscientos euros, desayunos incluidos! Es una locura, Reina. Yo no puedo pagar ese dinero. Y aunque pudiera, hostia, no es razonable. ¿Cómo se lo voy a contar a mi compañera?

Hasta ahora Reina no sabía que Tomás tenía una compañera. Sabía que en algún momento tuvo mujer, como todo el mundo, más o menos. Luego, en algún momento, debió de divorciarse. Y se emparejó de nuevo, también como todo el mundo. ¿Se parecen su mujer y su nueva pareja? ¿Alguna tiene algo en común con ella? ¿Con cuál de las dos habría podido fraguar una amistad auténtica? Qué estupideces piensa. Además, qué más da. Todo esto son datos que solo sirven para profundizar en el conocimiento del personaje. Si no fuera que el personaje está a puntito de salir de escena y ya no vale la pena profundizar en él.

—Déjame ver si puedo hacer algo —le tranquiliza.

—Hazlo, Reina, por favor. Es una pesadilla. Si llego a saber que esto acabaría así me habría quedado tranquilamente en Barcelona, esperándote. ¡Tres mil seiscientos euros! ¡El polvo más caro de mi vida! Ni que me lo hubiera gastado en putas de lujo.

Cuando las cosas se estropean, las palabras también se estropean.

Reina piensa que tiene bien merecido este comentario. Es el justo castigo por follarse a un imbécil.

No hace caso a las noticias silenciosas de la pantalla de televisión. Ya está aburrida de ver una y otra vez las mismas imágenes. De hecho, en eso consiste el mundo, la vida: en contemplar una repetición de imágenes sin fin hasta el día en que decides que ya es suficiente y desconectas.

Donald Trump saluda con la mano desde lo alto de un avión, con los pelos desbaratados en bloque —pero ¿qué es lo que lleva en la cabeza este hombre? Pero si parece un nido de pájaros, demasiado encrespado y amarillo para ser un postizo—, y a su lado esa muñequita mustia que tiene por mujer, la nose cuántas, porque se ha casado dos o tres veces, quién lo diría, después saldrá en la tele uno de esos sabios que sabe de todo y pretenderá hacernos creer que las jóvenes de hoy en día solo se casan por amor. Y después otra vez Tusk estrechándole la mano a Theresa May, y Puigdemont dando su discurso delante de una bandera de *Catalonia* y otra de Europa, y Valentino Rossi sobre su Yamaha azul y los carámbanos de la Fontana di Trevi y la alegría de los niños de no sé qué pueblo de Alemania que se han pasado el día haciendo muñequitos de nieve. Y todo una y otra vez, hasta la extenuación.

Solo presta un poco de atención cuando vuelve a salir la mancha de color azul de Prusia. La ha estudiado tanto que solo verla ya sabe que no está en el mismo lugar. La tormenta se aleja. Se va camino a Dubasari y Kiev, quizá llegará a Moscú, a complicarle la vida a los rusos. Todavía la está mirando cuando se le acerca la azafata rubia con una sonrisa de esperanza y le dice:

—¿Ha visto? —Señala a la otra pantalla, la de información de salidas.

Algo ha cambiado en su vuelo de Barcelona. Y no solo en este. Ahí donde hasta ahora solo se leía *Delayed*, una larga y desesperante lista de *delayeds*, han aparecido ahora varios avisos: *Gate info in 30 minutes*. Información de la puerta en treinta minutos. Algo ha empezado a despertar bajo el hielo y la nieve.

—Ya hay movimiento, mire. —Y la azafata señala la ventana del otro lado del *business lounge*, donde en medio del paisaje de un día que clarea muy tímidamente se ven luces de colores avanzando por las pistas. Los vehículos de los servicios, supone Reina, y quizá las primeras tripulaciones de camino a sus aviones, los afortunados que serán los primeros en largarse de aquí.

—Pronto estará en casa —sonríe la azafata.

Reina se apresura a comunicar la noticia.

«Parece que saldremos pronto», le escribe a Sam.

Primero una comprobación, las dos, grises, azules.

En línea. Escribiendo. En línea.

Sam se toma su tiempo. Tal vez estaba durmiendo. Tal vez no sabe qué decirle. Tal vez no quiere decirle nada.

Después de unos cuantos segundos: Escribiendo.

Antes de que llegue la respuesta, el mensaje superior cambia de nuevo: En línea.

Al fin entra el mensaje. Corto y gélido.

«Feliz vuelo.»

Bloquea la pantalla. Comienza a recoger sus cosas.

El auténtico mensaje, a veces, es todo lo que no se dice.

El bar Manuel tenía un mostrador plateado, media docena de mesas de formica y al fondo una puerta con cortinas de cuentas de madera que hacían clac-clac y por donde se entraba a un retrete unisex y sucio que también servía de almacén de cajas de botellas vacías. No llegaba a sórdido pero poco le faltaba. Era el único lugar que quedaba cerca del piso minúsculo de Samuel, Reina y Alberto, que solo tenía dos meses y por tanto tenía que estar siempre donde su madre. Félix había ido a visitar al niño y nada más llamar al telefonillo la voz de Reina le comunicó que quería hablar con él y que bajaba enseguida. Si hubieran podido escoger, nunca habrían elegido el bar Manuel como escenario de aquella conversación.

Reina había ensayado su intervención como si se tratara de una conferencia. Empezaría por una aproximación al problema, para después centrarse en las dificultades concretas del asunto y terminar con una conclusión. La primera parte la soltó a bocajarro, casi sin respirar, mientras el encargado del local —que no se llamaba Manuel— hacía rugir la cafetera para preparar el par de cortados que habían pedido.

Lo primero, le soltó un discurso sobre la responsabilidad de mentirle a una persona inocente. ¿Acaso podría él vivir con semejante peso sobre su conciencia? ¿Podría dormir tranquilo el resto de su vida sabiendo que había hurtado información importante a una personita que le tenía fe ciega? ¿Información, además, que tenía que ver con su propia identidad, con el lugar

que ocupaba en el mundo? ¿No creía, como ella, que comportarse como si los hechos no existieran, abonando el engaño, era un modo de perjudicar a muchas personas que no tenían la culpa de nada?

Félix la miró entornando los ojos y le dijo que tal vez algunas sí tenían la culpa.

Reina respiró hondo —le costaba— y esperó a que el encargado dejara sobre la mesa los cafés. Continuó con la segunda parte del discurso que había preparado.

No estaba orgullosa de lo que había hecho, de ningún modo. Se había enrollado con otro tío. Se había enamorado del otro. Ella no quería hacerle daño, pero es difícil no hacer daño a alguien a quien no quieres ver más. Cuando entre dos personas lo único que queda por decir es «Ya no te quiero», hace mucho que no quedaba nada por decir. Lo lamentaba todo mucho, ella también habría preferido que fuera para toda la vida, pero ahora había aprendido que no hay que hacer planes a tan largo plazo, que la existencia está llena de curvas peligrosas y de socavones profundos y que las sorpresas forman parte del camino. Ahora estaba más serena, tenía las cosas más claras, lo había pensado mucho, había llorado mucho, había hecho listas, había estudiado la situación del derecho y del revés y le prometía que lo último que deseaba en el mundo era herirle, que aún le quería, aunque no de la misma manera, que era una persona importante en su vida y que por eso se le había ocurrido un modo de hacer que...

Félix tenía la cara como de piedra. Recordaba a una de aquellas estatuas estalinistas que dan tanto miedo.

—Reina, ¿qué es lo que estás intentando decirme?

Pues, sencillamente, que los hijos tienen derecho a estar con sus padres. Y más aún a que sus padres no les mientan sobre su identidad. No está bien que una criatura crezca engañada sobre un aspecto tan importante. Por eso había llegado el momento de aclarar las cosas. Quería decir, de hacérselo saber a todos, de poner orden en sus vidas y en la del pequeño Alberto, de asumir todo aquello que los tres habían hecho —sí, los tres— y de darle al niño una oportunidad de sentirse orgulloso de sus adultos. ¿No sería bonito que algún día Alberto pudiera mirarlos y decir: hicisteis las cosas con un par de huevos

y estoy muy orgulloso de vosotros?

—¿Y qué es lo que, según tú, tenemos que hacer?

Estaba agotada de dar vueltas y más vueltas sobre lo mismo, no podía más, esperaba que no se lo pusiera aún más difícil, por el amor de Dios. ¿Cómo podía acabar aquello? Él sabía de qué estaban hablando. Llevaban unos cuantos meses disimulando, fingiendo que era normal aquello de tener un recién nacido y dos padres. Habían tenido tiempo de pensar y ahora era el momento de arreglarlo. Esperaba que él se diera cuenta. Al fin y al cabo, solo era una cuestión de sentido común. Caía por su propio peso. No le dijo que esta última frase era típica de Sam.

—¿Qué es lo que cae por su propio peso? —preguntó Félix.

—Que los niños tienen que estar con sus padres.

—Claro. Yo también lo creo. Y el padre de Alberto soy yo. Lo dice su certificado de nacimiento.

—Solo porque estábamos casados. Porque la ley presupone que si tú eres el marido el niño es tuyo. Solo ese papel dice que es tuyo. Tú y yo sabemos que no es así.

—No entiendo de qué me hablas.

—Sí lo entiendes. Cuando me quedé embarazada llevabas diez meses sin ponerme la mano encima.

—¿Y qué? ¿Eso quién lo sabe?

—Tú. Tú sabes que Alberto no puede ser tuyo de ninguna manera.

—¿Qué más da? No importa de dónde viniera el espermatozoide.

—¿Qué más da? —preguntó Reina, boquiabierta.

—Lo importante es que viniera.

—¡Vino porque otro lo trajo!

—Eso lo dices tú.

—Eso es lo que ocurrió.

—También podría haber sido el resultado de una inseminación artificial. Con espermatozoide de donante anónimo.

—Podría, pero no lo fue.

—Pues, por mí, como si lo fuera.

—¿Estás dispuesto a criar a un niño sabiendo que no es tuyo?

—Alberto es mío. ¿Quieres ver el papel donde lo pone?

—¿Por qué haces esto?

Félix la miró, tan instalado en su postura que ni siquiera entendió la pregunta.

—Por qué, ¿qué?

—¿Por qué criarías a un hijo que no es tuyo?

—Tampoco lo son los niños adoptados, y sus padres los crían.

—Pero este niño tiene padre.

—Por ahora. A ver cuánto tarda ese en dejarte colgada. Yo no te fallaré nunca. Soy tu marido, ¿te acuerdas?

—Esto no es normal. Estás enfermo. O no tienes ni un poquito de dignidad.

Reina sintió aquella furia indomable y en caliente de sus enfados, la que siempre procura dejar pasar para no buscarse problemas. La tercera parte de su discurso se había ido a la mierda. Lógico: el discurso estaba pensado para personas sensatas, capaces de aplicar el razonamiento lógico. Ya se daba cuenta de que con Félix tenía que pasar directamente a la conclusión.

—Félix. —Lo miró a los ojos con fijeza, para que entendiera bien aquello que iba a decirle—. Escúchame bien. Si quieres continuar viendo a Alberto, lo entenderé. Puede ser un amigo íntimo de la familia, una especie de tío. Igualmente, Samuel también es hijo único, no tendrás competencia. Piénsalo. No quiero privarte de verle, después de todos estos meses imaginándolo como si fuera hijo tuyo.

Félix ahora se había puesto en guardia y la miraba con indignación. Reina se daba cuenta de que aquello que acababa de decir era un disparate. Pero era el único consuelo que podía ofrecerle. Lo único que se le había ocurrido para no dejarle solo y sin nada. Un consuelo imposible.

—Samuel y yo hemos decidido hacer lo que tenemos que hacer, Félix. Reclamaremos a Alberto como a nuestro hijo, de Sam y mío. Ya tenemos hora para las pruebas de ADN. Las pruebas son un trámite legal, un requisito para presentar la demanda de paternidad. Mi abogada cree que lo mejor que puedes hacer es no presentarte. Deja que suceda, nada más. No tienes ninguna posibilidad de ganar. Alberto es hijo de Sam, tengo la seguridad al cien por cien. Y tú también la tienes, Félix, desde hace tiempo. Deberías reconocerlo.

Por mucho que lo niegues, hace mucho que lo sabes, ¿verdad que sí?

—En resumen —concluyó Félix, con acritud—: queréis quitármelo todo.

—Yo no quiero quitarte nada, Félix. Yo solo busco la mejor forma d...

Félix se levantó con tanta energía que tumbó la silla. La miró con desprecio, con rabia, separó los labios para decir algo, pero se arrepintió al instante, dio media vuelta y se marchó, caminando con pasos rabiosos hacia la salida. Dejó los dos cafés por pagar y a Reina al borde de un ataque de ansiedad.

Mensaje a las 8.42:

«Hola, Reina, soy Alba. Lamento el mal trago por el que estás pasando. Espero que todo acabe bien. Asunta me ha pedido que te consiga el teléfono de la escuela de especialistas de Esther Parra. Se llama Risky Shot. Solo tengo un móvil. Espero que te sirva. Te lo envío a continuación. No le he dicho a Félix que te iba a llamar. No se lo digas, ¿vale? Por alguna razón, no quiere que seamos amigas. Yo no lo entiendo, pero qué le vamos a hacer. Venga, te dejo, que estoy hablando demasiado. Cuídate.»

El mensaje le sorprende. No se lo esperaba. La frialdad o la distancia — impuestas, adivina— no le pegan nada a Alba. ¿Qué pretende su ex? ¿Tal vez piensa que podrá controlar a Alba más de lo que jamás controló a Asunta?

En la pantalla aparece un rectángulo blanco: Contacto. Aceptar. Denegar.

Acepta. Risky Shot se ha añadido a tus contactos.

Llama. Llamando.

Acaso es demasiado temprano, piensa cuando ya una voz de mujer contesta a su llamada.

—¿Hola?

—Buenos días, quisiera hablar con Esther Parra.

—¿Qué quiere? —Por la voz ya sabe que es demasiado temprano.

—Soy Reina Gené, la madre de Alberto Gama.

—¿Qué hay? —Detecta una reacción mínima. ¿Interés? ¿Amabilidad?

—Ya sé que es muy temprano.

Reina consulta la hora en la pantalla de televisión que tiene enfrente. Si en Rumanía son las ocho y cuarto, en Barcelona son las siete y cuarto. Puede que se haya pasado, sí. Tendría que meditar un poco más las cosas antes de hacerlas.

—Un poco —dice la voz femenina.

—Tiene razón. Le pido disculpas. Estoy de viaje y me temo que he perdido la noción del tiempo. Llamo porque necesito su ayuda.

—Usted dirá.

—Alberto, mi hijo, ha participado recientemente en uno de los cursos de especialistas de la escuela.

—Ajá.

—Le gusta mucho. Pensamos que tiene vocación. Hace mucho que tiene claro que quiere dedicarse al cine.

—Le conozco. Se lo toma en serio —dice la voz de mujer, con tan poco entusiasmo que Reina se la imagina sentada sobre la taza del retrete cortándose las uñas de los pies.

—El caso es que en los cuatro meses que ha durado el curso hemos advertido un cambio en nuestro hijo —hablar en plural la ayuda a sentirse menos vulnerable— y nos gustaría preguntarle si ustedes tienen constancia de algo que debemos saber.

—¿A qué se refiere?

—No lo sabemos. Alguna relación, negativa o positiva, con algún compañero o compañera. Una pelea, un disgusto... cualquier cosa.

—Esto es una escuela de cine... Perdona, ¿cómo me ha dicho que se llama?

—Reina.

—Esto es una escuela de cine, Reina. No un colegio de primaria.

—Lo comprendo. Pero pensaba que tal vez habían detectado cualqu...

—¿Detectar? —la interrumpe—. Alberto es mayorcito, me parece a mí. ¿Por qué le vigila como si fuera un policía?

—Alberto es menor de edad —puntualiza Reina—, le vigilo porque soy su madre. Considero que es mi obligación.

—Ya tiene edad para trabajar, ¿verdad? Entonces también la tiene para

tomar sus propias decisiones. Le recuerdo que nuestros cursos son de formación profesional. Los padres aquí no pintan nada.

—Usted no tiene hijos, ¿verdad, Esther?

El silencio indica que la pregunta no ha sentado bien.

—Yo no le he dicho mi nombre.

—Tiene razón. Pero es Esther, ¿verdad?

—Siento no poder ayudarla, Reina —añade, y se da prisa en colgar, para asegurarse de ser la primera.

Todavía furiosa, Reina vuelve a escribir «Esther Parra» en la barra del buscador. De nuevo encuentra la página oficial de la escuela, que ya conoce —«¿Te gustaría trabajar como especialista de cine?»—, pero ahora va directamente a la pestaña de Vídeos que antes ha pasado por alto. Todo son recopilaciones de escenas de películas grabadas en Risky Shot. Tiene que esperar hasta la segunda pantalla para encontrar una entrevista con Esther Parra. No dice quién la realizó ni dónde se emitió. Parece poco profesional. Quizá una pequeña televisión local o uno de esos trabajos que los estudiantes de periodismo tienen que presentar al final del segundo curso. El titular que lo anuncia dice «Me gusta saltarme todas las normas». Lo abre, pulsa el triángulo y presta atención. Un presentador jovenzuelo con gafas de pasta verdes lee con poca soltura una presentación que lleva escrita en un papel.

Esther Parra no confiesa su edad, pero seguro que tiene más de cuarenta, quizá cuarenta y tres o cuarenta y cuatro. Mide solo un metro y cincuenta y un centímetros, pesa cuarenta y ocho kilos y de pequeña fue expulsada de tres escuelas, pero nada de todo eso ha sido impedimento para que sea una de las mujeres más influyentes de su sector —el de los efectos especiales para el cine— en toda Europa, y que incluso haya trabajado en algunas superproducciones americanas, sobre todo como conductora en persecuciones de alto riesgo. Hace nueve años decidió reinventarse fundando en solitario la empresa Risky Shot, que en poco tiempo se ha convertido en todo un punto de

referencia para profesionales y aficionados. Entre quienes la conocen, Parra tiene fama de perfeccionista, exigente y más bien excéntrica. Su mayor talento es, como a ella misma le gusta reconocer, «descubrir diamantes en bruto». Le gusta rodearse de gente joven y ayudarlos a encontrar (en sus propias palabras) «la manera de dar todo lo que llevan dentro». Hoy está aquí para hablarnos de sus próximos proyectos profesionales y también para contarnos algún detalle de ella misma, que se autodefine como una mujer difícil, acostumbrada a ir por libre y adicta al éxito, tanto personal como económico. Buenas noches y bienvenida, Esther Parra.

Solo la ha visto sonreír para saludar y ya le cae mal. Observa sus movimientos y su indumentaria. Una mujer atlética, con un cuerpo delgado y fibroso, brazos musculados. Embutida en unos vaqueros muy ceñidos y un top negro transparente bajo el cual se le marca un sostén también negro y unos pechos inflados y redondos como dos bolas de petanca. Ninguna joya. Las ondas muy bien definidas de una melena perfecta —de peluquería, claro— se le desparraman sobre los hombros. Tiene una mano apoyada en una rodilla y las uñas pintadas de color rojo Chanel. Los zapatos son de tacón de aguja. Una mujer que se gusta cuando se mira al espejo.

La grabación tiene lugar en una nave de grandes dimensiones. Detrás de la entrevistada se ve un tatami enorme, un colchón inflable de color negro, una estructura metálica similar a un andamio y medio coche pintado de color negro. Está claro que el sitio tiene que ver con su entorno profesional. Quizá sea su propio local.

El entrevistador debe de tener uno o dos años más que Alberto. Quiere saber cuáles son los proyectos profesionales inmediatos de su invitada. Le tiemblan las manos, tal vez de los nervios, y la pone tan nerviosa que Reina prefiere no mirarlo. Aprovecha para leer la pantalla que anuncia los vuelos y comprobar si hay novedades. Todo continúa igual. Lento. Solo vuelve a la entrevista cuando Esther responde. Ahora tiene un nuevo proyecto que le ilusiona mucho, dice. Una colaboración con un estudio muy importante de Estados Unidos para rodar una película de acción en la República Dominicana. Es el proyecto más grande en el que ha participado hasta ahora, todo un lujo tanto por el presupuesto como por el periodo de preparación y

ensayo. Es muy importante tener tiempo para ensayar, para preparar a los actores. Aquí casi nunca disponemos de él. Trabajar con grandes presupuestos tiene muchas ventajas. Y al margen de esto, tiene también proyectos europeos y nacionales y alguna serie de televisión que rodarán a partir de...

El presentador le pregunta cómo ve la situación del cine español y europeo.

Esther contesta con desgana: Europa son muchas cosas. Hay países que están muy bien, como Francia, que realmente cuidan y valoran la cultura. Otros, menos. Y luego estamos nosotros. Aquí, hacer cine significa pasarse la vida mendigando dinero y trabajando a bajo coste. No hacemos lo que sabemos ni lo que podríamos hacer. Solo lo que podemos, y gracias.

La siguiente pregunta también es tópica: ¿Cómo se siente una mujer al trabajar en un mundo de hombres?

Esther siempre se ha sentido muy cómoda con todos sus compañeros masculinos. A veces está muy bien ser la excepción, opina. En la vida hay que saber sacar provecho de todo, especialmente de las cosas que no tienen remedio, como ser un hombre, una mujer, alto, bajo o más feo que un zombi. Se lo remarco mucho a mis alumnos, en la escuela: tienen que aprender a sacar provecho de esa parte de ellos mismos que no pueden cambiar. Y de todas las demás, también.

¿Cómo ha hecho ella para sacar provecho?

Esther Parra no cree que esta sea la ocasión ni el lugar para decirlo. Si quiere, un día quedan a solas y se lo cuenta con todos los pormenores. Esta frase, provocadora y fuera de lugar, Parra la pronuncia acercándose a menos de medio metro del entrevistador y mirándolo fijamente. Es un gesto de superioridad, de prepotencia, de poder absoluto. Más aún: de amenaza.

Por descontado, consigue lo que se proponía: el entrevistador se aturulla. Se le caen los papeles. Tiene que recogerlos y ordenarlos de nuevo. El plano es único y lateral: muestra a Esther sentada como una diosa impassible mientras el pobre chico recoge los papeles que han ido a caer a pocos centímetros de las puntas de los zapatos de ella. Tan deprisa como puede recomponerse, el sufrido entrevistador prosigue con la entrevista:

Tiene entendido que no le gusta conceder entrevistas y quisiera saber por

qué motivo. ¿No se supone que para los de su gremio es bueno salir en televisión? ¿Que la publicidad siempre es buena? El pobre suda porque ya ve que el guion le arrastra hacia zonas oscuras.

Enseguida se lo cuenta para que lo entienda, contesta ella. Ante la cámara, lo que de verdad le gusta es saltar o quemarse viva. Tampoco le importa desnudarse, si es necesario. Pero hablar sí que no. Hablar la pone nerviosa, porque no se le da bien, y nunca sabe qué decir. Esa es la razón, ya ve, por la que no concede entrevistas. Esa, y que no le faltan clientes, porque gracias a Dios su empresa es la mejor y la más competitiva. Además, no cree que su vida tenga ningún interés para que alguien quiera conocerla. No le gusta aburrir a la gente, añade, y aún menos aburrirse.

Las arrugas alrededor de los ojos de Esther Parra son delatadoras. También esa manera de torcer la boca. Eso que dice no se lo cree ni ella. Si no concede entrevistas es porque quizá esconde algo. Se siente irresistible, por encima del común de los mortales. Esther Parra está profundamente enamorada de Esther Parra.

El entrevistador, con una mueca boba, rendido a sus pies, le dice que a él le parece muy interesante. Y añade que según su modesta opinión hablar ante la cámara se le da la mar de bien, así que no entiende por qué no...

¿Te repito la respuesta, cariño?, dice ella, a quien le sobran babosos, seguro, mientras sonrío, tentadora, malévola. Se le dan mucho mejor otras cosas, añade, ojalá pudiera demostrárselo algún día. Pobre pardillo, nunca se ha sentido más superado por las circunstancias.

Reina querría mandar a la mierda esta parida. ¿Semejante imbécil es directora de qué? Si continúa es solo porque tiene algo que ver con su hijo, aunque no entienda de qué manera pueda haber ocurrido.

Ni siquiera se sabe mucho de su vida privada, apunta el entrevistador, que desea saber por qué ha sido siempre tan celosa en ese asunto.

Ella responde que a nadie le importa su vida privada. No quiere que la critiquen por algo que solo la atañe a ella. Le gusta vivir a su manera y punto.

Esther Parra acaba cada respuesta con un gesto de suficiencia. Apoya un codo en el respaldo de la butaca y estira un poco los labios hacia atrás y hacia abajo. Es una persona convencida de que tiene el mundo a sus pies, o que lo

puede tener en cuanto se lo proponga. Habla elevando la barbilla y moviendo las manos. Se toca mucho el pelo, cruza y descruza las piernas. No puede afinar más porque la modesta cadena de televisión se conoce que no tiene suficientes medios para instalar una cámara que enfoque solo a la entrevistada y el plano de la entrevista es fijo, general y ligeramente lateral.

Antes de despedir a la invitada de hoy, a quien agradecen mucho que haya hecho una excepción y les haya concedido este privilegio, han preparado una pequeña sorpresa en forma de vídeo, anuncia el presentador. Es un montaje de los mejores momentos de sus participaciones en algunas películas. Esther Parra sonríe, parece que halagada, y acto seguido entra el vídeo. Música trepidante y sucesión de escenas de acción: un duelo de esgrima acrobática con volteretas y persecuciones; un salto volador desde la almena de un castillo—ella vestida de guerrera medieval—; una persecución vertiginosa entre un coche y una moto por una sucesión de túneles oscuros que termina con el coche—el del malo— cayendo por un barranco. La última imagen es del *making off* de la misma película: muestra la moto llegando al box de los especialistas. La conductora hace la señal de la victoria con las manos y levanta la visera. Debajo aparece la misma mirada de la mujer de la entrevista pero unos quince años más joven. Se baja la cremallera del mono y muestra unos pechos tan perfectamente redondos que solo pueden ser de mentira. Solo entonces se da cuenta de que el mono que se ajusta al cuerpo de la motorista como si quisiera estrangularla es dorado, al igual que el casco. Un casco integral con una visera negra. Como el de la foto que le ha descrito Félix hace apenas unas horas.

Decide enviarle a Samuel el enlace a la entrevista. Necesita su opinión. También necesita cualquier excusa para saber qué hace, cómo está, si quiere hablar con ella o si considera que no tienen ya nada que decirse, si este es uno de esos asuntos que, según él, caen por su propio peso o si todavía merece la pena dedicarle algo de tiempo.

Si ya ha pensado en dejarla o todavía no.

Cada vez que Sam le dice que hay cosas que caen por su propio peso añade: como la fruta madura. Por mucho que te duela, nunca se queda en el árbol. El amor, cuando se acaba, también es como la fruta madura, según Samuel. No puedes quedarte con alguien que ya no te quiere. Tal vez no se debe querer a alguien en quien ya no confías. Y, por descontado, no puedes desear ser padre de un hijo que no es tu hijo y que tiene otro padre. Eso también cae por su propio peso.

Samuel se lo dijo docenas de veces en los días que siguieron a la conversación en el bar Manuel. Se lo dijo para calmarla, porque Reina tenía un presentimiento tangible y horroroso de que algo malo iba a ocurrir, que Félix estaba tramando algo. Si no, ¿por qué no le decía nada? ¿Por qué no daba señales de vida? Seis días tardó en llamarla. Quería hablar con ella de un asunto, le dijo. Quedaron en un sitio extraño. Equidistante, según Félix. ¿Equidistante de qué? Reina no tenía idea ni entendía nada.

La cafetería se llamaba Mudanzas y estaba en el barrio del Born, calle Vidriería esquina con plaza de las Olles. Tenía un bajo y un altillo. Félix la esperaba en el altillo, al fondo, tomando un gin-tonic. Le dijo que era un lugar discreto, perfecto. Tenía aquella apariencia de estatua estalinista que no anunciaba nada bueno.

Esperó a que ella pidiera un café con leche antes de lanzar la primera carga.

—Lo he estado pensando mucho. He hecho el imbécil todo este tiempo, pero ahora eso se acabó. He tomado una decisión. Quiero el dinero de la venta del piso. Te he puesto una demanda. Supongo que mañana te llegará el burofax. Quería que lo supieras antes por mí.

—¿Qué dinero?

—El que me corresponde. La mitad. Son más de cien mil euros.

—Ya te los di, llegamos a un acuerdo, ¿te acuerdas? Ingresé el cheque en mi cuenta y después saqué la mitad en efectivo para darte tu...

—¿Dónde está el recibo firmado que lo demuestra?

Reina sintió el calor que le subía por la espalda. Vislumbró toda la rabia de Félix pero también la asesoría y la ejecución de Pablo. Su amigo, se suponía.

—No me firmaste ningún recibo, ¿no te acuerdas? —dijo Reina—. Fue un acuerdo verbal. A ti te parecía bien.

—Siempre hay que pedir un recibo, Reina. De todo. —Tono cínico que merecía alguna reacción.

—Pensaba que podía fiarme de ti.

—Ah, mira, ¿ves? En eso estamos igual. —Cambio: del cinismo a la ironía más desgarrada—. Yo también pensaba que podía fiarme de ti. Hasta que me dijiste que ibas a robarme a mi hijo.

—Félix, ya te lo conté.

—Sí me lo contaste. Pero ¿tenía que gustarme? ¿Pensabas que me conformaría con todo aquel rollo del orgullo que sentiría Alberto cuando fuera mayor? Tonterías. No quiero perder a mi hijo.

—No es tu hijo.

—Lo es legalmente. Con eso me basta.

—Lo será por poco tiempo. Ya te dije...

—De ninguna manera. No voy a dejar que me hagas esto.

Levantaban demasiado la voz. Una pareja quiso instalarse en el altillo pero dio media vuelta al comprobar que no reinaba allí muy buen ambiente.

—Mira, Félix —Reina intentó utilizar un tono civilizado—, busquemos otra solución. No nos empeñemos...

—Yo ya tengo la solución. Por eso te he pedido que vengas.

—Te escucho.

—Tú te olvidas de mi demanda, yo me olvido de la tuya.

—¿Qué quieres decir?

—Fácil. Tú no reclamas la paternidad del niño y yo no te reclamo los cien mil euros.

Reina le miró sin saber qué contestar. Procesando el sentido de todo aquello. Encajando qué tipo de persona era el hombre que había sido —que aún era— su marido. El primer gran amor de su vida.

—¿Estás comprando a mi hijo? —murmuró, más sorprendida que enfadada.

—Yo no compro nada. Estoy negociando.

La explosión de furia llegó por fin:

—¿Has dicho cien mil euros?

—Un poco más.

—Eres un desgraciado. ¿Crees que voy a decirte que sí?

—Claro. Por eso te lo propongo. ¿Tienes cien mil euros? ¿Se los puedes pedir a tu amante?

Habría querido estrangularlo con sus propias manos. Aquella vez más que ninguna otra.

—Escúchame bien. La respuesta es no. Un no como una catedral. Ni que me pidieras millones, ¿entiendes? Mi hijo no está en venta. —Se levantó, estampó la silla contra la pared y bajó las escaleras de madera de tres en tres, haciendo tanto ruido que los clientes del bar dejaron un momento en suspenso sus conversaciones y se volvieron a mirar qué era lo que bajaba de ese modo, si un caballo o qué.

«¿Has leído los comentarios que hay debajo del vídeo? Mira la foto que te envío.»

El mensaje de Sam demuestra que por ahora el único punto de encuentro posible es Alberto. De lo demás, mejor no hablar. Es feo, turbio, duele. Quizá encontrarán el momento. O quizá no.

La foto que envía Sam es la captura de pantalla de un chat donde alguien ha abierto un hilo titulado «Putá Parra». Los comentarios más jugosos son de un tal Rick93_especialista y de un tal StuntRigger. Los dos hablan como si la conocieran bien. El conocimiento que Reina tiene del mundo que se esconde tras el glamur de las películas es gracias a su hijo. Por él sabe que un *stunt rigger* es un operador especializado en aguantar a los actores que cuelgan de cables y poleas en las escenas de vuelo y saltos. Quizá bajo este pseudónimo se esconde un profesional de la productora o un colega de trabajo.

Espera a que Sam le envíe el enlace con la conversación completa y entra a cotillear.

Rick93_especialista: «Esta tía es una adicta al sexo peligroso. Sé de buena tinta que le gusta contratar prostitutas. Es de las que piensan que los profesionales dan menos problemas y se preocupan más por la satisfacción de las clientas que los meros aficionados. Me han dicho que a veces también prostituye a sus mancebos no profesionales, pero de eso no estoy seguro.»

No puede ser. Eso no puede tener nada que ver con ella, ni con Alberto.

Menos todavía con él. *Su* Alberto.

Continúa leyendo, llena de curiosidad aunque muerta de miedo. Busca, pero no quiere encontrar. Le da pánico encontrar.

PurplePink: «Estáis colgados, tíos. Creo que le tenéis envidia. Una mujer triunfadora nunca puede serlo por méritos propios, ¿verdad? Siempre tiene que haberlo conseguido de manera sospechosa o no estáis contentos. Sois unos cerdos y unos machistas.»

Rick93_especialista: «No hablamos de las mujeres en general, PurplePink, sino de *esta* mujer en particular. Y te puedo asegurar que todo lo que se ha dicho se queda corto. ¿Verdad que si estuviéramos hablando de un director de cine de más de cuarenta años que se tira a una estudiante de diecisiete no te parecería raro? Este es el mismo caso, pero al revés. Quizá eres tú quien tiene prejuicios.»

PurplePink: «¿Prejuicios? ¡Pero qué dices! ¿Cuántas mujeres conoces que abusen de hombres, jóvenes o mayores? ¿Y cuántos hombres que abusen de mujeres? Pues me parece que ya está todo dicho.»

FlyingCat: «Querida PurplePink (por cierto, ¡qué gran pseudónimo!), aunque tienes razón cuando insinúas que los hombres abusan mucho más de las mujeres que al revés, déjame recordarte que todas las estadísticas tienen sus excepciones (si no, no sería tan difícil hacer estadísticas). Yo, por ejemplo. Yo soy uno de los hombres de los que abusó Esther Parra. Si tienes un momento, me gustaría contarte mi historia. Ya te aviso que no te va a gustar.

»Yo era alumno suyo. Un estudiante de primero de interpretación que había decidido completar su formación aprendiendo técnicas de especialista de cine. El mercado de trabajo está muy complicado. Por eso los actores tenemos que formarnos tanto como podamos. Cuanta más disciplinas domines, más posibilidades de trabajar tendrás en un mundo con tanta competencia. Elegí su escuela porque era la más prestigiosa. El curso duraba cuatro meses. El segundo día se presentó en clase, dijo que para conocernos, y nos dejó a todos con la boca abierta y medio enamorados de ella. Es una mujer sexy, con un cuerpo increíble a pesar de su edad, con mucho estilo, y ese aire fascinante de estar de vuelta de todo. Nos dijo que seguiría de cerca nuestros progresos y nos animó a darlo todo. Después se marchó, marcando el ritmo con sus tacones

de aguja y moviendo un trasero enfundado en unos pantalones ajustadísimos. Creo que no hubo nadie en la sala de ensayos que no se quedara embobado mirándole el culo.

»Ni una semana más tarde me llamó a su despacho, se suponía que para hablarme de una producción franco-alemana de la cual ella iba a ser directora de acción. Estaba buscando a los mejores, y quería gente joven y con poca experiencia, dijo. Que no tuvieran vicios adquiridos y pudiera modelarlos a su manera, comentó. Me hizo creer que en esos días se había fijado en mí, que le gustaba mi coraje —siempre he estado un poco zumbado— y que tenía un físico adecuado para el papel. Me pidió que me desnudara, quería estar segura. Yo estaba muy cortado, desde el primer segundo de estar a solas con ella tenía una erección de caballo. No te escondas —rio, al ver que intentaba taparme—, quiero verlo todo. Y cuando me quité los calzoncillos rio aún más. ¿Qué te pasa? ¿Quizá te gusto, chaval? Eres un salido. ¿No sabes que podría ser tu madre?

»Desde aquella tarde me convertí en algo parecido a su favorito. Me entrenaba ella en persona. Teníamos sexo bastante a menudo, cada vez que ella quería. Yo no me atrevía a decirle que no. A Nada. Le gustaba hacerlo en lugares públicos, en baños, en coches aparcados en medio de la calle, en los probadores de las tiendas de ropa. Le gustaba invitarme a cenar en un buen restaurante y masturbarme con la mano por debajo de la mesa. También mostrarme a sus amistades, decirles mi edad, tocarme delante de todo el mundo. Disfrutaba viendo que estaba empalmado y que lo pasaba fatal. También disfrutaba, de vez en cuando, dejando que otros me tocaran, hombres y mujeres. Presumía de mí, me prestaba. Como vio que algunas veces no me apetecía mucho, me propuso tomar drogas. Dijo que me pondrían las cosas más fáciles. No me obligó, quiero que esto quede claro. Solo insistió un poco. Yo podría haberme negado, pero estaba loco por ella y, supongo, era demasiado joven. Las noches que ella tenía ganas de lío me daba un par de pastillas de color rosa antes de salir. Tardaban una media hora en hacer efecto. Me dormía hasta la mañana siguiente. Al despertar no recordaba nada, pero a veces me dolía el pene o tenía marcas por todo el cuerpo. Latigazos, mordiscos, marcas de carmín... variaba de una vez a otra.

»A cambio de estos servicios, ella me conseguía trabajos. Buenos trabajos. Participé en unas cuantas películas, francesas, alemanas, incluso en una americana que rodamos en República Dominicana. ¡Qué pasada! Fue un sueño hecho realidad. Me pagaban una pasta. Aprendí mucho. Doblé a actores muy importantes en caídas y explosiones, conocí a varios directores. Ella hablaba bien de mí, solía decir que era un buen *stunt* porque había tenido a la mejor profesora.

»Esther Parra considera que en el mundo todo es un intercambio. Sexo y diversión a cambio de trabajo y oportunidades. Le gustan los tíos jóvenes y no se esconde. Incluso muy jóvenes, menores de edad. Suele decir que le gusta pagar por lo que usa. En dinero o en especie. Cree que paga bien. Está convencida de que en sus negocios nadie sale perdiendo.

»Un día me dijo que no hacía falta que entrenásemos más porque ahora no había ninguna película en la que encajara mi perfil. El curso de especialista había vuelto a empezar, segundo cuatrimestre, veinte jovencitos nuevos. Ella ya había ido a hacer su ronda de reconocimiento, como el dueño de un harén que elige una concubina. Dentro del despacho tenía otro alumno. Entendí que me había sustituido y que no era la primera vez. Me pareció que el nuevo era aún más joven que yo. No sé si me alegré o lo lamenté por él. Me retiré. Ahí se acabó todo.

»De todo esto hace ya unos cuatro años. Lo he superado del todo, y hoy en día trabajo en unos grandes almacenes, sección de películas y series. Tengo una vida normal, sin pesadillas protagonizadas por mujeres fatales. Sé de otros chicos, sin embargo, que se quedaron hechos polvo después de conocerla y que aún hoy no lo han superado. Supongo que cada uno es diferente, ¿verdad? En fin. Gracias por llegar hasta el final de mi historia. Nos vemos por aquí.»

Reina lee hasta el final, aunque hace rato que ya no puede más.

¿En qué momento nos volvemos incapaces de proteger a nuestros hijos de lo que les espera?

Cuando cierra la página, contesta a Sam:

«He leído más de lo que quería. Me estremece pensar que esa mujer conoce a nuestro hijo desde hace más de cuatro meses, y no me he dado cuenta

de nada. Si lo llego a saber, no le dejo hacer el curso.»

Entonces cae.

Cuatro meses.

Ulf Everink.

Reina observaba el panel de vuelos cuando ha aparecido la información de la puerta. Barcelona. *Gate 9*. Da un bote de alegría. Por fin.

La azafata rubia, que estaba tan atenta como ella, se acerca a decírselo, pero la encuentra ya recogiendo sus últimas cosas, metiendo la tableta y el ordenador dentro de los bolsillos delanteros de la maleta y poniéndose el abrigo, en cuya solapa sigue el *măřtișor* de la mariposa que le ha regalado la chica de la hamburguesería.

—Tiene dos —observa la azafata, arreglándole los cordones de seda blanca y roja que acompañan a la mariposa y que se habían deshecho.

—Sí. ¿Tendré el doble de suerte?

—Puede ser.

—Necesito un montón.

La azafata termina de reconstruir el lazo y sonrío, como lleva haciendo toda la noche. Reina encuentra un mérito enorme en sonreír doce horas seguidas, pase lo que pase. Se lo agradece mucho, aunque no se lo dice.

Justamente cuando agarra la maleta para llevarla rodando hasta la puerta de embarque repara en que la azafata también lleva su *măřtișor* en la solapa de la blusa. Representa una flor dorada. El lazo está perfectamente anudado y sus dos cordones se abren a ambos lados con una simetría perfecta.

—¿Cómo lo hace para que no se le deshaga el lazo?

—No lo sé. —Se encoge de hombros—. Debe de ser cuestión de

experiencia. Hace veintinueve años que practico. Para usted es la primera vez, ¿verdad?

—Sí.

—Entonces tenga paciencia. Las cosas que merecen la pena requieren su tiempo.

Se despide de ella con un apretón de manos —a las mujeres rumanas no les gusta besar a desconocidas— y abandona el *business lounge* arrastrando la maleta.

De la terminal la sorprenden la temperatura —mucho más baja que la de la isla climatizada donde ha pasado la noche— y el ruido. Voces que gritan y cantan y hablan y lloran; voces jóvenes, muy jóvenes, ancianas, gastadas, afónicas, estridentes. Todas las voces de un mundo del que ella ha conseguido escapar durante unas horas.

Aquí fuera hay demasiado ruido para hablar con tranquilidad. Además, comienza a pensar que lo mejor es no dejar rastro en el móvil de Ulf Everink, por si acaso. ¿Por si acaso qué? Debe de haberse vuelto loca. Por si acaso y basta. Aún no ha dado con el camino hacia la puerta de embarque. Se detiene un momento en medio del pasillo para enviar un mensaje de texto:

«Usted hizo que siguieran a mi familia durante semanas. ¿Tiene algo de mi hijo? Necesito sinceridad absoluta.»

La respuesta no se hace esperar:

«Sinceridad absoluta: Sí.»

Y enseguida, otro:

«Por cierto, estamos ya en ruta. Parecemos una excursión de un colegio de monjas. La superiora no ha venido, como suele ocurrir. Dicen que nos espera en un hotel de lujo de Brasov. Tenía razón, estoy exhausto. Me temo que ya no soy tan joven.»

«¿Por qué no me lo ha dicho antes?»

«¿Mi verdadera edad? Pensaba que la sabía.»

«Señor Everink, no me haga perder el tiempo.»

«No era mi intención. Tan solo intentaba hacerla sonreír.»

«Hoy lo tiene difícil.»

«No se lo envié porque me estaba reservando la información, ya se lo dije. Y porque no es agradable.»

«¿Qué no es agradable?»
«La información que tengo de su hijo.»
«Mándeme lo que sea.»
«No le gustará.»
«Eso no es nuevo. Mándemelo.»
«¿Y después negociaremos?»
«Sí.»
«Hagámoslo ahora.»
«No.»

Una larga espera. Tal vez Everink pondera sus posibilidades. Finalmente, escribe un mensaje:

«Muy bien, Reina. Se lo mando como muestra de buena fe. Por correo electrónico. En cinco minutos.»

Un aviso por megafonía, en rumano, la avisa de que debería darse prisa. Solo faltaría que después de esta odisea perdiera el vuelo por culpa de unos cuantos mensajes. Era la puerta 9. Observa los paneles del techo, para orientarse. Se da cuenta de que va en la dirección equivocada —el sentido de la orientación nunca ha sido su fuerte—, da media vuelta y se apresura hacia el lado correcto. Todavía no ve la puerta cuando siente que su teléfono vibra. Ha entrado un correo electrónico. La urgencia por leerlo la fuerzan a caminar un poco más deprisa. Tiene que llegar a la puerta 9. Una vez allí podrá entretenerse tanto como quiera.

La puerta 9 está en una sala compartida con tres puertas más, llena de bote en bote. Por todas partes flota un olor acre, a gente amontonada, a sudor viejo, que ofende. No hay lugar donde sentarse. En la puerta de embarque no hay nadie. Solo un rótulo amarillo donde pone Barcelona, ante el cual se alinean unas pocas personas. Ninguna información de horarios ni del estado del vuelo. Al final de la pasarela de acceso se distingue un paisaje de pistas congeladas y ningún avión. Le parece extraño, pero a pesar de todo se pone a la cola. Aunque tenga que pasar aquí todo el día, quiere ser de los primeros en embarcar.

El mensaje de correo de Ulf no puede ser más breve: «Aquí lo tiene.»

¿Debería sentir miedo de abrir el documento, de seis megas, que adjunta

Ulf a su mensaje de correo? Lo siente.

La primera página contiene un informe brevísimo del detective privado, que dice:

Informe de seguimiento de Alberto Gama Gené. 17 años. Estudiante de bachillerato. Deportista ocasional. Realiza curso de especialista de cine. Mantiene una relación sexual desigual con la directora de la escuela de especialistas, Esther Parra, 26 años mayor que él. Ella tiene antecedentes penales por abuso de menores y estupro. Las fotos adjuntas a este informe (páginas 2 a 4) fueron tomadas la tercera semana de febrero.

Le tiemblan las piernas. Desliza un dedo sobre el documento. En la segunda página ve dos fotos. Tres en la tercera. Dos en la cuarta. En todas aparecen su hijo y Esther Parra. Alberto está desnudo de cintura para abajo en las tres primeras. Completamente desnudo en las demás. Ella siempre está vestida, no le faltan siquiera los zapatos de tacón. Hay dos en que Alberto está arrodillado ante ella, con la cabeza hundida bajo su falda. Una en la que ella le agarra el pene erecto, con una ausencia de emoción tan grande que más bien parece una escena tomada en la consulta de un urólogo. Solo en una se les ve manteniendo relaciones sexuales completas. Ella está tumbada con las piernas abiertas sobre una mesa de oficina y él está sobre ella, toda la musculatura del culo en tensión y la espalda arqueada hacia atrás. Ella le clava las uñas de color vino en las nalgas. Al lado, sobre la mesa, aquel suéter de *Star Wars* dos tallas más grande que le regaló hace poco. Feliz cumpleaños, le dijo, mientras le entregaba el paquete. ¿Estoy guapo?, preguntó él cuando se lo probó.

En la foto, Esther Parra tira con fuerza del pelo de Alberto, forzándole a doblar la cabeza hacia atrás. No ve la cara de su hijo. Solo se fija en el pelo, fuerte, negro, con un remolino indomable en la coronilla. No hace ni una semana que se lo cortó, en una decisión súbita y drástica que no entendió nadie. Durante meses había querido dejárselo largo —para los actores es mejor, decía— y de pronto decidió raparse. Ahora ya no me gusta, arguyó, muy serio, como si aquello del pelo fuera una cuestión de vida o muerte. Reina no quiso preocuparse demasiado. A esta edad son normales los cambios de opinión, están forjando su personalidad, su imagen se está consolidando, están en construcción, no saben qué quieren, tienen que probarlo todo y todas esas

cosas que dicen los adultos con hijos adolescentes cuando no saben qué decir.
Ahora comprende que no ha comprendido nada.

En la prueba biológica de paternidad emitida por un laboratorio oficial decía que Alberto, Samuel y Reina fueron debidamente identificados y se les tomó las muestras necesarias para realizar el estudio genético orientado al diagnóstico de la posible relación biológica de paternidad entre el hijo y el «supuesto padre». Después de analizar diversos marcadores genéticos —aquí una lista de trece números larguísimos y su localización cromosómica— y de realizarse los cálculos matemático-estadísticos de acuerdo con las frecuencias genéticas de la población pertinente, se consideraba que la probabilidad de encontrar una persona al azar entre la población general que presente los marcadores genéticos mencionados es inferior a 1 entre 1.253 millones de personas. El supuesto padre, pues, presentaba una probabilidad de paternidad superior al 99,99997 %, un valor numérico que equivalía al predicado verbal de «Paternidad prácticamente probada», es decir, el grado máximo de certeza que puede alcanzarse en este tipo de pruebas.

Mientras todavía pensaban que podrían convencer a Félix de hacer lo único razonable recibieron un burofax firmado por Pablo y escrito en un gélido lenguaje jurídico donde la trataba de «Estimada señora Gené» y le decía que su cliente le había informado que a día de hoy no había satisfecho la cantidad que le corresponde por la venta de la finca tal —aquí una cantidad de ocho cifras— y que, por tanto, en su condición de mandatario verbal del señor Félix Gama le reclamaba el importe total de la deuda, y la instaba mediante la

presente a satisfacer dicha cantidad en un plazo máximo de siete días naturales, a contar desde la fecha de recepción del requerimiento, o de otro modo se vería obligado a recorrer a la vía judicial para exigir el pago de la citada cantidad, así como de cualquier otro importe que resultara del incumplimiento, y todo en defensa siempre de los legítimos intereses de su cliente.

Echaron cuentas. El piso de Samuel ya tenía una hipoteca. Sumando sus dos sueldos no les alcanzaba. Intentaron pedir dinero, pero nadie tenía cien mil euros, ni ganas de prestárselos. Reina llamó a Pablo para rogarle prórrogas, plazos, favores, comprensión. Pablo acababa de echarse una novia y estaba enamorado como un idiota. Trató de enternecerlo preguntándole qué haría él si se encontrara en una situación parecida con su nueva novia. La voz de hielo de su antiguo amigo contestó:

—Ella no es como tú. Ella nunca me haría nada parecido.

Reina intentó hacerle entrar en razón. Insinuarle que tal vez no tenía toda la información, que igual las cosas no eran como él creía —de hecho nunca lo son—, que igual todo era más complicado y era necesario verlo desde más ángulos, que la relación entre dos personas es un microcosmos donde todo gravita según los dictados de las dos personas que lo crearon. Pero la gente simple siempre tendrá del mundo una visión simple.

—Lo único que sé —zanjó Pablo— es que Félix fue muy generoso contigo y tú te has comportado como una guarra. Está bien que reclame lo que le toca. Y que lo quiera enseguida. Incluso las buenas personas se cansan de esperar. Tú paga y déjate de numeritos. Si vuelves a llamarme no me pondré al teléfono.

Podría habérselo contado todo entonces: que aquello era un chantaje moral, que Félix no era el padre de Alberto y blablablá, pero no lo hizo. Por primera vez entendió que, si debía contarle a su hijo tamaña mentira, más valía empezar a mentirle a todos los que fueran a tener alguna relación con él. Mentir para proteger a su hijo.

Tardó en resignarse del todo. Intentó pedir un préstamo. Ninguno de los dos tenía un contrato fijo —Reina ni siquiera tenía contrato— y sus sueldos no pasaron la evaluación del departamento de riesgos del banco. ¿Qué pasaría si

no podían pagar? Les embargarían el piso, la nómina de Sam, todo. Ni siquiera tendrían dinero para continuar con la demanda de paternidad, ni para darle a Alberto una calidad de vida mínima.

Una de las siete madrugadas después de recibir el burofax, cuando no podían dormir, empezaron a entender que debían rendirse. Aceptar el chantaje de Félix. Aceptar lo que de ningún modo hay que aceptar.

Habría querido llamarle ella misma, pero no tuvo fuerzas. No quería escuchar su voz de alegría, de triunfador, de gran estratega. Le envió un mensaje de texto que decía: «Aceptamos tu trato.»

Un rato más tarde —supuso que Félix había llamado a Pablo para celebrar el éxito compartido— recibió respuesta de su ex: «Me alegro. Haces lo correcto. Ya nos sentaremos para hablar de los detalles.»

De Pablo recibió otra carta en tono jurídico-glacial: Atendiendo a la decisión de mi cliente, a día de hoy queda sin efecto la reclamación del capital correspondiente a la deuda por la venta del piso...; también recibió una llamada de un estilo muy diferente:

—Ya puedes dar gracias de haber tropezado con un tío como él —le dijo —, que renuncia a reclamar un dinero que le corresponde solo porque eres la madre de su hijo y quiere que tanto a ti como al niño no os falte de nada. Y eso a pesar de que le pusiste los cuernos y de que te largaste con tu amante. No me lo puedo creer, de verdad. Deberías estarle agradecida hasta el día que te mueras.

Después vinieron unos meses horribles. Primero, la reunión con Félix — Sam no estuvo presente por orden expresa de su ex—, donde hablaron de la letra pequeña de aquel contrato infame que acababan de establecer: el niño no les llamaría papá a los dos, sino solo a Félix; en el convenio de divorcio establecerían que tanto la patria potestad como la custodia serían compartidas; nunca ninguno de los tres contaría al niño lo que había ocurrido; para Alberto, Samuel solo sería el novio de su madre y Félix, su padre auténtico. ¿Se olvidaban de algo?

—La custodia será solo mía —dijo Reina, con la mirada perdida en la cuadrícula ajedrezada del suelo del bar Mudanzas.

—Creo que ha quedado claro que...

—Te he dicho que sí a todo. A todo. —Le agarró la muñeca con fuerza—. La custodia será mía y de nadie más.

—De acuerdo. Pero solo cedo en este punto.

—Gracias.

—Ah. También quiero que me entreguéis el informe del laboratorio, el de las pruebas de paternidad. El original y todas las copias que tengáis.

—De acuerdo. Te lo daré. Pero tú me tienes que prometer que nunca le hablarás mal de Sam a Alberto. Ni le dirás nada para predisponerle en su contra.

—De acuerdo. Pero no me pidas que le hable bien.

—Allá tú.

Las encrucijadas de la vida. Una toma de decisiones permanente. Un giro de pocos centímetros puede conducirte con el tiempo a una distancia de miles de kilómetros del lugar donde deseabas estar. Y cuando ya estás muy lejos y es muy tarde, te preguntas si fue un error y cómo habría sido tu vida de haber seguido otro camino. ¿Cómo habría sido si Sam fuera el único padre de Alberto? ¿Cómo, no tener que vivir siempre con la sombra molesta de un intruso? ¿Cómo, si su vida se hubiera regido por la honestidad en lugar de por la mentira? ¿Por el atrevimiento en lugar de por el miedo? Tal vez ahora ella y Sam serían unas personas distintas. Habrían tenido más hijos, tal vez una hija y un tercero, encantador y despierto. Habrían formado mejor equipo, los dos, de haber podido estar solos de verdad, de no haber tenido que consultar cada decisión con Félix. ¿Estarían más unidos? ¿Se habrían querido de otra forma? ¿Tal vez su vida también habría sido otra vida sin lastres del pasado? ¿Y la de Félix? ¿Cómo habría sido? ¿Qué habría hecho sin Alberto? ¿Y sin Reina? ¿A quién le habría reprochado todo lo malo que le ocurriese? ¿Cómo habría explicado aquel desenlace a sus amistades? ¿Qué habría dicho de ella a los meros conocidos, a todos aquellos que creyeron que tenía un hijo y que de pronto, ah, mira tú, resulta que no? ¿Tal vez habría elegido una argumentación fácil y poco dolorosa, donde ella sería una traidora y él un pobre inocente enamorado que se dejó engañar? ¿Y ella? ¿Habría aprendido a vivir con el estigma de la mala, de la zorra? ¿Habría sabido poner buena cara —o tan solo comprender— cada vez que un amigo común no la saludara? ¿Cada vez que

alguien murmurara al verla? ¿Habría sabido entender que para Félix era mejor aquella versión y que nunca reconocería lo que ella habría deseado, esto es, que la vida es compleja y las personas lo son aún más? ¿Aprendemos alguna vez a vivir con aquello que no podemos cambiar? ¿Y si cambiara todo, aprenderíamos?

—¿Señor Everink?

—¡Qué sorpresa! No esperaba que se atreviera a llamarme.

—No corra. Le llamo en condición de clienta. Necesito asesoramiento profesional.

—¡Ah, vaya! Me halaga. Déjeme adivinar. ¿Es por lo de su hijo? ¿Un caso de abuso de menores?

—Y violación. Y estupro. Necesito que me aconseje lo que debo hacer.

—Con mucho gusto.

—Y que, llegado el caso, me ponga en contacto con un buen abogado especialista en delitos sexuales que pueda litigar en mi país.

—Conozco unos cuantos.

—También querría contratarle a usted como asesor. Para que ayude a su colega, quiero decir. Quiero que esa mujer vaya a la cárcel. Que pase allí tanto tiempo como sea posible.

—No será complicado. ¿Cuándo quiere que empiece?

—Hoy mismo, a ser posible.

—¿Y darle plantón al conde Drácula?

—¿No dice que no le gustan los vampiros?

—Tiene razón. No me gustan. Me recuerdan demasiado a ciertas personas de carne y hueso. Solo que contra esas no hay antídoto.

—¿Eso es un sí? Quiero subir al avión sabiendo que trabaja usted en ello.

—Deberíamos hablar de las condiciones.

—Por supuesto. Tengo una oferta que hacerle y que no podrá rechazar.

—¿Por qué? ¿Tan alta es la cantidad?

—Porque no es una cantidad.

Tres segundos de mutismo en los cuales el señor Everink disimula su satisfacción, su alegría. Sus compañeros de excursión, los otros catorce candidatos al puesto de director del departamento legal de Newzer, no deben sospechar qué está pasando.

—Formaremos un buen equipo —dice él.

—Estoy convencida —sonríe Reina—. Un placer hablar con usted, señor Everink. Espero que no se maree al atravesar los Cárpatos.

—El placer ha sido mío. Ojalá no encuentre turbulencias en su vuelta a casa.

Son las nueve y media. Las ocho y media en Barcelona. Quiere llamar a Alberto antes de subir al avión, pero teme despertarle. Le gusta saber que duerme. Los niños crecen mientras duermen, decía siempre Cristina antes de enfermar, y a Reina por las noches le gusta prestar atención al silencio, porque siempre le parece poder escuchar el crujido de los huesos de Alberto, estirándose poco a poco. Es una sensación fantástica tenerle allí, a resguardo, protegido de los peligros del mundo, dejando que el tiempo haga de él un hombre.

Seguro que hoy dormirá un poco más, aunque siempre ha sido muy madrugador. De pequeño se levantaba a las seis de la mañana y entraba en su habitación para decirle con cara de tragedia que se aburría. Reina le enviaba de nuevo a la cama, a dormir un poco más.

—Hasta que sea hora de desayunar, cariño —le decía.

Alberto volvía a la cama protestando, se tumbaba, fingía dar unas cuantas vueltas —solo para enfadar al colchón— y veinte minutos después se levantaba de nuevo, recorría otra vez el pasillo hasta la habitación de su madre y le preguntaba qué había de desayuno.

Las primeras horas del día también eran las de las grandes revelaciones, epifanías que debían de ocurrirle en el tránsito del sueño a la vigilia. Un día apareció a las seis y cuarto y anunció:

—Quiero un hermano.

Reina intentó convencerlo de que volviera a la cama, pero Alberto quería respuestas. ¿Cuándo podría ser? —porque él no solo quería un hermano, también lo quería enseguida—, ¿podría ponerle el nombre?, ¿iría a su mismo colegio?, ¿cuántos años tendría?, ¿debería compartir con él su habitación?, ¿y también sus juguetes?, ¿cómo sería?

Reina comprendió que eran cuestiones demasiado profundas para rehuirlas, ni que fuera por un rato. Se levantó, se fue con Alberto al salón, se sentaron los dos en el sofá y trató de explicarle con todo detalle por qué no podía tener un hermano. Todo se resumía en que Sam y ella habían decidido no tener más hijos.

—Pero si no tenéis ninguno —observó Alberto.

—Te tenemos a ti.

—Pero juntos, no.

—Para nosotros es como si tú fueras hijo de los dos.

—Pero no es justo —prosiguió él, con su lógica de niño de nueve años—. Sam no tiene ningún hijo solo suyo.

—Sam te quiere a ti como a un hijo.

La cuestión del hermano derivó en una preocupación intimista. Cuando Sam se levantó aquella mañana encontró a Alberto sentado en el sofá, serio como un juez en pijama-manta, con la pregunta muy preparada:

—¿Tú me quieres como si fuera tu hijo?

—Sí, claro.

—¿Y por qué?

—Pues porque para mí es como si lo fueras. Te conozco desde antes de nacer.

A veces Alberto se conformaba con las respuestas, pero por poco tiempo. Cuando creían que ya había pasado página, insistía:

—Entonces ¿no quieres tener ningún hijo? ¿Uno solo tuyo y de mamá?

Entre los adultos hubo intercambio de miradas. ¿Qué tipo de instinto, de sabiduría o de intuición tienen los niños para acertar siempre? ¿Cómo podía estar preguntando Alberto justamente eso? Reina se encogió de hombros. Tenían un hijo inquieto, preguntón por naturaleza, tendrían que irse acostumbrando.

—Contigo tengo suficiente, cariño, ¿y sabes por qué? —respondió Sam, tan circunspecto como la ocasión merecía. Alberto meneó la cabeza—. Porque nunca podría querer a nadie tanto como a ti.

Durante un tiempo lo pensaron en serio. Otro hijo. Tal vez una niña. A Reina le divertía imaginarse hablando en plural, mis hijos, como si fuera un juego. El piso era diminuto, ¿dónde pondrían otra cama? No era un gran argumento, pero en realidad lo era. Un argumento provisional, como todos los que inventamos para hablar de cosas definitivas, como añadir a tu vida una persona que, hagas lo que hagas, va a quedarse para siempre. Si ponían otra cama, decían, tendría que ser en el cuarto de Alberto, tapando un poco la ventana. Los dos hermanos tendrían que compartirlo todo: armario, baño, ducha, escritorio, el espacio en el sofá. Que lo hagan, decía Reina, para algo serán hermanos, aprender a compartir es bueno.

Samuel no lo veía claro. ¿Qué ocurriría cuando Félix viniera por Alberto, qué haría el otro? ¿Querría ir con ellos? ¿Y si Alberto entonces quería quedarse?

También podría ocurrir que Félix quisiera llevárselos a los dos, hizo notar Reina. Le encantaban los niños, ya lo había demostrado, seguro que lo intentaría. Ah, no, eso de ninguna manera. Tal vez deberían comentarlo con él, pensó Reina en voz alta. ¿Con Félix? ¿Qué me estás diciendo? ¿Que yo tengo que pedir permiso a tu ex para tener un hijo contigo? ¡Tiene cojones la cosa! ¿Y para qué? ¿Para que también se invente el modo de quitármelo? ¿De llevárselo a las comidas de su familia para presumir de niño delante de su madre? ¡Ni pensarlo! Para eso me quedo como estoy, de Alberto y basta. Además, ¿sabes qué? Mucho mejor así, porque nunca podría querer a ningún otro niño como al mío. Sí, sí, al mío. Puede que acordáramos que no se lo diríamos nunca a nadie, pero supongo que a ti no se te ha olvidado quién es el padre de tu hijo, ¿verdad que no, Reinita de mi corazón?

Verdad que no.

Pues eso. Asunto zanjado.

—Perdone, ¿quién me ha dicho que es? ¿Me lo puede repetir, por favor?

Reina se tapa con la mano la otra oreja para escuchar. Con tanto ruido no es fácil. Una voz metálica anuncia por megafonía la salida del vuelo Taron 931 con destino Barcelona. Pasajeros, pasen por la puerta número 4. Desconcierto, quejas, palabrotas. La gente que esperaba empieza a desesperarse. Un hombre pide el libro de reclamaciones. Otro dice que pondrá una denuncia a la compañía. Una azafata imperturbable les cuenta que la situación es muy extraordinaria, que entiende perfectamente su enfado pero que no puede hacer nada. Que tengan la amabilidad de obedecer las nuevas instrucciones y que tengan paciencia. ¿Hay algo peor que pedir paciencia a un desesperado?

—¿Señora Gené? ¿Me oye mejor? ¡Hola! Soy Leandro Vives, ¿me recuerda? Quedamos en que la telefonaría. Le escribí un correo electrónico.

—Reina aún no ata cabos—. Soy el profesor de la Universitat de Lleida que prepara la edición de la correspondencia de la malograda escritora republicana Ilda Moreu. Me dio su teléfono por correo electrónico...

—Ah, sí, Leandro, ahora me acuerdo.

—Encantado de saludarla, señora Gené. ¿Quizá la llamo en mal momento? ¿Es muy temprano?

—No se preocupe. Llevo toda la noche en el aeropuerto de Bucarest, esperando un vuelo para volver a casa. Ahora que ya salía, se ve que no.

Reina sigue sin ganas la fila de pasajeros que desfila hacia la nueva puerta de embarque.

—Cuánto lo siento. Los aeropuertos son lugares muy desapacibles y las compañías aéreas están llenas de desaprensivos. Por eso yo nunca vuelo, ¿sabe? Me siento muy mal. Maltratado.

—Le entiendo muy bien.

—¿Viaja usted sola?

—Sí.

—Entonces, si lo llego a saber la llamo antes, para distraerla. Yo no duermo nunca, ¿sabe?

—¿No duerme?

—¡Desde hace años! A lo sumo, dos o tres horas. No necesito más. Es estupendo, así aprovecho las noches para estudiar, para leer o, últimamente, también para escribir. Estoy muy enfrascado en el epistolario de la malograda Ilda Moreu. Envío correos electrónicos, recopilo información dispersa. Ah, y a veces practico taichí.

—¿Por las noches?

—No se puede imaginar lo que relaja. Mucho más que dormir, en mi humilde opinión. Yo creo que dormir está sobrevalorado, ¿sabe? Bien, ya debe de imaginar para qué la llamo.

—Creo que sí.

—¿Tiene algo para mí? ¿Alguna buena noticia? ¿Ha tenido tiempo de buscar las cartas?

¡Ah, las cartas! Reina se había olvidado de eso por completo. Por supuesto, no las ha buscado. En su casa hay un trastero repleto de cachivaches, pero no tiene la menor intención de poner un pie allí. Está segura —más que segura: segurísima— de que esta malograda Moreu no tuvo nada que ver con su padre y escuchando la argumentación del profesor, que por lo menos debe de tener setenta años, se convence de que todo es una fantasía de este buen hombre, que de tanto encontrar cartas en sitios insospechados ha llegado a la conclusión de que todo el mundo guarda algo que a él le interesa. No las ha buscado ni las buscará, porque sería una pérdida de tiempo y a ella la vida no le alcanza para nada. Claro que tampoco puede contarle esto al pobre

Leandro. He aquí un caso clarísimo de mentira conveniente, de los que ella siempre habla en sus conferencias: a veces mentir es imprescindible. El veinte por ciento de cuanto decimos es falso, una persona que habla mucho puede llegar a decir doscientas mentiras al día, y lo hacemos porque nadie soporta toda la verdad, ni quien la dice ni quien la escucha.

—Señor Vives, hace días que quería llamarle. Busqué esas cartas a conciencia, créame. Revolví todas las cajas donde tengo pertenencias de mi padre. No era hombre de tener muchas cosas, más bien era de esa gente que tira con dos pañuelos durante toda la vida. —Sin detalles no hay verosimilitud, por eso se entretiene—. Lo revolví todo. Puedo decir con toda seguridad que esas cartas no existen, como yo ya sospechaba. Lamento no poder darle buenas noticias, señor Vives. Créame que me hubiese gustado poder ayudarle con su libro. Pero no ha habido suerte.

Lo oye refunfuñar en voz baja. Como si pensara refunfuñando. Durante tanto rato que Reina le pregunta:

—¿Señor Vives? ¿Me ha oído?

—Yo tenía grandes esperanzas, ya lo sabe usted. Ha pasado mucho tiempo, pero en los cajones de la gente suele haber tantas sorpresas. Y no únicamente en los cajones, no se crea. Hay quien ha encontrado en el trastero una cantata de Bach o un lienzo de Van Gogh, figúrese qué regalo. Por eso siempre pido a todo el mundo que mire bien, que se tomen la molestia. Con gusto iría a buscar yo, aunque puedo imaginar que no le gustaría que un extraño revuelva sus cajones. —Hace un silencio, refunfuña un poco más—. Pero esto suyo me extraña mucho, ¿sabe? Tengo pruebas fehacientes de que esas cartas en algún momento estuvieron en poder de su padre. Otra cosa es que se hayan perdido. Por lo que usted acaba de decir, juraría que José Gené no era hombre de perder nada.

—¿Pruebas fehacientes? ¿Qué quiere decir?

—Mire, todo viene de Mercedes Saltor, esa chica que trabajó de dependienta en el colmado que sus abuelos tenían en la calle de Verdi con la calle del Rubí. Esa que usted creía un error mío, ¿recuerda? Pues bien, Mercedes Saltor y su padre en algún momento de sus vidas tuvieron una relación que sobrepasaba con creces la amistad. Yo tengo mis teorías, que

quizá son acertadas o quizá no. No tengo otra cosa que hacer, por eso me paso el día entero inventando teorías. Creo que esa amistad íntima, o como quiera que la llamemos, debía de venir de muy lejos, y de algún modo —no sé cuál— se mantuvo viva durante décadas. La verdad, quisiera saber cómo, porque el padre de usted era un hombre muy volcado en su familia y su negocio, eso es evidente. Y ella llevaba una vida sencilla y apartada, lejos del ruido de Barcelona. De hecho, esta ha sido una de las dificultades más importantes de mi investigación. ¿Sabe que tuve que viajar solo y en autobús (porque yo no he conducido nunca y a estas alturas no voy a aprender) hasta un pueblecito medio abandonado de la provincia de Lleida que se llama Conques donde no se me había perdido na...

—¿Cómo ha dicho?

—... da y donde resultó que sí se me habían perdido unos cuantos papeles. ¿Qué dice?

—¿Cómo ha dicho que se llama el pueblo?

—Bien, de hecho, ya ni siquiera es un pueblo. Quedó tan despoblado que fue absorbido por Isona, la población vecina de más entidad.

—Perdone. ¿Podría repetir el nombre?

—Conques. —Silencio. Un silencio prolongado—. ¿Por qué lo pregunta? ¿Le suena de algo?

—No, no —miente Reina, pero en aquel momento siente que su corazón late tan fuerte que le roba el aire—. ¿Y cuál dice que es la relación entre las cartas y el pueblo de Conques?

—Se lo cuento con mucho gusto: Ilda Moreu vivió en Conques una temporada, huyendo de la represión franquista. A mí me llevaron hasta allí mis investigaciones, como creo haberle dicho. Fue allí donde una vecina me entregó el primer montón de cartas, que encontró por casualidad en una casa que acababa de recibir en herencia. No eran cartas de gran valor, pero me llevaron hasta otros corresponsales. Y así, tirando poco a poco de este hilo invisible del pasado, tropecé con su padre y la amistad que mantuvo con Mercedes Saltor. La historia completa es curiosa, ¿no cree? No se puede imaginar lo excitante que resulta atar cabos, cuando se puede. Por cierto, ahora que ha salido el tema, señora Gené, ¿le importa que le haga una pregunta

que llevo rumiando bastante tiempo y que creo importante? —Espera respuesta, pero el silencio del otro lado le impulsa a seguir—: ¿Usted sabe por casualidad si su padre tuvo algún tipo de relación con el pueblo de Conques en cualquier momento de su vida?

Reina no desea responder.

—¿Cómo dice?

El profesor Vives repite la pregunta con idéntico entusiasmo. Es como un niño jugando a un juego de pistas.

Reina escucha hasta el final mientras se prepara para mentir: voz lo más natural posible, tono de sorpresa, ni un solo rastro de contrariedad, miedo o inquietud.

—Conques —dice—. No. Estoy segura de que nunca puso los pies ahí.

Por suerte, el profesor Vives no es experto en detección de la mentira. Y por suerte, en estos momentos tampoco puede verla.

Agnetta, la *personal assistant* del señor Mirchandani en Asia, contesta como si le diera asco descolgar el teléfono. Incluso después de que Reina le diga que ha reconsiderado la situación, que ha tenido muy en cuenta el interés personal del señor Mirchandani, por el que siente un aprecio especial, y que por eso ha decidido aceptar los billetes de avión que le ofrecen para regresar el jueves y terminar el trabajo. Que lamenta mucho, añade, los problemas que esta fatalidad haya podido causar, tanto al señor Mirchandani como a la compañía, y que todo se ha debido a un caso de fuerza mayor.

Agnetta pregunta con voz nasal:

—Ah, ¿entonces se queda?

—Bueno, ahora me marchó. De hecho, mi vuelo a Barcelona está a punto de embarcar, pero el jueves estaré aquí de nuevo, tal y como acabo de decirle, para continuar con las entrevistas y acabar el proceso de selección. Por favor, avise a mi ayudante Cordelia de que la necesitaré. Y habrá que reservar el salón de baile del hotel Athenee.

—Me apunto lo del salón de baile. A la señorita Cordelia no hace falta avisarla. Se ha ido de excursión con los candidatos a Transilvania.

Reina habría desaprobado esa decisión, si hubiera estado en sus manos. Pero ya entiende que dadas las circunstancias no tiene nada que objetar. Está segura de que la señorita Cordelia recibirá en Transilvania invitaciones de todo tipo y en todos los idiomas para emular a Drácula de un modo u otro. Qué

le vamos a hacer. Hay cosas contra las que no es posible rebelarse.

—¿Necesita algo más? —pregunta ahora Agnetta, como si tuviera ganas de quitársela de encima.

—De hecho, sí. Mi reserva de estos días en el hotel Athenee. Tengo entendido que la han anulado.

—Oh, seguramente las chicas han creído que, dado que había tenido usted que marcharse, ya no necesitaba el hotel.

¿«Las chicas»? ¿Qué chicas? Ha sido ella, la muy intrigante, está segura.

—El problema es que mi amigo Tomás Moliner ha tenido que quedarse allí. ¿Sería posible mantener el trato inicial para que no tenga que marcharse? Se lo pido como un favor especial.

—Lo averiguaré —dice Agnetta, que en realidad quiere decir «Se lo preguntaré al señor Mirchandani, que hará lo que le dé la gana, como siempre»—. ¿Algo más?

—Por ahora, nada más.

—Entonces, que tenga un buen vuelo y una estancia provechosa. Nos veremos muy pronto.

Y la deja con la palabra en la boca, como tiene por costumbre.

—Hola, amor mío. Estoy frente a la puerta cuatro. Veo una pantalla donde dice Barcelona en letras amarillas, pero de momento no ha llegado ninguna azafata. La gente está de los nervios. Los hay tan cabreados que no paran de gritar o de insultar y otros tan mansos como corderos. ¿Verdad que da miedo? ¿Que frente a las adversidades y las desgracias algunos pierdan la capacidad de reacción mientras otros explotan sin control? A mí me asusta. ¿Sabes? No me atrevo a llamarte, por eso te grabo este mensaje de voz que creo que será kilométrico. No me atrevo a escuchar tu voz triste, dolida, tan dura que no parece tu voz. No es que piense que no tienes motivos. Todo lo contrario. Pienso que me he comportado de una manera vergonzosa. He hecho la locura más grande de mi vida. No sé en qué estaba pensando. Sí, sí lo sé, quería presumir de hotel de cinco estrellas, deslumbrar a un imbécil, follarme a un tío a quien debería haberme follado hace dieciocho años. La vida no tiene segundas convocatorias, debería haberlo pensado. Si no haces las cosas cuando debes, la cagas seguro. Y yo la he cagado, ya está. La he cagado tanto que me da pánico pensar que por una estupidez como esta pueda poner en peligro nuestra relación, que es lo único que de verdad ha valido la pena de toda mi vida. Ya sé que decirte ahora todo esto te puede sonar a hipocresía o a mentira, pero no lo es. Solo es una incoherencia. Una contradicción inmensa. ¿Sabes qué he descubierto? Que mientras estaba en la cama con él solo pensaba en ti. Tal vez ahora no te haga ni pizca de gracia saberlo, pero es divertido. Piénsalo: mujer

adúltera echa de menos a su marido mientras está con el único amante que ha tenido en los últimos tres lustros. Debería haberlo pensado antes, lo sé. Pero mira, no puedo cambiar lo que ya he hecho. Lo que puedo es hacerte una promesa. Escúchame, por favor, no detengas el mensaje. Puedo prometerte que no volverá a pasar. Que lucharé para hacerte reír y hacerte feliz y hacerte sentir especial y único y mío y que no pararé hasta que me digas que eres todas esas cosas, porque las eres, estas y las que ahora no tengo tiempo de enumerarte porque mira, acaba de llegar una azafata con cara de bulldog, pobre mujer, a saber de dónde viene o cuántas horas lleva arriba y abajo, y parece que está diciendo que el embarque ya no tardará en comenzar. Espero que sea verdad o esta vez la gente la hará picadillo. No puedes imaginarte qué ganas tengo de llegar a casa, de estar contigo, darte un abrazo y pedirte que me perdones, perdóname, por favor, necesito que me perdones, ha sido un error lamentable, vergonzoso, enorme, pero solo uno; también necesito preguntarte si un error puede cambiarlo todo, que me contestes de todo corazón y aceptar todo lo que me digas aunque no me guste; aunque, eso sí, ya te advierto que lucharé por ti con todas mis fuerzas, que seré pesada, pesadísima, te perseguiré y te recordaré que yo soy la mujer de tu vida, y que con nadie serás más feliz que conmigo. Y si alguna vez te olvidas insistiré e insistiré hasta que te des cuenta o te rindas o me pidas de rodillas que deje de molestarte. Pero no dejaré de molestarte hasta el final, que lo sepas, no cejaré hasta que te convenza. Porque creo que vales la pena, en primer lugar, y también porque — ¿te acuerdas?— a cabezota no me gana nadie.

»Mira, ahora parece que aquí por fin nos ponemos en marcha. Están organizando a la gente en dos hileras distintas según el número de su asiento en el avión, creo que necesito las dos manos para sacar el pasaporte y la tarjeta de embarque, pero déjame que te diga solo una cosa más. Hace horas y horas que pienso sin parar, pienso en todo, en lo que hemos hecho, en lo que no hicimos, en cómo habría sido nuestra vida si. Y si no. ¿Recuerdas lo que siempre hemos dicho de las encrucijadas de la vida? Al fin y al cabo, mi amor, todo se resume en eso, ¿verdad? Todo depende de qué ruta escojas. Pues bien, yo tengo muy claro que sin ti mi ruta habría sido oscura y fea. Sin ti nunca habría sabido que hay personas capaces ellas solitas de hacer que la vida

merezca la pena.

Antes estaba enfadada, pero ya no. También estaba asustada, aterrorizada, y en cambio ahora tiene una sensación insólita de que todo saldrá bien. Se aburre de esperar en la cola del embarque, desea con todas sus fuerzas que abran de una vez las puertas de la pasarela y les dejen entrar. Son más de las diez y media. Más de las nueve y media en Barcelona. Decide que ha llegado la hora. Marca el número de Alberto.

—Buenos días, mamá. —Primera sensación: está tranquilo. No tiene voz de dormido. No le ha despertado. La cantinela del saludo denota alegría. Bueno, tal vez no tanto. Esperanza. Algo positivo. Sí, eso, positivo—. ¿Mamá? ¿Me oyes?

—Sí, cariño, perdona. Me había despistado un momento. ¿Estás bien? ¿Cómo has dormido?

—Con los ojos cerrados.

La broma tonta que Sam lleva haciendo toda la vida se ha traspasado ahora a Alberto. Le gusta reconocerla. Todo el mundo acaba pareciéndose a quien debe parecerse, le guste o no.

—Tengo ganas de verte —dice ella.

—Yo también. —Lo dice a la manera adolescente. Es decir, como si le molestara tener que reconocerlo.

—Tenemos que hablar de muchas cosas.

—Es verdad.

—Y tenemos que darnos muchos abrazos.

—No empieces.

—Pues entonces, tenemos que hacernos muchas cosquillas.

—Mamá. —Alarga la a.

—Sam y yo hemos decidido que este fin de semana no irás con Félix a pescar. ¿Te parece bien?

—Ah, ¿no iré? —Voz de alegría—. Qué bien. ¿Y cómo habéis hecho para convencerle?

—No le hemos convencido. Se lo hemos comunicado. Veo que te alegras.

—Odio ir a pescar.

—Ya lo sabía.

—¿Lo sabías? Nunca te lo he dicho.

—No hace falta. Hay cosas que no necesitas decirme.

—¿Entonces me quedo aquí en casa o igualmente tengo que ir a su casa?

—Te quedas con Sam.

—Mola.

Le gusta el tono de alegría. Es contagioso.

—¿Y si no te gusta ir de pesca por qué no se lo dices?

—No sé. Se le ve tan entusiasmado. Le encanta contarme cosas de cuando tenía mi edad y ya pescaba. Le sentaría fatal.

—Está claro que no te pareces a él en eso.

—Ya. Ni en eso ni en nada, ¿verdad, mamá? —Alberto deja que crezca un silencio tras su pregunta. Como si le diera tiempo a Reina para meditar bien la respuesta.

Ella, en cambio, no sabe si ha oído bien. ¿Es algo que Alberto ha dicho sin pensar o que lleva tiempo meditando? ¿Esperaba la ocasión para soltarlo? No sabe qué responder. No puede ser que su hijo esté insinuando que...

Él insiste:

—¿Me parezco a Félix, mamá?

—Pues no. O sí. Quiero decir. Te pareces en unos aspectos sí y en otros no. Como todos los hijos.

—Yo también tengo cosas que hablar contigo —prosigue Alberto—. Contigo y con nadie más.

—¿Por qué conmigo y con nadie más?

—No quiero que nadie lo sepa.

—Claro. ¿Me avanzas algo?

—Encontré unos papeles en el despacho de Félix, hace un tiempo. Bueno, no eran unos papeles. Era como una carpeta. De unos laboratorios de esos de análisis clínicos. No sé por qué me fijé en ellos. Estaban encima de todo, no revolví nada. Los leí y no los comprendí. O comprendí cosas que no sabía si había comprendido. Cosas sobre mí.

Reina se aleja un poco de la fila del embarque. Abandona su maleta entre los otros pasajeros, lo que se supone que nunca se debe hacer en un aeropuerto. Hay conversaciones que no pueden mantenerse mientras estás rodeada de gente.

—¿Qué es lo que entendiste?

—Entendí que Sam no es mi padrastro. Y que Félix no es mi padre.

—¿Y qué pensaste?

—Bueno. Fue un palo. Al principio. No sabía si me gustaba o no.

—¿Al principio? ¿Quieres decir después de saberlo?

—Sí.

—¿Y ahora?

—Sigo sin verlo claro. Si me gusta o no, quiero decir.

—Claro. —Reina se tapa la boca con las manos mientras se esfuerza por demasiadas cosas al mismo tiempo: no llorar, no gritar, no echarse a reír, no dejarse aplastar por esta avalancha de emociones que se le echa encima.

—¿Por qué nadie me dijo nunca nada de esto? —prosigue Alberto—. ¿Era un secreto?

—Lo era, pero esto no puedo contártelo por teléfono. Ni creo que pueda contártelo yo sola, si quieres que lo aclaremos.

—No sé si quiero.

—Bueno.

—Puede que más adelante, cuando me encuentre bien del todo.

—Vale.

—Yo quiero a Félix.

—Claro.

—Y a Sam también.

—Lo sé.

—Tal vez nunca querré hablar de ello.

—Como prefieras.

—Mientras, me gustaría que todo siguiera como hasta ahora. No quiero que nadie sepa que leí esos papeles. No quiero que nadie se enfade ni se ponga triste.

—De acuerdo, cariño.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo. Pero contéstame una pregunta. Una y nada más.

—Dispara.

—Lo que ha pasado, quiero decir, lo que has hecho, ¿tiene algo que ver con esos papeles? ¿Te puso triste leerlos, o te dolió, o te afectó de algún modo...?

—No, mamá. Los papeles no tienen la culpa. Además, no cambian nada.

—¿Esther, entonces?

Tal vez no debería haberlo preguntado así, a bocajarro. Debería haber esperado a tenerlo delante, para ver sus reacciones. O puede que sea mejor así, sin verse las caras. Tal vez él se siente así más protegido.

—¿Qué sabes de Esther? —pregunta Alberto, a la defensiva.

—Nada —miente—. Solo que algo no salió como tú querías.

—Ya no quiero estudiar cine.

—Bueno, ya hablaremos de eso. No tienes que decidirlo ahora. Cuando me lo cuentes, entonces...

—Mamá, creo que esto no te lo podré contar nunca. Ni a ti ni a nadie. Por favor, no me lo pidas.

—No te lo pido.

—Me ha roto el corazón.

—Cariño...

—He hecho cosas... He tenido que... Me colgué de ella de una manera patética y... —Un silencio demoledor, seguido de una conclusión también demoledora—: Esther Parra no es buena persona, mamá.

—Ya lo sé. —Reina piensa: Más vale que te guardes de mí, Esther Parra.

Nunca le he hecho daño a nadie, pero siento que disfrutaría matándote. Viéndote agonizar, suplicar, lloriquear—. ¿Quieres contármelo, cariño? Tal vez te ayudaría.

—No. Me moriría de vergüenza si te lo contara. No me pidas que lo haga, por favor.

—Muy bien.

—Lo siento.

—No. Lo siento yo. No he sabido ayudarte.

—Lo estás haciendo ahora.

—Debería haberlo hecho antes. Evitar que te hicieran daño.

—No habrías evitado nada, mamá. Si me hubieras pedido que dejara de ver a Esther, que dejara de aceptar todo lo que me pedía, o si me hubieras prohibido hacer el curso, no te habría hecho ningún caso. Aunque habrías tenido razón. Ya no soy ningún crío.

—No lo eres.

—Tú también te has equivocado alguna vez, ¿no?

—Por supuesto. Un montón de veces.

—Pues ya somos dos.

La fila del embarque comienza a avanzar, por fin. Tiene suerte. La voz de la megafonía acaba de informar que los de su grupo —filas de la 18 a la 34— embarcan primero. Busca el pasaporte en el bolsillo delantero de su bolso y trata de terminar esta conversación:

—De acuerdo, hijo. No me cuentes nada. Pero a cambio, tengo algunas peticiones para ti. Tienes que prometerme que las cumplirás todas.

—A ver.

—En primer lugar, quiero que encarguéis una pizza gigante de esas que nos gustan a los tres para cuando llegue a casa. No sé cuántas horas llevo sin comer nada, me muero de hambre. Segundo: la próxima vez que sientas que un cúmulo de cosas o una sola cosa o una sola persona te da motivos para arrojarte al tren, quiero que me llames y así saltaremos los dos, siempre es mejor tener compañía cuando se practican deportes de riesgo, ¿no crees? En tercer lugar, quiero que te dejes convencer de que todo esto pasará, que algún día te darás cuenta de que has vivido una experiencia horrible que te ha hecho

más sabio, y que esa es, precisamente, la finalidad de las experiencias que no terminan con nosotros, además de la razón por la cual sobrevivir merece la pena. Y por último, lo más importante: móntatelo como quieras, hijo mío, me da lo mismo si te haces ladrón de bancos o escalador de ochomiles, pero haz lo que hagas con tu vida —que también es un poco mía—, hazlo de modo que me entierres tú a mí.

22A. Ventanilla. Deja la maleta en el portaequipajes, se sienta, se abrocha el cinturón de seguridad y cierra los ojos. Por la ventanilla ve una turbina sobre un paisaje blanco. Por megafonía una voz femenina recuerda que todas las maletas deben depositarse en los compartimentos superiores y que la compañía Tarom y un capitán de nombre italiano les piden disculpas por el retraso sufrido y les desean un feliz vuelo a Barcelona, donde esperan aterrizar a las catorce horas y quince minutos, hora local, y donde la temperatura es de trece grados centígrados y el estado del cielo, despejado.

Reina echa un último vistazo al móvil. Sin novedades. En la bandeja de entrada de su correo electrónico encuentra un billete Barcelona-Bucarest para el próximo jueves, una nueva reserva a su nombre en el hotel Athenee y un mensaje en el que Agnetta le solicita el comprobante de pago de su billete de ida para poder abonárselo «a la mayor prontitud». Ahora no quiere pensar en eso.

¿Cuál es la historia que Alberto no podrá contar nunca? ¿Llegará a conocerla del todo? ¿Está segura de que eso es lo que quiere? ¿Se parecerá a la de aquel chico del chat que se hacía llamar FlyingCat? ¿Hará esta mujer lo mismo con todos los jovencitos que elige? Tal vez podría encontrar a otras madres que también quieran matarla, o que se conformen con una venganza civilizada, es decir, legal, que nunca es lo mismo pero que resulta mucho más práctica.

Quisiera relajarse un poco en estos pocos minutos que faltan aún para que el avión despegue, pero no es capaz. No sabe dejar de pensar, no sabe detenerse. Hace años que trabaja en exceso y no tiene tiempo para nada. ¿Cuánto hace de sus últimas lecciones de piano con Martina? ¿Cuánto que no va al gimnasio dos veces por semana, ni siquiera una? ¿Cuánto que no se toma una tarde libre para ir al cine, o para dar un paseo por la playa? Es tiempo de cambios. Contratará a una secretaria. Cancelará toda su agenda desde que regrese del segundo viaje a Rumanía hasta dentro de un tiempo indefinido que ahora no quiere decidir. Se merece unas vacaciones. Mejor: una excedencia. Como esos profesores universitarios americanos que cada siete cursos tienen un año sabático. Acaba de autoconcederse un año sabático, y se alegra. El primero de su vida. Con las yemas de los dedos acaricia los cordones de seda del *mărțișor* que lleva en la solapa del abrigo. La mariposa que le ha regalado la chica de la hamburguesería. Después la otra, la margarita dorada, o puede que el crisantemo, el regalo de Everink. Los lazos de ambos broches continúan intactos, sin deshacerse. Quizá toda esta ocurrencia del año sabático sea la primera evidencia del poder sobrenatural de los amuletos. El triunfo del bien sobre el mal. De la vida sobre la muerte. Las tradiciones lo son por algo. Antes que nosotros, innumerables generaciones —a quienes a menudo nos atrevemos a ignorar— depositaron en ellas centurias de sabiduría.

Le escribe sin pensar un mensaje a Martina:

«¿Podríamos retomar las lecciones a partir de la semana próxima? Esta vez, en serio.»

Antes de cerrar la aplicación de mensajería, espía de nuevo el perfil de Samuel.

Escribiendo.

Por fin. Se le dispara el corazón.

Más aún cuando llega un mensaje que dice:

«Ya hablaremos de errores y de sus posibles soluciones. Te esperamos en casa con muchas ganas de verte.»

Ahora sí puede activar el modo avión, y lo hace.

Las turbinas rugen y la fuerza centrífuga la empotra en el asiento. Siempre le ha gustado esta sensación que sigue a los primeros segundos después de que

el tren de aterrizaje se eleve sobre la pista. Hoy le gusta más aún.

No ha hecho más que cerrar los ojos cuando un hombre con barba que ocupa el asiento contiguo le pregunta con voz desagradable:

—¿Le importaría dejar de cantar? Querría relajarme un poco.

Ni siquiera se había dado cuenta de que aún llevaba este maldito bolero incrustado en el cerebro.

Intermedio

Una carta

Barcelona, 25 de agosto de 2007

Estimado padre Antonio:

Ya sé que usted y yo hemos tenido nuestras diferencias en tiempos pasados (y no tan pasados) y que ambos nos hemos sentido cargados de razón. No soy una persona rencorosa y me gusta, siempre que puedo, hacer lo que pienso que es lo correcto. Por eso le escribo, después de tantos años, para enviarle unas cartas que encontré hace tiempo entre los papeles de mi marido y que leí con mucha curiosidad. Así es como me di cuenta de que en ellas nombra a usted en varias ocasiones.

Se trata, como podrá comprobar, de una correspondencia no demasiado larga entre mi marido, José Gené, y la señora Ilda Moreu, quien, según tengo entendido, fue durante años vecina de Conques, además de escritora de cierto renombre. Es usted quien ha de decidir qué hacer con estos documentos. Tome la decisión que tome, creo que estará bien.

No se preocupe por el hecho de que yo conozca su contenido. No hace demasiado he sabido que estoy enferma y que mi mal no tiene cura. Dentro de poco tiempo, nada de lo que recuerdo tendrá la mayor importancia. Me iré alejando poco a poco del mundo, sin moverme del sitio. También por esta razón no he querido retrasar más este deber que siento tener con usted desde que encontré las cartas. También conmigo misma: la historia que contienen es de una naturaleza tan íntima y tan dolorosa (dolorosa, sobre todo para mí) que prefiero desprenderme de ellas antes que enterrarlas en el fondo de un cajón, donde algún día Reina, mi hija, que nunca ha sabido nada de nada, podría encontrarlas.

Espero que los años le hayan ayudado, como a mí, a olvidar las diferencias del pasado. Y también que su pasado le deje vivir en paz.

Suya afectuosa,

CRISTINA
VIUDA DE JOSÉ GENÉ

Esta novela, primera parte de una bilogía que continuará con *Seguiré tus pasos*, se terminó de escribir en Mataró el 26 de julio de 2018, día en que Ana María Matute hubiera cumplido noventa y dos años y Antonio Machado, ciento cuarenta y tres.

Agradecimientos

Lo que aquí se ha contado está en deuda con algunas personas: Alicia Martos, sin la cual Reina y Ulf no habrían sido ellos mismos; Joan-Carles Mèlich, por descubrirme las estupendas palabras de Nietzsche sobre la verdad; con Lluís Malet, Esther Ballesteros, Sergi Subirà y Josep Maria Pruna por abrirme las puertas del mundo de los especialistas de cine; con Pili González-Agàpito y sus libros, por aquello de las olivas; con Gemma Suñé y Joan Carles Codina, por dar argumentos a los abogados de la ficción; con Denisa Comanescu y Simona Kessler, por rodar conmigo sobre la nieve de Bucarest una noche gélida de invierno; con Jana Balacciu, por regalarme las palabras exactas; con Ángeles Escudero, por su mirada lúcida y emocionada, que necesito; con Adrián Olmedo, por las palabras, el pasado y el futuro.

Y con todos los lectores y amigos rumanos que compartieron conmigo el día del *mărțișor* y a todos aquellos que, estén donde estén, se emocionan con mis libros. Porque dais sentido a cada novela pero también al hecho mismo de escribir novelas.

Por último, quiero agradecer el entusiasmo y la paciencia de mis editoras, Anna Soldevila y Glòria Gasch, y de mi editor, Emili Rosales.

Todo el bien y todo el mal
Care Santos

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Care Santos, 2018

© Editorial Planeta, S. A. (2018)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

© de la imagen de la cubierta, © Delia Baum / Plainpicture

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2018

ISBN: 978-84-233-5465-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.
www.eltallerdellibre.com

¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!

NARRATIVA
CONTEMPORÁNEA



¡Síguenos en redes sociales!





Care Santos

Todo el bien y todo
el mal



DESTINO